Ven a este tribunal y llora

Cómo acaba el Holocausto

LINDA KINSTLER

gatopardo ediciones

Table of Contents

Ven a este tribunal y llora

Portada

Nota de la autora

Prólogo

La novela

PARTE I

1. La Academia de Policía, diciembre de 2019

2. Boris

3. Cukurs

4. El Kommando

5. «Comienza el juicio»

6. Ven a este tribunal y llora

7. Los hombres del Comité

8. El desfile del Día de la Victoria

9. Una declaración

10. La estructura criminal

11. La no ficción del señor Pearlman

12. Shangrilá

13. El pasado como preludio

PARTE II

14. Aron Kodesh

15. Ante la ley

16. La novela

17. Juicios olvidados

18. Historias de agentes

19. El cosmoquímico

20. El musical

21. El cuerpo del delito

22. El camino de la contemplación

PARTE III

23. El recurso

24. La carrera de los vivos

25. El hijo del violinista

26 «Que Dios los bendiga»

27. Testigo único, testigo nulo

28. El forastero

29. La Troya del Báltico

30. El antónimo del olvido

Agradecimientos

Linda Kinstler

Presentación

Otros títulos publicados en Gatopardo

Ven a este tribunal y llora

Cómo acaba el Holocausto

linda kinstler

Traducción de Magdalena Palmer

Título original: Come to This Court and Cry: How the Holocaust Ends

Copyright © 2022 Linda Kinstler

Derechos de traducción cedidos por Georgina Capel Associates Limited

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Magdalena Palmer, 2024© de esta edición:

Gatopardo ediciones S.L.U., 2024

Rambla de Catalunya, 131, 1.o- 1.a

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero, 2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Herberts Cukurs junto al avión en el que voló de Riga a Tokio en 1937 © KEYSTONE-FRANCE/Gamma-Rapho

Imagen de la solapa: © Pete Kiehart

Imagen de la página 61: 213-12 Staatsanwaltschaft Landgericht – Nationalsozialistische Gewalverbrechen (NSG), Nr. 0044 Band 015 © Staatsarchiv Hamburg

Imágenes de las páginas 43 y 103: © Linda Kinstler

Imagen de la página 111: © Archivo Nacional de Brasil

eISBN: 978-84-126639-3-8

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

Presentación

Nota de la autora

Prólogo

La novela

parte i

1. La Academia de Policía, diciembre de 2019

2. Boris

3. Cukurs

4. El Kommando

5. «Comienza el juicio»

6. Ven a este tribunal y llora

7. Los hombres del Comité

8. El desfile del Día de la Victoria

9. Una declaración

10. La estructura criminal

11. La no ficción del señor Pearlman

12. Shangrilá

13. El pasado como preludio

parte ii

14. Aron Kodesh

15. Ante la ley

16. La novela

17. Juicios olvidados

18. Historias de agentes

19. El cosmoquímico

20. El musical

21. El cuerpo del delito

22. El camino de la contemplación

parte iii

23. El recurso

24. La carrera de los vivos

25. El hijo del violinista

26 «Que Dios los bendiga»

27. Testigo único, testigo nulo

28. El forastero

29. La Troya del Báltico

30. El antónimo del olvido

Agradecimientos

Linda Kinstler

Otros títulos publicados en Gatopardo

Herberts Cukurs posa con su uniforme de capitán

de la Fuerza Aérea de Letonia (1934).

En una ocasión, en un momento de inexcusable curiosidad, me tomé la molestia de buscar «Riga» en la Enciclopedia Británica. Esta fuente de información actual la describe como un próspero puerto del mar Báltico desde donde se exportan a Inglaterra productos agrícolas, principalmente avena. Obviamente se trataba de una edición antigua de la Enciclopedia. En esta época, los rumores superan con creces a la avena.

The Drifter, revista Nation, 25 de enero de 1928

1933

FINLANDIA
SUECIA
ESTONIA
UNIÓ
SOVIÉT
LETONIA
Mar Báltico
LITUANIA
PRUSIA
ORIENTAL
DÁNZIG
POLONIA

1933

FINLANDIA
SUECIA
ESTONIA
UNIÓ
SOVIÉT
LETONIA
Mar Báltico
LITUANIA
PRUSIA
ORIENTAL
DÁNZIG
POLONIA

Nota de la autora

Este libro transcurre en gran parte en Letonia, una nación que ha conocido numerosas lenguas y gobernantes extranjeros. Desde el siglo xiii, alemanes, polacos, suecos y rusos se la han adjudicado en diferentes momentos de su historia. La nación moderna de Letonia nació el 18 de noviembre de 1918, cuando declaró su independencia del dominio imperial ruso. Disfrutó de veintidós años de tumultuosa soberanía hasta el verano de 1940, cuando fue ocupada por la Unión Soviética y se convirtió en la República Socialista Soviética de Letonia. Desde 1941 hasta 1944 Letonia estuvo bajo control alemán y sus gobernantes la denominaron provincia de Ostland. En 1944 volvió al dominio soviético y siguió siendo una república socialista soviética hasta la caída de la Unión Soviética en 1991.

La historia del presente libro surge de las perturbaciones provocadas por estas sucesivas ocupaciones y sus secuelas. También refleja la rica y variada cultura lingüística del país: he hecho todo lo posible por conservar las grafías tal y como se presentan en los textos originales de las fuentes primarias y secundarias. Por ello, quizá el lector advierta discrepancias en la ortografía de varios nombres propios. Muchas de estas discrepancias se deben a las reglas gramaticales de la lengua letona, donde casi todos los nombres masculinos terminan en «s», mientras que los femeninos suelen hacerlo en «e» o «a». Herbert, por ejemplo, se convierte en Herberts en letón; Viktor se convierte en Viktors. En letón, mi apellido no es Kinstler, sino Kinstlere.

No obstante, esta es también una historia global que investiga la búsqueda de criminales de guerra y supervivientes del Holocausto a través de varios continentes. Ha constituido un esfuerzo frenético y plurilingüe: la correspondencia emitida en alemán se respondía a veces en yidis; los testigos que declararon en ruso fueron traducidos posteriormente al letón, al alemán, al inglés, al hebreo y al portugués. En la medida de lo posible, me he mantenido fiel a las grafías que he encontrado en los archivos, con la esperanza de que así se enriquezca la prosa y sirva a los futuros investigadores que se aventuren por este

camino.

Prólogo

Es marzo de 1965. Dos hombres se encuentran frente a frente en un cementerio de Riga. Están allí en misión oficial, su encuentro es apresurado y clandestino. En otro lugar de la ciudad se celebran los veinticinco años de gobierno soviético.[1] Llevaban todo el año conmemorando el aniversario, aunque en realidad este era una especie de ficción. Contar veinticinco años de gobierno soviético significaba omitir estratégicamente los tres años de ocupación nazi entre 1941 y 1944, tres años en los que la sangre corrió por las calles de Riga como una lluvia de verano.[2]

El hombre que plantea la pregunta se identifica como «Boris Karlovics». Le pregunta a su colega por qué ha sido necesario matar y descuartizar al objetivo; el plan era traerlo con vida a Riga. Se suponía que era un secuestro, no un asesinato. Su colega vacila y le entrega a Boris un paquete. «Es lo que ha pasado —dice—. Boris Karlovics, por favor, entienda que no estaba planeado..., un miembro del grupo se excedió.»

Boris regresa a su piso y reflexiona sobre su mala suerte. Su trabajo consistía en asegurarse de que la misión se desarrollara sin incidentes, la misión más importante de sus décadas de carrera en el KGB, la coronación de toda una vida de evasión, falsedades y engaños. Ahora no ve la forma de salir del «torbellino de revanchismo» donde está atrapado. Dentro del paquete encuentra recortes de prensa que informan de un asesinato en Montevideo. Un sobre aparte contiene fotografías de la escena del crimen: un baúl manchado de sangre con un cadáver desfigurado y encogido en su interior. «¿Es posible que sea Herberts Cukurs?», piensa. Herberts Cukurs, un hombre que antes parecía inmenso, un aviador pionero conocido como el «Lindbergh letón», más famoso y más querido que el último primer ministro del país. Boris había conocido a Cukurs en la guerra. Ambos pertenecían al Kommando Arājs, una de las brigadas de exterminio más brutales que existieron durante el dominio nazi, compuesto exclusivamente por voluntarios locales. Boris se había integrado en la unidad como un agente doble que transmitía a Moscú las acciones de la brigada. Se había ganado la confianza de Cukurs y sus colegas, y luego, uno por

uno, los había traicionado.

Llaman a la puerta. Al otro lado, un general del KGB, el jefe de Boris, aguarda con una botella de vodka en la mano. Los dos hombres revisan juntos las fotografías de la escena del crimen, hablan de por qué ha fallado la operación. Su jefe le había pedido que se encargase de la misión, que aportara las pruebas necesarias para incriminar a Cukurs y traerlo de vuelta a Riga. Boris había falsificado testimonios y tergiversado los relatos de los supervivientes judíos. Había alterado los registros de los interrogatorios del Kommando Arājs para subrayar la crueldad de Cukurs, presentándolo como alguien que gozaba sacrificando despiadadamente vidas humanas. Había enviado agentes soviéticos a Sudamérica para vigilar a su objetivo. Y aun así había fracasado.

Boris deja al general solo un momento para ir al cuarto de baño. No puede librarse de la sospecha de que el cuerpo que aparece en las fotografías no es realmente Cukurs. Algo en la misión se ha torcido. Pero es demasiado tarde. En la mesa, el general ha sacado su pistola. Cuando Boris salga, todo habrá terminado.

*

Si esto parece el argumento de una novela de espías barata, es porque lo es. La novela de espías es un género seductor que ofrece una atractiva liberación de los misterios, la ambigüedad y las incógnitas. «Para el espía, ninguna elección es casual; todo es deliberado», escribe el especialista en literatura Nicholas Dames. Las novelas de espías responden a un deseo básico de claridad y conservación, a la seguridad de que, en algún lugar, ahí fuera, un pequeño ejército de agentes posee no solo la verdad, sino que también nos protege noblemente de ella. Ofrecen una escapatoria de las innumerables incertidumbres del pasado, del presente y del futuro. Nos aseguran que los errores y las difíciles decisiones de la historia se cometieron al servicio del statu quo. Dames sostiene que el género de la novela de espías representa un «nacionalismo pesimista y destructivo», el tipo de nacionalismo que opera al servicio de ideales desaparecidos: «Los

espías son leales al viejo mundo —cualquiera que sea ese viejo mundo en el que creemos— cuando es evidente que el viejo mundo está en declive».[3] La función más importante de la novela de espías es, quizá, proporcionarnos una trama discernible y reconfortante. En sus páginas, los lectores pueden entregarse momentáneamente a la creencia de que, por muchos giros que dé el relato o por muchas muertes y desapariciones que se produzcan, al final todo tendrá una explicación.

Descubrí esta novela en concreto mientras curioseaba en una librería del casco antiguo de Riga en 2016. La novela estaba en el expositor de novedades. Se llamaba Jūs Nekad Viņu Nenogalināsiet, es decir, Nunca lo mataréis.[4]

Le pregunté a la librera si era un título popular, y me dijo que sí, por supuesto. ¿Por qué si no iba a estar ahí arriba en la pared? Lo abrí y allí, en la primera página del primer capítulo, encontré el nombre y el patronímico de mi difunto y desaparecido abuelo: Boris Karlovics.

Resulta difícil describir la sensación de desorientación que me produjo este hallazgo. Encontrar parientes muertos y apellidos familiares en álbumes de fotos, cementerios, cartas, recuerdos, documentos, tal vez incluso en textos históricos, es previsible; pero las novelas son algo distinto. No fue exactamente vértigo lo que sentí al ver su nombre, sino cierta inestabilidad, una sensación de estar en dos lugares al mismo tiempo. Fue como encontrarse con un anacronismo en carne y hueso, una especie de emboscada. La escritora Maria Tumarkin describe el pasado como un «torbellino», algo que no puede confinarse en «pequeños recintos zoológicos», que «no podemos visitar como si de una anciana tía se tratara». Una vez que se apodera de ti, no te suelta. «Al menos en ciertos lugares, es como la marca de un criminal grabada a fuego en la piel de tu familia»,[5] escribe Tumarkin.

De niña me habían dicho que mi abuelo paterno desapareció después de la Segunda Guerra Mundial, y hasta hace muy poco me bastaba con esa explicación. Millones de personas desaparecieron en el transcurso de aquella terrible década y siempre había pensado en él como uno más, un hombre enterrado anónimamente en una fosa, un ciudadano muerto de un país muerto, como tantos otros. No se le mencionaba en las conversaciones familiares ni había fotografías suyas a la vista. Solo más tarde supe que había una buena razón para aquel silencio: Boris

había sido, en efecto, miembro de la misma brigada de asesinos a la que había pertenecido Cukurs, el Kommando Arājs. Después de la guerra se había convertido en agente del KGB y luego había desaparecido. Mi padre había dedicado gran parte de su vida a averiguar lo que realmente le había ocurrido a su propio padre, en vano. Un día me llamó angustiado. No avanzaba, los archivos no ofrecían respuestas. Delegó la búsqueda en mí: «Eres periodista, ¿por qué no lo averiguas tú?», me dijo.

Le respondí que lo intentaría, aunque no estaba segura de querer hacerlo. Mis padres y mi hermana mayor habían emigrado de la Letonia soviética en 1988, y mis padres se habían divorciado unos años después de llegar a Estados Unidos. Crecí en el círculo de judíos soviéticos de mi madre y pasé años en la escuela diurna judía, donde todos los días empezábamos con el himno nacional estadounidense, seguido del israelí. El único abuelo que tenía presente era el padre de mi madre, Misha, un hombre que casi perdió un pie luchando con el ejército soviético y que bailó durante toda su vejez. La ausencia de la otra rama de la familia no me preocupaba; en realidad, ni siquiera pensaba en eso.

Todo cambió en 2016, cuando siendo estudiante de posgrado en la Universidad de Cambridge encontré una serie de curiosos titulares antiguos en los periódicos letones. Me había propuesto familiarizarme con el entorno de la vida que mi familia había abandonado. Me dije que era una investigación académica: convertí su pasado soviético en un objeto de intriga universitaria. Y así acabé leyendo un artículo de 2011 en uno de los principales medios de comunicación letones, Delfi, donde se afirmaba que la Fiscalía General de Letonia estaba investigando si un hombre llamado Herberts Cukurs, ya fallecido, había participado «en el asesinato de judíos».[6] Algunos recuerdan a Cukurs como el «carnicero» o el «verdugo» de Riga, aunque ninguno de estos apelativos es del todo correcto. Tiene el ignominioso honor de ser el único nazi oficiosamente asesinado por el Mosad, la agencia de inteligencia israelí. El mismo agente que orquestó la logística del secuestro de Adolf Eichmann en 1960 volvió a Sudamérica cinco años después con una nueva misión: celebrar un consejo de guerra, matar a Cukurs y dejar que la policía encontrara su cadáver putrefacto.

Esa primavera escribí a la Fiscalía General de Letonia para solicitar más información sobre el caso. Leí los informes de los periódicos e

intenté reconstruir la historia: ¿cómo podía un muerto ser objeto de una investigación penal? ¿Por qué el secretario de prensa había dicho en un artículo que era imposible «confirmar o negar» su participación en el Holocausto?[7] ¿Sobre qué base legal se estaba llevando a cabo la investigación y adónde podría conducir? Mi curiosidad por los detalles legales actuaba como una especie de tapadera: me preguntaba constantemente si el nombre de mi abuelo acabaría apareciendo en los archivos.

Recibí una respuesta detallada del fiscal que estaba a cargo del caso: este seguía abierto, no se había emitido ninguna resolución. En un largo y denso párrafo, me enumeró los posibles resultados jurídicos del caso. Se trataba de una maraña de cláusulas condicionales, una avalancha de «si» y «podría». Su oficina había buscado pruebas en todo el mundo y había solicitado documentos a todas las naciones relevantes: Rusia, Israel, Brasil, Uruguay, Alemania, Reino Unido. Se tomaría una decisión y teóricamente, explicaba la carta, se celebraría un juicio. Un juicio sobre las fechorías y la memoria de un hombre muerto. Un fantasma en el banquillo de los acusados.

La explicación del fiscal iba acompañada de una posdata en cursiva: «El apellido "Kinstler" de la persona que solicita esta información tiene cierta relevancia en el caso de Herberts Cukurs. La razón es que Boris Kinstler, uno de los flamantes miembros del denominado Kommando Arājs del que Herberts Cukurs formaba parte, tenía el mismo apellido (así como otros alias, y estaba íntimamente relacionado con el mismo Arājs de este comando). ¿Es posible que no se trate de una coincidencia?».[8]

Si él supiera... Le escribí confirmando sus sospechas sobre cuál era mi relación con Kinstler y le pedí que me mantuviera informada de cualquier novedad. El secretario de prensa respondió con una pregunta y una recomendación del fiscal. La pregunta era: ¿tenía yo algún documento familiar que pudiera estar relacionado con el caso? ¿Algún documento oficial de cuando Boris había servido en la guerra? Les dije la verdad: no teníamos nada. La recomendación era más enigmática: recientemente se había publicado en Riga una novela titulada Nunca lo mataréis. El libro «se presentaba como una obra literaria, no documental», explicaba el fiscal, pero contenía una gran cantidad de información sobre mi abuelo y Cukurs, así como de los vínculos entre sus dos historias. Me sugirió que leyera la novela y me

pusiera en contacto con el autor para recabar más información.

Muy pronto inicié mi propia investigación. Compré los libros, leí las teorías de la conspiración. Cada mentira contiene una pizca de verdad, me recordaba. Cada mentira es indicativa de un deseo. Comencé a familiarizarme con los protagonistas de la vida de mi abuelo. Lo que empezó como una historia familiar se convirtió pronto en un viaje de investigación a través de los archivos de diez naciones en tres continentes.

Indagar en el pasado es someter la memoria de los antepasados a una suerte de juicio. En esta ocasión, el juicio vino a mí, o al menos el espectro de un juicio. Me descubrí siguiendo los pasos del fiscal, rastreando los orígenes y la evolución de este inesperado caso. Averigüé todo cuanto pude sobre Cukurs, el protagonista de la investigación penal. Tuvo una muerte espectacular, fue el objetivo de un asesinato destinado a ampliar los límites de la ley, y su cadáver putrefacto fue abandonado en un lugar llamado Shangrilá.

*

Este libro no es una novela de espías. Aunque los espías, los agentes de seguridad y sus círculos participan del relato, este libro no explica las lagunas de la historia, sino que, por el contrario, profundiza en la gran incógnita. He intentado asomarme al abismo del pasado y extraer de él todo lo posible para entender cómo las historias que nos contamos sobre nosotros, sobre nuestras familias y nuestras naciones, se transmiten, se conservan y se alteran a lo largo del proceso.

El subtítulo —Cómo acaba el Holocausto— no es una predicción ni mucho menos una propuesta. Es una advertencia. Las historias que constituyen el núcleo de esta obra son los testimonios de los supervivientes judíos y sus descendientes, personas a las que se les pide una y otra vez que repitan lo que han visto y vivido, cuyos recuerdos y cuyo legado se cuestionan constantemente. Seguir la investigación del fiscal me obligó a enfrentarme al frágil testimonio de los supervivientes en el siglo xxi, a observar la facilidad con la que se

nos puede —y se consigue— desestimar y desautorizar. El erudito Marc Nichanian documentó este fenómeno hace tiempo en su obra sobre el genocidio armenio. «El genocidio no es un hecho, porque es la propia destrucción del hecho, de la noción de hecho, de la facticidad del hecho», escribió en 2006.[9] El genocidio no es únicamente el asesinato de un pueblo o nación. La voluntad genocida destruye las pruebas de los crímenes mientras los comete. Se «apodera de los testimonios en el mismo momento en que se pronuncian», escribe Nichanian.[10] Refuta el testimonio, silencia a los testigos. Hace años advirtió de este problema imposible, pero quizá, al igual que dejamos de oír las voces de los supervivientes, nadie escuchaba con suficiente atención.

Lo que sigue es una exploración de cómo la memoria del Holocausto se extiende al presente y actúa sobre él, y qué significa guardar y honrar esa memoria en este nuevo e incierto siglo. Es una historia que muestra que todas las naciones tienen su propia historia de complicidad y victimismo, de ocupación y terror. Es a la vez una genealogía jurídica y una genealogía familiar, un esfuerzo por rastrear las raíces del derecho en la escritura de la historia. Recorro los fracasos, las victorias y los silencios jurídicos junto a los de mis parientes y sus vecinos y amigos, vivos y muertos.

Si la memoria es un milieu de rencontre, un lugar de encuentro —como sostiene la erudita francesa Marie-Claire Lavabre—, también lo es la librería, y también lo es la sala del tribunal.[11] En la memoria, en la literatura y en el derecho encontramos multitud de historias, relatos desconocidos y a menudo controvertidos del pasado. Estas historias —estas herencias, en realidad— llevan aparejadas una serie de exigencias. Recibirlas es también heredar un conjunto de obligaciones y dilemas: ¿cuánto hay que conservar? ¿Cuánto hay que exponer? ¿Cuánto hay que omitir, ocultar? ¿Cuánto hay que reclamar? Empecé a estudiar todas estas cuestiones solo para descubrir que ya las estaba viviendo. En el camino, el hecho de recordar pasó de ser un mandato a una pregunta enmarañada y complejísima.

El verbo zajar —recordar, en hebreo— aparece en la Biblia al menos ciento sesenta y nueve veces. «El verbo se complementa con su anverso: olvidar», escribió el erudito judío Yosef Yerushalmi. «Así como a Israel se le exige que recuerde, también se le exhorta a no olvidar.» En su estudio canónico sobre el vínculo entre la historia y las

escrituras judías, Yerushalmi investiga el funcionamiento de la memoria a lo largo de siglos de tradición religiosa. Pero cuando en 1987 llegó el momento de escribir el epílogo del volumen, se preguntó si había enfocado mal la cuestión de la memoria. Poco antes de empezar a escribir, un amigo le había enviado un recorte de prensa de Le Monde donde se preguntaba a los lectores franceses si Klaus Barbie, el carnicero de Lyon, debía ser juzgado. «De las dos palabras siguientes, olvido o justicia, ¿cuál es la que mejor refleja su actitud ante los acontecimientos de este periodo de la guerra y la Ocupación?», preguntaba el periódico. A Yerushalmi le sorprendió la formulación de la pregunta por parte de Le Monde. «¿Es posible que los periodistas hayan dado con algo más importante de lo que tal vez pensaban? ¿Es posible que el antónimo de “olvido” no sea “recuerdo”, sino justicia?»[12]

Este libro es una investigación sobre esa posibilidad. Sigo una serie de acontecimientos improbables y a veces fantásticos para explorar lo que significa «justicia». Para ello es necesario tener en cuenta algo que Yerushalmi no menciona: que la palabra hebrea zajar tiene la misma raíz que la palabra zecher: perforar, pinchar. Matar.[13]

1. «25 years of Soviet Latvia», Harvard Library.

https://library.harvard.edu/collections/25-years-soviet-latvia.

2. Uldis Berzins, «Summer Rain».

https://latvianliterature.lv/upload/ll_authors/36/Uldis_Berzins.pdf.

3. Nicholas Dames, «Coming in from the Cold: On Spy Fiction», N + 1, 31, primavera de 2018.

https://nplusone mag.com/issue-31/reviews/coming-in-from-the-cold-2/.

4. Armands Puče, Jūs nekad Viņu Nenogalināsiet. Riga: Mediju Nams, 2015.

5. Maria Tumarkin, Axiomatic. Oakland: Transit Books, 2019, p. 144.

6. «Prokuratura joprojām izmekle Cukura iespējamo līdzdalību ebreju nogalināsanā», Delfi.Lv, 14 de abril de 2011.

https://www.delfi.lv/news/national/criminal/prokuratura-joprojam-izmekle-cukura-iespejamolidzdalibu-ebreju-nogalinasana.d?id=38010303.

7. Ibid.

8. Kristīne Sutugina, secretaria de prensa, Fiscalía de la República de Letonia, «Reply to the email message dated 26 April 2016 of the "Politico Europe" journalist Linda Kinstler, with request to provide information on the progress of investigation conducted by the Prosecution Office into so called Herberts Cukurs Criminal Case», Riga, 6 de mayo de 2016.

9. Marc Nichanian, The Historiographic Perversion, traducción del francés de Gil Anidjar. Nueva York: Columbia University Press, 2009, p. 1. Edición original en francés: La Perversion Historiographique. París: Lignes-Léo Scheer, 2006, p. I.

10. Ibid, p. II.

11. Maria Todorova escribe que el milieu de rencontre de Lavabre es

«un lugar de intercambio, un lugar de comunicación. La memoria colectiva, explica [Lavabre], no es la simple suma de los recuerdos individuales». «Introduction: Similar Trajectories, Different Memories», Remembering Communism: Private and Public Recollections of Lived Experience. Budapest: CEU Press, 2014, p. 7.

12. Yosef Hayim Yerushalmi, «Postcript: Reflections on Forgetting» (discurso pronunciado en el Colloque de Royaumont, 3 de junio de 1987). En: Zakhor: Jewish History and Jewish Memory. University of Washington, 2011, p. 117.

13. Ernest Klein, entrada de diccionario: זָכָר, Klein's Comprehensive Etymological Dictionary of the Hebrew Language. Toronto: Tyndale House Publishers, 1987. Acceso desde Sefaria.

PARTE I

Siendo el resultado de las generaciones que nos precedieron, somos también el resultado de sus aberraciones, pasiones y falacias y hasta de sus delitos. No es posible liberarse por completo de esta cadena. A pesar de que condenemos estas aberraciones y nos consideremos libres de ellas, no dejaremos de ser sus herederos.

Friedrich Nietzsche

,

«Sobre la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida»[14]

Durante un tiempo fue el no va más morir de esa manera, sin preocuparse de proveerse de ropa o de un ataúd.

Aleksandrs Pelēcis

,

Sibirijas Gramata (El libro de Siberia)[15]

14. Friedrich Nietzsche, «Sobre la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida», Segunda consideración intempestiva, traducción de Joaquín Etorena. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006, p. 49.

15. Aleksandrs Pelēcis, «Sibīrijas Grāmata» (traducción del letón de Karl Jirgens). Descant 124, primavera de 2004, vol. 35, núm. 1, p. 63.

1. La Academia de Policía, diciembre de 2019

El zumbido de un pequeño convoy de cadetes anunció nuestra llegada al frondoso campus de la Academia de Policía de Uruguay. Era principios de diciembre, pleno verano, y un trío de perros policía merodeaba por la entrada. Los jóvenes se bajaron de sus motos para dirigirse a un conjunto de edificios en cuyas fachadas se leía el lema de la Policía Nacional: «Saber, Honor, Deber». De una furgoneta que se detuvo detrás de ellos se apeó una mujer vestida con un mono azul, de cabello oscuro, recogido en un moño. Era Beatriz Almeida, directora del archivo de la policía estatal. Saludó a mi pequeño grupo y anunció que se cambiaría de ropa antes de mostrarnos el lugar.

Marcelo Silva, juez federal y mi acompañante aquel día, sugirió que entretanto recorriéramos el recinto. Su padre había sido policía, me dijo, y él solía acompañarlo a la academia para practicar tiro. Silva era un hombre alto y robusto, de espeso cabello negro. Vestía con elegancia: vaqueros oscuros, camisa Oxford azul y un crucifijo dorado colgando del cuello. Fuera de los tribunales, Silva se dedicaba a la pintura. Cuando me puse en contacto con él para informarle de que iría a Montevideo, me respondió con una petición: ¿podría traerle algunos tubos de pintura al óleo de Norteamérica? El pigmento era más rico y mejor para mezclar que los que podía encontrar en Sudamérica, me explicó. Tenía buen ojo para los detalles y una pasión por el arte que, según supe rápidamente, se extendía a su trabajo jurídico y a sus escritos. En el transcurso de nuestras conversaciones, combinaba con soltura referencias a la literatura, la física y el código penal. «Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades», me dijo durante el almuerzo, citando a Cervantes. Conocía una infinidad de aforismos jurídicos. «Es muy importante habitar en la mente del asesino, antes, durante y después del "hecho" de un crimen», me dijo. Mientras paseábamos y esperábamos a Almeida, charlamos sobre el tema que nos había reunido. «Tengo un defecto. No puedo dejar pasar un caso», me dijo.

Lo había encontrado gracias a sus escritos. Silva era el autor, con el

periodista uruguayo Linng Cardozo, de uno de los relatos más objetivos sobre el caso que me había traído a Montevideo tras doce horas de vuelo. Se trataba del mismo caso que Silva no podía dejar pasar. El libro, titulado El baúl de Yahvé, es efectivamente la investigación de una escena del crimen. Lleva como subtítulo El Mossad y la ejecución de Herberts Cukurs en Uruguay. Un cuarteto de nombres que no parecen pertenecer a la misma frase, cada uno de los cuales requiere una explicación. Como epígrafe, Silva había elegido un breve pasaje del Libro del Éxodo en el que Dios ordena a Moisés que reúna a los ancianos de Israel para decirles que el Dios de sus padres se había presentado ante él y lo había ungido como su mensajero.[16]

Silva había descubierto el caso en 2007, en las páginas de un atlas histórico que le regalaron por su cumpleaños. La ejecución de Herberts Cukurs figuraba entre otras curiosidades y acontecimientos ocurridos en Uruguay en 1965. El atlas indicaba que las circunstancias exactas del asesinato nunca se habían esclarecido. Aquello despertó el interés de Silva, que empezó a investigar. En aquel entonces trabajaba como fiscal y pasaba su jornada laboral lidiando con los delitos más desagradables. Poseía el conocimiento y las conexiones gubernamentales para indagar el pasado reciente. Se puso a hacer averiguaciones y pronto las circunstancias de esta ejecución anómala empezaron a desplegarse ante él, aunque también descubrió que la narración seguía llena de interrogantes y ambigüedades. Silva recordó una vieja máxima policial: un homicidio que no se resuelve en los primeros días no se resuelve nunca. Ya habían transcurrido cuatro décadas desde el suceso. Se puso a trabajar.

La escena del crimen se descubrió la primera semana de marzo de 1965, después de que la policía de Montevideo recibiera la llamada de un periodista alemán. Este preguntó si la policía estaba investigando un asesinato en Shangrilá, un pequeño barrio de bungalós en la costa, a las afueras de la ciudad. Unos días antes, las agencias alemanas AP y Reuters habían recibido idénticos telegramas de la misma fuente anónima, escritos con el estilo propio de un tribunal:

Veredicto:

Considerando la gravedad de los crímenes de los que se acusa a

Herbert Cukurs

, especialmente su responsabilidad personal en el asesinato de treinta mil hombres, mujeres y niños, y considerando la terrible crueldad mostrada por

Herbert Cukurs

al llevar a cabo tales acciones, condenamos al mencionado

Cukurs

a la pena de muerte. Fue ejecutado el 23 de febrero de 1965 por «Los que nunca olvidarán». Su cuerpo se encuentra en la Casa Cubertini, calle Colombia, séptima sección del Departamento de Canelones, Montevideo, Uruguay.

Al principio, las agencias de noticias hicieron caso omiso de aquel telegrama, pues consideraron que se trataba de una broma: los reporteros nunca habían oído hablar de alguien llamado Herberts Cukurs y, por consiguiente, tenían pocas razones para preocuparse de su supuesto destino. Mientras tanto, los hombres que se autodenominaban «Los que nunca olvidarán» escaparon rápidamente de Uruguay. Entre ellos estaba Yaakov Meidad, un agente del Mosad que en una célebre operación de 1960 había ayudado a secuestrar a Eichmann en Buenos Aires y a entregarlo para que fuese juzgado en Jerusalén.

No fue hasta que la fuente anónima llamó por teléfono a la oficina de Reuters en Bonn cuando los periodistas se replantearon la importancia del chivatazo: «Soy uno de los que nunca olvidarán —dijo una voz masculina—. ¿Han recibido nuestra carta?». [17]

Solo después de esa críptica llamada los reporteros alemanes se pusieron en contacto con la policía de Montevideo. Alejandro Otero, el jefe de inteligencia policial de Uruguay, se dirigió a la calle Colombia con el fin de investigar. Otero tenía fama de ser un oficial íntegro, un hombre disciplinado que planchaba cuidadosamente sus camisas a diario. No era alguien que se sobresaltara fácilmente.

Cuando el 6 de marzo de 1965 Otero y un pequeño equipo policial llegaron a la casa citada en el telegrama, encontraron una llave atascada en la puerta y todo cerrado.[18] Del bungaló de una sola planta salía un hedor pútrido. Se asomaron a las ventanas y vieron sangre en las paredes y en el suelo, y también casquillos de bala. Rompieron el cristal y entraron. En el salón encontraron un baúl de viaje rodeado de un charco de sangre. Un cadáver yacía doblado en su interior, la cara hinchada y maltrecha, casi irreconocible. Se trataba de Herberts Cukurs, un hombre que en su día fue célebre por sus vuelos transcontinentales que batieron récords, pero que ahora se recuerda por los hechos de su ejecución extrajudicial y por todo lo que hizo para merecerla.

*

Había conocido a Silva unos días antes, a las puertas de mi hotel en la ciudad vieja de Montevideo. Me entregó una lista de lugares de interés y me dijo que marcara con un círculo los que quería ver. En su itinerario mecanografiado aparecían el hotel Nogaro, el hotel London y el hotel Victoria Plaza, donde se habían alojado los agentes israelíes; la gasolinera de La Rambla donde Yaakov Meidad, el agente principal, y su objetivo habían parado a repostar; la agencia de alquiler de coches que utilizaron, y el restaurante del complejo turístico de Punta del Este donde los agentes se habían permitido relajarse, ni que fuera un momento. Revisé su lista con un traductor y juntos marcamos con un círculo los lugares más importantes, entre ellos el hotel Victoria Plaza, donde Meidad y Cukurs habían reservado habitaciones en los días previos al asesinato. (Pronto sabremos cómo el asesino y el objetivo acabaron juntos en un hotel de la capital uruguaya.) También estaban en la agenda la Casa Cubertini, donde se había perpetrado el asesinato, y la Academia Nacional de Policía, donde se custodiaban las pruebas de la escena del crimen.

Nos amontonamos en el coche de Silva y partimos; nuestra primera parada era el hotel Victoria Plaza, ahora Radisson. En el vestíbulo seguía viéndose el nombre original del hotel. Al frente, los recién graduados de una escuela culinaria local lo celebraban con sus

familias y posaban para las fotos en la escalera del vestíbulo. Silva me recordó que los israelíes habían elegido deliberadamente Uruguay como lugar de la ejecución porque, si los sorprendían con las manos en la masa, el país no tenía pena de muerte por asesinato. «Matar a alguien aquí es más fácil que en otros lugares», explicó.

Desde allí recorrimos varios kilómetros por La Rambla, la plácida avenida marítima de la ciudad; pasamos ante el monumento al Holocausto, el museo naval y los telémetros rescatados del Admiral Graf Spee, un acorazado «de bolsillo» alemán hundido frente a las costas de Montevideo en 1939. Silva mencionó que el águila del mascarón de proa que custodiaba el barco fue recuperada del fondo del océano en 2006, y que unos ricos inversores financiaron la misión de buceo. El águila y la esvástica de bronce que sujetaba entre sus garras saldrían pronto a subasta, pero por el momento estaban escondidas en un almacén del gobierno en las afueras de la ciudad. Un posible comprador había dicho que esperaba exhibir el águila nazi en la próxima Copa del Mundo.[19]

Cuando llegamos a Shangrilá, Silva redujo la velocidad. La brisa marina penetraba por las ventanas. Era una zona tranquila y silenciosa, digna de su nombre paradisíaco, con calles bordeadas de modestas casas familiares embutidas entre altos árboles. La Casa Cubertini, donde fue asesinado Cukurs, había sido en sus tiempos una de las pocas casas de la calle. Ahora la rodeaba una densa hilera de viviendas con tejados planos. Silva me dijo que los actuales ocupantes, una mujer y sus dos hijos pequeños, detestaban que los curiosos se acercaran a mirar su casa. Pasamos lentamente, calle arriba y calle abajo, intentando no molestar. Un murete de color rojo y dos pequeños jacarandás en flor custodiaban la entrada, y en la puerta principal se distinguían unos apliques ornamentales. Se parecía a cualquier otra casa humilde, su historia borrada por completo. Aquella casa no podía decirme nada más; hice una fotografía, grabé un vídeo con el móvil y le dije a Silva que podíamos irnos.

Después, paramos para comer en una calle bordeada de palmeras del mismo barrio, donde el mar rompía al otro lado de la carretera. El caso Cukurs, me dijo Silva, era solo una curiosidad de la historia uruguaya.

«Aquí forma parte del pasado —añadió—. Para Letonia es el presente.

Es como la relatividad.»

Citó a Albert Einstein, describiendo cómo el tiempo pasa más rápido para una pareja enamorada y más lento para un hombre encarcelado. Supongo que en esta analogía el hombre encarcelado es Letonia, atrapada en el pasado. La memoria puede ser un tipo especial de prisión de la que no es fácil escapar, ni siquiera en régimen de libertad condicional.

Pregunté a Silva por los documentos encontrados en el cuerpo de Cukurs. En otros relatos del asesinato, incluido el del propio asesino, había leído que hallaron junto al cadáver el mismo texto del telegrama, el «veredicto» que anunciaba el motivo de su ejecución.[20] Silva me corrigió. No era el veredicto, sino algo mucho más interesante: una carpeta con un extracto del diario de Núremberg de Gustave Mark Gilbert, el psicólogo de la cárcel que atendió a los principales criminales de guerra alemanes mientras esperaban su sentencia.[21] La entrada del diario está fechada el 27 de julio de 1946, día ciento ochenta y ocho del juicio de Núremberg: el día en que sir Hartley Shawcross, el fiscal jefe británico, pronunció su alegato final.

El discurso de Shawcross se recuerda como uno de los momentos más escalofriantes del juicio. En él, la acusación británica se dedicó a abordar «el asesinato de los comandos». Shawcross detalló específicamente los horribles crímenes cometidos en los países bálticos, donde el «Holocausto por las balas» se cobró cientos de miles de vidas. Instó a los jueces aliados a recordar cuántos se perdieron, cuántas familias se extinguieron, lo brutal e innecesario de sus crímenes. «Día tras día, durante años, las mujeres, con sus hijos en brazos, señalaban al cielo, mientras esperaban ocupar su lugar en las ensangrentadas fosas comunes —dijo—. ¿Qué derecho tiene un hombre a la misericordia si ha participado, aunque sea indirectamente, en semejante crimen?»[22] Un vídeo de su discurso muestra a los criminales de guerra —entre ellos el Reichsmarschall Hermann Goering, el ministro de Asuntos Exteriores nazi Joachim von Ribbentrop, el comandante de la Wehrmacht Wilhelm Keitel y el jefe de las SS Ernst Kaltenbrunner— revolviéndose en sus asientos del banquillo.[23]

Shawcross terminó su discurso recordando a los jueces la tarea monumental que tenían por delante. Recordó el testimonio de

Hermann Friedrich Graebe, el ingeniero que había contado al tribunal que durante un viaje de negocios a Dubno (Ucrania) fue testigo de una masacre. «Era una familia de unas ocho personas, un hombre y una mujer, ambos de unos cincuenta años, con niños de aproximadamente uno, ocho y diez años, y dos hijas mayores de entre veinte y veinticuatro años —dijo Graebe—. Una anciana con el pelo blanco como la nieve sostenía al niño de un año en sus brazos, le cantaba y le hacía cosquillas. El niño gorjeaba de alegría. La pareja miraba con lágrimas en los ojos. El padre sostenía la mano de un niño de unos diez años y le hablaba en voz baja, mientras el niño contenía las lágrimas. El padre señalaba el cielo, le acariciaba la cabeza y parecía explicarle algo.» Un minuto después toda la familia había sido asesinada.

Shawcross dijo a los jueces que su trabajo consistía en hacer justicia para el padre que había acunado y consolado a su hijo mientras aguardaban en la cola de ejecución de Dubno, y para los millones de personas que esperaron en las mismas terribles colas en toda Europa del Este. Los jueces debían recordar la historia de este padre y todas las historias similares que nunca se contarían. «Deben recordar la historia de Graebe cuando tomen su decisión, pero no por venganza, sino con la determinación de que eso no vuelva a ocurrir —dijo—. El padre, ¿recuerdan?, señaló el cielo y pareció decirle algo a su hijo.»

Sobre todo, Shawcross animó a los jueces a que imaginaran que no solo los abogados, los periodistas y la Policía Militar les estaban viendo en la sala de Núremberg, sino toda la humanidad, desgarrada y herida por los largos años de guerra. Los jueces, argumentó, tenían que imaginar que «la humanidad misma» estaba ante ellos, gritando una única y simple súplica:

Después de esta prueba a la que ha sido sometida la humanidad, la propia humanidad, que lucha ahora por restablecer en todos los países del mundo esas cosas sencillas que tenemos en común —libertad, amor, comprensión—, viene a este tribunal y clama: «Estas son nuestras leyes, ¡que prevalezcan!».

Estas contundentes palabras fueron las que los asesinos dejaron sobre el cadáver.

*

La Academia de Policía fue la última parada de nuestro recorrido por Montevideo. Cuando Otero y su equipo dieron por concluida la investigación del asesinato, el baúl se trasladó al archivo policial, donde había permanecido desde entonces en un estado de deterioro prolongado; sin embargo, técnicamente seguía siendo una prueba.

Almeida, la directora del archivo de la policía, reapareció con una camisa holgada de seda verde, los labios pintados, zapatos de piel de serpiente y el pelo oscuro peinado con esmero. Hablaba precipitadamente, sin detenerse apenas para respirar mientras se disculpaba por el estado algo ruinoso de la academia. Nos dijo que todo el archivo policial iba a trasladarse en breve a la sede del centro de Montevideo. El plan era distribuir importantes piezas históricas entre diferentes comisarías de todo el país para que pudieran mostrar parte de la historia uruguaya. Pero entretanto todo seguía ahí, amontonado en el edificio regio donde antes estaban las oficinas del comandante de la Policía Nacional. El baúl, me advirtió, no se había conservado adecuadamente: solo quedaba la parte superior. Unos años antes, durante otra mudanza, algunos empleados habían creído que la parte inferior era basura y lo habían tirado. Es una pena que se pueda prescindir de la historia con tanta ligereza, se lamentó. Hacía lo que podía.

Finalmente abrió las puertas del antiguo despacho del comandante, cuya entrada estaba flanqueada por imponentes columnas blancas. Cuando eché un vistazo al interior, comprendí por qué me había puesto sobre aviso. Parecía una chatarrería: montones de cajas arrimadas a las paredes, sillas de oficina apiladas unas sobre otras, vitrinas vacías arrinconadas. En una sala adyacente había viejos carteles de la policía y pruebas abandonadas: Almeida me mostró un par de puertas de madera acribilladas, almacenadas provisionalmente junto al baño.

El baúl, o lo que quedaba de él, estaba sobre una gran mesa de conferencias en lo que antes había sido una espaciosa recepción. Las manchas de sangre seguían claramente visibles, unas manchas secas de color parduzco que teñían la deshilachada tela de la parte exterior. Mostraba salpicaduras de pintura de cuando se habían repintado las paredes del museo de la policía, explicó Almeida. Silva señaló la cerradura oxidada, como si quisiera subrayar el tiempo transcurrido desde su último uso. Almeida y él insistieron en sacarlo a la luz para que pudiera verlo; lo levantaron con cuidado y lo acercaron a la puerta. Después de apoyarlo en una de las grandes columnas blancas, retrocedieron unos pasos. «Aquí hay ADN», dijo Silva. Confesó que cuando había visto el baúl por primera vez, en 2010, tuvo la tentación de llevarse un trozo para someterlo a una prueba de ADN, pero no lo hizo. En la parte interior se veía por dónde se habían filtrado las manchas de sangre a través de la madera y de la tela. Antes hedía, me dijo Almeida. Durante muchos años el museo había mantenido el baúl firmemente cerrado.

«¡Tócalo», me dijo. Vacilé: aquello era una prueba y no quería contaminarla más. «En serio, tócalo», insistió. Me pareció una orden. Las zonas manchadas de sangre parecían más húmedas que el resto, aunque hubiesen pasado sesenta años; un efecto secundario de la humedad del verano, o quizá se tratara de mi propia imaginación. «Es un privilegio —me dijo Almeida—. Es muy importante, emocionalmente, para el pueblo judío, para el pueblo alemán y también para nosotros. Me pone la piel de gallina. Es como contactar con un momento formativo para toda la humanidad.»

Nos quedamos observando los restos del baúl. Cukurs era una persona que requería «más de una lectura», explicó Almeida. Su familia daba una versión de la historia, mientras que los familiares de aquellos a los que había contribuido a matar y encarcelar tenían otra. Se sentía orgullosa de que los investigadores uruguayos que habían acudido a la escena del crimen hubiesen elaborado lo que ella llamaba una «tabula rasa objetiva» de la ejecución. «Sin emociones», recalcó.

16. Marcelo Silva y Linng Cardozo, El Mossad y la ejecución de Herberts Cukurs en Uruguay. Montevideo: Carlos Álvarez, 2010.

17. «Uruguay: Man in the Icebox», Time, 19 de marzo de 1965.

http://content.time.com/time/subscriber/
article/0,33009,833564,00.html.

18. «Die Spinne: Informationen Bundeskriminalamt», VWI-SWA Cukurs, Herbert, Protokoll Die Spinne 1965.

19. «Nazi eagle in Uruguay auction “should go to museum”», BBC, 22 de julio de 2020.

https://www.bbc.com/news/world-latin-america-53486061.

20. Anton Kuenzle y Gad Shimron, The Execution of the Hangman of Riga: The Only Execution of a Nazi War Criminal by the Mossad, traducción al inglés de Uriel Masad. Londres: Vallentine Mitchell, 2004, p. 127.

21. Silva y Cardozo, El Mossad, pp. 150-153. Texto original: G. M. Gilbert, Nuremberg Diary. Nueva York: Farrar, Straus, and Giroux, 1947.

22. La última línea del discurso de Shawcross reza: «El padre —¿recuerdan?— señaló al cielo y pareció decir algo a su hijo». «One Hundred And Eighty-Eighth Day», sábado 27 de julio de 1946, Nuremberg Trial Proceedings, vol. 19, The Avalon Project, Yale Law School Lillian Goldman Law Library.

https://ava lon.law.yale.edu/imt/07-27-46.asp.

23. Sir Hartley Shawcross, «Closing Statement by the British Prosecution», 26 de julio de 1946, Robert H. Jackson Center.

https://www.roberthjackson.org/nuremberg-event/closing-statement-by-the-british-prosecution/

2. Boris

En una fotografía, mi abuelo Boris aparece en el centro de una boda familiar con una flor prendida en el ojal, mirando a la cámara por encima de las cabezas de los novios. Lleva el pelo repeinado hacia atrás y el pañuelo perfectamente doblado en el bolsillo. Tiene la frente amplia y la nariz y la boca estrechas, rasgos que transmitió a mi padre y que a su vez él me transmitió a mí. Ya ha cumplido veinticuatro años, edad de servir en el ejército. En el extremo derecho de la foto aparece su padre, Kārlis. Sus rasgos son más afilados que los de su hijo, esa clase de ojos cavernosos que se ven en los cuadros de Egon Schiele, el traje algo arrugado, la corbata torcida. Su mujer, mi bisabuela Leontine, está de perfil a su lado, con el pelo recogido en un moño bajo y el puño apoyado en el hombro de su marido. La fotografía es del 26 de abril de 1942. Diez meses después de la ocupación alemana de Letonia y cuatro meses después de la Conferencia de Wannsee en la que los diputados de Hitler se reunieron para coordinar la «Solución final a la cuestión judía».[24] Para entonces, unos cincuenta y siete mil judíos ya habían sido asesinados en la Letonia ocupada. Los asesinatos continuaban en las calles y bosques cercanos mientras mi abuelo y sus familiares se reunían para celebrar una boda.

Kārlis y Leontine habían huido de Letonia durante la Primera Guerra Mundial, junto con las multitudes que acataban las órdenes de evacuar la zona y dirigirse al este para huir del avance alemán. Se instalaron en Rybinsk, una ciudad comercial del Volga, al noreste de Moscú. En mayo de 1918, Leontine dio a luz a Boris. Dos años más tarde, tras años de turbulencias y guerra, el incipiente gobierno de la Rusia soviética interrumpió sus intentos de someter Letonia. Por primera vez en la historia, Letonia no dependía de ningún dominio imperial. Desde su exilio en Rybinsk, probablemente Kārlis y Leontine se unieron a sus compatriotas para brindar por el inicio de su tan esperada nación. Comenzaron a hacer los preparativos para regresar a su patria, ahora un país independiente.

La idea de nación moderna, y el concepto de nacionalismo, provienen del campo letón. A finales del siglo xviii, un joven pastor alemán llamado Johann Gottfried von Herder iba de granja en granja recopilando canciones populares locales. Estudiante de Immanuel Kant, había conseguido un puesto como profesor visitante en la escuela catedralicia de Riga.[25] En las aldeas letonas escuchó unas canciones populares que los letones llaman dainas, poemas de cuatro versos que mezclan historias de mitos paganos con la vida cotidiana. Eran canciones curiosas, diferentes de las que Herder había oído en Alemania o Königsberg. Parecían propias de los habitantes de la zona, que consideró un «pueblo», en el sentido de que compartían una cultura, y esa cultura estaba ligada a la tierra. Algunos eran inocentes relatos de la vida agrícola, mientras que otros apelaban a los dioses paganos. Al estudiar estos poemas, Herder comenzó a formular una teoría sobre los lazos que unen a los pueblos, las culturas y los Estados; sobre lo que constituye una nación. Le pareció que los cantos letones en particular poseían «una presencia viva que nunca nada escrito podrá conseguir».[26]

Mientras Herder exploraba la campiña báltica, surgían nuevas naciones en todo el mundo, y las antiguas mostraban nuevas exigencias. Investigó las causas y las virtudes de estas recientes formaciones nacionales, qué las mantenía unidas y qué las diferenciaba: «¿Qué tipo de virtudes o antivirtudes han gobernado a los seres humanos en todas las épocas? ¿Las inclinaciones del ser humano han mejorado o empeorado con el tiempo, o han permanecido inamovibles?», se pregunta en un primer borrador.[27] ¿Empeoraban o mejoraban los seres humanos? Empezaba a percibir cuánta belleza había en una nación, pero también le preocupaba que la fuente de toda esa belleza pudiera conducirla a su desaparición. Advirtió que la formación de las identidades nacionales podría llevar a las naciones a enfrentarse entre sí, dar paso a los prejuicios, a una «¡mentalidad de rebaño! ¡Al nacionalismo limitado!». Su advertencia fue el primer uso conocido de la palabra «nacionalismo».

En 1870, cien años después de que Herder cabalgara por la campiña de Letonia, un grupo de jóvenes de la Universidad de Tartu formó la primera fraternidad estudiantil letona. La llamaron Lettonia, invocando el nombre latino de su todavía incipiente nación. Se convertiría en la hermandad estudiantil más elitista del país; solo los de etnia letona podían unirse a ella. Rusos, judíos y alemanes

formaron sus propios grupos.[28] La fraternidad, al igual que la nación, se definiría excluyendo a aquellos que no fuesen savējie, de los suyos. El antisemitismo no era nada nuevo: en 1766, el Consejo Municipal de Riga había emitido un edicto que limitaba las actividades económicas de los comerciantes judíos; en 1810, la comunidad judía de Riga escribió una carta a sus vecinos cristianos pidiendo ser reconocidos como «miembros competentes de la sociedad». En 1861, los periódicos alemanes publicaron informes sobre la persecución de los judíos en Riga. Las cosas mejoraron ligeramente antes de empeorar: más de veinte mil judíos de Polonia y Ucrania huyeron a Letonia a finales del siglo xix, escapando de los pogromos de sus ciudades. El sentimiento antisemita aumentó en respuesta a esta afluencia de recién llegados, pero algunas figuras nacionales letonas lo combatieron. Krišjānis Valdemārs, escritor y erudito que se convertiría en el representante del Despertar Nacional Letón, escribió que los letones podían aprender de sus eficaces vecinos judíos en lugar de perder el tiempo envidiándolos y ridiculizándolos. En 1866, un periódico de Riga afirmaba que los judíos pertenecían a Letonia más que a ningún otro lugar, porque eran «la prueba viviente de cuánto puede fortalecerse una nación pequeña y despreciada, y en ellos vemos claramente lo que puede lograrse mediante la atención, la paciencia y la camaradería».[29] Sin embargo, incluso estos esfuerzos conciliadores señalaban a los pueblos judío y letón como inequívocamente distintos.

Boris Kinstler, con una flor en el ojal, posa en el centro de esta fotografía de una boda familiar (1942).

Cuando en 1938 llegó el momento de que mi abuelo estudiara en la Universidad de Letonia, fue a Lettonia y solicitó entrar en la fraternidad. Esta todavía existe: he consultado su página de Facebook[30] y su sitio web, donde abundan las fotografías de celebraciones, marchas, conferencias, duelos de esgrima y «veladas literarias».[31] El sitio web promete que el grupo ofrece «refugio y protección a los estudiantes letones que se reúnen para crecer en el espíritu nacional y el amor a la patria».[32]

Casi todo lo que sé sobre Boris proviene de los documentos que presentó para ingresar en Lettonia: un currículum, una tira de fotos de su cara y una pequeña cuota de solicitud. En su carta a la cofradía incluye una breve historia de su vida, empezando por el regreso de su familia a Letonia en 1920 para reclamar sus tierras. Durante la Primera Guerra Mundial, Kārlis había escapado por los pelos de los alemanes gracias a su dominio del idioma alemán y quería que su hijo tuviera la misma protección. Así que Leontine y él enviaron al joven Boris a una escuela alemana en la pequeña ciudad de Saldus, donde evidentemente le costó encajar. «Fueron siete años difíciles para mí, que todavía recuerdo con orgullo —escribió Boris en su solicitud—. Siendo un niño letón, sufrí mucho allí.» Ya había aprendido a encajar sus experiencias personales en el relato más amplio de su nación, que también había sufrido, luchado y vencido. Kārlis trabajaba como granjero y Leontine se encargaba del hogar. Más tarde enviaron a su hijo a estudiar secundaria en Liepāja, una animada ciudad portuaria. Según la hemeroteca letona, allí obtuvo el tercer puesto en un concurso de excavación,[33] y según cuenta él mismo tuvo un desafortunado incidente con la profesora de alemán, una tal Frau Recke, que casi provocó su expulsión. También fue allí donde conoció a una chica llamada Biruta, que se peinaba el cabello en dos largas trenzas rubias. Mi abuela, la mujer que un día guardaría en silencio las muchas preguntas sin respuesta que Boris dejó atrás.

La solicitud de Boris en Lettonia fue aceptada. Se unió a la fraternidad en el otoño de 1938, cuando se matriculó en el Departamento de Agricultura de la universidad. Dos años antes, otro ambicioso letón de rasgos severos había sido aceptado en la misma cofradía. Se llamaba Viktors Arājs, hijo de una madre soltera que luchaba por llegar a fin de mes. Había conseguido una beca completa para matricularse en la

Facultad de Derecho, pero no bastaba para mantenerse a sí mismo y a su familia. «Buscando un trabajo a tiempo parcial, fatídicamente se unió a la reserva de la policía —escribe el historiador Richards Plavnieks—. Este trabajo en paralelo le quitaba cada vez más tiempo para estudiar, lo que le llevó a suspender en varias ocasiones.» Sin embargo, en 1939, Arājs volvió a la universidad y a Lettonia por última vez, decidido a terminar su carrera de derecho. Finalmente lo consiguió en 1941 y se graduó como «jurista soviético», término con el que después se definiría a sí mismo.[34] La primera ocupación soviética de Letonia supuso que tanto él como el resto de la hermandad tuvieran que acatar los códigos y leyes soviéticos si querían sobrevivir. «Indudablemente, en aquel entonces yo era comunista», comentaría Arājs décadas después, cuando le juzgaron por crímenes de guerra. Pero si entonces era comunista, pronto cambiaría sus lealtades: porque, ante todo, Arājs fue un oportunista.[35] Durante su carrera universitaria, debió de conocer a Boris en el club Lettonia, la sede de la red de antiguos alumnos del país. Fue el comienzo de su prolongada y tristemente célebre asociación.

En 1940, la Unión Soviética ocupó Letonia y prohibió casi inmediatamente las fraternidades estudiantiles, considerándolas reductos de nacionalistas y enemigos de clase. Lettonia pasó a la clandestinidad al encontrarse Letonia, una vez más, bajo el control de Moscú. La hermandad siguió reuniéndose clandestinamente, unas veces en un restaurante del centro de la ciudad, otras en las casas de sus miembros.[36] Este periodo señala el inicio de lo que los letones llaman el Baigais Gads, el Año del Horror. Se nacionalizaron los bancos, se confiscaron y redistribuyeron las viviendas, se destruyeron las bibliotecas, se transformaron las escuelas y se desalentó la asistencia a la iglesia. «Así, los habitantes de los países bálticos se convirtieron en ciudadanos soviéticos —escribió el gran escritor polaco Czesław Miłosz sobre aquel momento—. Para las nuevas autoridades, esta masa de personas que vivía tan avergonzada con respecto al resto de la Unión constituía una escandalosa reliquia del pasado.»[37]

Los soviéticos reunieron y deportaron a familias letonas y judías acomodadas: las amontonaron en camiones de ganado y las enviaron a campos de Siberia. El dos por ciento de la población de la nación fue asesinada y eliminada de esta forma. Entre ellos, mi tía abuela Velta, su hermana Maija, su madre y su abuela. El padre de Velta fue

asesinado incluso antes de llegar al tren. «Buscaban a papá; dispararon sus fusiles contra el roble y el castaño porque creían que se había escondido entre las ramas», recordaría Velta años después. Al llegar a Siberia, lucharon por sobrevivir. «Mi madre murió en 1943 y yo no tenía nada que ponerme en los pies. Creo que también estuve a punto de morir.» En la actualidad, su pueblo, Bauska, conmemora con placas a los deportados. «Junio-julio de 1941: A los que nunca volvieron», rezan. Es la misma frase que, en otros países y en toda Letonia, se usa para honrar a los que nunca regresaron de los campos de concentración y los guetos nazis. A algunas de las familias judías deportadas —las que lograron sobrevivir al frío, el hambre y los trabajos forzados— el traslado a Siberia debió de parecerles, en retrospectiva, un macabro golpe de buena suerte.

En julio de 1941, el pueblo de Bauska solo tardó treinta minutos en cambiar de manos; los soviéticos abandonaron la ciudad a las tres de la tarde y las fuerzas alemanas llegaron a las tres y media.[38] El 1 de julio, el brigadier de las SS Walter Stahlecker, comandante del Einsatzgruppe A, entró en Riga. Arājs fue la primera persona que conoció.[39] El alemán encargó al joven abogado letón que formara su propia unidad policial. El nombramiento de Arājs como jefe de la unidad se confirmó al día siguiente.

Este hecho supuso un cambio brutal en la carrera de Arājs: había entrado en Lettonia con la esperanza de conseguir un éxito similar.[40] El 4 de julio publicó un anuncio en el nuevo periódico nacionalista Tevija, donde solicitaba que «todos los letones de ideología nacionalista que deseen formar parte activa en la limpieza de elementos nocivos para nuestro país» se presentaran en la «sede del Kommando de Seguridad en la calle Valdemārs, 19». Su objetivo era «dirigir una unidad formada por nacionalistas radicales y la flor y nata de la sociedad letona de preguerra», escribe Plavnieks. Arājs recurrió a los miembros de Lettonia en busca de nuevos reclutas.[41] Siete de los cuarenta miembros fundadores eran sus hermanos de fraternidad. Probablemente uno de ellos fue mi abuelo Boris.

Mi abuela no quería creer que Boris se había unido al Kommando por voluntad propia. Le dijo a mi padre que los hombres de Lettonia echaron a suertes quiénes se unirían a la unidad asesina de Arājs porque ninguno parecía estar especialmente predispuesto a ello. Mi abuela no había conocido a Boris durante la guerra –entonces estaba

casada— y después prefirió no indagar demasiado. Técnicamente todos los hombres eran voluntarios, pero la decisión de alistarse en el Kommando se vio, en ocasiones, «afectada por presiones y amenazas que ponían en peligro la existencia física de la persona —escribe el historiador Rudīte Vīksne—. En las condiciones de un país ocupado por partida doble, es difícil establecer un criterio claro de elección voluntaria.»[42] El estudioso del Holocausto Lawrence Langer acuñó el término «elección sin elección» para describir este tipo de cálculo moral.[43] «Durante la guerra, la situación en el territorio ocupado por los nazis hacía imposible que los civiles pudieran mantenerse al margen del régimen de ocupación», escribe la historiadora Franziska Exeler. «La administración alemana dependía en gran medida del empleo de ciudadanos soviéticos (en particular como policías, alcaldes y dirigentes de las aldeas) y, voluntaria o involuntariamente, estos individuos se vieron involucrados o fueron cómplices de los crímenes alemanes.»[44]

Tras la publicación del anuncio en la prensa, Arājs y sus hermanos de fraternidad colocaron mesas ante la sede de Lettonia y empezaron a inscribir a los nuevos reclutas que respondían al llamamiento. Al anochecer, Arājs y sus colegas de «ideología nacionalista» asaltaron las calles de Riga. No sé, ni tengo forma de saber, si mi abuelo Boris estaba entre ellos, pero me temo lo peor. Los hombres se congregaron ante la Gran Sinagoga Coral de la calle Gogol, la mayor de la ciudad. Los judíos lituanos que habían huido a Riga desde Vilnius, Kaunas, Siauliai y otros lugares estaban refugiados en su sótano. El Kommando Arājs atacó. «Los escritos sagrados fueron arrancados de sus anaqueles y arrojados a las llamas. Guardias con ametralladoras rodearon la sinagoga y dispararon a cualquiera que intentara escapar —escribe el historiador Bernhard Press en The Murder of the Jews in Latvia—. Los gritos de las víctimas en llamas se oyeron a gran distancia y aterraron a los habitantes de las casas vecinas. Poco después, algunos abandonaron sus hogares para siempre, porque les parecía que seguían oyendo los gritos de las víctimas que se quemaban.»[45] Un noticiero nazi grabó el asalto; la grabación comienza con escenas de hombres judíos siendo arrastrados por las calles y termina con imágenes de las vidrieras de la Sinagoga Coral conteniendo el fuego, el techo de madera destruido y las llamas ascendiendo de la sala de la congregación hacia el cielo. Muy pronto todas las sinagogas de Riga, salvo una, acabarían destruidas.

24. Véase «Wannsee Conference and the “Final Solution”». US Holocaust Memorial Museum, Washington DC.

https://encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/wannsee-conference-and-the-final-solution.

25. Steve Naragon, «The Herder Notes from Immanuel Kant’s Lectures», Manchester University, junio de 2021.

https://users.manchester.edu/FacStaff/SSNaragon/Kant/HerderNotesComplete/BeginHere.htm.

26. Johann Gottfried von Herder, «Correspondence on Ossian». En: Burton Feldman y Robert D. Richardson (comps.), The Rise of Modern Mythology. Bloomington: Indiana University Press, 1975, pp. 229-230. También citado en: Svetlana Boym, Future of Nostalgia. Nueva York: Basic Books, 2001, p. 12.

27. Johann Gottfried von Herder, This Too a Philosophy of History for the Formation of Humanity [an early introduction]. En: M. Forster (ed.), Herder: Philosophical Writings. Cambridge Texts in the History of Philosophy, Cambridge: Cambridge University Press, 2002, pp. 268-271.

28. Richards Plavnieks, Nazi Collaborators on Trial During the Cold War: Viktors Arājs and the Latvian Auxiliary Security Police. Series: The Holocaust and Its Contexts. Londres: Palgrave Macmillan, 2018, p. 36.

29. Dienas Lapa, 14 de octubre de 1886. «Mums der par dzīvu pierādījumu, cik ļoti var stiprināties kāda maza, nicināta tautiņa, pie viņiem mēs skaidri redzam, ko panāk caur izmanību, pacietību un savstarpēju ciešu kopību.»

30. Facebook de Lettonia.

https://www.facebook.com/lettonus/.

31. «Lettonia, 1870/1882.»

https://lettonia.lv/.

32. «Lettonia – pajumte un aizstāvība latviešu studentiem, kas pulcējas, lai augtu tautiskā garā un tēvzemes mīlestībā.»

https://lettonia.lv/parlettoniu/.

33. «Valsts prezidenta balvas mazpulkiem», Zemgales Balss, núm. 200, 6 de septiembre de 1937.

http://periodicals.lndb.lv/periodika2-viewer/?lang=fr#panel:pa|issue:114041|article:DIVL143.

34. Plavnieks, Nazi Collaborators, p. 36.

35. Andrew Ezergailis, The Holocaust in Latvia 1941-1944: The Missing Center. Washington DC: United States Holocaust Memorial Museum, 1996, p. 177.

36. «During occupation», Lettonia.

https://lettonia.lv/vesture/gara-vesture/okupacijas-laiks/.

37. Czesław Miłosz, «The Problem of the Baltics», Captive Mind. Nueva York: Vintage International Edition, 1990, p. 229.

38. Los minutos exactos que tardó un régimen de ocupación en dar paso a otro siguen siendo objeto de debate. El historiador Andrew Ezergailis estima que Bauska cambió de manos en menos de treinta minutos y que la mayoría de las ciudades letonas pasaron del control soviético al alemán en cuestión de horas. Inesis Feldmanis tilda estas estimaciones de «visión radical» y de «interpretación simplificada del interregno entre la salida de las últimas tropas del Ejército Rojo (los antiguos ocupantes) y la llegada de los primeros soldados de la Wehrmacht (los nuevos ocupantes)». Véase Inesis Feldmanis, «Latvia under the Occupation of National Socialist Germany 1941-1945», The Hidden and Forbidden History of Latvia Under Soviet and Nazi Occupations 1940-1991, Simposio de la Comisión de Historiadores de Letonia, vol. 14, Instituto de la Historia de Letonia, Riga, 2005.

39. Plavnieks, Nazi Collaborators, pp. 29-30.

40. Ezergailis, The Holocaust in Latvia 1941-1944, p. 178.

41. Plavnieks, Nazi Collaborators, p. 30.

42. Rudīte Vīksne, «Members of the Arājs Kommando in Soviet Court Files», The Hidden and Forbidden History of Latvia Under Soviet and Nazi Occupations 1940-1991, Simposio de la Comisión de Historiadores de Letonia, vol. 14, Instituto de Historia de Letonia, 2005, p. 195.

43. Lawrence L. Langer, «The Dilemma of Choice in the Deathcamps», Centerpoint, vol. 4, núm. 1 (1980): 222-232.

44. Franziska Exeler, «“What Did You Do During the War?” Personal Responses to the Aftermath of Nazi Occupation», Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History, vol. 17, núm. 4 (otoño de 2016), p. 809.

45. Bernhard Press, The Murder of the Jews in Latvia 1941–1945, traducción de Laimdota Mazzarins. Chicago: Northwestern UP, 2000, p. 46.

3. Cukurs

Otro hombre, un letón con una reputación formidable, se uniría muy pronto al Kommando Arājs. De hombros anchos, cabello rubio cuidadosamente peinado y la piel curtida de un aventurero. Nacido en 1900 y criado en Liepāja, donde también había estudiado Boris, aquel hombre construía sus propios aviones y era célebre por sus increíbles viajes transcontinentales, hazañas de la aviación que le habían granjeado admiradores internacionales. Había luchado en la guerra de independencia de Letonia, había estudiado en la escuela de aviación militar y había servido en las recién creadas fuerzas aéreas del país, que abandonó con el grado de capitán.[46] Durante la década de 1930 sus compatriotas siguieron con interés sus vuelos; con cada nuevo lugar exótico que visitaba, parecía ampliar los límites imaginarios de su pequeña nación. En la cima de su carrera aérea voló a Shanghái, Hong Kong, Tokio, Roma, Serbia, India, Dakar, Senegal, Gambia y Jerusalén mientras enviaba breves mensajes y fotografías a los periódicos de su país, donde sus fieles lectores seguían ansiosamente sus avances por el mundo. Sus artículos de 1937 incluyen relatos de un «Peligroso encuentro en la selva», «Caza nocturna de cocodrilos», «Noche sagrada en la catedral de Hanói» y «Almuerzo con los hijos del maharajá indio». Se le conocía como el «Lindbergh letón». Se llamaba Herberts Cukurs.

En 1933, Cukurs ganó para Letonia el trofeo Harmon, uno de los principales premios de aviación, el mismo año que Anne Morrow Lindbergh, la esposa de Charles, lo ganaba para Estados Unidos. «El Lindbergh letón llega hoy», anunciaba el Shanghai Times el 25 de mayo de 1937, con motivo de la llegada de Cukurs a la ciudad. Dos días más tarde, el China Press publicó una fotografía y una entrevista con el «Lindbergh letón en Shanghái», donde Cukurs, «con una amplia sonrisa», aseguraba al reportero que «los nativos cazadores de cabezas de Borneo son tipos amistosos. Solo se entregan al deporte de cortar cabezas si no les caes bien. Los cazadores de cabezas de Borneo son los caballeros de la selva». Su fotografía apareció en periódicos de todo el mundo: allí estaba, desembarcando de su fiel C-3 biplaza en Yakarta, o

en Osaka, siendo recibido por un pequeño grupo de dignatarios. Al regresar de su gira por la Palestina británica, Cukurs dio una conferencia en el Club Judío de Riga en la que ensalzó las virtudes del proyecto sionista. El público le escuchó embelesado, imaginando su patria prometida.[47]

Al igual que el estadounidense Lindbergh, Cukurs buscaba fama y seguidores. Era la clase de hombre que quería que la gente contara historias sobre él, que conociera su nombre, que lo reconociese en la calle y en el cine, donde a veces se proyectaban noticiarios de sus viajes. Le encantaba que le fotografiasen junto a su avión y que sus vuelos aparecieran en los periódicos. En los años treinta, cuando tanto Lindbergh como Cukurs recorrían los cielos, la figura del aviador había llegado a representar el orden, el éxito y el esfuerzo. El hombre del cielo representaba la «nueva era» de la humanidad; era el «héroe aviador» que con cada vuelo empujaba al ser humano a la modernidad. «Ninguna máquina requiere tanta concentración por parte de la mente humana, tanta voluntad de poder, como la máquina voladora», escribió Guido Mattioli en su libro de 1935 Mussolini Aviatore, donde documentaba las hazañas aéreas de il Duce, que obtuvo su licencia de piloto en su juventud. «Por lo tanto, parece haber una afinidad espiritual interna y necesaria entre la aviación y el fascismo. Todo aviador nace siendo fascista.»[48] Ese mismo año, otro escritor italiano, el futurista Cristoforo Mercati, escribió que los vuelos de il Duce eran la «quintaesencia de nuestra era fascista». Señalaban la llegada del futuro fascista: «El instinto de Ícaro, el instinto humano que nos impulsa a volar..., no se ha extendido en ninguna generación de una forma tan profunda, con tanta fuerza y pasión, como en la nuestra».[49] El vínculo de la aviación y el fascismo fue real en el caso del estadounidense Lindbergh: él y su esposa viajaron a la Alemania nazi, aceptaron sus honores e intentaron por todos los medios evitar que Estados Unidos entrara en la guerra.[50] Lindbergh militó a favor del régimen de Hitler en Estados Unidos y en el extranjero; sin embargo, Cukurs llegaría a servirlo.

La carrera aeronáutica de Cukurs había florecido junto con el efímero intento de autodeterminación de la nación; cuanto más alto y más lejos volara Cukurs, más alto y más lejos llegaría Letonia. En 1935, a su regreso de Gambia, un breve y antiguo puesto colonial letón, recompensaron a Cukurs con una modesta granja en Bukaiši, un pueblo cercano a la frontera con Lituania.[51] Su libro sobre el viaje, Mi

vuelo a Gambia, con fotografías tomadas desde su cabina, se convirtió en una pieza de coleccionista y ofreció a los letones vistas aéreas de la Sierra Nevada española, de Casablanca y los Alpes franceses. En 1937, Kārlis Ulmanis, el autoritario primer ministro de los años de entreguerras, concedió a Cukurs la Orden de las Tres Estrellas, el más alto honor del Estado, por sus meritorios servicios a la nación. La condecoración iba acompañada de una cruz blanca con la inscripción «Par Teviju» («Por la patria») y «per aspera ad astra» («a las estrellas a través de la adversidad»).

Cuando llegó el Año del Terror de 1941 y el ejército soviético se apoderó rápidamente de la ciudad, la fama de Cukurs y su reputación como hábil piloto y mecánico le aseguraron un mínimo de protección. Aquel año lo requirieron en Moscú, donde las autoridades solicitaron su ayuda para construir la flota aérea soviética.[52] Corrió el rumor de que los soviéticos intentaron conquistarle con un flamante Cadillac. Pero entonces cambiaron las tornas. «A finales de junio de 1941 estalló la gigantesca lucha entre dos colosos —escribiría Cukurs después de la guerra—. La Alemania de Hitler arrinconó al destrozado Ejército Rojo hacia el este con victorias tan apabullantes que se llegó a creer que el Coloso Rojo se derrumbaría para no levantarse jamás. En cuestión de semanas, Letonia se liberó de las tropas comunistas por primera vez en setecientos años. Los letones recibieron a los alemanes con flores y alegría. Toda la nación respiró aliviada y creyó que tras un difícil año de ocupación soviética en el que Letonia había perdido su independencia, volvería a ser un estado libre dentro de la familia de las naciones.»

Cukurs contribuyó a este esfuerzo uniéndose al nuevo escuadrón de la muerte de Arājs.[53] Las unidades letonas del Sicherheitsdienst (SD) o Servicio de Seguridad, las divisiones de «inteligencia» de las SS, estaban «inicialmente formadas por voluntarios que buscaban vengarse por sus familiares torturados hasta la muerte o deportados a Siberia por la ocupación soviética, así como por aquellos que querían continuar su carrera militar», escribe el historiador letón Uldis Neiburgs.[54] En el gueto de Riga, los judíos llegaron a reconocer a los miembros de Lettonia llamándolos Arājsen Burschen, los compañeros de fraternidad de Arāj.[55] Debido a su fama, Cukurs era el más reconocible de todos ellos.

Hay varios relatos sobre el papel que asumió en el Kommando.

Conservó su rango militar letón, Kapteinis o capitán Herberts Cukurs, pero sus funciones exactas han sido objeto de debate histórico y jurídico. En los documentos judiciales de la posguerra se le describe como «ayudante» de Arājs, uno de sus colaboradores más cercanos; por su parte, en una ocasión Arājs mencionó a Cukurs como «oficial de armas». En otros relatos, se le describe como mecánico o chófer, responsable de trasladar a los hombres del Kommando desde su cuartel general hasta el gueto y los campos de exterminio.

A partir de testimonios, documentos e historias, empecé a unir los fragmentos para hacerme una idea de la participación de mi abuelo, ordenando las narraciones fragmentadas de la guerra. En un relato histórico fundamental del historiador letón-americano Andrew Ezergailis, El Holocausto en Letonia, leí cuán cómoda era la sede del Kommando, con su chimenea, su patio y un garaje. «En los inicios, los Kinsler enseñaban rudimentos de alemán en la sala de estar», escribe Ezergailis.[56] El dominio del idioma por parte de mi abuelo le valió el papel de «oficial de enlace» con el mando alemán, un puesto que resultaría decisivo para su destino final. «Al otro lado de la calle, en el parque, el comando practicaba ejercicios básicos de marcha y tiro. En algún momento de la estancia del comando, se estableció también allí el Instituto Antisemita», escribe Ezergailis. Reunían libros y artefactos religiosos judíos saqueados de sus misiones, y puede que llegaran a exponerlos. Utilizaban el sótano como prisión.

El Kommando Arājs no tenía que ser una unidad permanente; los alemanes se mostraban cautelosos a la hora de armar a los lugareños y no querían darles demasiado poder. «El Sonderkommando Arājs fue uno de los inventos más significativos de las primeras etapas del Holocausto», explica Ezergailis. Los comandantes nazis que supervisaban la operación en el Este —Heinrich Himmler, Reinhard Heydrich, Walter Stahlecker, Rudolf Lange, Friedrich Jeckeln— imaginaron que el cometido de la unidad se limitaría a «llevar a cabo pogromos». Se suponía que era un trabajo rápido, un «Holocausto a balazos» que no requería la infraestructura de trenes, campos de exterminio y cámaras de gas. Y durante un tiempo, así fue. Hay varios relatos que hablan de la entusiasta participación de Cukurs en las matanzas. En el bosque de Rumbula, donde veinticinco mil judíos fueron asesinados en el transcurso de unas pocas semanas, se dice que Cukurs estuvo presente, que elogió la puntería de los alemanes y que se unió a ellos en los pelotones de ejecución. «Aunque los hombres de

Arājs no fueron los únicos en estas operaciones del gueto, en la medida en que participaron en las atrocidades allí cometidas, la principal responsabilidad recae sobre los hombros de Herberts Cukurs», escribe Ezergailis.[57] Una nota acompaña a esta frase. Paso las páginas para ver qué dice y encuentro lo que parece ser la semilla de la negación: «Aunque en la literatura del Holocausto en Letonia Cukurs aparece como uno de los grandes monstruos, hay muy pocas pruebas reales en su contra. Los testigos letones apenas lo mencionan, salvo como un hombre atareado en el garaje. Las pruebas más contundentes contra Cukurs son las atrocidades cometidas en el gueto la mañana del 30 de noviembre».

El 30 de noviembre despertaron a los judíos del gueto de Riga a las cuatro de la mañana y los reunieron para trasladarlos al bosque de Rumbula. La matanza comenzó en el mismo gueto. «Los hombres de Arājs, unos cien, estaban bajo el mando de Herberts Cukurs», escribe Ezergailis. Frida Michelson, una de las pocas supervivientes judías letonas de Rumbula, recordaba haber visto pasar «una columna interminable de personas custodiadas por policías armados. Mujeres jóvenes, mujeres con bebés en brazos, ancianas, personas discapacitadas ayudadas por sus vecinos, niños y niñas, todos avanzando». Un hombre de las SS abrió fuego contra las columnas. «Los policías letones gritaban "¡Más rápido! ¡Más rápido!" y restallaban látigos sobre las cabezas de la gente.» Mientras veía a sus vecinos y amigos marchar hacia la muerte, se sintió paralizada. «No podía pensar en nada más —escribe—. Tienes que mirar. Tú eres testigo. Asimílalo todo. Ahí, ante tu ventana, ante tus ojos, se está representando la tragedia de toda tu nación. Recuerda. ¡No lo olvides!»[58]

Después de la guerra, Michelson contó su historia de supervivencia a todos quienes quisieran escucharla. Funcionarios soviéticos, periodistas, vecinos, amigos..., todos querían saber cómo había sobrevivido. Algunos no la creyeron. Otros contaron su historia por ella. Cuando su relato empezó a cambiar a medida que circulaba, decidió escribirlo. «Era imposible contárselo a todo el mundo», afirma. Se dedicó a tomar notas, a escribir su experiencia. «Algún día tendré hijos. Que lo lean cuando sean mayores; que lo lean y que no lo olviden jamás.»[59]

También Cukurs escribió su historia, o al menos una versión. En una

carta del 26 de julio de 1945, titulada «Letonia durante la ocupación nacionalsocialista», describe la decepción de los soldados letones que, «con las armas en la mano, ayudaron a los alemanes a limpiar el país de tropas rojas». Pero una vez asegurado el control alemán, estos les pidieron que entregaran las armas. «Ya no se hablaba del ejército letón ni de la independencia —escribe Cukurs—. Lo más triste fue la cuestión judía: en el transcurso de medio año Letonia se convirtió en la fosa común de más de cien mil judíos letones e innumerables judíos centroeuropeos que llegaron en vagones de carga a las estaciones de tren de las afueras de Riga.» Su destino «fue tan horrible que me hice más preguntas al respecto». En una llamativa voz pasiva, se lanza a una descripción abreviada de los horrores del Holocausto. «Desde los primeros días de la ocupación, los judíos fueron maltratados y asesinados.» Se acordonó el gueto con alambre de espino y pasó a estar vigilado veinticuatro horas al día. «Cualquiera que entrara en contacto con los judíos podía disparar sin previo aviso.»[60]

¿Quién era «cualquiera»? No menciona sus propias acciones durante este periodo. No explica quién cercó el gueto con una alambrada, quién conducía los autobuses azules de exterminio, quién disparaba durante toda la noche ni quién, en los últimos días de la ocupación, intentó destruir químicamente las fosas comunes. Solo habla de colectivos —nazis, letones, judíos, rojos—, no de vidas individuales ni de responsabilidades individuales, ni mucho menos de la propia. Y, sin embargo, la carta está repleta de detalles sobre las condiciones de vida en el gueto, las ordenanzas nazis y las Aktions que un civil corriente no habría conocido. «Sin duda la historia dará su veredicto sobre estos actos alemanes —escribe Cukurs—. Pero en la memoria del pueblo letón, la ocupación alemana seguirá siendo la más aterradora de todos los tiempos.»

46. «SECRET, 1 March 1955, File 1686, CUKURS, Herberts, declassified and released by the CIA, Nazi War Crimes Disclosure Act, 2003.»

47. La familia Cukurs ha escaneado estos nuevos recortes y los ha puesto a disposición del público en su blog «The Eagle of Baltic Sea».

http://herberts-cukurs.blogs pot.com/.

48. Fernando Esposito, Fascism, Aviation and Mythical Modernity. Londres: Palgrave Macmillan, 2015, p. 3.

49. Ibid., p. 330.

50. En la Smithsonian National Portrait Gallery, Washington DC, se exhibe un busto de bronce con la imagen de Lindbergh; su nombre adorna bolsos de lujo y puestos de información en Las Vegas; tiene su propia entrada en un libro infantil que a mis sobrinas les encanta, una compilación de aventureros históricos. Ninguno de estos artefactos culturales menciona su nazismo.

51. La casa aparece como atracción turística en una guía en inglés de la región de Tervete.

http://www.tervetesnovads.lv/wp-content/uploads/2015/08/Welcome-to-Tervete.pdf.

52. Aldis Purs y Andrejs Plakans, «Cukurs, Herberts (1900-1965)», Historical Dictionary of Latvia, 3.a ed. Nueva York: Rowman & Littlefield, 2017, p. 82.

53. Ezergailis, The Holocaust in Latvia 1941-1944, p. 182.

54. Uldis Neiburgs, «Latvian Military Formations During World War II», (Two Sides): Diaries of Latvian Soldiers in WW II. Vita Zelče y Uldis Neiburgs (eds.), Kārlis Streips (trad.). Riga: Apgāds Zelta Grauds,

2018 (2011), p. 49.

55. Ezergailis, The Holocaust in Latvia 1941-1944, p. 182.

56. Ibid., p. 183.

57. Ibid., p. 192.

58. Frida Michelson, I Survived Rumbuli, traducción al inglés de Wolf Goodman. US Holocaust Memorial Museum, 1979 (1973), pp. 77-78.

59. Ibid, pp. 223-224.

60. Agradezco a Edward Anders que me enviara un ejemplar del relato de Cukurs que él, a su vez, había recibido de Ezergailis.

4. El Kommando

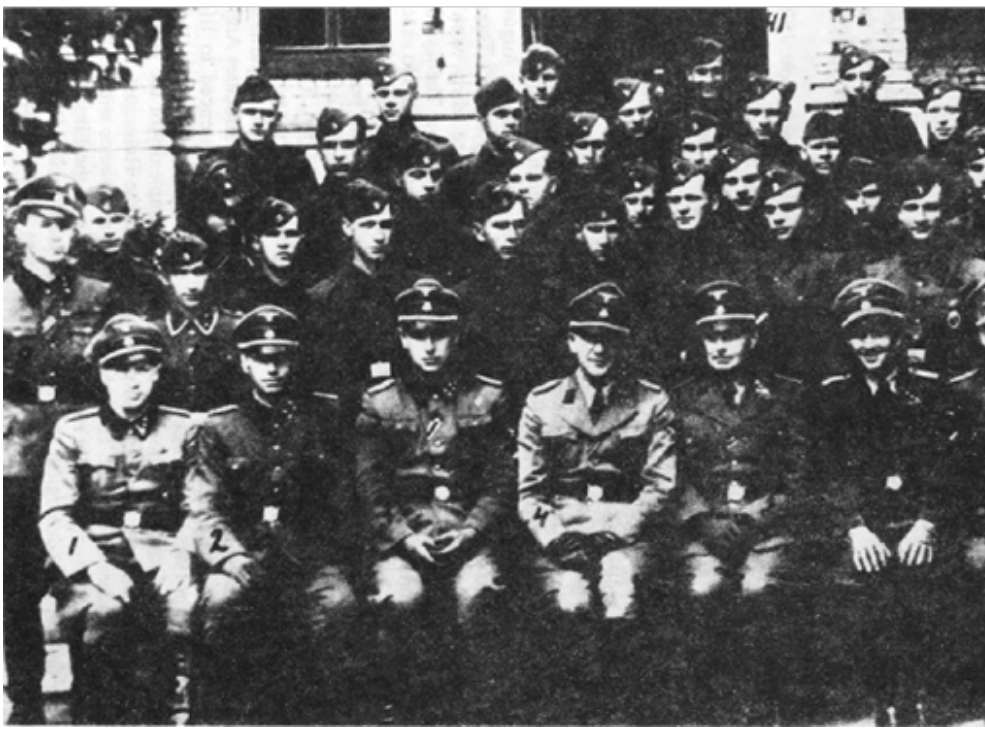
En una fotografía de grupo de 1942, los hombres del Kommando Arājs están en formación de cinco filas; los comandantes al frente, los oficiales detrás. Arājs está sentado en el centro, sonriendo, con las manos flácidas sobre los muslos. A su lado está su superior, Rudolf Lange, el comandante de la Policía de Seguridad alemana en Letonia, antiguo vicecomandante de la policía de Berlín. Tanto Lange como Arājs tenían treinta y dos años en la fotografía. Lange lleva guantes de cuero negro y sonríe. Sus gorras de visera, decoradas con el águila de las SS y un Totenkopf —una calavera con huesos cruzados—, ocultan sus ojos. Detrás, una treintena de jóvenes mira fijamente a la cámara, todas las gorras ladeadas a la derecha y todas con un Totenkopf en lo alto, un pequeño mar de calaveras.

Alguien, tal vez un archivero, ha etiquetado a cada hombre con un número escrito a bolígrafo. Arājs es el número tres, Lange el cuatro. No se identifica a todos y es evidente que se trata de la foto de un grupo selecto: el Kommando Arājs creció de forma espectacular en 1942, que es también el año en que el grupo empezó a llevar uniformes militares estandarizados. Hasta entonces se habían puesto lo que tenían a mano. Ese mismo año los soviéticos rompieron una línea alemana cercana y los alemanes solicitaron refuerzos. Los nuevos reclutas fueron enviados primero a un campo de entrenamiento del SD en Fürstenberg, Alemania, y luego a ocupar puestos en campos de concentración en Letonia o en el frente, cerca de Minsk.[61] Para entonces ya habían asesinado a prácticamente todos los judíos letones, pero llegaban nuevos transportes desde Hannover, Hamburgo, Berlín, Leipzig, Viena y Praga. ¿Qué hacían los otros hombres de Arājs mientras este grupo posaba para el retrato? Cukurs y su rostro reconocible no aparecen por ninguna parte.

Durante mucho tiempo pensé que Boris se había escapado de esa foto de grupo. Examiné los rostros, buscando una coincidencia: tal vez era el hombre con gorra de comandante de la tercera fila cuya cara estaba en penumbra, o quizá fuese el Sturmführer de la segunda fila que

miraba en la otra dirección, casi fuera de encuadre; pero ninguno de los dos se le parecía.

Hasta que comprendí que la fotografía que estaba viendo, la que estaba expuesta en las paredes de los museos y en las cubiertas de los libros, era una versión recortada. El margen derecho cortaba la cara de un hombre. En el Archivo Nacional de Letonia, el historiador Uldis Neiburgs, amigo de mi padre, encuentra la imagen original, en la que aparecen otros seis miembros. Sus imágenes están ligeramente sobreexpuestas y sus rostros difuminados. En el extremo del encuadre, un hombre de la primera fila mira directamente a la cámara. El archivero lo ha identificado con el número 8. Tiene una mandíbula familiar, nariz y labios finos. La gorra proyecta una sombra sobre sus ojos. Viste el uniforme completo de las SS, con las manos sin guantes cruzadas sobre el regazo. Neiburgs le envía la fotografía a mi padre por correo electrónico, junto con una única y sencilla pregunta: «Por favor, dime si BK es el número 8».



Retrato de grupo del Kommando Arājs (1942).

Los hombres de Arājs eran célebres por sus métodos de exterminio, por la despiadada eficacia con la que asesinaron no solo a prácticamente todos los judíos letones, sino también a más de diez mil judíos del Reich. Los hombres del Kommando rara vez actuaban solos: para las Aktions a gran escala los oficiales alemanes estaban presentes, mientras que para los asesinatos a menor escala en los pueblos solía participar la policía local. Viajaban a los lugares designados para la masacre en autobuses urbanos azules, lo suficientemente grandes para trasladar a cuarenta hombres y sus fusiles. Los autobuses, fabricados en Suecia para el transporte público, se convirtieron en señales omnipresentes de que iba a producirse una matanza. El Kommando tenía un procedimiento estándar para llevar a cabo las ejecuciones: las víctimas debían alinearse de diez en diez al borde o dentro de una fosa. Detrás de ellas se arrodillaban diez miembros del Kommando con sus fusiles apuntándoles a la espalda. Otros diez miembros del Kommando se colocaban de pie detrás de esta primera línea de ejecutores y apuntaban a la nuca de las víctimas. Los que no morían inmediatamente recibían a veces «tiros de gracia». Otros agentes armados con rifles de cerrojo vigilaban la periferia de las zonas de exterminio.[62] Eran hombres jóvenes, por lo general de entre dieciséis y veintiún años. Educados durante los años autoritarios de Ulmanis, se les había enseñado a no pensar por sí mismos. «Las personas de esa edad, sobre todo si se las ha educado "en la obediencia a la ley", son fáciles de manipular», escribe Vīksne.[63] Los hombres se alistaban por diversas razones: para mejorar su posición social, para luchar contra los soviéticos, para evitar el trabajo manual, por la comida, por las armas. Algunos contaron que les habían dicho que sus propiedades serían restituidas, o que unirse al Kommando era una forma de evitar la movilización en el ejército alemán. Solo un puñado de personas menciona su aversión manifiesta a los judíos en sus solicitudes, aunque no fuese necesario: para la propaganda de la época, «judíos» y «comunistas» eran sinónimos.[64] El número de reclutas instruidos fue disminuyendo con el tiempo, a medida que se conocía la verdadera naturaleza del trabajo. Algunos estudiantes se marcharon al descubrir que se esperaba que se convirtieran en asesinos. Es evidente, sin embargo, que Boris se quedó.

Intentar aclarar quién era mi abuelo —y qué hizo, y para quién— es enfrentarse a una sombra infinita. La guerra creó un campo caótico y

cambiante de lealtades, nombres y uniformes. «Había muchas familias cuyos hermanos mayores fueron movilizados para la Legión Letona mientras que a los menores los reclutó el ejército soviético —escribe Neiburgs—. También hubo hombres que fueron soldados tanto del ejército alemán como del soviético antes del fin de la guerra.»[65] Pasar desapercibido, desaparecer del registro, era fácil. Pero Boris dejó algunas huellas: he encontrado su nombre en comentarios de monografías históricas, en secciones de comentarios conspiracionistas y en algún que otro archivo. Un sitio web conmemorativo de la derecha enumera su fecha de nacimiento y muerte, sus «categorías»: «KGB, miembro de la fraternidad de estudiantes, nazi, explorador, espía, participante en la Segunda Guerra Mundial», así como una supuesta cronología de su vida. El Archivo Nacional de Letonia ofrece un puñado de pistas: encuentro su firma en un registro del 2 de febrero de 1942 del cuartel general de la Policía Secreta de Letonia. Dice así: «Solicitamos que los siguientes agentes de la Policía Secreta de Letonia renueven sus permisos de armas», seguido de una lista de doce nombres con fechas de nacimiento. 1. Arājs, Viktors, 6.12.1910; 3. Zukurs, Herberts, 17.5.1900; 9. Kinstlers, Boriss, 20.5.1918. Mi abuelo firma al pie, su función escrita a máquina: «B. Kinstlers. Schriftleiter». Escribiente. En otra carta, fechada el 8 de octubre de 1942, Boris solicita permiso al Departamento de Comercio para que los hombres que regresan del frente oriental puedan comprar tabaco. «Se trata de unas trescientas-cuatrocientas personas al mes. Solicitamos su opinión por escrito», concluye. Su firma sugiere que lo han ascendido: «Teniente B. Kinstlers, vicedirector de Administración». Ambas cartas están firmadas con el sello del SD.

En los documentos de los interrogatorios de la posguerra, Boris asoma aquí y allá. Los hombres del Kommando Arājs —es decir, los que no desaparecieron, sino que aparecieron en campos de desplazados o regresaron a Riga después de la guerra— fueron interrogados por los soviéticos y los alemanes occidentales para que detallaran sus crímenes y proporcionaran listas de nombres. Se calcula que el grupo llegó a contar con entre mil doscientos y dos mil hombres; solo trescientos cincuenta y seis miembros fueron capturados y condenados por las autoridades soviéticas.[66] Se desconoce cuántos de los hombres de Arājs sobrevivieron a la guerra;[67] en 1944 la unidad se había disuelto y los miembros que quedaban fueron enviados al frente, el propio Arājs incluido. En 1946, Jānis Brencis, un antiguo miembro del Kommando, enumera los miembros del grupo para los investigadores

soviéticos. Cukurs es el trigésimo nombre que menciona.[68] Boris ocupa el puesto 165. Describe a mi abuelo como un Untersturmführer, «no claramente letón, de unos veinteséis años, delgado, más bien bajo». A Cukurs, por el contrario, lo recuerda como «de unos cuarenta y cinco años, estatura media, de complexión fuerte, con la cara redonda, barbilla recta y marcada, pelo rubio oscuro». En otros testimonios de antiguos miembros del Kommando descubro destellos de Boris en acción, recuerdos parciales y quizá ficticios de una época profundamente problemática: ahí está, al borde de una fosa de exterminio, conversando con un compañero sobre la indignidad y la injusticia de los asesinatos. Ahí está, en el coche con Arājs, hablando «buen alemán», trabajando como intérprete. Y ahí está, según otro testimonio, dirigiendo una campaña de tiro, con su permiso de armas renovado.

Es difícil especular sobre la veracidad de estos relatos, distinguir las partes inventadas o embellecidas de las reales. Este es el problema que persigue a todos los testimonios, especialmente a los prestados a instancias de una potencia hostil, cuando el testigo está tratando de salvar el pellejo. «Teniendo en cuenta las prácticas soviéticas en los interrogatorios, no resultaría difícil que los testigos declararan lo que el interrogador quería», escribe Vīksne. A los que interrogaban no les preocupaban los detalles específicos. En los expedientes penales de los miembros del Kommando capturados, Vīksne solo encuentra descripciones imprecisas de su complicidad, como que «participaron en las detenciones y ejecuciones de ciudadanos soviéticos de origen judío» o «se ofrecieron como voluntarios para el servicio de policía auxiliar bajo las autoridades enemigas y participaron en operaciones punitivas contra ciudadanos soviéticos». Lo único que importaba era si habían participado, no dónde, ni cuándo, ni cómo; si habían apretado el gatillo ellos mismos o simplemente habían vigilado los alrededores o se habían quedado en el coche viendo lo que hacían sus compañeros. Una vez capturados y sometidos a la custodia soviética, se animaba a los antiguos miembros del Kommando a que confesaran rápidamente; no se convocaba a ningún testigo externo, solo a los compañeros detenidos del mismo Kommando.[69] Durante el periodo estalinista, el sistema jurídico soviético no priorizaba las «pruebas objetivas», sino la fácil resolución de las confesiones personales. También hay que tener en cuenta que los sospechosos, por regla general, trataban de presentarse de la forma más favorable posible, excepto en aquellos casos en que, sometidos a coacción física o

mental, confesaban actos que en realidad no habían cometido, explica Vīksne. La gente decía lo que consideraba que debía decir para sobrevivir.

Estas fugaces apariciones de mi abuelo, ya sean inventadas, ficticias o reales, son lo único que queda. Incluso si los detalles y las fechas son falsos, el contexto es suficiente para confirmar su complicidad. De eso no cabe duda. Esta no es una historia redentora; no tengo ningún interés en recuperar mi legado. Sin embargo, hay otros relatos que no se pueden omitir, relatos que complican la narrativa. Sugieren que, en algún momento, por la fuerza o por obligación o por elección, cambió de bando. En su estudio de los interrogatorios del KGB a los antiguos miembros del Kommando Arājs, Vīksne encuentra confesiones que sugieren que Boris podría no haber sido exactamente quien parecía ser. Estos relatos sugieren que quizá estuviera trabajando para los soviéticos desde el principio, o al menos durante algún tiempo.

«Es poco probable, a pesar de los rumores, que agentes de los órganos de seguridad soviéticos se infiltraran en el Kommando Arājs desde sus inicios, en 1941-1942. No hay pruebas documentales de ello —escribe Vīksne—. Sin embargo, se ha afirmado en diferentes ocasiones que Boris Kinstler, socio y traductor de Arājs, era un espía en 1941. Los archivos penales confirman la colaboración de Kinstler con el KGB después de la guerra. Hay pruebas de que doce miembros del comando fueron reclutados como agentes de seguridad del Estado durante y después de la contienda. El reclutamiento de los agentes se realizó mediante material comprometedor, como admitieron por escrito los empleados de la seguridad del Estado.»

Así que podría haber sido un espía, tanto «durante» como «después» de la guerra. Es «improbable», pero «se ha afirmado en diferentes ocasiones». Estas escrupulosas frases dan pie a infinidad de significados. De estas palabras fluye un millón de rumores.

61. Rudīte Vīksne, «Members of the Arājs Kommando in Soviet Court Files», 2005, p. 191. (Véase capítulo 2, nota 19.)

62. Ezergailis, The Holocaust in Latvia 1941-1944, p. 224.

63. Vīksne, p. 193.

64. Ibid.

65. Uldis Neiburgs, (Two) Sides: Diaries of Latvian Soldiers in WWII. Vita Zelče y Uldis Neiburgs (eds.), Kārlis Streips (trad.). Riga: Apgāds Zelta Grauds, 2018.

66. Plavnieks, Nazi Collaborators, p. 81: «Tanto en términos de cronología como en número de condenas, la Unión Soviética dirigió en la posguerra la acusación de los miembros del Kommando Arājs. Se sabe que los soviéticos capturaron, juzgaron y condenaron a un total de trescientos cincuenta y seis antiguos miembros de la Policía Secreta letona, la mayor parte entre 1944 y 1950. Tras una cifra máxima de ochenta y siete condenas en 1947, el número de sospechosos se redujo en las décadas de 1950 y 1960, y hubo años en los que solo hubo uno, dos, tres, o en ocasiones ningún arresto. En 1967 la Unión Soviética capturó a su último exmiembro del Kommando».

67. Tampoco se ha establecido cuántos de los hombres de Arājs sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial, porque muchos murieron en batallas contra los partisanos soviéticos y el Ejército Rojo. También se registraron varios suicidios...», Vīksne, p. 189.

68. Lieutenant Vasilchikov, «Протокол Допроса». Interrogatorio de Jānis Rainisovich Brencis, Riga, 24 de diciembre de 1946, Comisión Extraordinaria del Estado para Investigar Crímenes Alemanes-Fascistas en Territorio Soviético, casos en la RSS de Letonia, 1941-1946, F. 93 (Op. 2-18), acceso desde USHMM.

69. Vīksne, p. 190.

5. «Comienza el juicio»

Mi madre me reenvía un vídeo por WhatsApp. La aplicación me advierte que se ha reenviado muchas veces, que podría ser spam. Ha estado circulando entre sus amigos emigrados, rebotando de Riga a Tel Aviv, a Düsseldorf, a Boston y más allá. Lo abro y se oye una banda de música triunfante y la voz atronadora de un locutor alemán: «Por tercera vez desde 1917, las tropas alemanas llegan a Riga. Esta antigua ciudad con setecientos años de historia ha demostrado en repetidas ocasiones su estrecha relación con la cultura alemana. La invasión de nuestras tropas fue recibida con júbilo por parte de la población». Parece una escena de julio de 1941, pero el noticiario no tiene fecha. Multitudes de civiles flanquean las calles, vitorean a los soldados alemanes en formación y dedican el saludo nazi a sus nuevos líderes. Riga ha sido liberada, declara el locutor. Ondean banderas letonas, las mujeres y los niños llevan vestidos tradicionales, sonríen y ríen. Un oficial de la Wehrmacht abre una botella de cerveza, los espectadores pasan ante grandes hogazas de pan con mantequilla. De pronto, el vídeo muestra a otra multitud flanqueando las mismas calles solo tres años después. Suena la misma música victoriosa y la multitud también sonríe y saluda, aunque no hay banderas letonas ni ropa tradicional. Esta vez es el ejército soviético el que desfila por las calles. Esta vez, hombres y mujeres interrumpen de vez en cuando las ordenadas filas de soldados para repartir besos y ramilletes de flores. «Los ciudadanos de Riga llevan tres años esperando este momento. Riga ha regresado a la nación soviética», declara un locutor ruso.

El vídeo invita a los espectadores a mirar las caras de la multitud y preguntarse: ¿qué sonrisas son auténticas y cuáles son falsas? ¿Qué desfile es más feliz? Reconoce el desagradable hecho de que ambos ejércitos de ocupación fueron homenajeados. Que nadie de quienes les dieron la bienvenida sabía lo que iba a ocurrir. Cuando le pregunto a mi madre sobre este vídeo, menciona que de joven mi padre participó en una recreación del desfile de la victoria soviética para una película histórica patrocinada por el Estado. Interpretó otra versión de sí mismo, un buen joven comunista que vitoreaba y llevaba la bandera

roja.

En 1944, después de ese segundo y feliz desfile, la paranoia se desató en Riga. Una potencia ocupante había sustituido a otra. «El tiempo, las calles y las casas eran grises. Los rostros de la gente eran grises. Una extraña forma de vida se impuso en la ciudad liberada —escribe Musya Glants, que a la sazón tenía diez años—. Parecía que los que habían sobrevivido a la ocupación de Riga se escondían detrás de las oscuras ventanas. Diferentes personas con destinos diversos tenían la sensación de que no se podía esperar nada bueno de las nuevas fuerzas de ocupación.»[70] Los letones recordaban los horrores y las deportaciones de la primera ocupación soviética y tenían buenas razones para temer que la segunda sería peor. Muchos de los que habían permanecido en Letonia se exiliaron, y los que habían sido exiliados e internados volvieron para quedarse. Un superviviente judío, Frank Gordon, me dijo que había oído hablar de casos en los que «jóvenes letonas invitaban a oficiales soviéticos a sus apartamentos, les daban alcohol y después los mataban». No sé si se trata de una historia real, pero quizá el hecho de que haya perdurado como una fantasía de venganza nos dice todo lo que necesitamos saber.

Los soviéticos llegaron con ansias de venganza. Comenzaron a juzgar a los colaboradores y oficiales nazis mucho antes de que terminara la guerra. Se dijo que tales juicios eran una farsa, pero había cierta justicia en ellos. Era un método de justicia desagradable, quizá pervertido y, sin duda, abreviado. Sin embargo, los juicios soviéticos fueron los primeros en exponer públicamente la naturaleza de los crímenes que aún estaban en curso y la naturaleza obediente e irreflexiva de los criminales. Los soviéticos llevaban tiempo preparándose para estos procesos, recabando pruebas de los crímenes nazis bajo los auspicios de la «Comisión Extraordinaria de investigación de los crímenes cometidos por los invasores fascistas alemanes y sus colaboradores», compuesta por cinco mil subcomisiones repartidas por todo el antiguo territorio ocupado. Los funcionarios de la Comisión Extraordinaria interrogaron a los espectadores, a los testigos y a los supervivientes; se enviaron expertos forenses a las fosas comunes. Algunos de los relatos de la comisión contienen invenciones y exageraciones brutales que a menudo triplican el número de víctimas, ya de por sí espeluznante.[71] Tales exageraciones facilitarían que, más tarde, los fiscales occidentales

descartaran las numerosas verdades que también había en esos informes.

Leo los informes de la comisión de Letonia en un ordenador del Museo del Holocausto de Estados Unidos. Algunos son relatos manuscritos, apenas legibles, que documentan los días y las horas de las Aktions, y cómo las SS y sus funcionarios organizaban y transportaban a sus víctimas. Un testigo subraya los nombres Arājs y «Cukurs». Hay historias de todas las ciudades, pulcramente digitalizadas y organizadas en una carpeta desplegable. El volumen es abrumador. Cuando la novelista Daša Drndić consultó los mismos documentos en busca de testimonios de otros territorios y pueblos, no le abrumó lo que documentaban, sino la cantidad. «En estos documentos todo consta por escrito: hay un registro de cada robo de las pertenencias de otras personas..., de quién era la casa saqueada, de quién perpetró el robo y cuándo, qué se llevó y, en algunos casos, cuál fue el destino de las víctimas. En otras palabras, todo se sabe. Se sabe», escribe.[72]

En julio de 1943, once traidores soviéticos fueron juzgados en Krasnodar, una ciudad del sur de Rusia próxima a la costa del mar Negro. Fue un procedimiento rápido: en este primer caso solo condenaron y juzgaron a sus propios ciudadanos, pero sentó las bases para los juicios venideros. El fiscal del Estado terminó su alegato con esta arenga: el «tribunal de la historia» emitiría su veredicto sobre el destino de los «traidores, mercenarios y lameculos fascistas» juzgados. «¡Ninguno de ellos se librará de un castigo severo! ¡Sangre por sangre, muerte por muerte!»[73] Ocho acusados fueron ahorcados ante una multitud que aplaudía en la plaza de la ciudad, y la ejecución fue filmada, fotografiada y distribuida mundialmente.[74]

En octubre de 1943, las potencias aliadas firmaron la Declaración de Moscú, donde se acordaba que los alemanes que hubieran participado en atrocidades serían juzgados allí donde hubieran cometido sus crímenes. Durante los dos meses siguientes, Winston Churchill, el primer ministro británico, intentó que su gabinete adoptara medidas más severas, defendiendo la elaboración de una lista de objetivos pertenecientes a «las bandas de Hitler y Mussolini y los señores de la guerra japoneses» que podrían ser fusilados sin condena. Sugirió que un «Tribunal de Investigación» identificara a todos los criminales que cayeran en manos de los Aliados y que luego «se los fusilara en un plazo de seis horas, sin referencia a una autoridad superior», lo que

permitiría a sus captores eludir las complicaciones de un juicio internacional. Esta lista no llegó a elaborarse, pero sus intenciones vengativas perduraron.[75]

Una vez adoptada la Declaración de Moscú, los soviéticos no vacilaron en llevarla a la práctica: en Járkov, la segunda mayor ciudad ucraniana, que hasta 1934 había sido la capital de la República Socialista Soviética de Ucrania, organizaron un juicio por crímenes de guerra diseñado para el consumo internacional. En diciembre de 1943, tres alemanes y un traidor soviético se situaron bajo los focos del Teatro de Járkov y se declararon culpables de crímenes incalificables, de haber participado en la ejecución sistemática de los «pacíficos ciudadanos soviéticos». Desde el palco de prensa, el célebre escritor soviético Ilya Ehrenburg se alegró de la trascendencia del día en que se inició el juicio; el primer día del primer juicio por crímenes de guerra que celebraba una potencia aliada:

Este es un momento que espero hace mucho tiempo. Lo esperé en las carreteras de Francia […]. Lo esperé en los pueblos de Bielorrusia, y en las ciudades de […] Ucrania. Esperé el momento en que oiría estas palabras: «Comienza el juicio». Y ha sido hoy. Comienza el juicio. En el banquillo de los acusados, junto a un traidor, tres alemanes. Ellos son los primeros, pero no serán los últimos. Recordaremos el 15 de diciembre como el día en que dejamos de hablar del futuro juicio de los criminales y empezamos a juzgarlos.[76]

El juicio de Járkov comenzó con cuatro declaraciones de culpabilidad y terminó, cuatro días después, con cuatro ahorcamientos públicos. Fue dramático, un espectáculo que una vez más fue filmado y distribuido en la Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos: los jueces, el fiscal y los asistentes, todos de uniforme, sentados en el escenario iluminado; el anfiteatro y la platea llenos a rebosar; el engranaje de la justicia poniéndose en movimiento. Los soviéticos consideraban el juicio de Járkov, al igual que el de Krasnodar, como un modelo para lo que seguiría, el primer ejemplo del «gran juicio que se celebrará contra todos los matones de Hitler», como dijo el escritor Konstantín Símonov; el primer intento de juzgar a los soldados y

colaboradores nazis según «las leyes y las normas del derecho internacional».[77]

Las imágenes del juicio muestran a un público embelesado; mujeres tocadas con pañuelos de flores y hombres vestidos con uniformes militares soviéticos escuchando las confesiones de los acusados.[78] Desde su lugar en el palco de prensa, el periodista estadounidense Edmund Stevens observó que «muchas de las personas del público conocían o habían experimentado en persona los acontecimientos y atrocidades descritos, y habían visto o conocido a los acusados durante la ocupación alemana. En varias ocasiones, durante los testimonios más espantosos, algunas mujeres sollozaron, pero no por compasión hacia los acusados».[79] En este sentido, el juicio tenía algo en común con los primeros jurados de la Inglaterra medieval, cuando «los miembros del jurado se seleccionaban en función de su conocimiento previo del caso y de su familiaridad con los acusados».[80] Para el público de Járkov, los crímenes por los que se juzgaba a los acusados eran dolorosamente recientes. La numerosa familia judía de mi madre había sido evacuada de la ciudad en 1941, junto con todos los empleados de la fábrica de mi tía abuela Dora. Terminaron en Shymkent, Kazajistán, con miles de familias soviéticas. Me pregunto qué habrían pensado de haberse encontrado entre el público aquel día, aunque, por otra parte, si no los hubieran evacuado ya estarían muertos.[81]

El abogado defensor en el juicio de Járkov solicitó una condena más indulgente con el argumento de que «estos hombres se convirtieron en asesinos, en primer lugar, matando su alma».[82] Los acusados confesaron libre y abiertamente sus crímenes, y los expertos forenses informaron sobre su examen de las fosas comunes. Al ver la confesión del capitán del ejército alemán Wilhelm Langheld, Ehrenburg comentó lo normal y corriente que parecía, casi aburrido por la conclusión de su propia vida: «Está acostumbrado a obedecer. Responde con calma, metódicamente: sí, mató mujeres, sí, torturó prisioneros. Sí. Sí. Sí».[83] Otro acusado, el alférez de las SS Hans Ritz, que había sido abogado antes de la guerra, argumentó que solo había cumplido órdenes, pese a admitir que «expresó su deseo de estar presente» cuando se cargaban los furgones de gas. Cuando se le preguntó si los alemanes habían intentado respetar «las normas del derecho internacional», Ritz respondió escuetamente: «Reconozco que en el frente oriental no se planteó ninguna cuestión de derecho internacional ni de ningún otro

tipo». Tuvieron que sostenerlo de camino al cadalso.[84]

El 26 de enero de 1946, la sala central de la Casa de Oficiales Soviéticos de Riga estaba llena a rebosar. El ejército soviético se había apropiado del interior dorado del edificio de la antigua sede de la Sociedad Letona de Riga —la organización oficial letona más antigua, fundada en 1868— y de los mosaicos art nouveau para su uso exclusivo.[85] La guerra había terminado y a mil seiscientos kilómetros de distancia se estaban celebrando los juicios de Núremberg, los principales criminales de guerra habían sido encarcelados y la prensa internacional empezaba a aburrirse por lo prolongado de los procesos.

Aquel día empezó en Riga el juicio conocido como el «pequeño Núremberg». Había siete acusados nazis; todos habían desempeñado un importante papel en la ocupación de Letonia y la masacre de sus habitantes: los tenientes generales Siegfried Ruff, Wolfgang von Ditfurth y Albrecht Baron Digeon von Monteton y los generales Friedrich Werther, Bronislaw Pawel y Hans Küpper.[86] El hombre de más alto rango era el Obergruppenführer de las SS Friedrich Jeckeln, comandante de los países bálticos y Bielorrusia. Jeckeln había recibido la orden de matar a los treinta mil judíos del gueto de Riga y había decidido cumplirla con la mayor eficacia, estableciendo las especificaciones precisas para la construcción de las fosas de la muerte y la manera despiadada en que se «cargarían» los vehículos para su traslado. Fue Jeckeln quien se aseguró de que el mapa de la región bajo su mando que envió a Berlín estuviera salpicado de ataúdes.[87]

Los siete acusados llevaban uniformes militares desprovistos de insignias. Solo se le permitió a cada uno un breve interrogatorio en el tribunal, seguido rápidamente de su sentencia. La mayor parte del juicio se dedicó a las declaraciones de los testigos: sacerdotes, médicos, soldados y una niña de catorce años ofrecieron su testimonio, poniéndose de pie ante los vecinos y hablando por un micrófono. Durante los tres primeros días del proceso, un oficial soviético de veintiséis años, llamado Peter Krupnikov, tradujo del letón, el ruso y el alemán en beneficio de todas las partes implicadas. Durante los años de guerra Krupnikov había sido traductor de la SMERSH, la agencia de contrainteligencia soviética cuyo nombre derivaba de la frase rusa «Muerte a los espías».[88] Su experiencia en el «pequeño Núremberg» cambiaría el curso de su vida.

Cuando Jeckeln se puso en pie en el auditorio el 3 de febrero de 1946, con el rostro demacrado y las manos entrelazadas a la espalda, había sido interrogado veintinueve veces a todas horas del día y de la noche. Los siete hombres fueron rápidamente condenados a morir en la horca, los metieron en furgonetas negras y los llevaron a un amplio campo en la orilla opuesta del río Daugava, lo que ahora se conoce como el Parque de la Victoria.

Una multitud se había reunido para presenciar los ahorcamientos, las primeras ejecuciones públicas en Riga desde hacía más de trescientos años. Frank Gordon, de diecisiete años, se encontraba entre ellos, observando las siete sogas vacías que ondeaban al viento mientras aguardaban a sus víctimas. «Cada detalle de la ejecución estaba muy bien orquestado, con una meticulosidad, diría, casi alemana —escribe en sus memorias—. Condujeron a los hombres al patíbulo en la caja abierta de diferentes camionetas, con los ojos descubiertos y las manos atadas. Una vez ajustados los nudos al cuello de los condenados, las camionetas se alejaron lentamente y los generales se ahorcaron. Un terrible estruendo surgió de la multitud. La gente aullaba y ululaba», recuerda Gordon. Al cabo de unos minutos, la multitud se acercó a los cadáveres, despojándolos de su ropa y sus botas. «Me pareció una barbarie, pero en cuanto a Jeckeln, experimenté una profunda satisfacción personal. Sentí algo de lástima por los demás, oficiales del ejército que fueron atrapados en este juicio-espectáculo organizado, digámoslo claramente, para intimidar a los insubordinados letones que no se consideraban “liberados”.»

El juicio se había coreografiado cuidadosamente para dejar constancia del cambio de régimen político, como señal de que los soviéticos habían vuelto a Riga e iban a quedarse. Se publicó un informe detallado del juicio en letón. Encuentro una copia en un armario de la casa de mi padre y comprendo que lo ha estudiado con detenimiento, en busca de cualquier mención a su apellido. Yo hago lo mismo y, al no encontrar nada, me quedo mirando las imágenes: el informe comienza con uno de los jueces-generales soviéticos con sus charreteras, sentados a la mesa del tribunal, y termina con una imagen de siete cuerpos sin vida colgados del patíbulo, rodeados por una multitud de espectadores.

70. Musya Glants, Patchwork Stitched by Memory (Loskutnoye odeyalo shhitoye pamatyu). Boston: IM Press, 2021, p. 103.

71. Plavnieks, Nazi Collaborators, p. 86.

72. Daša Drndić, EEG. Nueva York: New Directions, 2019, pp. 284-285.

73. The People's Verdict, p. 37. Citado en: Ilya Bourtman, «"Blood for Blood, Death for Death": The Soviet Military Tribunal in Krasnodar, 1943», Holocaust and Genocide Studies, vol. 2, núm. 22, 2008, p. 256.

74. «The Execution of Fascists in Krasnodar, July 18, 1943.»

https://www.youtube.com/watch?v=Z1DEjCrYeRY.

75. Arieh J. Kochavi, «The Moscow Declaration, the Kharkov Trial, and the Question of a Policy on Major War Criminals in the Second World War», History, vol. 76, núm. 248, 1991, pp. 402-403.

https://www.jstor.org/stable/24421381.

76. Michael J. Bayzler y Frank M. Tuerkheimer, «The Kharkov Trial of 1943: The First Trial of the Holocaust?», Forgotten Trials of the Holocaust. Nueva York: New York University Press, 2014, p. 40.

77. «Kotvetu nemetskikh ubiits!», KZ, 16 de diciembre de 1943. Citado en: Jeremy Hicks, «Soul Destroyers: Soviet Reporting of Nazi Genocide and its Perpetrators at the Krasnodar and Kharkov Trials», History,

vol. 98, núm. 4 (332), 2013, pp. 530-547.

www.jstor.org/stable/24429506.

78. «Universal Newsreel outtakes», Moscú, Járkov, París, 1943, RG-60.190. Steven Spielberg Film and Video Archive, United States National Archives and Records Administration, Motion Picture Reference.

https://collections.ushmm.org/search/catalog/irn557804.

79. Bayzler y Tuerkheimer, Forgotten Trials, p. 23.

80. Barbara Shapiro, «"Fact" and the Proof of Fact in Anglo-American Law (c. 1500-1850)». En: How Law Knows, Austin Sarat, Lawrence Douglas y Martha Umphrey (eds.). Stanford: Stanford University Press, 2007, p. 42.

81. Durante la guerra trasladaron todo el aparato de fabricación y propaganda soviético. Eliahu Gordon, cuyo padre Frank Gordon aparece en este capítulo, me contó que su abuelo Joseph tenía un trabajo de lo más extraño para un evacuado: los soviéticos filmaban películas propagandísticas sobre los efectos de la guerra desde la zona de evacuación de Almaty, y para la producción necesitaban que sus hombres aprendieran a parecer y sonar como las tropas de la Wehrmacht. Joseph Gordon dominaba el alemán, así que le encomendaron el trabajo de enseñar a los soldados soviéticos a pronunciar correctamente «Heil Hitler!». Se unió a ellos en el set como extra, vestido con el uniforme de las SS. «Es absurdo, pero es cierto —me dijo Eliahu—. Es una historia muy judía.»

82. Bayzler y Tuerkheimer, Forgotten Trials, p. 32.

83. Ilya Ehrenburg, «Standartnye ubiitsy», KZ, 18 de diciembre de 1943, p. 3.

84. Bayzler y Tuerkheimer, Forgotten Trials, p. 27.

85. Rīgas Latviešu biedrība.

https://www.rlb.lv/sakums.

86. G. H. Bennett, «Exploring the World of the Second & Third Tier Men in the Holocaust: The Interrogation of Friedrich Jeckeln: Engineer and Executionner», Liverpool Law Review, 2011, vol. 32, p. 16.

87. «Карта с данными об уничтожении евреев айзантцгруппой А на оккупированной территории СССР», 1941-1942, Archivo Central del FSB, Ф. К-72. Оп. 1. Пор. 12. Л. 61. https://victims.rusarchives.ru/karta-s-dannymiob-unichtozhenii-evreevayzantcgruppoy-na-okkupirovannoy-territorii-sssr-1941-1942.

88. Пётр Крупников, XX век: прожитое и пережитое. История жизни историка, профессора Петра Крупникова, рассказанная им самим. San Petersburgo, Алетеия, 2018.

6. Ven a este tribunal y llora

¿Qué ocurrió en Núremberg? Conocemos la historia y hemos visto las imágenes de ese juicio histórico mundial: las paredes de caoba tallada de la sala, los guardias militares con cascos blancos, los acusados con auriculares, los letrados con trajes elegantes. El Gran Núremberg, tan diferente de su «pequeño» gemelo letón. El Gran Núremberg se recuerda como un procedimiento documental «impresionante», un triunfo perdurable. La reconstitución del orden mundial liberal, el restablecimiento del derecho.[89] Del pequeño Núremberg, como la pequeña nación donde tuvo lugar, apenas se recuerda nada.

Lo que llamamos «Núremberg» fue el primer juicio de veinticuatro grandes criminales de guerra, el único llevado a cabo por un Tribunal Militar Internacional (TMI) compuesto por cuatro potencias. Los procedimientos oficiales se desarrollaron entre noviembre de 1945 y octubre de 1946 en el Palacio de Justicia de Núremberg. En su alegato inicial, el fiscal jefe estadounidense Robert H. Jackson subrayó la validez de un tribunal «novedoso y experimental» y reconoció que había en juego algo sin precedentes: «Jamás debemos olvidar que los hechos por los que hoy juzgamos a estos acusados son aquellos por los que la Historia nos juzgará mañana. Ofrecer a estos acusados un cáliz envenenado es ponerlo también en nuestros labios».[90] Instó al tribunal a «descartar el argumento de que llevar a estos hombres a juicio es cometer una injusticia que les da derecho a alguna consideración especial». No había una buena alternativa a un juicio, argumentó Jackson. Los acusados harían bien en reconocer que el tribunal era su última y única esperanza: «Si estos hombres son los primeros líderes de una nación derrotada en la guerra procesados en nombre de la ley, son también los primeros que tienen la oportunidad de abogar por sus vidas en nombre de la ley», proclamó.

Esta «veintena de hombres rotos» del banquillo de los acusados eran «símbolos vivos del odio racial, del terrorismo y la violencia, así como de la arrogancia y la crueldad del poder —dijo Jackson—. Son símbolos de nacionalismos y militarismos feroces, de intrigas y

maquinaciones bélicas que han sofocado a Europa generación tras generación...» Pero el tribunal no tenía que aceptar la palabra de Jackson, ni la de nadie. «Si enumerase estos horrores con mis propias palabras, me tacharían de exagerado y poco fiable. Afortunadamente no tenemos que aceptar la palabra de ningún testigo, sino la de los propios alemanes.»[91]

A Jackson le preocupaba la falibilidad del testimonio de los testigos. Desde el principio, solo se confió parcialmente en los recuerdos de los supervivientes. Por lo tanto, hizo todo lo posible para que las pruebas presentadas en el juicio consistieran principalmente en registros escritos y no en palabras habladas. «La decisión... fue utilizar y apoyarse en las pruebas documentales para demostrar todos los aspectos posibles», escribiría más tarde.[92] Se presentaron a los jueces aliados documentos, fotografías y filmaciones de los campos de concentración. Estos artefactos contaban las atrocidades nazis más que las palabras de quienes habían conseguido sobrevivir. La Sala de Pruebas del Palacio de Justicia era un espectáculo apabullante.

Sin embargo, todavía se desconocían muchas cosas: cuando se inició el juicio en 1945 ni la fiscalía ni el público comprendían toda la escala y el alcance de los crímenes nazis, a pesar de las montañas de documentos acumulados. La documentación de las matanzas estaba dispersa por toda Europa; los servicios de inteligencia aliados seguían recopilando información. En julio de 1945, Jackson visitó Berlín; en la Cancillería del Reich, vio el escritorio de Hitler «volcado en su habitación y las cartas dirigidas a Goering desperdigadas».[93] Los archivos de la Conferencia de Wannsee, donde la Solución Final de Hitler se presentó a los dirigentes nazis, no se encontrarían hasta la primavera de 1947. Por lo tanto, pese a las aspiraciones de Jackson, los fiscales no tuvieron más remedio que recurrir a los testigos para exponer su caso. «Queríamos averiguar lo máximo posible, lo más rápido posible —dijo Robert Kempner, el fiscal jefe adjunto de Estados Unidos, en una entrevista con la periodista Christiane Kohl en 1987—. Eso significaba hablar con ciertas personas con las que, de otro modo, uno no habría compartido una taza de té.»[94] Los testigos fueron utilizados para contextualizar las pruebas documentales, para subrayar la culpabilidad de los acusados. En algunos casos, nazis que ya habían sido condenados fueron llamados al estrado para testificar contra sus antiguos colegas.[95]

También significó que la acusación se basó abrumadoramente en las pruebas disponibles, que en su gran mayoría eran las del genocidio perpetrado en Europa del Este. «Los judíos del Este han sufrido como ningún otro pueblo. Sus sufrimientos fueron meticulosamente comunicados a las autoridades nazis para demostrar la fidelidad al plan nazi», dijo Jackson en su alegato de apertura. Invitó a su audiencia a ver un informe del 15 de octubre de 1941 del Einsatzgruppe A, donde los dirigentes nazis se regodean de sus eficaces acciones en los países bálticos, de su capacidad para inducir a las «fuerzas antisemitas nativas» a «iniciar pogromos contra los judíos en las primeras horas de la ocupación». Citó el pasaje de un informe que hace referencia al Kommando Arājs y sus «exhaustivas ejecuciones»:

Desde el principio era de esperar que el problema judío en el Este no pudiera resolverse únicamente con pogromos. Según las órdenes básicas recibidas, las actividades de limpieza de la Policía Secreta debían tener como objetivo la aniquilación completa de los judíos. Destacamentos especiales reforzados por unidades seleccionadas —partisanos en Lituania, y en Letonia unidades de la policía auxiliar— llevaron a cabo, por lo tanto, exhaustivas ejecuciones tanto en las ciudades como en las zonas rurales. Las acciones de los destacamentos de ejecución se efectuaron sin problemas.[96]

Mientras Jackson leía estas palabras, un destacamento de guardias letones vestidos con uniforme militar estadounidense ayudaba a vigilar a los acusados y a patrullar el recinto del Palacio de Justicia.[97] Sus identidades nacionales estaban encubiertas, al igual que la verdad completa de las desdichas que había sufrido su región.

Lo que ocurrió en el Báltico —la forma en que los soviéticos conspiraron con la Alemania nazi para invadir su territorio, así como las deportaciones y muertes que siguieron— fue una de las principales preocupaciones del proceso. Había actos —deportaciones, masacres, protocolos— que los soviéticos no querían airear en público. Los aliados intentaron sacar a la luz los crímenes de guerra nazis en los países bálticos y en toda Europa oriental, pero tuvieron que pasar de

puntillas por las atrocidades y agresiones soviéticas cometidas en esos mismos territorios. Destaparlas podría minar la causa conjunta aliada. Cuando los soviéticos trataron de utilizar los cargos de la acusación para reclamar el control oficial del Báltico y para culpar a los nazis de la masacre de veintidós mil soldados polacos en Katyn, las demás potencias aliadas no tuvieron más remedio que asentir en silencio y esperar que esos asuntos no salieran a relucir en los tribunales.[98] El destino del Báltico fue el tema central del juicio y al mismo tiempo y con demasiada frecuencia también aquello que no se podía mencionar.

En su impresionante historia del tribunal de Núremberg, Francine Hirsch documenta que el equipo de la acusación soviética se esforzó por ocultar verdades incómodas sobre la conducta de sus compatriotas. En un momento determinado del proceso, la delegación soviética pidió a sus compañeros fiscales que se abstuvieran de mencionar nada relacionado con «la estructura sociopolítica de la URSS» ni con «las repúblicas soviéticas del Báltico»[99] que habían quedado recientemente bajo su control y a las que intentaban someter activamente. A los fiscales soviéticos les aterrorizaba que se descubriera la existencia de los protocolos secretos del Pacto de No Agresión Molotov-Ribbentrop de 1939 en el que los dirigentes soviéticos y nazis acordaban repartirse Europa del Este. En los protocolos secretos, los soviéticos habían reclamado Finlandia, Estonia y Letonia; los alemanes reclamaban Lituania y una gran franja de Polonia. Cuando comenzó el Gran Núremberg, nada de eso era información pública. Lamentablemente para los soviéticos, el hecho de que Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, se sentara entre los acusados significó que el pacto no permaneciera mucho tiempo en secreto.

La acusación aliada se enfrentó a un mundo destruido y devastado, y mediante su deliberada elección de palabras —los cuatro cargos contra los acusados eran «conspiración», «crímenes contra la paz», «crímenes de guerra» y «crímenes contra la humanidad», en ese orden — intentó reunir todo el poder de la ley para su reconstitución. Robert Kempner, el fiscal jefe adjunto de Estados Unidos, describió el proceso como «el mayor seminario de historia jamás celebrado».[100]

Tras casi un año de proceso, doce de los veinticuatro acusados originales fueron condenados a muerte por crímenes contra la paz, crímenes contra la humanidad y crímenes de guerra. Uno de ellos, el

sucesor elegido por Hitler, Hermann Goering, consiguió suicidarse con una pastilla de cianuro en su celda antes de la fecha de su ejecución.[101] Otros tres —el ministro de Economía nazi, su ayudante personal y el comandante de la Marina alemana— fueron condenados a cadena perpetua (solo uno de ellos, Rudolf Hess, cumpliría la pena completa).[102] Cuatro fueron condenados a penas de entre diez y veinte años de prisión. Otros tres —un propagandista de alto nivel, el antiguo jefe del Reichsbank y el antiguo embajador nazi en Austria— fueron absueltos.

Poco después, el frágil acuerdo de posguerra entre las potencias aliadas comenzó a resquebrajarse. Desde los inicios del tribunal militar, los representantes aliados se esforzaron por compatibilizar los requisitos de sus sistemas judiciales. Los estadounidenses y los británicos habían supuesto que los juicios se desarrollarían según los procedimientos consuetudinarios del derecho anglosajón, en los que las acusaciones de culpabilidad tenían que ser contrainterrogadas y argumentadas ante el tribunal. Los soviéticos y los franceses, en cambio, operaban según el sistema inquisitivo del derecho civil, en el que un juez de instrucción y un fiscal recogen, preparan y evalúan las pruebas antes del inicio del proceso. La delegación soviética había dado por sentado que los miembros de las SS y de la Gestapo serían presuntamente culpables, dado que eran miembros de organizaciones criminales. Para ellos, la culpabilidad de los hombres juzgados era incuestionable; el tribunal estaba allí para contar al mundo sus crímenes y hacer un espectáculo de su condena. A los estadounidenses les repugnaba esta idea: «Jackson advirtió que ningún juez estadounidense aceptaría esta fórmula, que no preveía la defensa de los acusados», escribe Hirsch.[103]

A finales de 1946, las delegaciones británica, francesa y soviética hicieron las maletas y dejaron el tribunal en manos de los estadounidenses, que dirigirían unilateralmente los doce juicios sucesivos de los funcionarios nazis bajo su custodia; también fueron pequeños Núremberg, aunque de distinto tipo. De 1946 a 1948, los estadounidenses supervisaron el procesamiento de médicos, jueces e industriales nazis y de oficiales de las SS. El 30 de julio de 1948 se juzgó a veinticuatro antiguos empleados del conglomerado químico alemán IG Farben por contribuir a la ejecución de una guerra de agresión. Una filial de IG Farben había fabricado Zyklon B, el gas utilizado para asesinar a millones de prisioneros en los campos de

concentración. De los veinticuatro acusados de IG Farben, once fueron absueltos, entre ellos el jefe de investigación química y miembros de las SS y las SA. Las sentencias más duras se reservaron para los que habían ayudado a construir las plantas de IG Farben cerca de Auschwitz, adonde los internos de los campos eran enviados a trabajar en la creación de los materiales para su propia aniquilación. Los hombres que construyeron y supervisaron esas fábricas recibieron un máximo de ocho años de prisión, incluido el tiempo que ya habían cumplido.[104]

Repetir estas irrisorias sentencias es enfrentarse a cuán inadecuadas fueron y serán. En sus alegatos finales de Núremberg los fiscales apelaron a toda la humanidad, defendieron la forma en que se habían llevado a cabo los juicios y pidieron castigos severos. Roman Rudenko, el fiscal soviético, solicitó la pena de muerte para todos los acusados: «Y en nombre del sincero amor a la humanidad que inspira a los pueblos que consintieron los mayores sacrificios para salvar el mundo, la libertad y la cultura, en memoria de los millones de seres humanos inocentes masacrados por una banda de asesinos que ahora se encuentra ante el tribunal de una humanidad progresista, apelo a este tribunal para que condene a todos los acusados a la pena suprema, sin excepción».[105] El fiscal jefe francés, Auguste Champetier de Ribes, subrayó el amplio círculo de culpables que había permitido semejante horror y que los crímenes de los acusados diferían de los de un delincuente común. «El genocidio, el asesinato o cualquier otro delito se convierten en anónimos cuando los comete el Estado. No hay un responsable principal. Todos comparten esa responsabilidad: los que con su presencia mantienen y apoyan la administración, los que concibieron el crimen y los que lo ordenaron, así como quien dio la orden —afirmó de Ribes—. En cuanto al ejecutor, se dice a sí mismo: "Befohl ist Befehl", "Una orden es una orden", y lleva a cabo su tarea de verdugo.»[106]

Jackson utilizó su alegato final para defender, una vez más, el hecho de que se hubiese llevado a cabo un juicio. «De una cosa no nos cabe duda. El futuro nunca tendrá que preguntarse, con recelo, qué podrían haber dicho los nazis a su favor. La historia sabrá que todo lo que se podía decir, se les permitió decirlo. Se les ha concedido el tipo de juicio que ellos, en los días de su pompa y poder, nunca concedieron a ningún hombre […]. La extraordinaria imparcialidad de estas vistas es un atributo de nuestra fuerza.»[107]

Pero fue el alegato final del fiscal jefe británico, sir Hartley Shawcross, el que llamó la atención de la sala, ya que fue él quien conjuró la perturbadora imagen de «la propia humanidad», deteriorada y exhausta, tomando asiento y suplicando justicia. Shawcross citó a Goethe, el gran poeta alemán, que profetizó que el destino castigaría al pueblo alemán por su disposición a «someterse ingenuamente a cualquier canalla loco que apele a sus más bajos instintos». Enumeró la diversa participación de cada uno de los acusados en el apoyo y la incitación al asesinato en masa y todas las diferentes cepas de criminalidad representadas en el banquillo de los acusados. Todos ellos, dijo, merecían la muerte: «¿Qué importa si algunos perdieron la vida solo mil veces mientras otros merecían un millón de muertes?».

Sobre todo, dijo, el juicio garantizaría que «los derechos de los hombres, creados todos ellos a imagen y semejanza de Dios», se impusieran sobre las prerrogativas del Estado y la nación. El tribunal de Núremberg nos dio el concepto de «derechos humanos» y sentó las bases para sentenciar su incumplimiento en todo el mundo. También estableció amargas verdades sobre las injusticias permanentes de nuestro tiempo: algunos crímenes son tan horribles que ningún castigo será suficiente, ningún ajuste de cuentas podrá deshacer lo que se ha hecho o evitar que se repitan los mismos terribles actos.

Si Jackson quería que los jueces imaginaran a los acusados como la encarnación de todo lo que es pecaminoso e impío en la humanidad —odios raciales, nacionalismo feroz, arrogancia, crueldad—, Shawcross quiso que los jueces imaginaran que el resto de los presentes en la sala —las taquígrafas, los secretarios, los guardias, los letrados— representaban lo que aún podía salvarse. Por eso les pidió que se impusieran como si toda la humanidad hubiera sido llamada al estrado y se les permitiera dirigirse al tribunal con una sola voz unificada: «Y así, después de esta dura prueba a la que se ha visto sometida la humanidad, la propia humanidad que lucha ahora por restablecer en todos los países del mundo las cosas sencillas y comunes (la libertad, el amor, la comprensión) viene a este tribunal y clama: “Estas son nuestras leyes, ¡que prevalezcan!”».

Shawcross esperaba que «nuestras leyes» prevalecieran, pero cuando pronunció estas palabras ni él ni sus colegas de la acusación entendieron bien a qué se refería con ese «nuestras». El tribunal de Núremberg fue el producto de un revoltijo de interpretaciones y

aspiraciones jurídicas; mucho se perdió en la traducción, literal y figuradamente. Se impartió una suerte de justicia, pero no fue suficiente para vengar a todos los que habían muerto, ni para reconstruir el continente europeo, ni para reconstituir sus leyes. No fue suficiente para conceder la paz a la siguiente generación, a los que habían sobrevivido. Ningún tribunal puede deshacer lo que se ha hecho, por mucho que lo intente.

89. El Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos tiene un programa especial de formación que subvenciona a los jueces, fiscales y abogados del Gobierno estadounidense para que se reúnan y estudien las leyes nazis, para averiguar cómo fue posible que el poder judicial alemán permitiera y autorizara el genocidio. Estudian el derecho contractual y de familia nazi, así como la progresión de los decretos fascistas. Se preguntan: «¿Qué pueden hacer los jueces para asegurar que los errores que condujeron al Holocausto no se produzcan en este país?».

Véase: https://www.ushmm.org/outreach-programs/judiciary.

90. «Second Day, Wednesday, 11/21/1945, Part 04». En: Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal, vol. II, Proceedings: 11/14/1945-11/30/1945. [Texto oficial en lengua inglesa.] (Núremberg: IMT, 1947, pp. 98-102.)

https://www.roberthjackson.org/speech-and-writing/opening-statement-before-the-international-military-tribunal/.

91. Ibid.

92. Robert H. Jackson, «Introduction». En: Whitney R. Harris, Tyranny on Trial: The Evidence at Nuremberg. College Station, Texas: Texas

A&M, 1999, pp.

xxxv–xxxvi

.

93. Francine Hirsch, Soviet Judgement at Nuremberg: A New History of the International Military Tribunal After World War II. Nueva York: Oxford UP, 2020, pp. 71-72.

94. Christiane Kohl, The Witness House: Nazis and Holocaust Survivors Sharing a Villa During the Nuremberg Trials. Nueva York: Other Press, 2010, p. 46.

95. Ibid.

96. Robert H. Jackson, «Opening Address for the United States», Nazi Conspiracy and Aggression, vol. 1, United States Office of Chief of Counsel for the Prosecution of Axis Criminality, US Government Printing Office, Washington DC, 1946, p. 140.

https://play.google.com/books/reader?
id=vb9GAQAAMAAJ&hl=en&pg=GBS.PA.

97. «Era y sigue siendo motivo de orgullo entre los letones que la "Compañía Viesturs", un destacamento de guardia en los juicios de Núremberg, estuviera compuesta por letones con uniforme estadounidense», escribe el historiador Richards Plavnieks. Plavnieks, Nazi Collaborators, p. 119.

98. Para una historia académica de la masacre de Katyn y sus

secuelas, véase Alexander Etkind, Rory Finnin y cols., Remembering Katyn. Cambridge, UK, y Malden, MA: Polity Press, 2012.

99. Hirsch, Soviet Judgement, p. 153.

100. Lawrence Douglas, «History, Memory and Crimes Against Humanity: A Response to Todorov», Salmagundi, núm. 128/129, Skidmore College, 2000, pp. 320-326.

http://www.jstor.org/stable/40549 287.

101. Otro, Martin Bormann, secretario privado de Hitler, es condenado a muerte in absentia. Se le consideró prófugo hasta 1973. «¿Bormann está vivo o muerto? No lo sabemos. Hay persistentes rumores de que vive en Sudamérica, pero hasta el momento no se le ha identificado. Recientemente el general Reinhard Gehlen, antiguo nazi y antiguo director del Servicio Federal de Inteligencia alemán, declaró públicamente que, por lo que sabía, incluso cuando servía a Hitler Bormann había sido un espía ruso; que tras la muerte de Hitler se había marchado a Rusia y había muerto allí. Esta historia ni tiene pruebas ni parece probable.» New York Times, domingo 14 de enero de 1973. Los restos de Bormann se hallaron e identificaron en Berlín ese mismo año. Había muerto en 1945 mientras huía de la ciudad.

https://www.nytimes.com/1973/01/14/archives/martin-bormann-was-last-seen-definitely-in-a-tank-in-berlin-on-may.html.

102. «International Military Tribunal: The Defendants», Holocaust Encyclopedia, US Holocaust Memorial Museum, Washington DC.

https://encyclopedia.ushmm.org/content/en/article/international-military-tribunal-the-defendants.

103. Hirsch, Soviet Judgement, pp. 64-65.

104. Allie Brudney, «The I.G. Farben Trial: Evidentiary Standards and Procedures and the Problem of Creating Legitimacy», Harvard International Law Journal, vol. 61, núm. 1, invierno de 2020, p. 257.

105. Roman A. Rudenko, «Final Statement», International Military Tribunal, 29 de julio de 1946, University of Georgia Law Digital Commons.

https://digitalcommons.law.uga.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1008&context=imt.

106. «One Hundred and Eighty-Ninth Day, Monday, 29 July 1946, Morning Session», Nuremberg Trial Proceedings, vol. 19, The Avalon Project: Documents in Law, History and Diplomacy, Yale Law School Lillian Goldman Law Library.

https://avalon.law.yale.edu/imt/07-29-46.asp.

107. Robert H. Jackson, fiscal en jefe estadounidense, TMI, «Closing Arguments for Conviction of Nazi War Criminals», Temple Law Quarterly, pp. 85-107.

https://www.roberthjackson.org/wp-content/uploads/2015/01/Closing_Argument_for_Conviction_of_Nazi_War_Criminals.pdf.

7. Los hombres del Comité

Los telegramas cruzaron el mundo. De Londres y Múnich pasaron a Nueva York, Manila, Toronto, Los Ángeles, Río de Janeiro y Tel Aviv. Núremberg había inaugurado un fugaz frenesí de juicios por crímenes de guerra; el tribunal había establecido una lista de organizaciones criminales nazis, sentando el precedente que permitía juzgar a todos y cada uno de sus miembros. Durante un breve periodo después de la guerra, los aliados detuvieron a cientos de nazis. Ahora necesitaban testigos que les dijeran quiénes eran realmente esos hombres y qué habían hecho.

Muchas de estas misivas pasaron por el buzón del número 55 de New Cavendish Street, una casa adosada de estilo georgiano en Marylebone, Londres, que durante un tiempo, a finales de la década de 1940, fue la sede del Congreso Judío Mundial y del Comité para la Investigación de los Crímenes Nazis en los Países Bálticos.[108] Su inquilino, Herman Michelson, un hombre de negocios judío, presidente y tesorero del comité y un líder del Congreso Judío Mundial, supervisaba, desde sus oficinas en Londres, la búsqueda de pruebas en todo el mundo y enviaba instrucciones y ánimos a los refugiados bálticos de toda Europa. Su misión era asegurarse de que los capturados fueran juzgados y de que se apresara a los que seguían en libertad.

En 1949, la lista de detenidos incluía a Viktor Arājs, a quien habían identificado en un campamento de desplazados en la zona británica de Alemania. Arājs sería uno de los principales acusados del juicio colectivo de dieciséis criminales de guerra que los funcionarios británicos habían empezado a denominar el «caso del gueto de Riga», y que juzgaría un tribunal del Consejo de Control Aliado, el tribunal del órgano de gobierno de las zonas ocupadas alemanas.[109] Herman Michelson llevaba años reuniendo pruebas para el caso, solicitando a amigos y colegas que declararan sobre los crímenes que habían presenciado. Michelson desempeñaba un papel esencial en la vasta red de organizaciones de refugiados judíos, grandes y pequeñas, de todo el

mundo; a finales de la década de 1940 esta red trabajaba a un ritmo vertiginoso para reunir todos los testimonios posibles y documentar el Holocausto mientras los recuerdos de los supervivientes aún eran recientes.[110]

Entre los que Michelson reclutó para su causa se encontraba un joven refugiado letón llamado Edward Alperovitch, un hombre que, cuando lo conocí ya anciano, recordaba los detalles de este periodo con precisión científica. Nacido en 1926 en Liepāja, de padres judíos, Alperovitch había crecido hablando alemán en casa; sus padres reservaban el ruso para las conversaciones que no querían que sus dos hijos escucharan. Adolf, su padre, trabajaba en el negocio familiar de exportación de cereales; Erica, su madre, había estado empleada en la oficina de distrito de la Administración militar alemana durante la Primera Guerra Mundial, y después dio clases particulares. Era una familia acomodada que formaba parte de la animada comunidad judía de la ciudad.

La Segunda Guerra Mundial estalló cuando Alperovitch había empezado a asistir a una escuela técnica de chicos. «Aunque las tropas soviéticas recorrían las calles de mi ciudad y las alemanas estaban a solo setenta kilómetros, no previmos el peligro que se avecinaba y no nos planteamos emigrar —escribe en sus memorias—. Había razones, por supuesto: la mayoría de los países no estaban precisamente peleándose para acoger inmigrantes (mucho menos judíos), mi padre no sabía si podría mantenernos en un nuevo país, su negocio de exportación por fin iba bien y no quería abandonar a su madre ni a otros parientes mayores. Además, el Pacto de No Agresión soviético-alemán de agosto de 1939 parecía asegurar la paz en nuestro rincón del mundo. Cuando en octubre de 1939 Hitler convocó a los alemanes del Báltico “a casa, al Reich”, interpretamos mal esta señal, pensando que ahora no tendría motivos para invadir los países bálticos.»

En junio de 1940, la familia Alperovitch sufrió «el primero de numerosos desastres» cuando los soviéticos ocuparon Letonia. Congelaron las cuentas bancarias de su padre, Adolf, que, por ser empresario, fue inmediatamente tachado de enemigo de clase. Su negocio de cereales fue confiscado y «nacionalizado» como propiedad soviética; a Adolf solo se le permitió conservar sus deudas y se convirtió en empleado de su propia empresa. En aquella época algunos conocidos de Alperovitch empezaron a emigrar a la Alemania

nazi, pues temían a los soviéticos. En junio de 1941, los soviéticos iniciaron las primeras deportaciones. Las familias fueron reunidas y distribuidas en trenes con destino a Siberia.

El 14 de junio, la familia Alperovitch recibió una llamada telefónica en la que se les ordenaba que hicieran una maleta por cabeza. Había llegado su turno, les tocaba irse. Afortunadamente uno de sus inquilinos era un comandante de la unidad paramilitar soviética que patrullaba la frontera. Le pidieron que interviniera en su favor y él se encargó de borrar sus nombres de la lista de deportaciones.

Quince días después, los nazis llegaron a la ciudad. «En pocas horas las cosas se pusieron difíciles», escribe Alperovitch. Sus padres pensaron que la guerra terminaría en un año, así que tramaron una mentira para disfrazar sus identidades. Erica debía afirmar que cuando era un bebé la habían dejado en la puerta de una familia judía «con una nota donde solo constaban su nombre y una cruz, indicando que era cristiana». Eso significaría que Edward y su hermano Georg, ambos rubios y de ojos azules, serían medio judíos y, por el momento, estarían exentos de las leyes raciales nazis. Les preocupaba que la gente del barrio los delatara —sus vecinos y amigos habían conocido a los padres de Erica y sabían muy bien que no era una niña abandonada—, pero el plan funcionó. «Resultó que la gente que lo sabía no quería hacernos daño, y los que querían hacernos daño no lo sabían», escribe Alperovitch.

Su padre, Adolf, no tenía ninguna argucia a la que recurrir. Pronto se ocultó en la casa familiar y corría a esconderse en la despensa siempre que alguien llamaba a la puerta. Hasta que un día de principios de diciembre aparecieron diez policías y se llevaron a los padres de Alperovitch. Su madre regresó seis días después; Adolf, no. Más tarde se enteró de que lo habían matado al día siguiente, el 9 de diciembre.

El 15 de diciembre vinieron a por los chicos. El periódico había anunciado la Aktion unos días antes, en unas siniestras líneas ocultas bajo un artículo sobre el precio de los árboles de Navidad: «No se permite a los judíos salir de sus casas el lunes 15 de diciembre y el martes 16 de diciembre de 1941». Firmado, el comandante de las SS y de la policía de Liepāja.[111] Policías letones sacaron a Edward y Georg de sus camas y los llevaron a la prisión de mujeres, donde aguardaron en cola a que los mataran. Vieron que conducían a grupos de judíos a

la playa de Liepa ̄ja, a las dunas de Šķe ̄de. Los chicos suplicaron a un policía alemán que les dejara marchar; le mostraron los pases que decían que solo eran medio judíos. «Nos miró fijamente durante cinco segundos (probablemente pasando revista a la lista de características raciales judías) y luego nos despidió con una sola palabra: "geht" ("idos")», recuerda Alperovitch. Durante los tres días siguientes vieron cómo conducían a sus compañeros de clase y a sus progenitores al lugar de la matanza. Un hombre del SD tomó fotografías de la Aktion, captando a niños pequeños encogidos unos detrás de los otros, a mujeres tratando de proteger su pudor y a familias enteras marchando hacia el escuadrón de exterminio. Indicaron a los judíos de Liepāja que se desnudaran y se alinearan en grupos de veinte ante una fosa excavada en la arena mientras un pelotón de fusilamiento los apuntaba desde atrás. Lo último que vieron fue las amargas olas invernales que se estrellaban en la orilla. Edward Alperovitch pasaría el resto de su vida trabajando para salvaguardar su memoria, documentando los asesinatos en detalle, haciendo todo lo posible para que los asesinos rindieran cuentas.

Sobrevivió a la guerra realizando trabajos esporádicos, sobre todo en la construcción, y beneficiándose de la protección de Fritz Müller, un arquitecto de Stuttgart que habían enviado a Liepāja con el ejército alemán, que despreciaba al Gobierno nazi y que le dijo a Edward que «no sería una calamidad que la nación alemana dejara de existir tras el fin de la guerra». «Su comentario me hizo comprender que los individuos son más importantes que las naciones», escribe Alperovitch. En 1944, Edward y su madre viajaron a Dánzig en un barco de refugiados (su hermano Georg había muerto de tifus a principios de año). En octubre de 1945, recalaron en un campo de desplazados de Múnich donde Alperovitch pudo reanudar sus estudios científicos en una universidad provisional dirigida por la Asociación de Socorro y Rehabilitación de las Naciones Unidas. Fueron recibidos y atendidos por el Comité Central de Judíos Liberados en la zona estadounidense de Alemania, que en aquella época «funcionaba de un modo muy informal», me dijo. El empleado que recibió a los Alperovitch les dijo que los refugiados que habían sobrevivido a los campos de concentración tenían derecho a mejores raciones de comida y alojamiento. Como nunca habían internado ni a Edward ni a su madre, «el empleado se inventó rápidamente un nuevo campo, Stargard, en Pomerania» donde supuestamente los habrían apresado. (En realidad, habían permanecido brevemente en un campo para

refugiados bálticos en la misma región.) «Redefinió el campo de desplazados como campo de concentración y nos dio unos pedazos de papel a modo de documentos que afirmaban que habíamos estado en el KZ Stargard [Konzentrationslager Stargard] con números de prisión consecutivos y ficticios de cuatro dígitos, como 1573 y 1574 —me contó Alperovitch por correo electrónico—. Al cabo de un par de meses tuve ocasión de mostrar mi pase del KZ a un funcionario del gobierno militar estadounidense, que ya sabía que esos pases se ofrecían prácticamente a todos los recién llegados.»[112]

Su madre se convirtió en la secretaria de un grupo llamado Federación de Judíos Liberados de Letonia en la zona estadounidense de Alemania, y Edward se unió también a él. Vivían en una sola habitación amueblada en Múnich; allí, Edward redactaba cartas y su madre las pasaba a máquina. Una de las principales funciones del grupo era recoger testimonios que pudieran utilizarse para identificar y juzgar a los criminales de guerra. Pronto, Edward se convirtió en el representante de crímenes de guerra del comité. Como tal, mantenía una correspondencia regular con Michelson en Londres, que le enviaba listas de sospechosos bajo custodia británica y solicitudes de testimonios que pudieran informar sobre las actividades de dichos sospechosos durante la guerra. El trabajo de Edward consistía en hacer circular estas solicitudes entre los supervivientes de los campos de desplazados alemanes para recabar el mayor número de pruebas posible. El 19 de septiembre de 1948 escribió al Comité Central de Múnich para ponerlos al corriente de sus progresos en la recogida de pruebas contra un sospechoso concreto: Herberts Cukurs. «En relación con su mencionada carta, también les informamos de que Harry Moglinitzky, David Fishkin y Max Tukacier pueden testificar contra el criminal Cukurs —escribe Alperovitch en yidis—. Es de suponer que reuniremos muchos más testigos si se sabe que Cukurs ha sido arrestado.»[113] Los testimonios eran incriminatorios: Tukacier afirmaba haber visto a Cukurs golpear despiadadamente a los judíos en el cuartel general del Kommando, seleccionar a los detenidos del sótano en grupos de diez y obligarlos a subir apresuradamente para luego oír el eco de los disparos. Fishkin declaró haber visto a Cukurs disparar a «unos quinientos» judíos en el gueto de Riga y sus alrededores, y describió que disparaba a los rezagados que no podían seguir el ritmo de sus columnas y a los niños que se atrevían a chillar.

Durante este periodo, Alperovitch vio una convocatoria de testigos

para el último y definitivo juicio por crímenes de guerra en Núremberg, el juicio al Alto Mando alemán. El tribunal pretendía examinar hasta qué punto el ejército alemán había participado en las redadas y el exterminio de las comunidades judías de Europa junto con las SS y la Gestapo. Alperovitch tenía una prueba clave que ofrecer a la fiscalía, un recuerdo de las ejecuciones en Liepāja que «implicaba al mariscal de campo alemán Wilhelm Ritter von Leeb, comandante del Grupo Norte». Von Leeb había supervisado la ocupación alemana de los países bálticos como parte de la Operación Barbarroja. Era el de mayor rango de los trece oficiales del ejército a quienes se juzgaba; el proceso se denominó formalmente Estados Unidos de América contra Wilhelm von Leeb y otros.

Los estadounidenses esperaban que este último juicio de Núremberg impulsara a Alemania hacia la democracia al exponer los crímenes y la culpabilidad de sus oficiales militares, que en aquel momento todavía gozaban de bastante prestigio social y político.[114] Von Leeb fue acusado de los mismos cuatro cargos que los veintidós hombres juzgados por el Tribunal Militar Internacional: crímenes contra la paz, crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad y conspiración. La acusación pretendía demostrar que era consciente de la confiscación y el saqueo de bienes judíos, y que él y sus hombres conocían las masacres y habían participado en las ejecuciones. Cuando Von Leeb subió al estrado, afirmó desconocer que se había ordenado a los judíos llevar «insignias identificativas», no conocer ni participar en los saqueos («Solo puedo afirmar aquí que ni en la Primera ni en la Segunda Guerra Mundial le quité a nadie ni un cigarrillo», dijo) y desconocer que se había obligado a los judíos a vivir en guetos. También afirmó que solo el SD, y ninguno de los hombres bajo su mando, había participado en la matanza de judíos letones. Al presentárseles documentos que sugerían lo contrario, Von Leeb y sus coacusados tergiversaron las palabras de la página: el fiscal Walter H. Rapp se quejó ante el juez de que «cuando en un documento se dice cientos de judíos saqueados, se nos informó de que eso no significa cientos de judíos; que simplemente significa que cien judíos habían ido al médico».

Alperovitch había sido convocado para rebatir los desmentidos de Von Leeb. La acusación le interrogó tres veces antes de permitirle comparecer ante el tribunal y le preguntó por lo que había oído y visto durante la invasión alemana de Liepāja y cómo había

sobrevivido. Alperovitch recordaba haber visto las letras WH o WM en los camiones donde se llevaban a los judíos; la W significaba Wehrmacht. Estuvo una semana conviviendo en una habitación con otros cuatro hombres, todos ellos testigos, intercambiando crudas y aterradoras historias de supervivencia. El 2 de agosto de 1948 lo llamaron al estrado del Palacio de Justicia para ser interrogado por Rapp, que también era el jefe de la División de Pruebas. Alperovitch se deleitó con el cambio de suerte que había supuesto la victoria aliada: «Era extraño ver a aquellos famosos generales de la cúpula del Tercer Reich sentados en el banquillo de los acusados, y aún más encontrárselos en los aseos —escribe—. Estos ancianos habían sido el terror de Europa, pero ahora estaban en los urinarios, todavía uniformados, pero con zapatillas en lugar de botas, vigilados por un inmenso policía militar de color».

Cuando Alperovitch compareció en el estrado, el juicio ya estaba en su fase final. La fiscalía esperaba que su testimonio fuera admitido como prueba de refutación, alegando que contradecía directamente la defensa de Von Leeb. Alperovitch contó al tribunal que solo cuarenta de los ocho mil judíos de Liepāja habían sobrevivido.

—Vi a soldados alemanes llevándose muebles, utensilios domésticos, radios y demás de las viviendas judías. Después, más de treinta hombres fueron fusilados en la parte norte de la ciudad, entre ellos el padre de uno de mis amigos del colegio.

—¿Y por qué ocurrió eso? —preguntó Rapp.

—Solo porque eran judíos —contestó Alperovitch, y le dijo al tribunal que había caminado entre sus cadáveres.

En ese punto, los abogados de Von Leeb se opusieron a la aportación de nuevas pruebas en una fase tan tardía del proceso. Rapp y el fiscal estadounidense Kurt Ponger lucharon durante dos días para que se admitiera el testimonio de Alperovitch; dijeron al juez que consideraban que ya habían demostrado su caso basándose únicamente en los documentos, pero que no era suficiente. «Cuando han subido al estrado, los acusados han dicho a este tribunal que lo que aparecía en los documentos no era cierto, que no significa lo que dice. El tribunal debe aprender a interpretar, al igual que estos hombres han aprendido a interpretar en su carrera —dijo Rapp—.

Eran informes ficticios; no eran informes reales. Por lo tanto, deberíamos ser capaces ahora de rebatir tales afirmaciones.»

El juez no estuvo de acuerdo y reprendió a Rapp por no haber presentado a Alperovitch como testigo en un momento anterior del proceso. La objeción de la defensa fue aceptada y el breve testimonio de Alperovitch se eliminó de las actas. «Muy triste, porque a Von Leeb (setenta años), un antisemita despiadado desde al menos la Primera Guerra Mundial, solo lo condenaron a tres años de cárcel», escribe Alperovitch en sus memorias. Había llegado a Núremberg con unas semanas de retraso.

*

El juicio del Alto Mando no sirvió para que la opinión pública alemana se volviera contra los militares, ni tampoco para dar a conocer a los civiles los crímenes de la Wehrmacht. La sentencia de tres años de Von Leeb incluía el tiempo cumplido; fue liberado justo después de que concluyera el juicio. Por su parte, Alperovitch regresó a Múnich y reanudó durante los meses siguientes su trabajo para la Federación de Judíos Liberados. Michelson le pidió que le ayudara a reunir pruebas para el tan esperado «juicio del gueto de Riga», donde se procesaría a los hombres de las SS, entre ellos Viktor Arājs, que habían participado en la ocupación nazi de Letonia y que ahora se encontraban bajo custodia británica. Alperovitch aceptó esta nueva tarea.

No obstante, el 18 de mayo de 1949, una carta decepcionante llegó al número 55 de New Cavendish Street. El remitente era importante: el mayor F. Elwyn-Jones, diputado, que había servido bajo las órdenes de Shawcross como uno de los letrados para el Reino Unido en Núremberg. Les daba malas noticias: «Estimado señor Michelson: he recibido una declaración del Ministerio de Asuntos Exteriores sobre el caso del gueto de Riga». Finalmente, los británicos no iniciarían un juicio sobre el gueto.

Elwyn-Jones copió la carta del secretario de Asuntos Exteriores, Ernest

Bevin. La semana anterior, durante un debate de los lores, un miembro de la cámara había anunciado que «todos los futuros casos de crímenes contra la humanidad con víctimas aliadas o de las Naciones Unidas, así como aquellos en los que las víctimas sean de nacionalidad alemana, serán juzgados por tribunales alemanes», explicó Bevin. El caso de Arājs se había «mencionado a las autoridades alemanas» y, en cuanto a los otros hombres detenidos, simplemente no había suficientes pruebas. «No cabe duda de que los crímenes cometidos en Riga y sus alrededores fueron espantosos —escribió Bevin—, pero la medida en que las personas detenidas participaron en estos crímenes es, sin embargo, otra cuestión, y se me ha informado de que gran parte de las pruebas presentadas referentes a estos individuos y su participación en los acontecimientos son, de hecho, rumores.»[115]

Viktor Arājs permanecería bajo custodia británica en un campo de desplazados hasta que vinieran a buscarlo las autoridades de Alemania Occidental. Ese día fue el 11 de octubre de 1949, cuando llegó la orden de arresto desde Hamburgo. Pero la orden no pudo cumplirse. «Por razones que siguen sin aclararse y que probablemente nunca lo harán —escribe Richards Plavnieks—, Arājs no estaba en el campo donde supuestamente debía estar internado.»[116] Entre todo el barullo burocrático, había encontrado la forma de desaparecer.

108. En 1948 la Asociación de Judíos del Báltico en Gran Bretaña se encontraba en el número 310 de Regent Street, Londres, W1. Al año siguiente se reubicó en New Cavendish Street. «Committee for the Investigation of Nazi war crimes in Baltic countries: correspondence», File 539/7, 1948-1950, Wiener Library.

https://wiener.soutron.net/Portal/Default/en-B/recrdview/index/74671.

109. Field Reference: WCG/C/461/FIS; Legal Reference: WCG/15228/2/C.2087/Legal; Index to List of Accused – Riga Ghetto Case», Committee for the Investigation of Nazi Crimes in the Baltic Countries, Biblioteca Wiener, microfilm consultado el 22 de julio de

2019.

110. Un anuncio publicado en los clasificados del boletín de información de la Asociación de Refugiados Judíos en Gran Bretaña dice lo siguiente: «CRIMINALES DE GUERRA: La Asociación de Judíos del Báltico en Gran Bretaña, 42 Theobald Rd., Londres, W.C.1, está recogiendo pruebas de los crímenes de guerra cometidos contra los judíos en los estados bálticos y hace un llamamiento a todas las personas que tengan alguna prueba para que la transmitan a su oficina, donde se encuentra una lista de criminales de guerra responsables de la "liquidación" de los guetos, especialmente en Riga, y también las fotografías de estos». «Postal Announcements», AJR Information, junio de 1948, vol. III, núm. 6, p. 7.

111. «Las notificaciones sobre los árboles y los judíos también se dan en letón en la misma página», Nadine Fresco, On the Death of Jews: Photographs and History, traducido al inglés por Sarah Clift. Nueva York: Berghahn Books, 2021, p. 47.

112. Correo electrónico de Edward Alperovitch a la autora, 29 de junio de 2021.

113. Agradezco a Molly Krueger la traducción de la carta del yidis. En junio de 2021 envié una imagen de esta carta, que muestra claramente su firma, a Alperovitch. Él respondió por correo electrónico lo siguiente: «Yo no escribí esta carta, ya que mi vocabulario activo de yidis ha sido siempre patético. Probablemente uno de los miembros de la junta escribió la versión en yidis basándose en mi borrador en alemán. Sin duda, los judíos letones serían la principal fuente de testigos contra Cukurs, pero tardaron diez años en capturar y matar a Cukurs». Correo electrónico de Edward Alperovitch a la autora, 29 de junio de 2021.

114. Valerie Geneviève Hébert, Hitler's Generals on Trial: The Last War Crimes Tribunal at Nuremberg. Kansas City: University Press of Kansas, 2010.

115. Apéndice C. «Copy of the letter of Major F. Elwyn Jones, M.P., dated 18th May, 1949, to Mr. E. Michelson», Committee for the Investigation of Nazi Crimes in the Baltic Countries. Biblioteca Wiener, Archivo 539/7.

116. Plavnieks, Nazi Collaborators, p. 116.

8. El desfile del Día de la Victoria

Estaba sentada con mi padre a la mesa de su comedor en California, con una carpeta de documentos y fotografías delante de nosotros, cuando empezó a contarme una historia que yo no había oído nunca. Es una historia imposible de verificar, misteriosa y casi surrealista. Dice así:

Es el 9 de mayo de 1949. Día de la Victoria, cuatro años después de la rendición de las fuerzas alemanas. Hay un desfile en el centro de Riga. Los periódicos muestran retratos de Stalin cubiertos de medallas militares. Mi abuela Biruta se une a la multitud que lo celebra en la calle. Está embarazada de cinco meses. Hace poco más de un mes que las autoridades soviéticas han deportado a Siberia a treinta mil habitantes de Letonia, entre ellos diez mil niños. Ese mismo día, el 25 de marzo de 1949, Boris y ella se habían casado. Ha pasado casi un mes desde que su nuevo marido se marchó en lo que dijo que era un viaje de negocios rutinario. Hace unas semanas le han notificado su supuesto suicidio.

Observa el desfile que recorre los extensos bulevares de Riga. Dos mujeres salen del desfile y se le acercan. Le dan a mi abuela un reloj y una carta. Se supone que sirven como prueba de la muerte de Boris, pero mi abuela no se lo cree. No es su reloj. La citan en la sede del KGB en Riga, un edificio art decó conocido como la «Casa de la Esquina». Los agentes le confiscan la carta y el reloj. Le dicen que no busque el cuerpo.

¿Qué decía la carta?, le pregunto a mi padre. No lo sabe. Quizá nunca lo preguntó o quizá mi abuela no quiso decírselo. Mi abuela Biruta murió en 2002, antes de que yo supiera algo de esta historia, antes de saber cuántas preguntas quedaban por hacer. Ella no escribió ningún diario, ninguna nota. Lo único que sabe mi padre es la versión de la

historia que le contó su madre y que ahora me transmite a mí. La historia termina así: un día de 1963 la citan de nuevo en el cuartel general del KGB. Los oficiales quieren saber: ¿ha tenido noticias de Boris?

*

Biruta y Boris se conocieron a la salida del Instituto Anatómico un día de finales de 1947 o principios de 1948. Se trata de un edificio inconfundible que sigue en pie a orillas del río Daugava, en la intersección de tres vías del tranvía. El exterior es casi morisco, decorado con volutas de color arena y estrellas doradas de seis puntas. Las estrellas me llaman la atención: ¿cómo puede haber sobrevivido a la guerra un edificio con llamativas estrellas judías? He leído que se construyó como un seminario ortodoxo griego en 1879; de ahí las estrellas, antiguos símbolos de la creación. Hoy es el Instituto de Anatomía y Antropología de la Universidad Stradiņš de Riga. «Este es el lugar donde los muertos ayudan a los vivos», declara su página web. «Hic locus est ubi mors gaudet, sucurrere vitae.» [117]

Biruta es una estudiante de medicina que vuelve a casa después de un día de clase. Boris pasa por allí. Se reconocen de su época escolar en Liepāja. Habían perdido el contacto; probablemente ambos se alegran de que el otro siga con vida. Para entonces, Biruta se ha casado y ha enviudado. A Boris, prisionero de guerra desde mayo de 1945, lo han trasladado dos veces antes de su liberación un año y medio después, en enero de 1947. Va vestido de paisano; le dice que trabaja como vendedor de seguros.

Imagino un noviazgo corto y fácil, un reencuentro más que una nueva relación amorosa. Apenas existen imágenes de Biruta y Boris juntos, como jóvenes amantes. En una de ellas, fechada en 1948, aparecen en una foto familiar en los terrenos de nuestra casa de veraneo en el pueblo de Bauska. Otra fotografía, que encontré entre las páginas de mi álbum de recién nacida, muestra a los dos en un campo. Parece ser el mismo día que la foto de grupo: Boris lleva unos pantalones anchos de color caqui, una chaqueta de traje holgada con un pañuelo en el

bolsillo y un cigarrillo en la mano. Biruta está a su lado con un vestido veraniego de flores, una chaqueta de punto y las manos en la espalda. Su boda se conmemora en dos fotografías: la primera los muestra sentados en un banco ante la oficina del secretario municipal, mi abuela vestida de negro y con las manos envueltas en un manguito de piel. Boris lleva traje y una corbata a cuadros, el pelo engominado y repeinado. La segunda muestra a Biruta firmando lo que debe de ser su certificado de matrimonio mientras Boris la mira. Se convierte en parte de su familia y luego desaparece. Pero se ocuparon de mi abuela: conseguiría un puesto en un buen hospital de Riga. Los funcionarios soviéticos y sus familias eran pacientes de su consulta dental. Una década después de su muerte, encuentro su manguito de piel en un armario de la casa de veraneo. Está áspero y reseco por el paso del tiempo; los ojos y las garras del animal, brillantes y frágiles, hacen que lo confunda con un cadáver.

Corrían rumores sobre Boris. Muchas historias entre las que filtrar y elegir. Una que parece plausible, e incluso probable, es que el KGB lo reclutó para que los ayudara en la identificación de los colaboracionistas alemanes. Boris se paseaba por Riga seguido por un par de oficiales del KGB. Cuando reconocía a un hombre de su época en el Kommando Arājs, se le acercaba, le daba un golpecito en el hombro y lo saludaba como a un viejo amigo. El golpe en el hombro era la señal de que el hombre era un objetivo. Otro rumor: Boris protegió a Biruta de la segunda ronda de deportaciones soviéticas llevándosela a pasear en coche, para que no estuviera en casa cuando las autoridades llamasen a su puerta. Más rumores: lo habían visto en Alemania Oriental, o en Sudamérica. No había aparecido su cadáver porque Boris estaba vivo.

Biruta nunca aceptó la historia oficial de la muerte de su marido. La esquela dice que se suicidó en Sillamäe, Estonia, que a la sazón era una ciudad soviética «cerrada», sede de las minas de uranio de la URSS. Se necesitaba un permiso para entrar y salir; la ciudad había sido cuidadosamente extirpada de los mapas de la región. ¿Qué hacía Boris allí? ¿De dónde había sacado el arma? ¿Ocurrió algo en su viaje que le impulsó a desear la muerte?

Boris y Biruta Kinstler, el día de su boda.

¿Lo había estado planeando desde el principio? ¿O había algo más en esa historia? Biruta le dijo a mi padre que, cuando se fue, Boris se llevó casi todas las fotografías en las que aparecía y todos los documentos de su vida. Lo único que dejó fueron restos. Mi padre me cuenta que tiene una foto de su padre que han «recortado con tijeras». El borde es irregular; han hecho desaparecer algo o a alguien del encuadre. Me advierte que en esta imagen mi abuelo lleva una chaqueta de cuero negra. «Como en la Gestapo», dice. Me envía la imagen por WhatsApp, y veo que su descripción es inquietantemente precisa: ahí está Boris con un chaquetón de cuero negro, sentado en el césped frente a lo que probablemente sea la casa de campo de Biruta, con los ojos entornados al sol. Lleva un ramo de flores silvestres entre las mangas de su abrigo de cuero.

En el archivo encuentro los retazos que Boris no pudo eliminar. Los Archivos Nacionales de Letonia conservan una copia de la «ficha del KGB» de Boris: una tarjeta con su nombre, fecha de nacimiento, dirección y fecha de registro, el 14 de febrero de 1947, en elaboradas letras cirílicas. Tras la caída de la Unión Soviética en 1991 se descubrieron bolsas llenas de estas fichas en el sótano de la sede abandonada del KGB. Las llamaron «bolsas de la Checa» por el nombre original del KGB, y empezaron a ocupar un curioso papel en la vida política del país. Contenían los nombres de informantes y agentes del KGB de toda Letonia, muchos de los cuales ocupaban puestos de influencia en el nuevo sistema político europeo letón. Durante tres décadas se mantuvieron ocultas al público, solo accesibles a través de los Archivos Nacionales de Letonia y solo para aquellos que querían echar un vistazo a sus propios archivos. Sin embargo, un día de 2019 se publicaron en Internet por orden alfabético, accesibles para todo aquel con una identificación nacional letona. Se suponía que era una especie de ejercicio nacional de arrepentimiento y confesión, una limpieza ritual. Un juez lo calificó de «cuestión de higiene».[118]

La gente buscó a sus amigos, parientes y vecinos para intentar descubrir quién les había delatado en la posguerra. Se preguntaban si el archivo revelaría los secretos de su pasado. A veces el archivo facilita información, a veces guarda silencio. Ambos resultados son devastadores, cada uno a su manera.

No se puede confiar ciegamente en las tarjetas del KGB del archivo letón. Es imposible saber cuántas de ellas eran reales y qué significaban. ¿Por qué dejaron estas tarjetas en el sótano y no otras? ¿Eran un cebo concebido para fomentar la máxima inquietud y sospecha? ¿Qué hacía falta para tener una tarjeta en el archivo? ¿Una reunión con las autoridades? ¿Dos? En una entrevista para un documental poco antes de su muerte, el último jefe del KGB letón, un hombre llamado Edmunds Johansons, se sienta detrás de su antiguo escritorio y cuenta a los periodistas que los archivos que dejaron eran los menos importantes, aquellos de los que los soviéticos podían permitirse prescindir. «Es como tener una patata caliente en la boca, ¿comprenden? No se puede comer, no se puede escupir. Eso ocurre con los archivos y va a seguir ocurriendo. No se puede probar nada, así que básicamente es como... luchar contra molinos de viento.»

No se puede probar nada. ¿Qué hace falta para «probar» que un crimen se cometió hace cincuenta, o setenta, o cien años? ¿Qué significa una «prueba» en una nación ocupada dos veces, una nación en la que se ha asesinado, incendiado y robado, desplazado y desacreditado a su población y sus bienes? El Estado ha cambiado su lenguaje, su sistema jurídico, su forma de pensar, hablar y gobernar. La narrativa nacional se ha alterado radicalmente demasiadas veces. Si la prueba es la gramática del juicio, en estas circunstancias apenas puede empezar a formarse una frase.[119]

Sin embargo, hay que intentarlo. El archivo todavía puede revelar algunas cosas. Uldis Neiburgs, historiador letón y amigo de la familia, pregunta a un colega estonio si puede haber documentación sobre el viaje de Boris al norte, algún escrito o anuncio de periódico que mencione un suicidio en Sillamäe. «Querido Uldis, la historia, si es cierta en todos sus componentes, parece la típica novela de ficción de los servicios de inteligencia», responde su colega, un historiador llamado Toomas Hiio. No encontró nada sobre Boris en los archivos del KGB de esa época, pero dijo que a Boris le habría sido fácil obtener una pistola de haberlo querido. Un compañero de clase de mi padre me comentó que a finales de los años cuarenta casi todos los adolescentes de la escuela del pueblo tenían rifles escondidos en alguna parte. «Los bosques de los alrededores de Tallin estaban llenos de armas y explosivos», escribe. Pero dadas las conexiones de Boris con el KGB, no estaba seguro de que la historia del suicidio debiera tomarse al pie de la letra: «¿Se suicidó o simplemente desapareció con

algún otro propósito? Segundo, si realmente murió en abril de 1949, ¿se suicidó o simplemente lo liquidaron? Tercero, ¿por qué lo enviaron a Sillamäe tres semanas después de las deportaciones masivas? Cuarto, si lo enviaron allí para identificar a sus antiguos colegas del Kommando Arājs, ¿podría haber algo sobre Kinstlers en sus archivos?».

En los Archivos Nacionales de Estonia en Tartu hay un tesoro: informes de la contrainteligencia del KGB que en su momento estuvieron clasificados.[120] Un día, un amigo y compañero de estudios me envía por correo electrónico un archivo con estos documentos, todos clasificados como de «alto secreto». Los informes, redactados por oficiales del Segundo Departamento del Ministerio de Seguridad del Estado de la República Socialista Soviética de Estonia, detallan las actividades de los servicios de seguridad soviéticos en la RSS de Estonia entre marzo y abril de 1949. Estos son algunos de los informes a los que se refería Hiio: si el trabajo de Boris después de la guerra consistía realmente en identificar a colaboradores y espías alemanes, pensó que tal vez se podría encontrar su firma en alguno de ellos.

Los documentos son a la vez crípticos y categóricos. No se menciona a Boris ni su suicidio, pero sí da muchas pistas sobre el mundo que habitaba. Cada informe comienza con una pulcra tabla que pretende enumerar exactamente cuántos espías fueron detenidos ese mes y de dónde procedían. En abril de 1949, la contrainteligencia soviética informó de que en la RSS de Estonia se habían detectado dos espías ingleses, dos estadounidenses, cinco franceses, dos alemanes y treinta y seis «no identificados». Un informe de mayo empieza con una tabla similar y continúa detallando un caso particular: «En el proceso de una nueva operación clandestina sobre PIIP (Johannes a través del agente 48), se obtuvo información de que PIIP estaba vinculado y al corriente de las actividades de espionaje de VIIPAS Raivo Vrunovich, detenido por el MGB en 1947 por pertenecer a la inteligencia británica y a la clandestinidad nacionalista-burguesa de Estonia». Existen cientos de estos informes, cada uno con una nueva historia sobre la caza de agentes. ¿Quién sería el agente 48? Otro documento menciona a un «agente Roma», otro a un agente, de nombre en clave «Helgisoo», a quien en mayo de 1949 se le asignó el caso de una mujer estonia llamada Ilse que había cooperado con el SD y que había regresado recientemente a Estonia para reunirse con un oficial de la inteligencia británica. Los informes reflejan una cultura de sospecha y cinismo, un

mundo donde los oficiales de la contrainteligencia podían decidir que prácticamente cualquiera era un espía «no identificado».

Se trataba de un mundo donde era fácil desaparecer, cambiar una identidad por otra, escabullirse por una frontera y empezar una nueva vida, una nueva historia. También un mundo donde era fácil morir.

117. Institute of Anatomy and Anthropology, Theatrum Anatomicum, Rīga Stradiņš University.

https://www.rsu.lv/en/institute-anatomy-and-anthropology.

118. Linda Kinstler, «"A Partial Freedom": What Latvia found in the KGB Archives», New York Review Daily, 5 de marzo de 2019.

https://www.nybooks.com/daily/2019/03/05/a-partial-freedom-what-latvia-found-in-the-kgb-archives/.

119. Robert Burns, A Theory of the Trial. Princeton: Princeton University Press, 1999, p. 86.

120. «ENSV Riikliku Julgeoleku Komitee eriteadete materjalide kollektsioon», ERAF.131SM.1.190, marzo-junio de 1949. Archivos Nacionales de Estonia, Tartu.

9. Una declaración

El 4 de agosto de 1950 una carta urgente de Brasil llega al buzón del número 55 de New Cavendish Street con el siguiente encabezamiento: «Re: Criminal de guerra Herbert Cukurs». Enviada por dos destacados miembros de la comunidad judía de São Paulo, los doctores Israel Scolnicov y A. Gartenberg, la carta es una petición urgente.

La Federación de Judíos de Brasil estaba sumida en una intensa batalla legal para expulsar a Cukurs del país. Habían abandonado la esperanza de capturarlo, pero tras una serie de maniobras en el ámbito de las relaciones públicas habían conseguido despertar la atención de los ministros de Justicia y Asuntos Exteriores sobre su presencia en Brasil. Los autores de la carta explicaban que, dado que no se podía extraditar a Cukurs, militaban por su «expulsión administrativa».

Scolnicov y Gartenberg decían que los ministros brasileños les habían solicitado «todas las pruebas de las acusaciones contra Cukurs», pero la Federación solo tenía fotocopias de los testimonios de los cuatro supervivientes judíos que Alperovitch había enviado previamente: Rafael Schub, Abram Shapiro, Max Tukacier y David Fishkin. «Necesitamos urgentemente pruebas más sustanciales», escribían. ¿Podría Michelson enviar las declaraciones originales de los cuatro testigos y, de no ser posible, copias de los mismos «escritas en su papel oficial, debidamente acreditadas por una autoridad británica competente o por el consulado brasileño?». Sin «documentos públicos legalizados», advirtieron, los brasileños podrían desestimar el caso.[121] Necesitaban todos los testimonios de primera mano que pudieran conseguir. Las copias no serían suficientes.

Había pasado más de un mes cuando Michelson respondió con un telegrama de una línea: «documentos acreditados enviados por correo aéreo».[122]

Afortunadamente, la Federación de Judíos de Brasil también había

descubierto que una testigo de los crímenes de Cukurs vivía cerca, y esperaban que ella pudiese salvar su caso. El 14 de agosto esta testigo, una joven de pelo rizado y ojos marrones, llegó a la sede de la Federación. Se llamaba Miriam Kaicners y estaba allí para prestar declaración. Sentada ante un comité judicial ad hoc, comenzó a relatar la historia de su joven vida y de su improbable supervivencia.[123]

Miriam nació en 1920 en el seno de una familia judía del pueblo letón de Bērzpils, a unos cincuenta kilómetros de la frontera rusa. Sus padres regentaban un comercio; cuando tenía catorce años la enviaron a estudiar a Riga y, a partir de entonces, solo volvió a su pueblo en vacaciones. Cuando el ejército soviético ocupó Letonia en 1939, Miriam dejó de estudiar y empezó a trabajar para un fabricante de zapatos en la capital. Cuando el ejército alemán se hizo con el control, la despidieron de su trabajo y empezó a vivir con diferentes familias judías. Perdió el contacto con sus padres; en el momento de su declaración en 1950, no tenía noticias de ellos desde hacía años. Unas semanas después de la ocupación alemana, la arrestaron y la enviaron a lo que ella describió como «la sede de la Gestapo en el número 19 de la calle Waldemar». El cuartel general del Kommando Arājs.

Cuando llegó al edificio, uno de los jóvenes que trabajaba allí la reconoció de la escuela. Pareció sorprendido de verla, recuerda Miriam. Quizá no sabía que ella era judía, o quizá nunca se había planteado su identidad étnica. Le dijo que tenía suerte de conocerlo, pues «de lo contrario me esperarían malos momentos». Pasó la noche en la cárcel. Por la mañana, este compañero de estudios le dijo que fuera a barrer el patio para que le diese el aire y Miriam hizo lo que le decía. Fuera vio a un hombre que le resultaba familiar, un hombre famoso; había dado charlas en su escuela y habían sido vecinos en Riga. Cukurs también reconoció a Miriam. Se le acercó y le preguntó cómo había acabado allí. Evidentemente, enseguida se interesó por mantenerla con vida: «Al poco, el señor Cukurs me dijo que saliera por la puerta sin mirar a los lados ni atrás, avanzando en línea recta, y que él me seguiría», recuerda. Le dijo que fuera a la casa donde él vivía entonces, una casa de la que se había apropiado en detrimento de sus residentes judíos, los Shapiro. A Miriam le dijeron que «el señor Shapiro había muerto, que su mujer estaba detenida y que él [Cukurs] mantenía al hijo para sus servicios personales». El hijo de los Shapiro, Abram, atendía a Cukurs y de vez en cuando tocaba el piano para él.

Según su propio relato, Miriam solo permaneció unos días en el piso que Cukurs se había apropiado antes de que él la trasladara a la residencia de una familia judía, los Blumenau. «Allí me escondía cada vez que los nazis venían a registrar la casa en busca de mujeres jóvenes», dijo al comité. A finales de noviembre de 1941 se trasladó con la familia Blumenau al recién creado gueto judío. «Un día el señor Cukurs, vestido con el uniforme militar de las SS y abrigo de cuero, acompañado de otros oficiales de la Gestapo, vino a visitar el gueto», recordó. Cukurs se detuvo discretamente en la residencia de Blumenau para darles mantequilla, y les dijo que no se lo contaran a nadie. Poco después, Miriam cuenta que Cukurs les dijo a los Blumenau que los residentes del gueto harían un viaje a un lugar desconocido y que solo podían llevarse veinte kilos de equipaje. Los trasladarían en grupos «de mil personas». Miriam vio partir al primero. Recordaba ver cadáveres en las calles del gueto, sangre y pertenencias esparcidas por el suelo.

REPÚBLICA DOS ESTADOS UNIDOS DO BRASIL

FICHA CONSULAR DE QUALIFICAÇÃO

4257

Esta ficha, expedida em duas vias, será entregue à Polícia Maritima e à Imigração no pôrt

Nome por extenso Herberts CUKURS ----------

Admitido em território nacional em caráter permanente ---------- (temporário ou permanente)

Nos termos do art. 30 letra do dec. n. 3.010, de 1938

Lugar e data de nascimento Liepaja (Letonia) 17/5/1900

Nacionalidade Letonia ------ Estado civil casado ---------

Filiação (nome do Pai e da Mãe) Jânis CUKURS e Anna SKUDR

---------- Profissão engenheiro técnico de aviação

Residência no país de origem 30 Rigos utc Liepaja (Letonia)

	NOME	IDADE	SEXO
FILHOS MENORES DE 18 ANOS	Gunars	14	M
	Antinea	11	F
	Herberts	3	M

Visado por autorisação do Ministerio das Relações Exteriores.

Sel nº 25 de 23 de novembro de 1945

SALVO CONDUTO nº 127 expedido pelas autoridades de Prefeitura Bouches du Rhône ---- na data 17/12/45 ---------

visado sob n. 24 ----------

ASSINATURA DO PORTADOR:

H. Cukurs

Consulado em Marselha 18 de decembr

O CÔNSU

NOTA — Esta ficha deve ser preenchida à máquina pela autoridade consular, sendo as duas vias em original.

Salvoconducto de entrada en Brasil, expedido a Herberts Cukurs en Marsella el 18 de diciembre de 1945.

Cukurs la salvó del mismo destino. Antes de que los Blumenau fueran «deportados» a la muerte, pasó por su casa y se ofreció a llevarse con él a Miriam y a Shelly, la hija de los Blumenau. La señora Blumenau se negó a que la separasen de su hija; Miriam aceptó irse con él. Cukurs le dijo que se subiera al maletero de su Cadillac verde oliva y esperara. Cuando el maletero volvió a abrirse, Miriam estaba en Lidoni, la granja de la familia Cukurs, en lo más profundo del campo.

Miriam vivió la guerra en Lidoni, una espaciosa casa situada a las afueras de la aldea de Bukaiši. Al principio, Cukurs y su esposa Milda la ocultaron de sus hijos, llevándole la comida a su habitación a hurtadillas. Era una casa grande, un orgullo para la familia, un botín fruto del prestigio de Cukurs antes de la guerra. Sin embargo, no podían ocultar a Miriam indefinidamente. Cuando el acuerdo inicial se hizo insostenible, presentaron a Miriam a los niños como Mara, su nueva profesora de inglés y alemán. Solo el ama de llaves, una mujer llamada Ludmila, conocía su verdadera identidad. Miriam se convirtió en parte de la familia y en la tutora de los niños. Una fotografía de 1942 la muestra agachada en la hierba con Herberts Cukurs hijo en brazos. Un moño remata su cascada de rizos claros. Sonríe a la cámara.

Hacia finales de 1944 la proximidad del ejército soviético hizo que Cukurs trasladara a su familia a Liepāja, donde Miriam y Ludmila no tardaron en unirse a ellos. Consiguió un pasaporte falso para Miriam que llevaba su apellido, estampado dos veces con el sello del Reich. Como «Marija Cukurs» Miriam viajó a Berlín con la familia, haciéndose pasar por su hija mayor. Recuerda que durante el viaje Cukurs llevaba su uniforme de las SS. Proteger a Miriam de esta manera no era una insignificancia. «Incluso para un colaboracionista suponía un gran riesgo —escribe el historiador brasileño Bruno Leal, autor del primer relato definitivo de la época de Cukurs en Sudamérica—. Si lo descubrían, no solo Miriam, sino también Cukurs y su familia podían enfrentarse a un castigo muy severo.» En Berlín, Cukurs empezó a trabajar en una fábrica de aviones, donde también consiguió un empleo para Miriam. Cuando el ejército soviético se acercaba a la ciudad, huyeron hacia el oeste y se escondieron en un bosque próximo a Kassel. Desde allí se apretujaron en el Cadillac y se dirigieron a Francia, sin detenerse hasta llegar a Marsella. En una

fotografía del viaje, Miriam aparece junto al Cadillac con Herbert hijo en brazos, flanqueada por miembros de la familia.

Desde el puerto de Marsella les sería posible comprar un pasaje a Sudamérica en uno de los numerosos barcos que alejaban a los europeos de sus ciudades destruidas para llevarlos a los bulevares de Buenos Aires, São Paulo y Río de Janeiro. Para ahorrar fondos, Cukurs se dedicó a alquilar patines de agua en Marsella. También vendió las pertenencias de su familia una a una. Miriam se presentó en la oficina local de la HICEM, una agencia de inmigración judía especializada en reubicar a los refugiados en el extranjero. Dio a la agencia su nombre real y la ayudaron a conseguir un billete de primera clase para embarcar en el Cabo de Buena Esperanza con destino Río de Janeiro. La familia Cukurs viajó bajo cubierta. El mar estaba lleno de barcos que trasladaban refugiados de Europa —víctimas, criminales, espectadores, oportunistas— de este a oeste, de norte a sur. A su llegada, firmaban en el registro del puerto: nombre, fecha de nacimiento, puerto de embarque. Algunos aprovechaban la oportunidad para reinventarse, muchos por miedo a ser procesados, muchos por el simple deseo de iniciar una nueva vida. Cukurs no se molestó. Cuando él y su familia —y Miriam— llegaron a Río, pasaron su primera noche juntos, acampando en la playa. Miriam afirma que hasta entonces desconocía la posición de Cukurs en el Kommando, no había oído hablar de la quema de la Gran Sinagoga Coral en Riga ni de ninguna de sus fechorías. Pero en Brasil, las cosas cambiaron. Miriam se fue a vivir con una familia judía y siguió visitando a la familia Cukurs con regularidad. Sin embargo, poco a poco empezó a conocer las acusaciones contra su famoso benefactor. Cukurs era demasiado conocido para esconderse y, además, no lo consideraba necesario. Le dijo a un periodista que había elegido establecerse en Brasil porque tenía más de trescientos aeródromos. Quizá esperaba retomar su carrera de piloto donde la había dejado para recuperar su fama y su buena fortuna. Inició otro pequeño negocio turístico en la laguna Rodrigo de Freitas, de nuevo dedicado a los paseos en patín y en hidroavión. No pudo evitar cortejar a la prensa, hacer propaganda de su nueva empresa. En marzo de 1949, el periódico A Manhã publicó un perfil halagador de Cukurs con el título «De los bélicos cielos de Europa a las apacibles aguas de la laguna». «Herberts Cukurs, aviador y constructor naval, lleva la aventura en la sangre —decía el artículo—. Luchó contra los rusos, recorrió medio mundo y ha recalado en Brasil.» Para entonces, Cukurs y su esposa Milda habían

solicitado con éxito la nacionalidad brasileña y los negocios les iban lo bastante bien para ir tirando. Tal vez ya entonces intuían la tormenta que se avecinaba. Tal vez se habían dado cuenta de que un pequeño ejército de refugiados judíos estaba vigilando la laguna, recogiendo testimonios y fotografías, construyendo su caso.

El 24 de junio de 1950, O Cruzeiro, uno de los mayores periódicos brasileños, publicó lo que sería uno de los últimos perfiles elogiosos de Cukurs, quizá el último artículo donde no aparecían palabras como «carnicero», «criminal» y «asesino». Escrito por el periodista João Martins, el artículo enmarcaba la historia de Cukurs como un relato triunfal: «Esta es la historia de un hombre que tuvo que reconstruir toda su existencia a la edad de cuarenta y seis años, con toda su familia, en una tierra extraña, con una lengua, unas costumbres y un clima desconocidos... Cuando todo parece perdido, la humanidad encuentra la energía y la capacidad suficientes para mirar adelante, olvidar el pasado y reconstruir su propio destino. En lugar de desánimo y lamentaciones, fuerza de voluntad y trabajo. Este es el sello de la humanidad».

Tanto en Río como en Riga, con la promoción mediática llegó el reconocimiento. Los supervivientes letones reconocieron la cara de Cukurs en los periódicos, en las calles y en las tiendas de la ciudad, y supieron lo que había hecho. Poco después de llegar a Brasil, Cukurs había vendido su cámara Leica a un hombre que casualmente era amigo de Wolf Vipmans, el presidente de la Sociedad de Ayuda a los Judíos Lituanos y Letones. Vipmans escribió entonces a su primo, un productor de cine y superviviente letón llamado Gustav Joffe, quien confirmó que Cukurs era un «criminal de guerra».[124] La comunidad judía comenzó a organizarse con el fin de solicitar que fuera extraditado y juzgado para que rindiera cuentas de sus pecados. En Londres, Michelson había recibido fotos de Cukurs mientras trabajaba en la laguna. En una de ellas se le ve inclinado sobre la proa de una pequeña embarcación, con el rostro oculto. «Das ist Herberts Cukurs!», escribe el remitente encima del marco. En otra está sentado en el asiento del piloto, con una gorra de aviador, mientras las tranquilas aguas de la laguna ondean sobre su cabeza.

El 30 de junio de 1950, apenas una semana después del informe de O Cruzeiro, la Federación Judía de Río de Janeiro celebró una conferencia de prensa e invitó a los principales medios de

comunicación. El propósito de la conferencia era declarar «lo que entonces parecía increíble», escribe el historiador Bruno Leal. Que «el propietario de los patines de agua de la laguna Rodrigo de Freitas era, contrariamente a los informes de los periódicos de Río, un criminal nazi responsable de la muerte de unos treinta mil judíos durante la ocupación nazi de Letonia. Sus crímenes, según la organización, también incluían el incendio de la mayor sinagoga de Letonia con judíos en su interior, además del ahogamiento y la ejecución de niños, mujeres y ancianos, entre otros».

Aquella rueda de prensa era el último recurso. La comunidad judía llevaba años intentando presionar a quienquiera que escuchara para que actuasen respecto a Cukurs. «Este movimiento se caracterizó por la cautela, la discreción y, sobre todo, el secreto», explica Leal. Temían que Cukurs saliera volando, literalmente: no deseaban que se enterara de sus planes y huyera en avión a un lugar seguro. A finales de los años cuarenta, un miembro de la Federación llamado Moses Hoff se dirigió al embajador soviético en Brasil para plantear la cuestión de la extradición de Cukurs. A la sazón, la nación independiente de Letonia había dejado de existir y las autoridades soviéticas estaban ocupadas en identificar y castigar a quienes habían colaborado con los alemanes y contribuido a los crímenes fascistas. Al «pequeño Núremberg» de Riga le siguieron una serie de juicios y ejecuciones similares en todo el territorio soviético recién recuperado. Aquellos que habían escapado de los tribunales —los que tenían información o habilidades imprescindibles— fueron absorbidos por los órganos de seguridad soviéticos, otros por los británicos.[125] Y otros se perdieron en la oscuridad; algunos solo durante unas décadas, los demás el resto de sus vidas.

El embajador soviético desestimó la solicitud de extradición de la comunidad judía. Poco después, el 20 de octubre de 1947, las tensiones de la Guerra Fría llevaron a Brasil a romper sus relaciones diplomáticas con la URSS, eliminando la posibilidad de nuevas conversaciones. El Gobierno brasileño era la siguiente esperanza de la comunidad judía. La Federación Judía formó una «comisión especial de investigación», dirigida por Israel Scolnicov, que tendría dos objetivos: alertar al público brasileño sobre el pasado de Cukurs y presionar al Gobierno para que lo expulsara del país.

Tras las revelaciones, la historia pasó de un extremo a otro. La prensa

brasileña se llenó de informes y acusaciones contra Cukurs. Un periódico lo calificó de «uno de los principales criminales de la Segunda Guerra Mundial»; otro de «comandante en jefe de las fuerzas de ocupación nazis», y otro de «fugitivo del tribunal de Núremberg». Los manifestantes frente a su negocio de patines de agua exigieron su expulsión. Los editoriales sugerían que el hecho de que Cukurs hubiese obtenido un salvoconducto para llegar a Brasil formaba parte de un problema mucho mayor, y acusaban a las autoridades brasileñas de estar en connivencia con antiguos nazis para traer una «oleada de elementos indeseables» a sus costas. Cukurs, por su parte, concedió entrevistas negando las acusaciones. En una foto de esta época aparece impecable, con traje, corbata y unas gafas de gruesa montura negra. Sostiene un libro en sus manos, una lista de nombres. Un pie de foto del periódico explica que se trata de una lista de criminales acusados en Núremberg. Cukurs intenta demostrar su inocencia mostrando que su nombre no está entre los acusados.[126]

A finales de julio llegó la noticia de otro juicio. Era un «juicio simulado», una simple representación. Lo celebraría una nueva entidad llamada «Comité Unido», una alianza de catorce organizaciones judías brasileñas. Sería un tribunal ficticio que contaría con un juez, un jurado y un secretario judicial. Tanto la acusación como la defensa estarían formadas por tres abogados. El objetivo del «simulacro», según el comité, era concienciar sobre el antisemitismo en Brasil y alertar al público respecto a la «concentración de criminales de guerra» en el país.

El 12 de agosto de 1950 este simulacro de tribunal se reunió en un auditorio del centro de Río. Era una imitación de la justicia, una obra teatral. Los organizadores esperaban que la vida imitara al arte, que su actuación fuera un preludio de la realidad. La acusación enumeró todos los crímenes atroces atribuidos a Cukurs y al nazismo en general. La defensa, por su parte, alegó locura en nombre de su cliente ausente. El jurado emitió un veredicto unánime: Cukurs era un «convicto» que debía ser expulsado del país; su presencia en Brasil era un «ultraje», una afrenta a la comunidad judía y a todos sus familiares muertos.

Dos días después, Miriam Kaicners sería citada para prestar declaración ante la Federación Judía. No volvería a hablar con Cukurs ni con su familia. Vivió el resto de su vida en Brasil, se casó y tuvo

hijos. Hasta el día de su muerte, apenas habló con los suyos de cómo había sobrevivido.

121. Carta de la Federación Judía de Río de Janeiro al Comité para la Investigación de Crímenes Nazis en los Países Bálticos, 4 de agosto de 1950. Yad Vashem, M.21.1, Sección de Criminales de Guerra, Departamento Jurídico del Comité Central de Judíos Liberados, Múnich, archivo 584.

122. Telegrama del World Jewish Congress, Londres, a la Federaçao Sociedades Israelitas, 23 de septiembre de 1950, Yad Vashem. Documentación sobre juicios de criminales de guerra, O.4. 154.

123. Miriam Kaicners, declaración ante la Federación Judía de Río de Janeiro, 14 de agosto de 1950. Agradezco a Helga Fisch el envío del documento original en portugués, así como la traducción al inglés.

124. Bruno Leal Pastor de Carvalho, «O “Homem Dos Pedalinhos” Herberts Cukurs, O Estado Brasileiro E A Questão Dos Criminosos Nazistas No Brasil do Pós-Guerra (1945-1965)». Tesis doctoral en la Universidade Federal Do Rio de Janeiro, Instituto de Filosofia e Ciências Sociais, Programa de Pós-Graduação em História Social, Río de Janeiro, 2015, p. 136.

125. Tom Bower, The Red Web: MI6 and the KGB Master Coup. Londres: Aurum Press, 1989.

126. VWI-SWA, Cukurs, Herbert, Document 01i, 1944.

10. La estructura criminal

A pesar de los esfuerzos de los Hombres del Comité, los brasileños no siguen con el caso Cukurs ni los alemanes con Arājs. Todo el expediente del gueto de Riga había sido entregado a los fiscales de Alemania Occidental, y mucha información muy difícil de obtener, incluida la referente a los propios acusados, se había perdido por el camino. Desde una silla de la biblioteca Wiener de Londres, leo los informes de cómo se desarrolló este prolongado desastre.

En enero de 1950, Michelson envía a Joseph Berman, uno de sus aliados de confianza y superviviente del gueto de Riga, al tribunal regional de Hamburgo. Un fiscal se reúne con él allí y Berman le pregunta por el caso del gueto de Riga: «Intenté obtener información sobre las personas liberadas por las autoridades británicas, sobre si se había entregado algún material, si tenían algún documento, cuántas pruebas se habían perdido de las enviadas desde Londres y otras partes del mundo durante los últimos años, y, en general, procuré ordenar el rompecabezas preguntándole qué había pasado con este caso», escribió Berman en su informe. («Estaba muy deprimido y esa noche fui directamente a acostarme», comenta.) Pero el fiscal le pide que haga algo mientras está en la ciudad: el Unterstrumführer de las SS Rudolf Reese, que sirvió en el gueto de Riga, está bajo su custodia. ¿Podría ir Berman a la prisión para identificarlo?

En realidad, le piden que identifique no solo a Reese, sino a nueve hombres de la Gestapo de Riga. Se acerca a cada uno y pronuncia sus nombres. «No podía creer que por fin estuviera ocurriendo; que hubiese sido posible sobrevivir a las torturas nazis y ayudar a llevarlas a la justicia», escribe en su informe al comité. Berman le dijo a Michelson que después de la guerra había llegado a envidiar a los muertos, a lamentar seguir con vida; pero aquel momento fugaz le dio la certeza de que los muertos habrían querido estar allí para acompañarle. Al día siguiente regresó a la prisión para participar en el interrogatorio de Reese. Inició conversaciones con el acusado «sin ningún sentimiento de venganza —escribe—. Estaba dispuesto a

perdonar incluso el asesinato si contaban al mundo toda la verdad de lo que habían hecho y lo que había ocurrido durante la ocupación alemana de los países bálticos».

Ante el asombro de todos los presentes en la sala, Reese solicitó hablar conmigo en privado. El doctor Voigt [el fiscal] se quedó un poco sorprendido, ya que nunca antes había ocurrido algo así, pero consintió de inmediato. Al no poderse encontrar una sala para nosotros, y dado que a Reese no le estaba permitido salir sin el agente de policía, todos abandonaron la sala y nos dejaron solos.

Me acerqué a Reese y él me abrazó y se echó a llorar amargamente. Luego me contó que en días determinados vigilaba la posición de los otros oficiales de la Gestapo para que los judíos pudieran huir a Suecia.

Le repetí lo que le había dicho antes durante la mañana, que estaba dispuesto a defenderlo frente al mundo entero sin importar las consecuencias que pudiera tener para mí si confesaba todo aquello en lo que estuvo involucrado.

Reese suplicó por su liberación. Le dijo a Berman que quería que fuesen amigos de por vida. Prometió «confesar de la A a la Z» si eso significaba que saldría vivo de allí. Pero cuando el fiscal regresó a la sala, decidió que Reese estaba demasiado descompuesto para declarar, y el policía que los acompañaba quería ir a comer. Así que levantaron la sesión.

Cuando volvieron a reunirse, el acusado pidió, una vez más, hablar en privado con su acusador. «Salieron todos de inmediato y en cuanto cerré las grandes puertas dobles acolchadas, Reese se arrodilló ante mí y me abrazó, rompió a llorar amargamente y me pidió que lo ayudara —escribe Berman—. Le dije de nuevo que debía confesarlo todo, implicándose a sí mismo y a todos los demás, y que yo lo ayudaría.» El nazi se arrodilló y pidió clemencia.

Cuando el fiscal volvió a entrar en la sala, Reese y Berman estaban sentados muy juntos, «prácticamente uno encima» del otro, escribe

Berman. «Casi todo el tiempo nos dimos la mano, pues yo tenía que evitar que se echara a llorar. Llegamos a compartir el mismo cigarrillo.» Reese inicia su confesión. En su último encuentro, Berman le entrega unas tabletas de chocolate y unos cigarrillos; pero no le concede el perdón. ¿Cómo iba a hacerlo? Aún no conocía el alcance total de lo que debía perdonar. «Había dicho que haría todo lo que estuviera en mi mano para ayudarlo y defenderlo en los tribunales si decía toda la verdad de la A a la Z», escribió Berman a Michelson. El problema, le preocupaba, era que nunca sabría si o cuándo había confesado Reese todos sus pecados: «¿Cómo voy a saber si ha llegado a la "Z"?».[127] ¿Cómo saber cuándo se ha llegado al final de una historia?

Pasaría casi una década antes de que Alemania Occidental decidiera por fin tomarse en serio estos casos, lo que requirió idear un sistema para catalogar «toda la verdad de la A a la Z». Se trata de un índice. En la actualidad, el índice se encuentra en la ciudad de Ludwigsburg, al suroeste de Alemania, encerrado tras una puerta acorazada en el sótano de una torre del siglo xviii. Está custodiado como el más singular de los tesoros y, sin embargo, parece un archivo ordinario, formado por filas y más filas de archivadores metálicos pintados del mismo tono beis. Solo existe una copia de su contenido: un microfilm que se guarda en un lugar secreto. Los cajones están etiquetados alfabéticamente: Behr-Bern, Horz-z, Zat-Zil. Algunos se organizan por categorías: «Luftwaffe», «Marine», «Ordnungspolizei», «Einsatzgruppen im übr. Europa». Es un índice onomástico de más de 1,7 millones, cada uno registrado en una ficha verde o amarilla, muchas escritas a mano: 4.252 unidades militares, 27.858 topónimos.[128] Constan los criminales, miembros de todas las ramas y todos los rangos de todas las organizaciones nazis; constan las víctimas —las que sobrevivieron para testificar de alguna forma—, y constan los que podrían llamarse espectadores: personas que fueron testigos de una desgracia y que más tarde hablaron de lo que habían visto. Sus nombres se mezclan, en orden alfabético, en lo que es el directorio más completo del personal nazi, de sus crímenes y de los intentos durante la posguerra de llevarlos ante la justicia.

Es fácil pasar por alto el edificio donde se encuentran, una antigua y austera prisión apartada de la carretera. Si se pregunta por las calles de Ludwigsburg el nombre y la dirección —Zentrale Stelle der Landesjustizverwaltungen zur Aufklärung nationalsozialistischer

Verbrechen, la Oficina Central de los Ministerios de Justicia del Estado para la Investigación de los Crímenes Nacionalsocialistas—, probablemente responderán con una mirada extraña, encogiéndose de hombros. «Esta pequeña y modesta oficina, de la que solo entran y salen unas pocas personas, es un enigma para los alemanes», me dijo la historiadora Annette Weinke. La mayoría de la población desconoce su existencia y, sin embargo, es el epicentro de la justicia de la posguerra, el lugar donde empiezan y terminan casi todos los juicios nazis.

Las primeras fichas se registraron en 1958, año en que se inauguró la Oficina Central. Un fiscal llamado Erwin Schüle fue su primer director y el creador del índice. Ese mismo año, Schüle había dirigido la acusación en el juicio de los Einsatzgruppen de Ulm, un caso histórico que cambió para siempre el enfoque alemán de los juicios por crímenes de guerra y que estalló «como una bomba» en la mente del público, como dijo otro historiador alemán. Schüle se incorporó tarde al caso, asumiendo el cargo de fiscal principal un año después del inicio de la investigación, cuando parecía que esta estaba estancada.[129] En aquel momento solo había un acusado: Bernhard Fischer-Schweder, antiguo jefe de policía de Memel, una ciudad costera de Lituania (ahora Klaipeda). Fischer-Schweder se había unido a una unidad de las SS, el Einsatzkommando Tilsit, y dirigió las ejecuciones de cientos de judíos lituanos. Después de la guerra intentó borrar su pasado: cambió su nombre y fecha de nacimiento y consiguió un «certificado de exoneración», coloquialmente llamado «tarjeta Clorox», de un tribunal de desnazificación.[130] En 1953 solicitó el ingreso en la Administración pública alemana y mediante una serie de pequeños fraudes su solicitud fue aceptada; un antiguo oficial de las SS se convirtió así en el jefe de un campo de desplazados en la ciudad de Ulm.

Casi inmediatamente surgieron preguntas sobre el pasado de Fischer-Schweder y se descubrió su pertenencia a las SS. Los funcionarios le pidieron discretamente que dimitiera, temiendo una pesadilla mediática. Fischer-Schweder rechazó su despido, alegando que era una víctima del régimen nazi, no un cómplice. Los periódicos no tardaron en enterarse de este «interesante pleito laboral»[131] y la fiscalía de Ulm abrió una investigación penal sobre su pasado. Los dos investigadores principales descubrieron rápidamente horribles acusaciones contra Fischer-Schweder e identificaron a algunos de sus

colegas asesinos, que en su mayoría también habían huido a Alemania; los supervivientes judíos se presentaron para testificar sobre los crímenes de su unidad. Pero los investigadores toparon muy pronto con las limitaciones de la legislación alemana, que exigía a la fiscalía demostrar que Fischer-Schweder había iniciado los disparos él mismo, y no por orden de terceros, para poder acusarlo de asesinato en primer grado. Los testimonios que recogieron eran demasiado contradictorios para indicar la fecha, la hora y el lugar exactos de las ejecuciones. Entretanto, sus jefes perdían interés en el caso y en los juicios nazis en general. Después de un año de investigaciones, «aquellos dos hombres se vieron aislados y sobrecargados por la tarea casi insuperable de reproducir todo el mecanismo del Holocausto de principios de 1941 en Lituania —según el historiador Patrick Tobin—. Los acontecimientos en cuestión fueron extraordinariamente complejos, con cadenas de mando superpuestas y varias unidades implicadas en las masacres. Como resultado, los investigadores encontraron muchos testigos, pero reunieron pocas pruebas concretas. Con los limitados recursos de los que disponían, no tenían más remedio que centrarse en el testimonio de los perpetradores, e incluso en tal caso necesitaban recurrir a otros departamentos para llevar a cabo los interrogatorios. Los investigadores hicieron cuanto pudieron con la mano que les había tocado, pero les había tocado una mano muy mala.»

Aparece Schüle. Como antiguo miembro del Partido Nazi y soldado de la Wehrmacht no era un candidato ideal para el trabajo. Lo habían nombrado fiscal poco después de su liberación de un campo de prisioneros de guerra soviético en 1950, y abordó con celo la cuestión de los juicios nazis. Ordenó a los detectives que ampliaran el alcance de la investigación e «interrogaran a los individuos implicados en todos los niveles del Tercer Reich» para hacerse una idea más concreta de cómo se desarrolló el Holocausto a lo largo de la frontera germano-lituana.[132] Consultaron a historiadores, archiveros y organizaciones de supervivientes judíos. Schüle estaba decidido a descubrir lo que denominó la «estructura criminal» de Memel, es decir, toda la constelación de actores y acciones que habían permitido las ejecuciones masivas. Este enfoque les permitió acusar a nueve hombres más. En el juicio resultante, en abril de 1958, los diez fueron condenados.

La idea de una «estructura criminal» era un concepto jurídico novedoso. Trataba a franjas enteras de la administración nazi como

organizaciones criminales y consideraba la complicidad de todos los implicados, incluidos los secretarios, los operadores de radio y los cocineros. Exigía a los investigadores que empezaran por un lugar, un nombre o una fecha, y que consultaran una gran cantidad de información para solucionar las incógnitas: ¿quién fue asesinado, cómo y por quién? ¿Cuántas Aktions se produjeron y por orden de quién? ¿Cuántos miembros del personal nazi habían participado? ¿Estaban todavía vivos y en Alemania? En caso de responder a todas estas preguntas con certeza, podrían iniciar un proceso penal.

El juicio de Ulm fue el primero en el que los hombres de las SS fueron juzgados por las nuevas leyes de la República Federal. Cuando la Ley Fundamental de la República Federal de Alemania se ratificó en mayo de 1949, incluía un plazo de prescripción de veinte años para el asesinato y de quince años para el homicidio; eso determinaba que 1960 y 1965 fueran los plazos respectivos para el enjuiciamiento de los crímenes nazis. A Schüle y su equipo se les estaba acabando el tiempo incluso antes de empezar. El juicio de Ulm pretendía destapar la naturaleza arbitraria de los procesos de posguerra, que hasta entonces habían procedido «sin un sistema, sin planificación, al azar», como sostuvo Erich Nellmann, fiscal general de Baden-Württemberg, en un artículo de opinión publicado en 1958 en el Stuttgarter Zeitung. Nellman afirmó que era injusto que algunos nazis hubieran sido procesados, pero no todos.

Hasta la fecha, los procesamientos se han producido por puro azar. Una persona tiene la mala suerte de ser acusada, otra no. De hecho, hay miles de delitos que no han sido perseguidos. Si realmente se ha hecho todo lo posible para encontrar a los criminales, entonces tenemos que aceptarlo. Los peores crímenes, los más extensos, han sido perseguidos, pero no todos. Los condenados saben que muchos otros culpables siguen en libertad. Para los condenados y los que se han librado, esta desigualdad es una injusticia.[133]

La Oficina Central abrió sus puertas tres meses después de la condena de los diez acusados de Ulm. Se consideraba un equipo temporal, una medida provisional destinada a demostrar que Alemania Occidental se

tomaba en serio la desnazificación. Schüle se puso manos a la obra. Era una carrera a contrarreloj. Con solo un puñado de investigadores a sus órdenes, empezó a elaborar el índice y a atar cabos entre los diferentes autores, testigos y lugares. En los primeros seis meses, su equipo abrió doscientos ocho nuevos casos, cada uno de ellos con una «estructura criminal» propia. Su trabajo era a la vez un producto de los procedimientos de Núremberg y una refutación de su lógica. Mientras que el Tribunal Militar Internacional (TMI) de Núremberg se había centrado en los crímenes individuales de los nazis de alto rango, la Oficina Central tenía un objetivo más amplio y perseguía a toda la estructura que había participado en los crímenes. El TMI había actuado de acuerdo con una mezcolanza de leyes aliadas; la Oficina Central actuaba únicamente con arreglo a la legislación alemana. En cierto sentido, la Oficina Central surgió como un «contraproyecto Núremberg», me dijo Annette Weinke. «Ofrecía al pueblo alemán una forma de "asumir nuestro pasado", de juzgar a su propia población según su propio código penal.»

En su alegato final en el juicio de Ulm, Schüle describió que un testigo había reprendido a sus detectives cuando se pusieron en contacto con él en busca de respuestas: «¿Por qué desenterrar esas cosas del pasado?, les había dicho. Este testigo planteó así una pregunta que sin duda también les han planteado sus amigos, a saber: "Aunque se cometieran tales atrocidades, ¿por qué debemos, los alemanes, infligirnos heridas a nosotros mismos y exhibir nuestra propia vergüenza a ojos de todo el mundo después de diecisiete años?" —dijo Schüle al tribunal—. ¿Y por qué tenemos que volver a abrir heridas que apenas han cicatrizado desde 1945?» Para Schüle y sus colegas, la cuestión era establecer el Estado de Derecho, el Rechtsstaat, en Alemania, y garantizar que las leyes que ya se habían aplicado a algunos criminales se aplicaran al resto. Pretendían garantizar que el pasado de su nación no socavara su futuro.

Schüle pensó que sería el primer y último director de la Oficina Central. En la actualidad, en la entrada fortificada del siglo xviii próxima al edificio de la antigua prisión de Ludwigsburg, una estructura acristalada exhibe un despacho de los primeros días de la operación. Se ven montañas de expedientes; libros, papeles y sellos llenan la mesa; hay una carpeta abierta por una página con retratos de notables oficiales nazis; una pared muestra un organigrama de la jerarquía nazi; de otra, cuelgan las correas de cuero que se utilizaron

para encuadernar miles de páginas de pruebas.

Hoy se utilizan cajas en lugar de correas para almacenar los expedientes de los pocos casos que llegan a la sala de justicia. Seis hombres han sucedido a Schüle como directores de la Oficina Central. Es probable que el actual, Thomas Will, sea el último, ya que está previsto que la Oficina Central cierre sus puertas en 2025. Hasta entonces, sus fiscales seguirán añadiendo a diario fichas al índice y enmendarán las existentes, comprobarán los nombres de los expedientes del personal nazi y los registros de emigración, consultarán los mismos organigramas. Añaden textura a la narración del Holocausto, rellenan poco a poco las lagunas pendientes. Casi ocho décadas después del Holocausto, los fiscales de la Oficina Central siguen refiriéndose a los campos de concentración y a los lugares donde se llevaron a cabo matanzas como escenas del crimen cuyos asesinos siguen en libertad. «Se trata de una gigantesca operación sobre casos abiertos que investiga crímenes que ocurrieron hace mucho tiempo, de los que apenas se tiene información sobre quiénes podrían ser los autores», me dijo el historiador Devin Pendas. Cada año, los fiscales de la Oficina Central identifican a una treintena de criminales que viven en Alemania y envían sus casos a los fiscales regionales para que tomen medidas.

Jens Rommel, un afable exfiscal con perilla y gafas de montura al aire, dirigió la oficina hasta febrero de 2020. En 2017 le visité en Ludwigsburg para un artículo que iba a publicar en The Guardian.[134] Oskar Gröning, antiguo guardia de las SS en Auschwitz, había sido recientemente condenado a cuatro años de prisión gracias a la investigación de Rommel. El juicio, y el espectáculo de un nonagenario en el banquillo de los acusados, había llamado la atención de la prensa internacional. Como todos los casos que Rommel y su equipo conseguían llevar a los tribunales, fue apodado «el último juicio nazi», un apelativo cargado de esperanza y terror a partes iguales.

Yo había ido a Ludwigsburg para averiguar en qué más trabajaban Rommel y sus fiscales, y para observar sus métodos de investigación. Me dijo que nunca pensó que acabaría dirigiendo la Oficina Central; que en algunos aspectos era un mundo aparte de los homicidios que solía investigar y en otros era exactamente lo mismo. «Son las mismas normas, la misma ley, la misma tarea cuando se trata de casos de

asesinato, pero el trabajo es completamente distinto. En los casos actuales se interactúa con la policía, se registran viviendas, se procede a hacer detenciones, se comprueban cuentas bancarias, tienes un equipo SWAT. Aquí tenemos papel. Por lo que es una forma de trabajar completamente distinta. Hay delitos detrás de estas palabras, pero aquí no hay sangre», me dijo.

Las innovaciones de Schüle —tratar al Tercer Reich como una gran «estructura criminal» y utilizar el derecho común alemán para perseguir los asesinatos en masa— resultaron ser, a lo largo de cinco décadas, una bendición y una maldición. Amplió de forma irrevocable la red criminal nazi y logró que cientos de hombres y mujeres que ayudaron al Tercer Reich diesen cuenta de sus fechorías ante un juez y un jurado. Pero también hizo que las leyes por las que serían juzgadas estas personas fueran siempre inadecuadas para la escala y la naturaleza de sus crímenes.

«Es una cuestión legal y moral —me dijo Rommel—. ¿Quién es el responsable en la cadena de mando? ¿Qué se tiene que hacer en la cadena de mando para ser un perpetrador? ¿Basta con haber estado en Auschwitz? Es una cuestión de culpa y responsabilidad personal. Intentamos trabajar con nuestras herramientas legales, pero no se concibieron para crímenes masivos organizados por el Estado, sino para una persona que ha cometido un crimen. Es muy difícil encontrar normas adecuadas porque solo tenemos una ley. La definición de asesinato es la misma, tanto si [matas mientras] robas un banco, como si matas a tu marido porque estás enfadada: y esa misma definición se aplica a los asesinatos en masa organizados por el Estado.» Había aceptado que, en su puesto actual, «el éxito no es una experiencia cotidiana». Era casi imposible encontrar a los autores vivos, y los que encontraban a menudo morían durante los muchos años que se tardaba en investigar y luego en procesar sus casos. Pero aun así era importante intentarlo. Para Rommel, el Holocausto solo dejaría de ser un caso abierto cuando hubiesen muerto todos sus perpetradores. Hasta entonces, los hombres y mujeres de la Oficina Central seguirían cumpliendo su mandato fundamental e imposible: tratar el pasado no como historia, sino como delito.

Le pedí a Rommel que me mostrara el índice. Pasé ante el guardia de la entrada, bajé una pequeña escalera, atravesé la puerta de la cámara acorazada y allí estábamos. Había algunos registros, en particular, que

quería ver. Primero le pedí el expediente de Adolf Eichmann: diez fichas en una bolsita de plástico transparente. En la primera, su nombre, su fecha de nacimiento y su cargo en las SS: director de Asuntos Judíos. La dirección se había dejado en blanco: en el momento de archivar la ficha, Eichmann seguía en paradero desconocido. Solo más tarde, después de su secuestro, juicio y ejecución, alguien tomó un bolígrafo y dibujó una pequeña cruz azul junto a su nombre para indicar que estaba muerto.

El siguiente expediente que pedí fue el de Cukurs. Rommel lo extrajo del archivo: en la primera tarjeta constaba su nombre, dirección y cargo: Herbert Cukurs, Hauptmann a.D. Dirección: «Avenida Epiasio, Pessoa 574, Ap. 3, Río de Janeiro, Brasil». Se indica que también se le puede localizar a través del consulado de Letonia en Brasil. En el reverso, un registro de su destino: «La embajada de la República Federal de Alemania en Montevideo notificó que Cukurs fue asesinado. Fecha estimada de la muerte: 23/2/65».

La última ficha que pedí fue la de mi abuelo. Una de las investigadoras de Rommel, Manuela Zeller, me dijo que lo primero que hacían los letrados al ocupar sus puestos en la Oficina Central era buscar a sus propios abuelos, así que no me pareció una petición tan extraña. No dije quién era Boris ni qué le había pasado, y su ficha no tenía mucho que añadir. Estaba casi en blanco y solo mencionaba los datos más básicos de su vida. Nació en Rybinsk, Rusia, en 1918; sirvió en Letonia; murió en 1949. Junto a su nombre, otra pequeña cruz dibujada a mano.

127. Joseph Berman, «Reese Report», 1950, «Committee for the Investigation of Nazi War Crimes in Baltic Countries: correspondence». Ref. 539/7, Biblioteca Wiener del Holocausto.

128. Zentrale Stelle der Landesjustizverwaltunge zur Aufklärung nationalsozialistischer Verbrechen, Justiz in Baden-Württemberg.

https://zentrale-stelle-ludwigsburg.justiz-bw.de/pb/,Lde/Startseite.

129. Patrick Tobin, Crossroads at Ulm: Postwar West Germany and the 1958 Ulm Einsatzkommando Trial. Tesis presentada en la Universidad de North Carolina, Chapel Hill, 2013, p. 37.

130. Ibid., pp. 64-66.

131. «Ein interessanter Arbeitsgerichtsprozeß», Schwabische Donau-Zeitung, 26 de mayo de 1955; «SS-Oberf ü hrer wieder “aufgetaucht”», Ulmer Nachrichten, 25 de mayo de 1955. Citado en: Tobin, Crossroads at Ulm, p. 108.

132. Tobin, Crossroads at Ulm, p. 191.

133. Nellmann, «Zentrale Ermittlungsbehörde muss Klarheit über NS-Verbrechen schaffen», Stuttgarter Zeitung, 3 de septiembre de 1958. Citado en: Tobin, Crossroads at Ulm, p. 342.

134. Linda Kinstler, «The Last Nazi Hunters», The Guardian Long Read, 31 de agosto de 2017.

https://www.theguardian.com/news/2017/aug/31/the-last-nazi-hunters.

11. La no ficción del señor Pearlman

El 21 de julio de 1960, Erwin Schüle y dos de sus colegas llegaron al depósito de documentos de los Archivos Nacionales de Alexandria, Virginia. Dos meses antes, el 23 de mayo, el primer ministro israelí, David Ben-Gurion, había anunciado que Adolf Eichmann, el antiguo director de Asuntos Judíos de Hitler, el hombre que había puesto en marcha los trenes de la muerte, había sido secuestrado en su casa de las afueras de Buenos Aires y trasladado en avión a Israel, donde ahora esperaba ser juzgado. En los meses que siguieron, se observó una gran actividad en los archivos de la CIA, con empleados que acudían en masa a la sección de la Segunda Guerra Mundial.

«Sorprendentemente, en diez días laborables seleccionaron los registros de Eichmann de entre literalmente toneladas de documentos en alemán, los procesaron a través de todas las microcopias, autorizaciones de desclasificación y requisitos legales de los Departamentos de Justicia y Estado, y completaron la transferencia a Israel para el 15 de junio», escribe en su relato de este periodo el antiguo oficial del ejército estadounidense Robert Wolfe, que estaba a cargo de la microfilmación de los registros de crímenes de guerra en aquel momento. Cuando Schüle y su equipo llegaron en julio, Wolfe actuó como su asistente de investigación, ayudándoles a clasificar y recopilar los registros de la CIA relativos a Eichmann y otros cuatrocientos nazis. «Los cuatrocientos ya habían sido acusados de crímenes de guerra por la República Federal de Alemania para evitar que se inhibiera su procesamiento por el estatuto alemán de prescripción de veinte años —recuerda Wolfe en un memorando gubernamental sin fecha—. Además, en julio de 1960 proporcioné a los investigadores israelíes la misma información sobre Eichmann que di al doctor Schüle.»[135]

Eichmann vivía con su esposa e hijos en una casa anodina de la ciudad de San Fernando, al norte de Buenos Aires, cuando lo encontraron. Fue Fritz Bauer, un fiscal judío alemán, superviviente del Holocausto y perseguidor de nazis, quien gracias a sus contactos judíos en Buenos

Aires supo que los Eichmann vivían allí. Bauer pudo confirmar que el Obersturmbannführer de las SS se hacía llamar «Ricardo Klement» y trabajaba en una fábrica de Mercedes. Ocurrió en 1957, antes de que se estableciera la Oficina Central y antes del juicio de Ulm. Temiéndose que las autoridades de Alemania Occidental no siguieran adelante con el caso, Bauer transmitió lo que sabía a los israelíes.

En Israel, Bauer se reunió con Haim Cohn, asesor jurídico del Gobierno, y con Isser Harel, director del Mosad. Harel envió rápidamente a uno de sus agentes, un hombre llamado Zvi Aharoni, a Buenos Aires para confirmar el paradero de Eichmann. Cuando Aharoni regresó con resultados positivos —las primeras fotografías de Eichmann en Argentina, tomadas con una cámara oculta—, Harel fue a ver a David Ben-Gurion. Este le dijo una cosa: tenía que celebrarse un juicio, y el juicio tenía que celebrarse en Israel. El primer ministro quería que Eichmann fuera detenido y castigado por sus crímenes, pero sobre todo quería un juicio, y quería que tuviese lugar en su país.[136]

Parecía un asunto personal para el primer ministro; no solo para vengar la aniquilación del pueblo judío, sino para poner el poder performativo de un juicio al servicio de la consagración de su nuevo Estado. «El juicio es lo importante, no la pena», dijo Ben-Gurion a Saturday Review.[137] «Para Ben-Gurion era fundamental demostrar que también los judíos tenían ahora un Estado fuerte; sobre todo, el juicio sugería que los judíos no debían esperar que los protegieran otros, solo podían confiar en Israel», escribe el jurista Yosal Rogat en su informe de 1961 sobre el proceso. El primer ministro, escribe Rogat, «dejó perfectamente claro que creía que solo un tribunal israelí podría haber juzgado a Eichmann, y que no quería (¿no habría permitido?) que ningún otro tribunal lo hiciera. Para Israel, entregar a Eichmann a otro tribunal habría equivalido a decir “somos un Estado normal y corriente”; Israel quería demostrar exactamente lo contrario».

Pero si querían juzgar a Eichmann, primero tenían que atraparlo. Para llevar a cabo esa misión, Harel seleccionó once agentes —diez hombres y una mujer— del Shin Bet, la agencia de contraespionaje y seguridad de Israel, y del Mosad, su agencia de espionaje. Viajarían a Buenos Aires por diferentes rutas y con diversos pretextos —como turistas, diplomáticos, hombres de negocios—, lo secuestrarían y lo trasladarían a Israel sano y salvo. Aharoni dirigiría el equipo; un

agente llamado Yaakov Meidad se encargaría de la logística, y un médico les acompañaría porque alguien tenía que sedar al cautivo para el viaje de vuelta.[138] En realidad, era una misión sencilla: atraparlo y marcharse.[139] Los agentes vigilaron la residencia de Eichmann y averiguaron los detalles de la rutina diaria de su objetivo. Volvía del trabajo todas las noches a la misma hora, recorriendo una corta distancia entre la parada del autobús y su casa. El 11 de mayo regresó de la fábrica de Mercedes más tarde de lo habitual. Los agentes de Harel le esperaban en la calle, fingiéndose ocupados en sus coches: uno de ellos llamó la atención de Eichmann y rápidamente lo inmovilizó en el suelo. «No se utilizaron drogas, ni cuerdas, ni esposas, y Eichmann supo de inmediato que se trataba de un trabajo profesional, ya que no se había aplicado ninguna fuerza innecesaria; no resultó herido», escribió Hannah Arendt sobre el incidente. Le vendaron los ojos, lo metieron en el asiento trasero y lo llevaron a uno de los pisos francos. Los agentes le pidieron que se identificara y le dijeron que si se movía le dispararían.[140] «Ich füge mich meinem Schicksal», respondió supuestamente Eichmann. Acepto mi destino.[141]

El 23 de mayo de 1960 Ben-Gurion anunció la llegada de Eichmann al país en un breve y triunfal discurso ante el Knéset. «Los servicios de seguridad israelíes han capturado recientemente a uno de los mayores criminales de guerra nazis, Adolf Eichmann —dijo a los diputados—. Eichmann ya está arrestado en Israel y pronto se le procesará también en Israel por las leyes que juzgan a los nazis y a sus colaboradores.»

El problema era que la participación de las fuerzas de seguridad no debía hacerse pública. Admitir la participación del Estado significaba también admitir que Israel violaba deliberada y descaradamente la soberanía argentina, actuando en contra del derecho internacional. El fiscal general intentó dar un giro a la declaración de Ben-Gurion, afirmando que los servicios de seguridad se habían limitado a localizar a Eichmann. El secuestro, insinuaron, se había dejado en manos de personas anónimas.

En un esfuerzo por distanciarse del espectáculo de la extradición forzada, el Gobierno habría recurrido al mundo literario en busca de ayuda. Una de las primeras narraciones del secuestro de Eichmann fue un relato ficticio, aunque se presentó como real. El autor, un antiguo funcionario del servicio de información llamado Moshe Pearlman, tituló su obra La captura de Adolf Eichmann.[142] En ella afirma que los

secuestradores de Eichmann no eran más que un grupo de amigos de la infancia llamados Yigal, Dov y Gad, todos de «veintitantos años», que habían forjado su amistad como «jóvenes pioneros» en una «cooperativa agrícola en un puesto avanzado del desierto en el sur de Israel». Habían llegado a Buenos Aires para secuestrar a Eichmann como una especie de viaje de reencuentro. «Este libro no es en modo alguno una publicación oficial», dice Pearlman en su nota del autor. Se había retirado del servicio oficial del Gobierno ocho meses antes para dedicarse a escribir; aseguraba a los lectores que «este libro no contiene, por tanto, ninguna información que haya adquirido en calidad de funcionario».

Pearlman no llega a afirmar que los tres jóvenes pioneros trabajaran completamente solos. Estaban en estrecho contacto con un «grupo» en Israel que, según explica, era una «organización cuyos miembros habían estado involucrados en otras actividades en años anteriores».[143] Hubo reuniones en Israel, telegramas entre los pioneros en Buenos Aires y los colegas de su país. En un capítulo titulado «El fantasma de Núremberg», Pearlman describe que el nombre de Eichmann se mencionó en el acta del juicio en el TMI y que sus crímenes empezaron a llamar la atención de las potencias aliadas. «De pronto su nombre estaba en boca de todos, un desconocido que se revelaba como el protagonista de una cruda tragedia, un símbolo de los espantosos crímenes para cuyo enjuiciamiento había sido convocado este tribunal internacional —escribe—. Si el fantasma de Hitler se cernía sobre Núremberg al iniciarse el juicio, ahora se le unía otro: el fantasma de Adolf Eichmann. Porque todos creían que Eichmann estaba muerto.»[144] En el mismo capítulo, Pearlman reproduce el testimonio de Hermann Graebe, el ingeniero ucraniano cuyo escalofriante relato como testigo presencial sirvió de base para el discurso de clausura de sir Hartley Shawcross en Núremberg.[145]

Todo el mundo sabía lo que realmente había ocurrido en Buenos Aires: «No cabe la menor duda, sin embargo, sobre la identidad de los captores», escribe Arendt en su informe sobre el juicio. Sin embargo, el relato de Pearlman había introducido innecesariamente un matiz de ficción en la saga Eichmann. ¿Dónde empieza y termina la ficción en esta historia? ¿Son sus tentáculos demasiado profundos para poder extraerse de forma adecuada?

Arendt tampoco pudo resistirse a recurrir a la especulación, aunque

fuera fugazmente, en su propio informe del juicio. Durante un momento breve y revelador contempla un escenario alternativo: ¿por qué los agentes no lo habían «matado allí mismo, en las calles de Buenos Aires»? ¿Por qué molestarse en un secuestro cuando ya se conocía cuál iba a ser el veredicto final? Lo mismo pensaron muchos comentaristas contemporáneos, ya que parecía ofrecer un camino más expeditivo hacia la justicia. «La idea tenía su lógica, porque los hechos del caso eran indiscutibles —escribe Arendt—. Pero quienes la propusieron olvidaron que quien se toma la justicia por su mano solo presta un servicio a la justicia si está dispuesto a transformar la situación de tal manera que la ley pueda operar de nuevo, y su acto, al menos póstumamente, pueda ser validado.» La venganza no podía hacerse a costa de la justicia. Por eso, y solo por eso, había que mantener vivo a Eichmann. Más tarde, después de que se leyera el veredicto y se condenara a Eichmann a morir en la horca, Arendt se sintió tan decepcionada con el lenguaje —pero no con la sentencia— del fallo final que, en el epílogo de Eichmann en Jerusalén, se lanza a un monólogo extraño y onírico en el que se pone en el papel de juez y dicta su propia sentencia de muerte.[146] «En la medida en que usted apoyó y ejecutó la política de no querer compartir la tierra con el pueblo judío y con los pueblos de otras naciones, consideramos que no se puede esperar que nadie, es decir, ningún miembro de la raza humana, quiera compartir esta tierra con usted. Esta es la razón, la única razón, por la que debe morir en la horca.»[147]

El Beit Ha'am, la Casa del Pueblo, un centro cultural de Jerusalén, fue elegido como sede del juicio. Dotado de un auditorio de gran capacidad, era uno de los pocos espacios lo suficientemente grandes para acoger a los numerosos testigos, supervivientes y espectadores que asistirían al proceso. El juicio tendría lugar en un teatro restaurado, con el estrado de los jueces situado donde normalmente estaba el escenario o la pantalla.

El Gobierno no solo tuvo que restaurar la sala de juicios para este nuevo propósito; también tuvo que revisar sus propias leyes. En 1950 el Knéset había aprobado la «Ley de castigo de los nazis y sus colaboradores» que permitía a los tribunales israelíes juzgar a quienes habían colaborado con el régimen nazi; pero aún no se había aplicado judicialmente. La puesta en práctica de la ley exigía consideraciones adicionales sobre la presentación y la admisibilidad de las pruebas, el uso de los testimonios y el alcance general del proceso. «La ley que

Israel aplicó a Eichmann autorizaba decisiones especiales sobre las pruebas: “el tribunal puede apartarse de las normas habituales en materia de pruebas si lo considera necesario para un juicio adecuado y justo”», observa Rogat.[148] El tribunal invocó los procedimientos de Núremberg como precedente: «El juicio de Eichmann, por tanto, no fue en realidad más, pero tampoco menos, que el último de los numerosos juicios que siguieron a los de Núremberg», escribe Arendt. El abogado defensor de Eichmann, Robert Servatius, había defendido a varios nazis en Núremberg. La única diferencia entre aquellos procesos y este, explicó Arendt, era que en Jerusalén el pueblo judío se sentaría por primera vez a juzgar a uno de sus propios verdugos.[149]

El juicio fue un espectáculo en todo el sentido de la palabra, una impactante muestra pública de dolor, luto, terror y perplejidad. Los jueces con sus ondeantes togas negras, una vestimenta judicial «impregnada de una especie de primitivo poder alquímico», escribe Rogat; el acusado sentado en su banquillo blindado a prueba de balas, flanqueado por sus guardias. La sala estaba a rebosar: algunos días la cola de personas que deseaban participar en el proceso daba la vuelta a la manzana. Una unidad especial de la policía, la «Agencia 06», había preparado las pruebas: mil seiscientos documentos sobre el programa nazi de aniquilación del pueblo judío, muchos de ellos firmados por Eichmann. Ciento ocho supervivientes subieron al estrado.[150] Juraron sobre la Biblia hebrea, enumeraron los nombres de los muertos. Uno de los testigos, un hombre de cuarenta y cinco años llamado Yehiel Dinoor, un escritor polaco que se hacía llamar «K-Zetnik», empezó a contar a los jueces una historia conmovedora:

Esta es una crónica del planeta Auschwitz. Estuve unos dos años. El tiempo era diferente allí de lo que es aquí en la Tierra. Cada fracción de segundo transcurría en un ciclo temporal distinto. Y los habitantes del planeta no tenían nombres. No tenían ni padres ni hijos. No vestían como lo hacemos aquí. No nacían ni parían. Incluso su respiración estaba regulada por leyes de otra naturaleza. No vivían, ni morían, según las leyes de este mundo. Sus nombres eran los números…

Dinoor era un nombre elegido; significa «residuo del fuego». Cuando los jueces intentaron interrumpir su monólogo, se desmayó y se desplomó en el suelo.[151]

Otro día subió al estrado un testigo bajo, calvo y algo encorvado. Se llamaba Eliezar Karstadt. Se presentó ante los jueces con una camisa blanca abotonada y un bolígrafo en el bolsillo superior, pantalones oscuros plisados y un reloj de pulsera. Tenía cuarenta y siete años y había sobrevivido a cuatro campos de concentración. Nacido en un pequeño pueblo letón llamado Talsen (ahora Talsi), en la región de Courland, Karstadt pasó tres años internado en el gueto de Riga y luego en el campo de concentración de Kaiserwald, en las afueras de la ciudad. En Jerusalén, el juez que presidía el tribunal lo acribilló a preguntas en alemán:

—¿Cuántos judíos había en Riga cuando llegaron los alemanes?

—Cuarenta mil —respondió Karstadt. Y añadió que había cien mil judíos en toda Letonia.

—¿Cuántos sobrevivieron?

—Creo que ochocientos —dijo Karstadt.

—¿De todos los judíos de Letonia?

—Sí.[152]

Se oyó una exclamación contenida en la sala.[153]

Karstadt habló de las horribles condiciones del gueto y de los campos, de cómo llegaron a Riga judíos de toda Alemania. En el gueto vivían agrupados en casas: los deportados de Hannover en un edificio, los de Leipzig en otro. Al principio, cuando en el gueto solo había letones, los habían ido matando por lotes a lo largo de una serie de Aktions asesinas. Un día sacaron a un tercio de los hombres y los fusilaron. Luego hubo otra Aktion, y luego otra, que tenían por objetivo a los artesanos. «Esta Aktion, como todas las demás en las ciudades pequeñas, no la llevaron a cabo únicamente alemanes, pues habían concedido a un determinado grupo de letones el derecho a ejecutarlas», explicó Karstadt a los jueces. «Su líder vive actualmente en Brasil. Se llama Herberts Cukurs. Yo mismo vi cómo el martes 9 de

diciembre disparó a mujeres y niños en el gueto. Ahora afirma, como todos los que participaron en las Aktions contra los judíos, que nunca estuvo en el gueto, que nunca asesinó a un judío, que siempre los ayudó.»

El 11 de diciembre de 1961, ocho meses después del inicio del juicio, el tribunal dictó sentencia. Eichmann fue condenado por los quince cargos de su acusación original, con la notable excepción del delito de conspiración. Los primeros cuatro le condenaron por cometer crímenes «contra el pueblo judío, es decir, crímenes contra los judíos con la intención de destruir al pueblo», aclara Arendt. Los siete cargos siguientes se referían a sus crímenes contra la humanidad, por asesinar y perseguir a judíos y gitanos, por apoderarse de ciudades enteras y destruirlas. «Todos los delitos enumerados en los cargos del uno al doce se castigaban con la pena de muerte», escribe Arendt. Los tres últimos cargos le condenaban por pertenecer a organizaciones criminales: las SS, el SD y la Gestapo.[154] El 15 de diciembre, Eichmann fue sentenciado a morir en la horca.

Los guardias de la prisión donde se encontraba echaron a suertes quién llevaría a cabo la ejecución. El cometido recayó en un hombre llamado Shalom Nagar. «Trajimos la soga del tercer piso, se la pasamos por la cabeza, y entré donde estaba la mesa de mandos. Apreté el botón, se abrió la trampilla y cayó», cuenta en un documental sobre su vida.[155]

La visión del cadáver de Eichmann lo obsesionó. «Desde entonces he tenido miedo —dice a los cineastas—. Tuve pesadillas durante un año por su culpa. Después me volví religioso, empecé a ponerme la kipá, a rezar, a ponerme los tefilines, a guardar el Sabbat. Seguí así y me sentí mejor.» Se hizo carnicero kosher. Se consoló pensando que había cumplido la voluntad de Dios: «Es el mayor mandamiento que existe: borrar la memoria de Amalek». Amalek, el eterno enemigo de Israel. En el Deuteronomio, Dios ordena al pueblo judío «borrar la memoria de Amalek de debajo del cielo y no olvidarlo jamás».[156] Aquí el recuerdo y el olvido, la destrucción y la preservación, aparecen como dos caras de la misma moneda, dos caminos hacia la justicia.

135. Wolfe falleció en 2014, tras una laga carrera como archivero e

historiador. Robert Wolfe, «The CIA and Adolf Eichmann: Worldwide Media Bit on an Erroneous Sound Bite».

https://www.archives.gov/iwg/researchpapers/eichm ann.html.

136. https://www.ilholocaustmuseum.org/wp-content/uploads/2016/08/OF-Text-Panel-and-Artifact-Checklist.pdf.

137. Saturday Review, 8 de abril de 1961. Citado en: Yosal Rogat, The Eichmann Trial and the Rule of Law, Center for the Study of Democratic Institutions, Santa Barbara, CA, 1961.

138. Ofer Aderet, 1 de julio de 2012, «Mossad agent who helped abduct Eichmann dies at 93», Haaretz, Tel Aviv.

https://www.haaretz.com/.premium-mossad-agent-who-helped-nab-Eichmann-dies-1.5191437?v=1604414458083.

139. «Rafi Eitan, un miembro del equipo que planeó y ejecutó esta y otras muchas operaciones de campo, clasificaría posteriormente la captura de Eichmann como “una de las operaciones más sencillas que hice”.» Véase Martin Kramer, «The Truth of the Capture of Adolf Eichmann», Mosaic, 1 de junio de 2020.

https://scholar.harvard.edu/files/martinkramer/files/the_truth_of_the_capture_of_adolf_eichmann_mosaic.pdf.

140. Hannah Arendt, Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil. Nueva York: Penguin, 1963, p. 240. [Edición española: Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal, traducción de Carlos Ribalta. Barcelona: Lumen, 1967.]

141. «Operation Finale: The Capture & Trial of Adolf Eichmann.» Lista de créditos de la exposición.

142. Moshe Pearlman, The Capture of Adolf Eichmann. Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1961. [Edición española: La captura de Adolf Eichmann. Barcelona: Planeta, 1961.] Pearlman seguiría publicando numerosos libros de temática israelí, como Ben Gurion Looks Back in Talks with Moshe Pearlman. Nueva York: Simon & Schuster, 1965.

143. Pearlman, The Capture of Adolf Eichmann, p. 104.

144. Ibid., p. 10.

145. Ibid., pp. 35-39.

146. Arendt, Eichmann in Jerusalem, p. 279. Véase también Judith Butler, «Arendt's Death Sentences», Comparative Literature Studies, vol. 48, núm. 3, Special Issue Trials of Trauma. University Park: Penn State University Press, 2011, p. 295.

147. Arendt, Eichmann in Jerusalem, p. 279.

148. Rogat, 1961, p. 37.

149. Arendt, Eichmann in Jerusalem, p. 263.

150. «The Eichmann Trial», Yad Vashem.

https://www.yadvashem.org/yv/en/exhibitions/eichmann/eichmann-trial.asp#proof-of-guilt.

151. Shoshanna Felman, «A Ghost in the House of Justice: Death and the Language of the Law», Yale Journal of Law & Th e Humanities, vol. 13, núm. 1, New Haven, 2001.

https://digitalcommons.law.yale.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1240&cont ext=yjlh.

152. The Trial of Adolf Eichmann, Session 29, The Nizkor Project.

http://www.nizkor.org/hweb/people/e/eichmann-adolf/transcripts/Sessions/Session-029-03.html.

153. Associated Press, «Latvia Tale: 100,000 Jews Slain», Salt Lake Tribune, sábado, 6 de mayo de 1961.

154. Arendt, Eichmann in Jerusalem, pp. 244-248.

155. Hatalyan (The Hangman). Dirigido por Natalie Braun, Torch Films, 2010.

https://www.torchfilms.com/products/the-hangman.

156. Para una perspectiva académica del papel de Shalom Nagar en la ejecución, véase Itamar Mann, «Hangman's Perspective: Three Genres

of Critique following Eichmann», The Oxford Handbook of International Criminal Law. Oxford: Oxford University Press, 2019.

12. Shangrilá

Algunos acontecimientos señalan momentos en los que el mundo pasa de una versión de sí mismo a otra, ondas en el flujo desigual del tiempo histórico. Los detritos que generan —fotografías, recibos, certificados, cartas— se transforman en residuos del pasado, fuentes para el historiador del futuro. En ocasiones, estos acontecimientos pasan más o menos desapercibidos; algunos asoman fugazmente en los titulares de prensa, sepultados en lo más profundo de la edición impresa; otros quedan relegados al olvido justo después de producirse. Pero cada uno de ellos altera la relación entre el pasado, el presente y el futuro. Cada uno deja su rescoldo. El historiador Reinhart Koselleck sostenía que la historia tiene lugar en el espacio entre la expectativa y la experiencia, entre la esperanza y la memoria. Estudiar la historia, por tanto, es reconocer la gran disparidad entre el mundo tal y como ha sido y el mundo tal y como nos gustaría que fuese. Es dedicar la vida al estudio de los acontecimientos que extienden y hacen estallar el alcance del pasado sobre el presente, que alteran la relación entre los individuos y sus familias, comunidades, naciones y leyes.

El asesinato en Shangrilá del 23 de febrero de 1965 fue uno de esos acontecimientos. En realidad, fue una serie de acontecimientos, y el asesinato solo el eslabón dramático de una larga y retorcida cadena.

¿Qué hay que decir de la ejecución en sí? La muerte de Cukurs no importa, salvo por lo que esta significa, salvo por la estela de conspiraciones y revisionismo que ha provocado. Su forma de morir lo señaló como único, con derecho a un final espectacular. Quizá habría sido mejor dejarle vivir el resto de su vida en una celda, haberlo condenado a la oscuridad y a la criminalidad incuestionable en lugar de concederle el premio del martirio, y con él el de una historia discutible, incierta y mutante. Desde el momento en que se unió al Kommando, era un hombre muerto. El Mosad lo llamó «el Difunto» mucho antes de que fuera asesinado.[157] Y, sin embargo, su muerte le dio vida. Le permitió unirse a la desafortunada orden de los cadáveres «inusualmente vivos» de Europa del Este, habitantes de lo que la

antropóloga Katherine Verdery ha denominado el reino de la «política de cadáveres» postsocialista. En el antiguo mundo socialista, explica Verdery, «el axis mundi se ha desplazado; campos enteros del pasado aguardan el arado de las plumas revisionistas, así como las lágrimas de aquellos cuyos muertos yacen sin que se les haya llorado lo suficiente».[158] En este caso, un pequeño ejército de plumas revisionistas estaba efectivamente al acecho, esperando el momento de tomar la causa de este cadáver ensangrentado y maltrecho. Lo reanimarían y le harían hablar de nuevo, no solo en las páginas de las novelas conspirativas y los foros de Internet, sino también en los tribunales. Aquel asesinato era su mayor regalo.

Así es como ocurrió.

Herberts Cukurs compra una pistola. Había seguido las noticias de Jerusalén: había leído sobre el secuestro, el juicio y la horca de Eichmann y temía que le esperara el mismo destino. En junio de 1960, un mes después del secuestro de Eichmann, escribió a las autoridades brasileñas solicitando permiso para llevar un arma de autodefensa, que le fue debidamente concedido. «Brasil no quería que se repitiera un incidente "Eichmann" en su territorio —escribe Marcelo Silva en su relato del asesinato—. Eso sería intolerable.»[159] El secuestro había sido una humillación nacional, además de una flagrante violación de la soberanía territorial. Cukurs iba armado, era desconfiado y estaba a la defensiva, pero también era vanidoso y se sentía algo desesperado. Su fama anterior se había extinguido, eclipsada por sus pecados de la guerra. Como muchos otros nazis, había huido a Brasil para escapar de los juicios, literales y metafóricos, que le habrían alcanzado de haberse quedado en Europa. También, sin duda, esperaba reconstruir su reputación. No huyó de la prensa. Tal vez incluso experimentase un placer perverso al ver que su nombre y su fotografía volvían a los periódicos, sin importarle la causa. Un periódico de la emigración letona, Latvija Amerikā, informaba de su precaria situación en noviembre de 1960: «komintern intenta hacerse con el eichmann letón: Los guardaespaldas brasileños vigilan día y noche».[160] Existen diversas versiones sobre cómo y por qué los israelíes decidieron matarlo, si es que realmente se tomó esa decisión. Los archivos nunca se han hecho públicos. El único relato oficial adopta la forma de unas memorias escritas por el principal asesino, con la ayuda del antiguo

agente del Mosad y periodista Gad Shimron. Se titula La ejecución del verdugo de Riga: La única ejecución de un criminal de guerra nazi por el Mosad.[161] El autor se identifica únicamente por su seudónimo operativo, Anton Kuenzle, y no por su nombre real, Yaakov Meidad. La historia que cuenta se desarrolla a grandes rasgos como sigue: a finales de 1964 se convoca una reunión de las agencias de inteligencia israelíes. El asunto es la caza de nazis en todo el mundo. Se distribuye entre los asistentes una lista de posibles objetivos de asesinato. Uno de ellos es Herberts Cukurs. La sola mención del nombre hace que uno de los participantes —el general de división Aharon Yariv, jefe de la inteligencia militar, antes Aharon Rabinovich, de Moscú— se derrumbe. Resulta que Cukurs asesinó a sus familiares. Según el periodista Ronen Bergman, al ver el trastorno emocional que le causaba la mera mención de Cukurs, el entonces jefe del Mosad, Meir Amit, cercano a Yariv, decidió en ese momento que Cukurs sería su próximo objetivo.[162] A continuación, solicitó permiso al primer ministro para llevar a cabo la misión; le fue concedido y empezó a reunir a su equipo.

Para dirigir esta nueva misión seleccionaron a Meidad, que se había encargado de la logística de la operación de Eichmann. Nacido en 1919 en Breslau, Alemania (ahora Wrocław, Polonia), emigró solo a Palestina en 1934. Sus padres fueron asesinados en campos de concentración. Fue el primer judío entre los nuevos colonos de Palestina que se ofreció como voluntario para luchar con el ejército británico en la Segunda Guerra Mundial.[163] En 1948, cuando se crearon las Fuerzas de Defensa de Israel, Meidad se alistó como oficial de artillería. En 1955 se convirtió en agente secreto de la inteligencia israelí. Su primera misión: ir de incógnito al norte de África, ayudar a la comunidad judía a defenderse y establecer canales secretos de emigración a Israel. No tenía un aspecto despampanante: «Cuando andaba por las calles de cualquier capital occidental, no destacaba como un elegante personaje al estilo James Bond. Con el pelo ralo y algo de barriga, su aspecto es muy parecido al de otros miles de ciudadanos de a pie», escribe el experto en espionaje israelí Shlomo Shpiro en su introducción a las memorias de Meidad.[164] Su aspecto anodino era una de sus mayores virtudes.

Meidad escribe que el 1 de septiembre de 1964 le convocan a una reunión con su supervisor en París en un apartamento alquilado en la avenue de Versailles. Se le da una nueva identidad y una nueva

misión: se hará pasar por un empresario austriaco llamado Anton Kuenzle y viajará a São Paulo, donde se ha trasladado la familia Cukurs,[165] para entablar amistad con su objetivo y convencerle de que abandone Brasil. Luego lo matará. Según Meidad, su supervisor pronunció una larga y quizá improbable —pero no por ello menos reveladora— disquisición sobre la urgencia de esta misión, subrayando la proximidad de la prescripción de los asesinatos cometidos durante la guerra en Alemania Occidental y la necesidad de que Israel actúe para evitar que dicha prescripción se haga efectiva.

En la élite alemana abundan las personas de todos los ámbitos que preferirían borrar de su currículum la respuesta a «¿Dónde estaba usted y qué hizo en los años comprendidos entre 1933 y 1945?». Los partidarios de que se aplique la prescripción tienen muchos argumentos para justificar la paralización de los procesos judiciales contra los nazis. Les resulta cómodo, por ejemplo, utilizar un argumento formal, a saber, que la prescripción, que fue promulgada como ley en Alemania en 1871, debería aplicarse no solo a los asesinatos y delitos ordinarios, sino también a crímenes como el genocidio y los horrores nazis.[166]

El supervisor toma un sorbo de café y continúa. Explica que, en ese momento, en Bonn, los políticos estudian propuestas para ampliar el plazo de prescripción otros diez años, hasta 1975, o para adelantar la fecha desde la que se cuenta dicha prescripción, de 1945 a 1949, cuando se fundó la República Federal. Ninguna sería aceptable para los israelíes. La primera parecía poco probable que se aprobara, pero la segunda, sí. «Esta propuesta tiene posibilidades de aceptarse como solución de compromiso, y ahí radica el peligro. Lo único que significa es que los criminales que aún no han sido capturados podrán salir de su escondite en septiembre de 1969, y no en 1965. No solo en Alemania hay personas interesadas en olvidar el pasado y aplicar la prescripción de los crímenes de guerra nazis.» Dar carpetazo a los acontecimientos de la guerra contaba con un amplio apoyo político y popular. El juicio a Eichmann había conseguido la concienciación sobre la naturaleza del Holocausto, pero el «fuerte impacto» de los testimonios televisados de las víctimas había ido «perdiendo su

efecto». Levantando la voz, prosigue: «Solo han pasado veinte años desde la liberación de los supervivientes de los campos de exterminio y se lo debemos, a ellos y a los seis millones que no sobrevivieron y que no pueden vengarse: debemos impedir este vergonzoso proceso de prescripción».[167]

El discurso, tal y como se relata en las memorias de Meidad sobre la misión, es excesivamente dramático, casi sensiblero. Es difícil imaginar que el supervisor, descrito como un antiguo soldado paramilitar y oficial de alto rango de las FDI llamado Yaakov, hablara en estos términos. Las memorias no pueden considerarse ciegamente un documento fidedigno: al igual que en un principio se trató de encubrir la verdad del secuestro de Eichmann con un relato semificticio, en este caso el Gobierno israelí parece haber seguido el mismo manual. Pero el mismo hecho de la existencia de las memorias y el relato que describen nos dicen mucho sobre cómo quería Israel que el mundo percibiera el asesinato de Cukurs y cuánto estaba en juego. Desde esta perspectiva, el asesinato se convierte en un suceso que amplía de forma explícita el alcance del pasado sobre el futuro, y del futuro sobre el presente; fue un acto manifiestamente ilegal que pretendía ampliar los parámetros de la legalidad.

Lo mataron, supuestamente, porque no era tan importante, porque se les acababa el tiempo. «Una pregunta que suele plantearse sobre la misión de Cukurs es por qué lo mataron y no lo secuestraron como a Eichmann», escribe Shpiro en su introducción a las memorias. Esgrime tres razones: «En primer lugar, el pequeño Mosad no podía invertir tantos recursos», dada la creciente tensión en su país. La proximidad de la prescripción alemana «impedía poner en práctica los extensos preparativos de una operación de secuestro». Pero, sobre todo, «la naturaleza del propio criminal nazi era diferente. Eichmann era un burócrata, un gestor a gran escala del Holocausto, a menudo descrito como un “asesino de despacho”», afirma Shpiro. Eichmann tenía «conocimientos internos» que debían exponerse públicamente «para preservar el legado histórico del Holocausto», por lo que su juicio tenía un «valor histórico único». Cukurs, por su parte, no era más que un «asesino sádico de bajo nivel, cuyos crímenes se caracterizaban por su brutal violencia y pura inhumanidad. La naturaleza horrenda de los crímenes parecía justificar un castigo violento».[168]

Es una explicación curiosa, una maraña de contradicciones. La

operación de Cukurs fue en muchos sentidos una misión más compleja que la de Eichmann, aunque es cierto que requirió la mitad de los operativos: seis agentes frente a once, respectivamente. Meidad viajó durante meses a Brasil para congraciarse con su objetivo, haciéndose pasar por un exitoso hombre de negocios que deseaba que Cukurs invirtiera en sus ficticios proyectos inmobiliarios. Podrían haberlo descubierto en cualquier momento. Había un riesgo extremo y un gasto considerable, aunque es cierto que el resultado final ahorró a Israel el inmenso coste de un juicio. La segunda defensa, relativa a la prescripción alemana, es curiosa. La proximidad de la expiración habría tenido escasa o ninguna relación con el destino de Cukurs. Nada impedía a Israel ni a la Unión Soviética juzgarlo en sus tribunales. Y para cuando se aprobó la operación de Cukurs, los fiscales de Alemania Occidental ya estaban presionando para la abolición de la prescripción, aunque por motivos completamente distintos: en 1964 el Gobierno de Alemania Occidental hizo un llamamiento internacional para que se presentaran pruebas contra posibles sospechosos, y los fiscales alemanes tuvieron acceso por primera vez al archivo polaco de crímenes nazis. «Lo que encontraron los convenció de que no había tiempo antes de la fecha límite del 8 de mayo de 1965 para examinar el material con la rapidez necesaria que permitiera interrumpir el periodo de prescripción en la mayoría de los casos de asesinatos nazis recientemente descubiertos», escribe el politólogo Robert Monson.[169] Si la operación Cukurs tuvo alguna relación con la decisión de ampliar y finalmente abolir la prescripción sería de forma anecdótica o como curiosidad, de ninguna manera la causa principal.

La tercera y última explicación, relativa a la naturaleza de los crímenes en cuestión, es particularmente enrevesada. Aunque su premisa básica se basa en los hechos —Cukurs era un hombre de bajo rango de las SS que participó directamente en asesinatos en masa, mientras que Eichmann, un teniente coronel, orquestó millones de muertes desde su despacho—, cuesta entender que no pueda extraerse ningún valor histórico, ni mucho menos pruebas testimoniales, del juicio de Cukurs, o argumentar que ninguna de sus víctimas supervivientes habría agradecido la oportunidad de enfrentarse a él en el tribunal. Sugerir que los crímenes de Cukurs fueron de algún modo más horribles que los de Eichmann es entrar en una comparación grotesca, sopesar la muerte de miles de personas frente a la de millones, preguntar qué tipo de asesinato pesa más en la escala del

pecado humano. ¿No merecía Eichmann un castigo violento? ¿No es eso precisamente lo que recibió, aquello por lo que su verdugo sacrificó su cordura? ¿No tiene lógica que ahorrarle a Cukurs la vergüenza de un juicio y concederle una muerte rápida y espectacular podría ser también una forma de clemencia, una especie de regalo atroz?

Meidad se trabajó a su objetivo desde septiembre de 1964 hasta febrero de 1965. Apeló al ego de Cukurs, le propuso una asociación empresarial, hizo que volviera a sentirse alguien importante. Incluso conoció a la familia Cukurs y comió en su casa. En octubre se reunió con él en Montevideo para buscar propiedades de inversión y los dos hombres hicieron planes para verse de nuevo al año siguiente.[170] En enero, Meidad regresó a París para reunirse con su supervisor y los demás agentes asignados a la misión mientras mantenía su correspondencia con Cukurs. Concibieron un plan para la ejecución, practicaron y se entrenaron. «Todos éramos conscientes de que íbamos a acabar con la vida de un hombre, pero ninguno de nosotros tenía dudas de que ese era el justo castigo para el sádico criminal Herberts Cukurs», escribe Meidad en sus memorias. Se enteraron de que su colega, el espía israelí Eli Cohen, había sido descubierto en Damasco y que lo estaban torturando e interrogando. Volvieron a revisar el plan.[171] Meidad acordó encontrarse con Cukurs en la sala de tránsito del aeropuerto de São Paulo el 28 de enero. Viajarían juntos a Montevideo.

Cukurs llega al aeropuerto con su cámara de filmar, una Kodachrome de 16 mm, y su pistola. Filma a Meidad al desembarcar. El metraje aparecerá más tarde en las páginas de un tabloide brasileño, artefactos escabrosos del asesinato. Seis fotogramas parciales y borrosos captan una escena en la pista. Un autobús de Lufthansa está aparcado a la derecha de la cámara y una pequeña procesión de pasajeros parece dirigirse hacia él. Los bordes de una hoja de palmera se mecen en la parte superior del encuadre. A medida que la cámara se acerca a una escalera lejana, enfoca a tres hombres. Miran a la cámara —sus corbatas oscuras apenas permiten que se enfoquen sus cuerpos— y uno de ellos levanta el brazo como si saludara, o quizá para proteger su rostro del objetivo.

En Montevideo, Meidad reserva a Cukurs una habitación en el hotel Victoria Plaza, un gran rascacielos en la plaza Independencia. Se

registran y dan un paseo en coche para ver posibles adquisiciones inmobiliarias. Meidad se dirige a Shangrilá y le dice a Cukurs que desea saber su opinión sobre una propiedad. Se detiene frente a la casa de la calle Colombia. Cukurs sigue a Meidad hasta la entrada. Tres de los colegas de Meidad están en su interior, los demás vigilan la calle. «El plan original era someter a Cukurs, pero no matarlo al instante —escribe Meidad—. Habíamos planeado un consejo de guerra muy breve en el que pretendíamos leerle los cargos en nombre de los treinta mil judíos de Riga y Letonia (niños, mujeres, ancianos y hombres) que había asesinado hacía más de veinte años.»

No fue tan sencillo. Cukurs se defendió. «Su intento de alcanzar su arma acortó el proceso. Uno de nosotros le puso la pistola en la cabeza y apretó el gatillo dos veces. El silenciador y el ruido de nuestro forcejeo amortiguaron el sonido de los disparos. Era el martes 23 de febrero de 1965, a las 12.30 horas.»[172]

Los agentes se llevan el pasaporte de Cukurs y su pistola, una Beretta italiana. Uno de ellos había comprado un baúl en la ciudad y lo traslada a la propiedad. Depositan el cadáver dentro del baúl y encima dejan una carpeta con el alegato de clausura de sir Hartley Shawcross en Núremberg, que alguien, al parecer, se ha agenciado de antemano. Luego se lavan la sangre del cuerpo y salen de Shangrilá para volver a la ciudad por la carretera de la costa.

157. Anton Kuenzle y Gad Shimron, The Execution of the Hangman of Riga: The Only Execution of a Nazi War Criminal by the Mossad, traducción de Uriel Masad. Londres: Vallentine Mitchell, 2004, p. 100.

158. Katherine Verdery, The Political Lives of Dead Bodies: Reburial and Socialist Change. Nueva York, Columbia UP, 1999. pp. 52-53, 112.

159. Silva y Cardozo, El Mossad, p. 106.

160. Arvida Andersona, «Kominters mēģina rādīt Latviešu Eichmani», Latvija Amerikā 30 de noviembre de 1960, núm. 96.

161. Ibid.

162. Ronen Bergman, Rise and Kill First: The Secret History of Israel's Targeted Assassinations. Nueva York: Random House, 2018.

163. Aderet, «Mossad agent who helped abduct Eichmann dies at 93», Haaretz, Tel Aviv.

164. Kuenzle y Shimron, The Execution, p.

xiv

.

165. Durante este periodo en Brasil, al parecer Cukurs se movió entre Río de Janeiro y São Paulo; la principal propiedad de la familia estaba en las afueras de São Paulo. Un informe de la AFP del 2 de julio de 1960 señala que se habría trasladado a Río para distanciarse de la comunidad judía de São Paulo, que militaba por su detención. Yad Vashem, M.21.1, Sección de Criminales de Guerra, Departamento Jurídico del Comité Central de Judíos Liberados, Múnich.

166. Kuenzle y Shimron, The Execution, p. 7.

167. Ibid., p. 8.

168. Ibid., p.

xx

.

169. Robert A. Monson, «The West German Statute of Limitations on Murder: A Political, Legal, and Historical Exposition», American Journal of Comparative Law, vol. 30, núm. 4, otoño de 1982, p. 610.

170. Kuenzle y Shimron, The Execution, pp. 93-98.

171. Ibid., p. 106.

172. Ibid., capítulo 15, «Judgement Day», pp. 121-128.

13. El pasado como preludio

Al principio solo hubo silencio. El cadáver se pudrió; los asesinos escaparon. En Buenos Aires, los agentes vuelven a reunirse en un café para brindar con champán por su éxito. Solo se alerta a la prensa cuando todos los agentes están a salvo al otro lado del Atlántico. Uno de ellos llama a las agencias de noticias alemanas para decir que «"Los que nunca olvidarán" han asesinado a un criminal nazi en Montevideo como venganza por los horrores que los nazis cometieron contra los judíos de Europa —escribe Meidad—. Todos esperamos con la respiración contenida a que la prensa y la radio diesen la noticia».

Las agencias de noticias desestimaron el mensaje y los asesinos decidieron ponerlo «todo por escrito», según Meidad. Enviaron telegramas (que empezaban con la palabra «veredicto») con los detalles. En sus memorias, Meidad afirma que este «veredicto» se había mecanografiado de antemano y que habían planeado depositarlo en el cuerpo después del «breve consejo de guerra» que nunca llegó a producirse. En realidad, el telegrama se envió semanas después de la sentencia. En él se informaba a los periodistas de quién era el cadáver, qué había hecho y dónde estaba. Después los periodistas informaron a la policía uruguaya.

Cuando el comisario de policía Alejandro Otero llegó a la propiedad, observó que la casa estaba situada en una carretera que tenía acceso al mar. Un barco comercial israelí, el Har Rimon, había fondeado cerca. Sus hombres documentaron la escena del crimen, abrieron el baúl y fotografiaron el maltrecho cuerpo y el charco de sangre que se había filtrado por las costuras de arpillera. Durante el resto de su vida, Otero mantendría que se trataba de un secuestro, que había agujeros perforados en el baúl, que un hombre encerrado en su interior habría podido respirar.

Los periódicos finalmente recogen la historia. En Nueva York, Washington, Berlín, Múnich, Fráncfort, Tel Aviv, Riga, Moscú y París la noticia de la suerte de Cukurs llega a la prensa. La Interpol emite

una orden de detención contra Anton Kuenzle, álter ego de Meidad, y uno de sus colegas. El asesinato de Herberts Cukurs se convierte brevemente en objeto de atención internacional. Algunos periodistas concluyen rápidamente que se trata de una «venganza judía», mientras que otros, como el infame corresponsal del Washington Post Jack Anderson, se preguntan si esa es una explicación demasiado simple, si tal vez Cukurs ha sido asesinado en un «complot a dos bandas» destinado a proteger las ubicaciones de oficiales nazis de más alto perfil, como el médico de Auschwitz Josef Mengele, que todavía se escondía en Sudamérica.[173] Los tabloides brasileños publican imágenes de Cukurs vivo y muerto; especulan sobre la identidad de «Los que nunca olvidarán».[174] Las empresas y organizaciones judías de Montevideo, incluida la embajada de Israel, reciben amenazas de muerte y destrucción.

La familia Cukurs da permiso a Otero para incinerar el cuerpo. Gunnars Cukurs, el hijo mayor, viaja a Montevideo para recoger los restos. Cuando regresa a São Paulo con la urna, su madre le pide que la abra para poder mirar en su interior. «Enseguida sufre una crisis nerviosa que requiere atención médica —escribe Silva en su relato del asesinato—. Entre los restos había dientes artificiales que no pertenecían a su marido.» [175] Otero había supervisado personalmente la incineración. «Pero las cenizas y las piezas dentales que aparecieron en la urna forman parte del misterio», escribe Silva. Sugiere que deben atribuirse a un error humano o a la codicia de los trabajadores del crematorio, que a veces se agenciaban las fundas dentales de oro. Sin embargo, este pequeño detalle alimentó el motor de la conspiración. La familia Cukurs llegó a creer que su paterfamilias no podía haber muerto del modo en que afirmaban «Los que nunca olvidarán». Era inocente, sostenían. No se merecía ese destino.

En todo aquel espectáculo había algo extraño, la sugerencia de que algo, en algún lugar, había salido mal. Una abundancia de pruebas y una escasez de conclusiones, una profusión de lagunas en la trama. Durante décadas, Israel mantuvo una postura de ignorancia pública. Las memorias de Meidad se publicaron por primera vez en hebreo en 1997; aparecieron en alemán en 1998 y en inglés en 2004. Murió en junio de 2012. Su papel en la operación Eichmann se celebra como su mayor logro.

En 2021 me puse en contacto con Shlomo Shpiro, el experto en

espionaje que escribió la introducción a las memorias de Meidad. Ya habían pasado veinte años desde la publicación del libro; me dijo que tendría que tomarse un tiempo para revisar sus archivos, pero que estaba encantado de hablar. Me preguntó por mis antecedentes, que para entonces había aprendido a resumir en unos pocos datos ensayados: le dije que mis padres eran de Riga, que mi madre es judía y mi padre no, y que en el proceso de conocer mi propia historia familiar había estado investigando el caso Cukurs. Cuando le pregunté inicialmente por el asesinato, redirigió la conversación. «Por ahora dejemos de lado el asesinato. Es menos interesante que el resto», respondió.

Me dijo que había editado el manuscrito en inglés del libro, como también un relato anterior sobre el secuestro de Eichmann titulado The House on Garibaldi Street. Se había reunido y había hablado con Meidad muchas veces. Le pregunté, una vez más, qué opinaba del asesinato, por qué el Mosad fue a por Cukurs en particular, por qué, de todos los nazis fugados en aquel momento, resultó ser él el elegido. Me respondió con una pregunta: «Me has dicho que tu madre es judía. ¿Te sientes judía?». Una vez más le respondí con una serie de datos preparados: le dije que me había criado con mi madre, que me había enviado a la escuela judía y había pagado mis clases de Bat Mitzvá. le dije que nunca me había sentido de otra manera. Él asintió. «Te lo pregunto porque la historia de Cukurs es una historia universal, pero también es una historia muy judía —dijo—. Es mucho más simple de lo que mucha gente cree. No hubo grandes deliberaciones, en plan "¿a quién vamos a matar mañana?". Suena banal, pero en ese momento no había muchos criminales nazis en la lista del Mosad.» Cukurs fue asesinado porque el Mosad sabía dónde estaba y porque les suministraron información sobre sus crímenes. Nada más.

Shpiro me dijo que, por lo que él sabía, «nunca hubo intención de secuestrarlo». Los agentes tenían órdenes y debían ejecutarlas. Si en el proceso se acababa ampliando el plazo de prescripción alemán, eso sería la guinda del pastel. En aquel momento, atrapar a los nazis no era una prioridad institucional para el Mosad. Israel era un estado nuevo y frágil, con hostilidades gestándose en todos los frentes. Cuando estalló la Guerra de los Seis Días en junio de 1967, cualquier operación de captura de nazis que hubiera estado sobre la mesa tuvo que abandonarse. («Piensa en la CIA, el 10 de septiembre de 2001», dijo Shpiro.) Me habló de un caso del que no había oído hablar que

implicaba al «doctor» de Auschwitz Horst Schumann, a quien el Mosad había localizado en Sudán y, más tarde, en Ghana a mediados de la década de 1960. El Mosad lo descubrió y envió un equipo. ¿Qué iban a hacer, matarlo en la selva o llevarlo a juicio? En lugar de matarlo, los israelíes presionaron a los ghaneses para que extraditaran a Schumann a Alemania Occidental en 1966. Shpiro me dijo que todos los días durante el juicio Schumann volvió a casa en su Mercedes. Fue declarado culpable de asesinar a treinta mil judíos y salió de la cárcel debido a una enfermedad después de cumplir dos años de condena. Luego vivió tranquilamente once años más.

«Hubo mucha amargura después del juicio de Schumann. Un juicio siempre es mejor que un asesinato, pero esa fue una línea roja. La gente había creído que en Alemania Occidental se haría justicia, pero Schumann acabó con una sentencia absurda, indulgente; fue una parodia de justicia. Después de la debacle de Schumann, la gente del Mosad dijo "olvídalo". Fue una especie de punto final para los israelíes.» Pero el caso Schumann no explicaba el asesinato de Cukurs: Schumann fue extraditado en 1966, Cukurs fue asesinado en 1965.

El baúl que contenía el cuerpo no tenía agujeros para facilitar la respiración.[176] La operación Cukurs estaba destinada a terminar en asesinato, de una forma u otra, pero no estaba previsto que se desarrollara como ocurrió. Los casos Eichmann y Cukurs tenían muchos puntos en común. El segundo se inició a raíz del primero, involucró a muchos de los mismos personajes y siguió un guión similar. Al imaginarnos al general de división Aharon Yariv desmayándose al oír el nombre de Cukurs, es inevitable pensar en Yehiel Dinoor, o K-Zetnik, desplomándose en el Beit Ha'am. Dinoor era un testigo reacio pero fundamental, uno de los pocos que había visto personalmente a Eichmann en Auschwitz. En los años posteriores a la guerra había escrito novelas sobre los campos, «consumido por encontrar la palabra que expresara la mirada de quienes se dirigían al crematorio», dice en sus memorias. Intentó explicar a los fiscales que no estaba a la altura de la tarea. «Les dije: ¡Señor, describir Auschwitz me supera!»[177] No le creyeron y, cuando subió al estrado, acabó rápidamente en el hospital. Dio su testimonio a los jueces, pero estos no pudieron —o no quisieron— oírle. Maurice Blanchot escribió sobre este fenómeno: cuando el superviviente habla, sus palabras pueden ser ininteligibles, poco formales o ilógicas; pero indudablemente «aquí y allá sonaba una nota correcta, como un grito detrás de la máscara, que

revelaba a alguien que pedía eternamente ayuda sin poder indicar dónde estaba».[178]

Tal vez, al ver que Yariv se desmayaba ante sus colegas de la inteligencia israelí, Amit decidió que sus agentes serían testigos, jueces y verdugos a un tiempo. El «brevísimo consejo de guerra» al que se refiere Meidad en sus memorias, el proceso judicial que nunca llegó a celebrarse por la resistencia física del acusado, habría sido un juicio en miniatura, celebrado a velocidad de vértigo. Su sola mención invita a la especulación. ¿Por qué incluyó Meidad este detalle en sus memorias? Para entonces, el Mosad se dedicaba a llevar a cabo asesinatos selectivos en los que no perdían el tiempo con formalidades. ¿Por qué molestarse en este caso en concreto? ¿De dónde salió el extracto del discurso de Shawcross? ¿Por qué los asesinos arrancaron esas páginas en particular? ¿Dónde empiezan y terminan las ficciones? ¿Cuándo se sabe que una historia ha recorrido todo el camino de la «A a la Z»?

En el prefacio de las memorias de Meidad, Amit escribe que el asesinato de Cukurs es único en la historia del Mosad. «Eichmann no fue el único —escribe Amit—. Tenemos ante nosotros un libro fascinante basado en hechos reales, un caso clásico de que la verdad es más extraña que la ficción.» Pero en realidad es un caso mucho más complejo. En la historia de este asesinato, la realidad se mezcla con la ficción, la venganza con la justicia, la memoria con el olvido. Fue un acto cometido como una suerte de juicio final, un intento de dar cierta irreversibilidad al futuro, de librar a la tierra de un hombre que había perdido hacía tiempo su derecho a cohabitar con la humanidad. El asesinato se llevó a cabo, supuestamente, para cerrar el caso de Herberts Cukurs y que pudieran abrirse otros; para que la prescripción quedara en suspenso, para que otros miles pudieran ser procesados. La ejecución extrajudicial pretendía finalizar la narración de la vida y el destino de Cukurs; cuando cerraron el baúl, los asesinos pensaron que también estaban cerrando su historia. No se detuvieron a considerar la posibilidad de que su operación tuviera exactamente el efecto contrario.

En la tradición judía, la ley y la literatura tienen una relación dialéctica en la que ambas se influyen y se siguen. Donde la ley falla, las parábolas señalan el camino. Donde las historias callan, la ley habla. Así, la literatura y la ley se crean y revisan mutuamente. «Las

dos son una en su principio y en su final», escribió Haim Bialik. El asesinato de Herbert Cukurs señala el momento en que la ley deja paso a la literatura. Quizá tuviese la intención de ser la última palabra sobre el tema, pero fue solo el principio.

173. «Report Mengele condemned another Nazi to death in doublecross plot», Jerusalem Post, 13 de octubre de 1977.

174. «Cukurs viajó con una sombra sobre su destino», O Cruzeiro, 3 de abril de 1965. Agradezco a René Bienert del Instituto Wiesenthal de Viena para Estudios del Holocausto que me enviase copias escaneadas de los periódicos sensacionalistas brasileños.

175. Silva y Cardozo, El Mossad, p. 216.

176. Puesto que la mitad inferior del baúl se perdió irremediablemente, no puedo comprobarlo personalmente, pero según todas las fotografías existentes, incluidas las de la investigación de la policía uruguaya, no parece que tuviera respiraderos. Aunque quizá eso sea lo de menos: podemos soñar un millón de alternativas posibles en las que se podrían haber llevado vivo a Cukurs.

177.

k-zetnik, tzofan: edma

32. Hakibbutz Hameuchad Publishing House Ltd., 1987, traducido en

ka-tzetnik

135633,

shivitti: a vision

16, por Eliyah Nike De-Nur y Lisa Hermann. Harper & Row, 1989. Citado en: Felman, «A Ghost in the House of Justice».

178. Maurice Blanchot, The Last Man, traducción de Lydia Davis. UBU Editions, 2007, p. 8. Publicado originalmente en francés como Le Dernier homme. París: Gallimard, col. Blanche, 1957. [Edición española: El último hombre, traducción de Isidro Herrera. Madrid: Arena libros, 2001.]

PARTE II

Este

es el mejor de los mundos posibles

tanques en las calles

tanques a nuestros pies

tanques en nuestras cabezas

tanques en nuestros corazones.

Ivars Lindbergs, «1968»[179]

Construyeron sobre piedra.

No confiaron en los fuegos fatuos de la ciénaga,

traicionaron la ciénaga.

No permitieron que el pasado se impusiera a lo obvio,

no hay Dios, sabían sin duda.

Hay que arreglárselas con la vara rusa.

Uldis Bērziņš, «En defensa de los informantes».[180]

179. Ivars Lindbergs, traducido del letón por Eva Eglāja-Kristsone, «vēstule šveikam no grāfa miķeļa amālijas dēla», Jauna Gaita, 1968, núm. 70, pp. 28-29.

https://jaunagaita.net/jg70/JG70_Dzeja.htm#Ivars_Lindbergs.

180. Uldis Bērziņš, traducido del letón por Ieva Lešinska, Kevin M. F. Platt (ed.), «In Defense of Informers», Tjärn, 1990.

https://latvianliterature.lv/upload/ll_authors/36/Uldis_Berzins.pdf.

14. Aron Kodesh

Solo queda una sinagoga en Riga. Hay banderas de la Unión Europea, cafeterías minimalistas, Bentleys, bancos. Un ferri semanal desde Estocolmo deposita en la ciudad a un pequeño ejército de consumidores escandinavos. Letonia ya no es «Europa oriental», sino «báltica» o, mejor aún, «nórdica». El país se vacía día a día. Sus playas se quedan sin bañistas, sus pueblos sin habitantes. Los taxistas prefieren hablar en ruso, los jóvenes baristas prefieren el letón o el inglés. Los extranjeros vienen para celebrar despedidas de soltero, para hacer recorridos arquitectónicos, para visitar el patrimonio judío, para viajes oficiales de política exterior neoconservadora. Los hipsters vuelan desde Londres para sentir el sabor del comunismo y respirar el aire frío de la nueva Europa. Escritores, artistas y disidentes vuelan desde Moscú en busca de un hogar más acogedor, esperando no ser mal recibidos. Si Letonia aparece en la prensa extranjera, suele ser por una trama de blanqueo de capitales, por el espectro de la invasión rusa o por el desfile anual en memoria de las SS. 16 de marzo: Día de los Legionarios Letones; la Legión Letona, una división de combatientes que se incorporó a las Waffen SS.[181] Los ancianos desfilan todos los años. Algunos llevan bastones; otros, banderas letonas con sus franjas blancas y burdeos ondeando al viento. Depositan flores en el Monumento a la Libertad del centro de Riga, rodeados por la prensa y la policía. Los veteranos mueren, pero la marcha continúa. En 2009, cinco años después de que Letonia ingresara formalmente en la Unión Europea, la policía detuvo a un contramanifestante ruso que, al ver desfilar a los legionarios, gritó: «Hitler kaputt!». No detuvieron a los legionarios.[182]

Leí en un blog turístico que no hay edificio en Riga cuya boca no tenga una expresión de dolor. Una frase espontánea, una observación fugaz de un ojo extranjero escrita en una lengua extranjera. Pero es cierto: contemplar sus famosas fachadas Jugendstil es encontrarse ante un mundo que resplandece de agonía, terror, decadencia y muerte. Los edificios están cubiertos de estatuas de ángeles, medusas, esfinges y dioses. Seis valquirias coronan el inmueble del 2A de la calle Alberta,

la casa donde se crió Isaiah Berlin. Miran fijamente a la calle; deciden quién vive y quién muere.

El estilo Jugendstil, grotesco en sus excesos, se limita a unas pocas manzanas, pero el dolor está en todas partes. Toda la ciudad —todo el país— es un archivo de pérdidas. Imperio perdido, nación perdida, revolución perdida, guerras perdidas. Un índice de «lugares conmemorativos» elaborado por la Universidad de Letonia solo excluye unas pocas fábricas, carreteras o bosques. Una planta de procesamiento de pescado, una curva en la calzada, una vieja escuela. Aquí, los judíos fueron asesinados por alemanes o por las «autodefensas» letonas locales.[183] En la década de 1960, los soviéticos colocaron los primeros monumentos conmemorativos: carteles de madera, obeliscos de piedra y estatuas en los campos de concentración y exterminio que honraban a los asesinados como ciudadanos soviéticos, no como judíos. En el pueblo de Bauska, antes Boisk, donde todavía se conserva la casa de veraneo de mi abuela y donde mi hermana pasó los veranos de su infancia, han erigido un pequeño monumento en el antiguo cementerio judío con la siguiente inscripción: «Gloria eterna a los héroes fallecidos por la liberación de nuestra patria en 1944-1945». Más tarde, se sustituye por una placa de bronce en honor a las «Víctimas del terror fascista».[184] En la década de 1990 roban la placa de bronce, probablemente para usarla como chatarra. En 2004 se sustituye por una placa de granito financiada por el Consejo de Comunidades Judías de Letonia, con grafía letona, rusa y hebrea. En 2012, al otro lado del río, se inaugura un monumento dedicado «a los defensores de Bauska contra la segunda ocupación soviética». Debajo de la dedicatoria aparece una cita de Kārlis Ulmanis, dirigente autoritario de entreguerras: «Latvija jabut Latviesu Valsti», «Letonia debe ser un estado letón».

El nuevo milenio trajo consigo una avalancha de homenajes a la memoria. El desplome soviético hizo que los países bálticos miraran al oeste y acogieran la llegada tardía del «boom de la memoria» neoliberal, y con ello lo que el historiador Nikolay Koposov denomina el «paradigma del Holocausto y el legado», la «cultura de la memoria» democrática liberal.[185]

En 2001, se inaugura un monumento conmemorativo en el bosque de Biķernieki, donde hay cincuenta y cinco fosas comunes: el lugar de descanso final de judíos procedentes de Letonia, Alemania, Austria y

Checoslovaquia. El monumento está financiado por los gobiernos austriaco y alemán. En 2002, en el bosque de las masacres de Rumbula, se inaugura otro monumento, diseñado por el mismo artista y financiado por Letonia, Israel, Estados Unidos, Alemania y donantes particulares. En 2004, en los terrenos del campo de concentración de Salaspils, se erige una placa de piedra con una estrella de David y un mensaje grabado en tres idiomas, financiado por la donación de un superviviente. Reza: «Para honrar a los muertos y como advertencia a los vivos. En memoria de los judíos deportados de Alemania, Austria y Chequia, que desde diciembre de 1941 hasta junio de 1942 murieron de hambre, frío e inhumanidad, y han encontrado el descanso eterno en el bosque de Salaspils». Todos los años, el 4 de julio, Día Nacional del Genocidio contra los Judíos, los dignatarios se dirigen obedientemente a los campos de exterminio y las ruinas de la Gran Sinagoga Coral. Dejan coronas de flores, hacen promesas, piden sin entusiasmo que todos los cómplices rindan cuentas.

En esa época, Estados Unidos comenzó a trasladar a la región a «enviados especiales para vigilar y combatir el antisemitismo» y para comprobar qué progresos se estaban haciendo y si todas las resoluciones estaban siendo adoptadas. En 2016 me invitaron a asistir a una reunión con el entonces enviado especial y un grupo de historiadores y profesores de primaria letones. Se lamentaban de que no tenían suficientes historias del Holocausto para contar a sus alumnos. No había ninguna Ana Frank letona, ningún relato de víctimas popular y paradigmático. Las historias que existían se habían escrito en ruso y eran ininteligibles para los jóvenes escolares letones. La primera traducción al letón del diario de un superviviente acababa de publicarse ese mismo año. ¿Habría otras?

En teoría, la repentina conciencia del pasado inauguró una era de reconocimiento, información y arrepentimiento. En la práctica, significó que la penitencia se convirtió en una representación de la europeidad.[186] Poco después de que se erigieran las placas conmemorativas que enumeraban los pecados nacionales, hicieron lo propio las banderas azules con sus círculos perfectos de estrellitas amarillas. Letonia se convirtió en un país europeo, miembro de la OTAN. Envió soldados, médicos y enfermeras a servir en las guerras estadounidenses de Irak y Afganistán. La moneda cambió: el lat se convirtió en el euro, aunque, en 2014, durante dos semanas circularon ambas monedas.[187] El turismo creció, y con él las tiendas para turistas

que venden ámbar, lino y licores. También pueden comprarse textiles y joyas grabadas con antiguos símbolos letones, signos paganos representativos del sol, el agua, la tierra y el fuego. Son sencillos diseños rúnicos, líneas sólidas cruzadas y entrelazadas. Uno de ellos se llama Cruz del Trueno, o Esvástica. Adorna anillos, pulseras, amuletos, mitones y cinturones.[188] Es un tópico señalarlo, lo sé. Eran símbolos paganos antes de ser nazis. Pero ¿importa?

El «boom de la memoria» no fue unidireccional. En Letonia y en toda Europa constituyó un estallido caótico de narrativas encontradas, la aceleración y la impugnación de la política de la memoria. En el ámbito académico, en los tribunales, en las calles, se puso de moda participar en las nuevas «guerras de la memoria», competir por la propiedad de las categorías de víctima, superviviente, defensor, héroe.

Fue en 2005, en pleno caos, cuando se inauguró una pequeña exposición en el antiguo y decadente puerto naval imperial de Karosta. Situada en la costa suroeste de Letonia y formalmente parte de la ciudad de Liepāja, Karosta había sido la base de la Flota Báltica Soviética, una ciudad cerrada a la que solo podía acceder el personal militar. Hoy en día, algunos de los marineros soviéticos y sus familias siguen allí, aunque el imperio al que sirvieron ya no exista. El barrio se ha vaciado, las calles se han deteriorado, el mar erosiona las antiguas fortalezas. A su alrededor ha surgido una nueva nación, una nación que no reconocen y en la que no se sienten bienvenidos, pues son los recuerdos vivientes de un pasado incómodo. «Es un lugar triste, pero importante —dice Sanita Jemberga, periodista de investigación, mientras tomamos un café en la famosa boulangerie de Liepāja—. Tienes que entenderlo. Aquí es como si la Segunda Guerra Mundial hubiese ocurrido ayer.»

La exposición, titulada «Presunción de inocencia», se inauguró en febrero de 2005 en un centro cultural ya desaparecido llamado K@2, fundado por un artista sueco, Carl Biorsmark, que esperaba convertir la decadente ciudad en un centro artístico. Una traducción de las memorias de Yaakov Meidad, que Biorsmark descubrió en el escaparate de una librería letona, fue lo que inspiró la exposición. «Ves un libro así en un escaparate y quieres saber qué hay dentro —dijo en una entrevista radiofónica—. Me quedé fascinado [...]. Visité museos y archivos en Riga, pregunté por esta historia, y allá donde fui me decían: “Chist, no hables de eso”.» Pero siguió adelante. Descubrió

que el relato de Meidad era bastante parcial y empezó a investigar el caso Cukurs por su cuenta. En colaboración con la cineasta Kristine Briede, viajó a Gambia para seguir el histórico vuelo de Cukurs y a Brasil para entrevistar a sus descendientes y revisar los archivos. Realizaron una filmación de cincuenta y dos minutos que documentaba estos viajes y que serviría de base a la exposición; también se titulaba Presunción de inocencia.

La exposición ocupaba tres salas: una en la que se detallaba la carrera aeronáutica de Cukurs en el periodo de entreguerras, otra con testimonios a favor y en contra, y otra con fotografías de sus encuentros con Meidad en Sudamérica. El objetivo, según Biorsmark y sus colaboradores, era sugerir «que una persona no se considera culpable si un tribunal no la ha reconocido como tal».[189] «Eso es lo que tienen que hacer los artistas: mantenerse en el centro y plantear interrogantes», dijo Biorsmark al periodista Aaron Eglitis.[190] La exposición contó con el apoyo tácito de un diputado que, unas semanas antes, había sido expulsado de su partido por sugerir que los judíos letones dejaran de «actuar como lo hicieron en 1940 cuando dieron la bienvenida a los enemigos de Letonia».[191], [192]

El cuarto día de la exposición, Biorsmark recibió una llamada telefónica de la Fiscalía General de Letonia. Al principio pensó que se trataba de una broma. Al otro lado de la línea, un hombre le dijo: «Según parece tiene usted material muy importante, por lo que nos gustaría visitar la exposición». Biorsmark respondió que podían visitarla cuando quisiesen. «Al día siguiente llega un autobús rojo con cuatro personas de la fiscalía. Entran en la galería, clic clic clic, lo tratan como una investigación, pasan horas allí.» Lo que se presentaba como «arte» se veía como prueba.

Unos días después, los comisarios de la exposición recibieron una carta de la fiscalía donde se les pedía que escanearan los documentos expuestos. El fiscal general iba a reabrir una investigación penal sobre Herberts Cukurs. «El caso existía; nunca se había cerrado, pero era una especie de caso inactivo —explicó Biorsmark—. Todavía siguen trabajando en él. Están haciendo lo mismo que hicimos nosotros: van a Yad Vashem, van a los archivos de Moscú y, en todas partes, las puertas están cerradas.»[193]

La exposición fue solo el comienzo. Seguirían varios proyectos

revisionistas. Hubo más documentales, libros y artículos sobre la gran injusticia cometida contra el héroe nacional y, por tanto, contra la nación. Los artistas y escritores buscan a los supervivientes. Les piden entrevistas, intentan reclutarlos para su causa. Les piden que refuten lo que saben, lo que vieron con sus propios ojos, lo que testificaron en declaraciones juradas firmadas, una y otra vez.

*

¿Me estoy adelantando, estoy permitiendo que la historia se me escape de las manos? Tal vez esto es lo que hace el revisionismo: conseguir que quienes intentan aminorar la marcha y volver sobre sus pasos tropiecen con sus palabras, pierdan el hilo. Puede ser difícil seguir la velocidad de la omisión, del borrado.

Al principio de este capítulo he dicho que solo queda una sinagoga en Riga. Hay dos casas de oración y dos museos judíos, pero solo hay una sinagoga. Antes había cuatro. Cuando se terminó de construir en 1905, la sinagoga Peitav estaba amueblada con cálidos suelos de madera y coloridas columnas moriscas. Su ubicación, en el corazón de la ciudad medieval, fue lo que la salvó de la destrucción. Estaba demasiado cerca de otros edificios para arriesgarse a que ardiera, así que los nazis y sus simpatizantes locales la convirtieron en unos establos.

Se dice que el sacerdote de una iglesia vecina, Gustav Shaurums, escondió los rollos de la Torá de la sinagoga en un muro de la pared oriental del edificio, donde fueron descubiertos, intactos, después de la guerra. En 1944, cuando los evacuados y exiliados volvieron a la ciudad, se clavó una lista de supervivientes en las puertas de la sinagoga. Trece nombres en total. Los que regresaron los buscaban, preguntaban si los supervivientes sabían qué les había ocurrido a los familiares y amigos desaparecidos. «La respuesta a estas preguntas solía ser una mirada gacha y un monosilábico “sí” o “no”», escribe en sus memorias Musya Glants, la superviviente en la infancia.[194] La sinagoga sobrevivió a los atentados de 1995 y 1998; los culpables nunca fueron detenidos.[195] En la actualidad su interior es de color azul

pastel, sus columnas están decoradas con zigzags verdes, rojos y azules y tienen capiteles dorados con forma de palma; la bimá está formada por un enrejado de mármol. Un guardia de seguridad vigila permanentemente desde el exterior. Cuando entré un viernes por la mañana, el que montaba guardia me siguió.

El rabino Kalev Krelin, que dirigía la congregación en aquel momento, me saludó con una inclinación de cabeza y despidió al guardia. Mientras me guiaba hacia el interior de la sinagoga, saludó a los pocos miembros de la congregación que venían a rezar sus oraciones matutinas. Nos sentamos en un banco de madera, al fondo de la cavernosa sala, y me explicó que se había trasladado recientemente a Riga desde Brooklyn, y que consideraba que su actual destino era difícil. Señaló la inscripción que se curvaba sobre el aron kodesh, el arca de la Torá: «Bendito sea el Señor, que no nos ha entregado como presa a sus dientes». «En ningún otro lugar verás una inscripción como esta —dijo Krelin—. Suelen ser más positivas.» Mientras me conducía escaleras abajo a una sala de oración más pequeña e íntima, le pregunté qué le parecía la forma en que Letonia había abordado su complicidad en el Holocausto; iba a visitar las ruinas de la Gran Sinagoga Coral después de nuestro encuentro y quería saber su opinión al respecto. «En Lituania dicen que no tuvieron nada que ver; aquí ni siquiera eso, simplemente no hablan del tema», respondió. Había oído hablar de Cukurs, por supuesto. «Como el Mosad lo asesinó, lo utilizan como prueba de su inocencia.» En una estantería, Krelin rebuscó entre los decrépitos libros de oraciones y los libros de contabilidad que documentan la vida judía a lo largo del siglo xx; algunos eran de Riga, otros de comunidades judías rurales, ya extinguidas, que no tenían dónde guardarlos. Quería mostrarme un libro en particular. Su cubierta de cuero estaba perforada por un agujero de bala.

181. Uldis Neiburgs, «The History of the Occupation of Latvia», Museo de la Ocupación de Letonia, Riga.

http://okupacijasmuzejs.lv/en/history/nazi-occupation/the-latvian-legion-and-16-march.

182. En 2015 el ministro de Interior letón exhortó a los civiles a que evitaran los alrededores del Monumento a la Libertad el día de la marcha conmemorativa. Personal de Baltic Times, «Latvian Interior Minister urges people to avoid Freedom Monument today», Baltic Times, Riga, 16 de marzo de 2015. Véase también: Reuters, «Latvian SS veterans march in defiance of ban», 16 de marzo de 2009.

https:// www.reuters.com/article/us-latvia-march/latvian-ss-veterans-marchin-defiance-of-ban-idUSTRE52F3UB20090316.

183. «Jēkabpils Municipality, the Turning to Zasa», Holocaust Memorial Places in Latvia, Center for Judaic Studies at the University of Latvia, Riga, 2021.

http://memorialplaces.lu.lv/memorial-places/zemgale/jekabpils-municipality-the-turning-to-zasa/.

184. «Bauska Municipality, Bauska», ibid.

http://memorialplaces.lu.lv/memorial-places/zemgale/bauska-municipality-bauska/.

185. Nikolay Koposov, Memory Laws, Memory Wars: The Politics of the Past in Europe and Russia. Cambridge, Cambridge UP, 2018, p. 304.

186. La obra de Dace Dzenovska School of Europeanness: Tolerance and Other Lessons in Political Liberalism Latvia (Ithaca: Cornell University Press, 2018) ofrece un relato indispensable de este fenómeno.

187. Ministerio de Finanzas de la República de Letonia, «Tipo de conversión oficial», 2013.

188. Cuando Riga acogió la cumbre anual de la OTAN en 2006, se distribuyeron entre los asistentes miles de mitones letones tejidos a mano. Según se dice, a los tejedores se les prohibió expresamente incluir la esvástica letona en sus diseños, por miedo a malinterpretaciones.

https://latvians.com/index.php?en/CFBH/Zimes/zimes-10-rhetoric.ssi.

189. Santa Vaļivahina, «The non-implemented vision Karosta-Culture Port», Scientific Journal of Latvia University of Agriculture; Landscape Architecture and Art, vol. 10, núm. 10, pp. 49-58.

https://llufb.llu.lv/Raksti/Landscape_Architecture_Art/2017/Latvia-Univ-Agricult_Landscape_Architect_Art_VOL_10_2017-49-58.pdf.

190. Aaron Eglitis, «Artistic quest ignites historic fire», Baltic Times, Karosta, Latvia, 15 de junio de 2005. https://www.baltictimes.com/news/articles/12900/.

191. Aaron Eglitis, «Kirsteins kicked out of People's Party», Baltic Times, Riga, 1 de junio de 2005. https://www.baltictimes.com/news/articles/12804/.

192. El diputado volvió al Parlamento en 2014 y cuatro años después se incorporó a la delegación letona en la asamblea parlamentaria de la OTAN. En 2006, un año después de la exposición, Kristine Briede ganó un premio del Ministerio de Cultura de Letonia por su trabajo en K@2.

193. Rob Hamelijnck y Nienke Terpsma, «Conversation with Carl Biorsmark about "The presumption of Innocence", a documentary in

the making on Herberts Cukurs, the Lindbergh from the Baltics», Fucking Good Art, Riga Audio Edition, 12 de agosto de 2007.

https://www.fuckinggoodart.nl/Archive/fga18.html.

194. Glants, Patchwork Stitched by Memory, p. 103.

195. «Synagogue bombing stuns Latvian leaders and Jews», Jewish News of Northern California, 10 de abril de 1998.

15. Ante la ley

Cuando descubrí la investigación penal sobre Cukurs, comencé a seguir de cerca su desarrollo. En 2015, el periódico Delfi informó de que el Gobierno israelí no había respondido a las reiteradas peticiones de información del fiscal. «La investigación penal está en curso —decía el artículo—. El derecho penal estipula que una persona que ha participado en un genocidio no está exenta de responsabilidad penal.»[196] Me pregunté cuál sería la «responsabilidad penal» de un cadáver. Repasé mi correspondencia con el fiscal: en la carta donde enumeraba las posibles consecuencias jurídicas del caso, escribía:

Teóricamente, este caso podría continuar para exonerar a una persona fallecida —Herberts Cukurs— en virtud del capítulo 56 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, «Procedimientos penales en casos relativos a la exoneración de una persona fallecida [...]. Si el fiscal decide continuar el procedimiento para la exoneración de la persona fallecida, la sentencia definitiva referente a la exoneración de Herberts Cukurs según los artículos 613-616 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal puede llegar al tribunal...».[197]

Busqué las cláusulas pertinentes en el código penal: los artículos 613 y 614 codificaban cómo se debe proceder en los casos de personas fallecidas y permiten al tribunal programar vistas y citaciones. El artículo 615 establecía las normas sobre cómo debía concluirse una investigación penal: el cadáver era exonerado o no exonerado, con las palabras «inocente» o «culpable». El artículo 616 establecía el procedimiento para recurrir tales decisiones.[198] Todas estas cláusulas pronto serían fundamentales en esta historia, pero en aquel entonces me limité a leerlas, confusa y desconcertada por la jerga jurídica.

Envié un correo electrónico al secretario de prensa para solicitar una

reunión con el fiscal y empecé a planificar otro viaje a Riga. Acordamos vernos a primera hora de la mañana, un día templado de principios de junio de 2017. Cuando llegó el momento, recorrí a pie los dos kilómetros que separaban mi apartamento del discreto edificio estilo art nouveau del fiscal general.

La reunión no duró más de una hora. No se me permitió grabar, así que escribí con afán mientras el fiscal hablaba. Uno de sus colegas se sentó a su lado, traduciendo pacientemente nuestro intercambio del letón al inglés y viceversa. Volvió a preguntarme si tenía alguna información pertinente, y comprendí que probablemente no habría accedido a la reunión si yo no tuviera una conexión personal con el caso. Parecía dirigirse a mí como parte interesada, no como periodista, pese a que me había identificado como ambas cosas. Intenté abordar nuestra cita con naturalidad; solo necesitaba entender lo que estaba ocurriendo. Desde que me había enterado del proceso, estaba perpleja. Al igual que el asesinato de Cukurs había sido una consecuencia directa del secuestro de Eichmann, no podía pensar en este caso más que como una curiosa continuación del célebre proceso de Jerusalén, un fantasmal sucesor de aquel «juicio mundial». Eichmann se había encargado de que los camiones de ganado llevaran a millones de personas a la muerte, de que llegaran puntualmente a los campos. Cukurs había sido el chófer de los asesinos hasta los lugares donde se llevaban a cabo las matanzas, aunque no pudiera demostrarse que él mismo había apretado el gatillo. Ambos habían contribuido a la infraestructura de las masacres. El juicio de Eichmann se había celebrado bajo la mirada de mil cámaras, bajo los ojos vigilantes de la prensa mundial. Este proceso se desarrollaba despacio y en silencio, desconocido para prácticamente todos salvo para los interesados, y su inmensa importancia se ocultaba casi por completo.

El fiscal explicó que había heredado el caso número 12812000506 de sus predecesores; que se había reabierto en 2005 —a raíz de la exposición de arte—, pero que la semilla se había plantado casi una década antes. En 1996, cinco años después de que Letonia recuperara su independencia, la hija de Cukurs, Antinea Dolores Rizzotto, había presentado una solicitud para la rehabilitación formal de su padre. En las décadas que siguieron al colapso de la Unión Soviética, cientos de personas presentaron estas solicitudes con la esperanza de limpiar su nombre o el de sus parientes, colegas o amigos. También era una forma de reclamar los bienes familiares que se habían confiscado

durante el régimen soviético. Su solicitud probablemente se amontonó en un archivo con cientos de otras solicitudes, sin que nadie supiera cómo acabarían las cosas. Este era el «caso inactivo» al que se había referido Biorsmark.

La «rehabilitación» era una invención jurídica soviética, producto del deshielo de los años cincuenta y sesenta. Fue una medida radicalmente nueva cuando Nikita Jruschev, entonces recién nombrado primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética, la instituyó en 1953. Permitía que cualquier ciudadano soviético, vivo o muerto, al que hubiesen condenado por un delito contrarrevolucionario en las décadas anteriores pudiese solicitar al Estado la eliminación de sus antecedentes y la limpieza formal de su nombre. Se trataba de un procedimiento jurídico formal supervisado por la oficina del fiscal del Estado, una vía burocrática para asegurar el perdón y una mísera restitución. A lo largo de los once años de mandato de Jruschev como primer ministro soviético, novecientas mil personas, vivas o muertas, se sometieron a este proceso. «El Gobierno soviético no solía solicitar casos de rehabilitación póstuma —escribe el historiador Samuel Casper en su monografía sobre el tema—. La responsabilidad recaía en los familiares, amigos y, ocasionalmente, en los antiguos compañeros de trabajo: iniciaban la revisión de las condenas mediante la presentación de un recurso ante la oficina del fiscal del Estado, que estaba autorizado a reabrir los casos penales. Este acuerdo exigía que las personas que ya habían sufrido a manos del régimen volvieran a someterse, tanto ellas como sus seres queridos, al escrutinio del Estado; el hecho de que muchos se mostraran más que dispuestos a pasar por dicho proceso habla de los beneficios prometidos por la rehabilitación, más allá de la restauración simbólica del buen nombre.»[199]

Se volvía a investigar, entrevistar y juzgar a los peticionarios. A cambio, si las cosas iban bien, ellos (o sus cadáveres) recibían permiso para reincorporarse al Partido en buenas condiciones y se borraba cualquier registro de sus delitos. «Reciben documentos donde presumiblemente consta que están rehabilitados, que no son enemigos», escribe la novelista Daša Drndić. Se les aseguraba que «su país ahora los quería y algunos también recibieron insignias. Pero ninguno de ellos sigue con vida».[200]

El fin de la Unión Soviética dio un nuevo significado a la

«rehabilitación». El procedimiento jurídico se mantuvo en gran medida intacto en los nuevos exestados soviéticos independientes, pero se amplió para dar cabida a una nueva categoría de solicitantes: no solo los que habían sido reprimidos y condenados por las autoridades soviéticas, sino también los que habían sido acusados de colaborar con ellas. Si durante el periodo soviético la rehabilitación era un mecanismo formal para reincorporar a miembros del Partido y reclamar cuerpos para la causa comunista, en los años noventa e inicios de los dos mil la rehabilitación pasó a desempeñar un papel similar para la nación recién reconstituida. Aquellos cuyas solicitudes se aprobaban podían limpiar su nombre y proclamar con orgullo que eran patriotas que nunca habían traicionado a su pueblo. Podían reincorporarse a la recién restaurada comunidad nacional letona.

La rehabilitación póstuma, explica Casper, era un proceso curioso, de matices sacros y profundamente político. Adam Hochschild la ha descrito como «una especie de santidad para los mártires», pero, como señala Casper, su objetivo principal era más político que espiritual. Creó un mecanismo mediante el cual los dirigentes soviéticos podían navegar más hábilmente por las novedosas consideraciones políticas del periodo posestalinista. «Jruschev y sus compañeros eran expertos en invocar a los rehabilitados póstumos en momentos críticos, pero en ningún caso transformaron a sus antiguos camaradas en objetos de reverencia regularizada —escribe Casper—. El tipo de "vida después de la muerte" que prometía la rehabilitación póstuma en los años cincuenta y sesenta se basaba, por tanto, en la capacidad de los actores del pasado para ayudar a mediar en las luchas del presente, más que en la noción de una recompensa eterna para los fieles, si bien expedientados, comunistas.»[201] Lo mismo ocurriría con su utilización postsoviética. Después de 1991, la rehabilitación se convirtió en un medio para separar formalmente el futuro democrático de la nación de su pasado comunista.

Para los que no estén familiarizados con este tipo de procedimientos, los casos legales póstumos podrían parecer en un principio casi blasfemos, precisamente el tipo de espectáculo que se supone que los sistemas jurídicos sofisticados deben evitar. La mayoría de los códigos jurídicos occidentales, a fin de cuentas, incluyen alguna versión de esta regla universal: per mortem extinguitur omne crimen. La muerte extingue todos los delitos.

Esta es la clase de norma que los juristas llaman «ficción jurídica»; una afirmación jurídica, como «la constitución es la voluntad del pueblo», o «los jueces se limitan a administrar y no a crear las leyes», que solo aspira a ser verdad.[202] Estas ficciones conforman el andamiaje del derecho. «La influencia de la ficción se extiende a todos los departamentos de la actividad de los juristas —escribe el jurista Lon L. Fuller en su inolvidable libro sobre el tema—. Las ficciones son, hasta cierto punto, simplemente los dolores de crecimiento del lenguaje jurídico.»[203] Esta ficción particular ha estado operativa desde la Antigüedad.

En la antigua Atenas, si un hombre era declarado culpable de traición, tiranía o un crimen igualmente atroz, se le expulsaba a él y a toda su familia de la ciudad. Se derribaban sus casas, se exhumaban las tumbas de sus antepasados y se arrojaban sus huesos fuera de los muros de la ciudad. Sus vecinos y conocidos no volverían a invocar sus nombres y procederían como si la familia nunca hubiera vivido entre ellos, incluso como si nunca hubiera existido. La muerte no protegía a los traidores de este destino. Los cadáveres también podían ser juzgados por traición.[204] Sus huesos serían retirados y expulsados, al igual que los de sus familiares. En 897, el papa Esteban VI exhumó el cadáver de uno de sus predecesores, el papa Formoso. Se vistió al cadáver con las prendas papales y fue juzgado, declarado culpable, desnudado, desmembrado y arrojado al Tíber. En la Francia de los siglos xvii y xviii y en sus colonias, los procès des cadavres permitían juzgar y condenar públicamente a los muertos. Algunos criminales, debido a la «enormidad» de su crimen, debían ser «acusados y condenados después de su muerte y el castigo se aplicaba al cadáver contra su memoria», escribe el jurista francés Serge Dauchy.[205] Los cuerpos de los suicidas, los herejes y los rebeldes eran exhumados, juzgados y arrastrados por las calles de la ciudad.[206] Se los consideraba actos comunitarios didácticos, como argumentó un jurista, «absolutamente necesarios para el interés público de convertir a los muertos en un ejemplo, para los supervivientes y para los no delincuentes, de modo que el enjuiciamiento y la ejecución de los cadáveres, que ya no son capaces de tener sentimientos, y su recuerdo sirvan de ejemplo para los que todavía los tienen».[207] Se juzgaba a los muertos para enseñar a los vivos. ¿Era diferente el caso de Cukurs?

Cukurs no podía rehabilitarse formalmente porque nunca había sido expedientado por las autoridades soviéticas, pero podía ser

investigado —y luego exonerado— de delitos penales. En su caso, la distinción entre rehabilitación y exoneración póstuma era meramente procesal. El fiscal explicó que el caso se asemejaba a un procedimiento previo al juicio. Era casi imposible que llegara a los tribunales, dado que apenas quedaban testigos con vida y que el sujeto llevaba cincuenta años muerto. Explicó que acabaría «en motivos no eximentes o eximentes». Cukurs sería exonerado, es decir, considerado no culpable, si no había pruebas suficientes para demostrar su participación en las masacres. Era importante, me dijo el fiscal, «aclarar estas cuestiones». Cuando heredó el caso de sus predecesores, «constaban las opiniones de los historiadores, pero ningún documento de las investigaciones en Brasil, Uruguay ni Israel». Sin documentos fehacientes, él no podía pronunciarse. Había enviado solicitudes, había recibido alguna información y esperaba recabar más. El año anterior había entrevistado a la hija de Cukurs, y la familia Cukurs ya había presentado todos los documentos pertinentes que tenía en su poder. La familia abogaba por su exoneración. «Dicen que no era culpable y que nunca fue condenado en ningún país», explicó el fiscal.

Que Cukurs hubiera pertenecido sin lugar a dudas al Kommando Arājs no bastaba para confirmar su complicidad. «Es imposible condenar a alguien solo por su pertenencia a un grupo en la Letonia ocupada por los nazis. Hay que demostrar que dio órdenes de matar, o de disparar, o que participó personalmente», me dijo el fiscal. Había documentos procedentes de Alemania que sugerían que Cukurs estuvo presente durante los asesinatos, pero el fiscal tenía dudas sobre su fiabilidad: «Estos documentos no suponen una base suficiente para condenar».

En Alemania, donde la noción de «estructura criminal» sigue rigiendo los procesos judiciales nazis, el mero hecho de que Cukurs perteneciera al Kommando habría bastado para que la Oficina Central abriera una investigación y remitiera su expediente para su enjuiciamiento, pero solo si siguiera con vida. (La oficina no procesa casos contra los muertos.) El grado de complicidad de Cukurs en el Holocausto no es una cuestión abierta, si se pregunta a los abogados de Ludwigsburg. En Letonia, donde el código penal nacional sostiene que establecer, dirigir o participar en las actividades de una organización criminal es un delito punible, el umbral de «participación» sigue siendo objeto de debate. No hay precedentes para este tipo de casos, ni un sistema judicial bien engrasado para castigar y perseguir las masacres, ni jurisprudencia sobre cómo

investigar a un hombre asesinado. «Muchas veces el mundo presenta casos que nadie podría anticipar, en circunstancias que nadie podría prever —escribe el jurista James Boyd White—. El mensaje más importante es el que el juez ejecuta, no el que declara.»[208]

Durante nuestra conversación, el fiscal parecía estar percibiendo su propia indiferencia por el resultado de esta extraña investigación. Había señalado con un gesto sombrío, casi desesperado, la gruesa montaña de pruebas reunidas. Seguía esperando que algunas naciones, entre ellas Israel y Brasil, respondieran a sus peticiones de información. Le pregunté si el testimonio de los supervivientes judíos estaba incluido en sus archivos. Asintió con la cabeza y me explicó que, aunque los testimonios se habían presentado como pruebas, podían no ser formalmente admisibles.

Tuve la sensación de que solo deseaba acabar con aquel caso y librarse de aquella escena del crimen en particular. Lo más probable es que esperara que, pese a sus implicaciones políticas potencialmente explosivas, se tratara de un caso sencillo: cuando llegase el momento, simplemente redactaría su decisión, la enviaría a las partes pertinentes y punto final.

Le pregunté cuándo creía que eso iba a ocurrir. Dijo que tal vez a finales de año, pero no podía asegurarlo. Estaba a punto de tomar una decisión, aunque parecía que ya la había formulado mentalmente.

Mientras tanto, me reiteró la recomendación que me había enviado por correo electrónico, animándome a leer una novela histórica que se había publicado recientemente sobre Cukurs. En sus páginas podría averiguar algo sobre mi abuelo, dijo.

196. «Ģenerālprokuratūra arī pēc atkārtota lūguma no Izraēlas nesaņem informāciju par Cukuru», Delfi.Lv, 21 de marzo de 2015.

https://www.delfi.lv/news/national/criminal/generalprokuratura-ari-pec-atkartotaluguma-no-izraelas-nesanem-informaciju-par-cukuru.d?id=45724002.

197. Fiscalía de la República de Letonia, 6 de junio de 2016. «Reply to the e-mail message dated 26 April 2016 of the "Politico Europe" journalist Linda Kinstler, with the request to provide information on the progress of investigation conducted by the Prosecution Office into so called Herberts Cukurs criminal case».

198. «Criminal Procedure Law», Latvijas Ve¯stnesis, 74, 11 de mayo de 2005; Latvijas Republikas Saeimas un Ministru Kabineta Ziņotājs, 11, 9 de junio de 2005.

https://likumi.lv/ta/en/en/id/107820-criminal-procedure-law.

199. Samuel Casper, «The Bolshevik Afterlife: Posthumous Rehabilitation in the Post-Stalin Soviet Union, 1953-1970», Publicly Accessible Penn Dissertations, 2724, 2018, p. 5.

200. Drindic, EEG: A Novel, traducción de Celia Hawkesworth. Nueva York: New Directions, 2019, p. 86.

201. Casper, «The Bolshevik Afterlife», p. 22.

202. Lon L. Fuller, Legal Fictions. Stanford: Stanford University Press, 1967, p. ix.

203. Ibid., p. 21.

204. Harriet Flower, The Art of Forgetting: Disgrace & Oblivion in Roman Political Culture. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2006, p. 21.

205. Serge Dauchy, «Trois procès à cadavre devant le Conseil souverain du Québec (1687-1708): Un exemple d'application de l'ordonnance de 1670 dans les colonies». Enero de 2000.

https://halshs.archivesouvertes.fr/halshs-01133366/document.

206. Guy Vidal, «Les Procès aux Cadavres». En: «L'histoire du Poitou Protestant, des humanists réformateurs à 1787», obra colectiva, Éditions Maison du Protestantisme Poitevin.

http://guy.vidal.pagesperso-orange.fr/Thomas_MARCHE/proces_cadavres9.htm.

207. Dauchy, «Trois procès», enero de 2000.

208. James Boyd White, Heracles's Bow: Essays on the Rethoric and Poetics of the Law. Madison: University of Wisconsin Press, 1985, p. 117.

16. La novela

Así que fui en busca de la novela, de la historia dentro de la historia, de la trama dentro de la trama. Salí de la oficina del fiscal y me dirigí a una librería del casco antiguo.

Ya he descrito cómo encontré la novela Nunca lo mataréis en la estantería de novedades y la sensación de vértigo que me produjo el descubrimiento, una sensación que nunca ha desaparecido del todo. Me resultaba difícil ubicarme en relación con el pasado y el presente; intenté recordar mis propias coordenadas temporales.

Es lógico que la situación se volviera rápidamente confusa: a partir de los escasos hechos de la vida de mi abuelo, el novelista había tejido una historia de ficción. El fiscal parecía haber averiguado algo sobre Cukurs en esta historia. Y el fiscal me había enviado de vuelta a la novela (y al novelista) para buscar hechos y fuentes. Era un círculo cerrado: yo tenía que encontrar la salida.

El autor, Armands Puče, es popular como periodista deportivo en Riga. Ha publicado varias biografías de atletas letones y es comentarista habitual en la televisión letona. La historia de Herberts Cukurs y mi abuelo se aleja de su repertorio habitual, pero está escrita de la forma desenfadada y triunfal propia de un locutor de deportes, con un héroe de corte familiar y sin complejidades. Fiel al género de la novela de espías, los acontecimientos de la historia mundial, las muertes de millones de personas —el nacimiento de la nación letona, la revolución bolchevique, las guerras mundiales— se describen como lances de una competición deportiva. La operación de Cukurs se define como un «gambito», una jugada arriesgada en un torneo mundial de ingenio.

Mientras hojeaba sus páginas, no pude evitar sentir que abordaba el tema desde una ingenuidad irrecuperable: era una forastera que me asomaba, demasiado cerca y demasiado lejos, a la historia para verla con claridad. Gran parte de mi conmoción de ese momento derivaba

de saber que otra persona había pasado suficiente tiempo investigando a Boris para tratar de contar su historia. ¿Acaso había visto algo que a mí me había pasado por alto? ¿Cuánto me quedaba por saber? Puče había exhumado a mi abuelo de su tumba perdida y lo había reanimado como una personalidad ficticia, un personaje partícipe de una historia de conspiración. ¿Por qué? ¿Cuál era el papel de Boris en aquella historia?

Antes de leer la novela, antes de conocer la profundidad de sus tergiversaciones, escribí a Puče y le solicité una entrevista. Quedamos en una cafetería del centro de Riga. Era invierno: llegó con chaqueta y bufanda. No perdió el tiempo. «Sé quién eres —me dijo—. Tu abuelo es un personaje. Su historia trata de lo que ocurre cuando participas en un doble juego, de la clase de persona que podrías ser. —Cukurs no había muerto como afirmaba el Mosad, me dijo Puče—: Él los engañó. —Le chispearon los ojos y sonrió levemente mientras seguía hablando, un comportamiento de tipo conspirativo al que a la sazón ya estaba acostumbrada—. Es ficción, es literatura, pero en un noventa por ciento se basa en los hechos —dijo de su novela—. Con Nunca lo mataréis no me refiero a Cukurs, me refiero a este país. Nunca nos matarán. Esta tierra no es solo un territorio entre el este y el oeste, entre Rusia y Occidente, no: para nosotros esta es nuestra tierra, y debemos contárselo a la próxima generación. Eso lleva su tiempo. Dentro de diez o veinte años más, la gente lo aceptará —dijo, refiriéndose a Cukurs—. Mi generación está empezando a hacerse preguntas. ¿Por qué nos quedamos de brazos cruzados? ¿Quién es el responsable de estas acusaciones, sobre todo si no hay pruebas ni testigos?»[209]

Cuando nos separamos, me dio un ejemplar de la novela, y en él había escrito «¡Linda!».

Conservé el ejemplar y envié otro a mi madre en Boston. Me puse a estudiar letón para poder leerla mientras mi madre —siempre demasiado amable, demasiado generosa con su tiempo— empezaba su lectura y tomaba notas detalladas. Al principio intentó leer de noche antes de acostarse, pero su contenido era tan repugnante, su subtexto era tan detestable, que luego no podía conciliar el sueño. Si se encontraba con un pasaje especialmente antisemita —sobre el control judío de la economía letona, los Protocolos de los Sabios de Sión o los tesoros secretos de oro judío— tenía que dejar el libro (y luego

llamarme para desahogarse). A medida que me familiarizaba con las consonantes y los sonidos especiales del idioma letón, plagado de ks duras y diptongos llanos, empecé a abrirme paso lentamente por el texto.

Nunca lo mataréis es una narración que alterna capítulos sobre las historias de mi abuelo y de Cukurs hasta que sus trayectorias se cruzan fatalmente al final.[210] *La historia de Cukurs empieza en el puerto militar de Karosta. El joven Cukurs, que tiene quince años en 1915, observa los barcos alemanes que lanzan proyectiles contra la costa. Aunque miles de letones huyeron de su país durante la Primera Guerra Mundial, a la familia Cukurs se la describe como orgullosos patriotas, verdaderos letones que se mantuvieron firmes en su tierra. Cuatro años después, Cukurs trae a casa la proclama bolchevique. Le tienta seguir a sus amigos a Rusia para unirse a la revolución, pero en el último momento cambia de idea. El héroe permanece inmaculado ante el bolchevismo. Crisis evitada.*

La primera visión que el lector tiene de mi abuelo no es la de mi abuelo, sino la de su álter ego ficticio. En la imaginación de Puče, la historia de Boris Kinstler empieza en el verano de 1918 en un edificio moscovita justo enfrente de la nueva sede de la Checa, la policía secreta bolchevique.[211] El protagonista de esta historia es un joven letón llamado Juris Spakovskis, que procede de una familia pobre cuyos miembros están todos muertos o encarcelados. Spakovskis también acaba pronto en la cárcel, donde entabla amistad con un preso bolchevique. Una amnistía de 1917 los libera y Spakovskis parte con su nuevo amigo hacia Moscú.

En un recital de poesía, Spakovskis conoce a un caballero bien vestido que parece ser británico, pero habla un letón perfecto. Dice llamarse Jēkabs Peterss; es el subjefe de la policía secreta de Lenin, uno de los fundadores de la Checa. Los dos hombres congenian y se reúnen varias veces. Spakovskis necesita dinero y Peterss parece tenerlo. Pronto, Peterss invita a Spakovskis a su despacho; le ofrece un trabajo y un nuevo nombre.

—Te daré nuevos documentos y te irás a Alemania —le dice Peterss.

—¿Por qué Alemania? —pregunta Spakovskis.

—A partir de ahora, te llamas Boris Kinstlers. Huyes de las atrocidades

bolcheviques y buscas asilo político en Alemania.

La ruta más directa hacia Alemania era a través de Letonia. En Riga nacería «Boris Kinstlers».

Ya en Riga se le asigna un supervisor soviético que le entrena para integrarse en la sociedad letona. Cuando estalla la Segunda Guerra Mundial, se le pide que se infiltre en las organizaciones nazis de Riga. En el Kommando Arājs se le dice que instigue la violencia local contra los judíos, que cree un gueto y que, dentro del gueto, cree un burdel para los soldados alemanes.

Mientras tanto, Cukurs sigue en ascenso. En el mundo de la novela es impensable que haga algo malo. Lamenta la anexión de Checoslovaquia, rechaza una invitación para trabajar con los diseñadores de aviones soviéticos, salva a los prisioneros de guerra rusos y a los judíos. Se une al Kommando Arājs solo porque un día lo llaman a la prefectura de policía y lo retienen a punta de pistola, pues sospechan que colabora con los bolcheviques. Arājs aparece, interviene y le salva la vida.

En ningún momento de la novela se implica a Cukurs en las masacres. Puče incluye una larga y detallada descripción de la matanza de Rumbula, pero niega la participación local: «Los alemanes traen a sus propios tiradores; no confían en los letones para esta importante misión», escribe. Solo en una escena aparece Cukurs en el lugar de la matanza, y únicamente porque Arājs le pide que los lleve en coche a él y a Kinstlers. Cuando llegan, Cukurs se niega noblemente a bajar del vehículo. Poco después abandona el Kommando.

Al terminar la guerra, Cukurs huye y Boris vuelve a ser Spakovskis. Interroga a los miembros del Kommando Arājs para el NKVD soviético, la agencia sucesora de la Checa, y pronto le dan una nueva misión: traer a Cukurs de vuelta a Riga. No porque los soviéticos quieran juzgarlo por crímenes de guerra, sino porque creen que ha sacado de contrabando el «oro judío» de Riga y quieren recuperarlo.

En 1949, Kinstlers recibe una nueva identidad, junto con otros muchos agentes, como «medida de precaución». En el edificio de la NKVD, él y sus colegas reflexionan sobre cómo conseguir la extradición de Cukurs desde Brasil. Deciden que el método más conveniente es «encontrar»

pruebas de los crímenes de guerra de Cukurs. Le dicen a Kinstlers que exagere e invente testimonios de supervivientes judíos y los venda a los medios de comunicación. Su jefe le indica que «traiga a los judíos», que coopere con el Mosad para llevar a cabo la misión. «¿Por qué el caso Cukurs es tan importante para los comunistas? Porque simboliza el éxito de la Letonia independiente», escribe Puče. Representaba a una nación que había dejado de existir.

La novela desautoriza descaradamente el testimonio de los supervivientes: sugiere que no fue Edward Alperovitch quien recogió, transcribió y telegrafió laboriosamente tales testimonios, sino que mi abuelo los encontró y los inventó. También contempla la posibilidad de que tenía que traer a Cukurs con vida a Letonia. Esta idea es su premisa operativa: al igual que habían secuestrado y trasladado a Eichmann al otro lado del Atlántico para ser juzgado, sugiere que se planeaba el mismo destino para Cukurs. En la saga de Herberts Cukurs, la Unión Soviética quería su propio secuestro espectacular. Pero los soviéticos no buscaban justicia, sino el oro judío. Una sugerencia estereotípicamente antisemita, impresa en blanco y negro y expuesta en el estante del librero.

Nunca lo mataréis es el producto de una virulenta cepa nacionalista muy alejada del nacionalismo romántico que Herder identificó en las canciones campesinas letonas. En la imaginación de Puče, mi abuelo era la peor clase de espía —un agente extranjero, un topo, un asesino, un traidor, un comunista —, un hombre sin escrúpulos ni patria. En cambio, en la novela Cukurs representa a la Madre Letonia, ambos —tanto el hombre como la nación— puros y con principios. El primero es martirizado por el bien de la segunda, pero ninguno de los dos hiede a pecado. Mi abuelo entra en la historia, por tanto, como una conveniente encarnación de todo lo impío.

Pero lo que se sabe de la vida de Boris es suficiente para condenarlo: no hace falta acudir a la ficción. Puče selecciona hechos indiscutibles —Jēkabs Peterss fue, en efecto, uno de los fundadores de la Checa, y los letones ocuparon una serie de altos cargos en los servicios de seguridad de Lenin— y los entrelaza con invenciones y rumores. Utiliza documentos históricos y testimonios de supervivientes al tiempo que los invalida. La novela es la balada de una nación revanchista, un ejercicio de negación. Recordemos la apasionada explicación del autor sobre su proyecto: «¿Por qué nos quedamos de brazos cruzados? ¿Quién es el responsable de estas acusaciones, sobre

todo si no hay pruebas ni testigos?».

El caso es que es fácil no encontrar pruebas ni testigos cuando tú mismo los has desautorizado, omitido, ocultado.

209. Entrevista con Armands Puče dirigida por la autora, Riga, 18 de abril de 2016.

210. Puče, Jūs nekad viņu nenogalinā siet.

211. En toda la novela, el apellido de Boris aparece escrito como «Kinslers». Uso la grafía familiar para unificar.

17. Juicios olvidados

En el verano de 1973, un antiguo miembro del Kommando Arājs que vive en Ludwigsburg, Alemania, recibe una serie de cartas. Se llama Jānis Eduard Zirnis. Es un hombre extraño, conocido de las autoridades de Alemania Occidental por su compromiso, un tanto exagerado, con la búsqueda de criminales de guerra letones; un compromiso que, hasta la fecha, todavía no ha conseguido ninguna pista real. Durante siete meses, de marzo a octubre de 1942, Zirnis había servido bajo el mando de Arājs. «Según su versión, su expulsión de la unidad fue el resultado directo de su negativa a obedecer la orden de participar en un fusilamiento masivo», escribe el historiador Richards Plavnieks en su relato definitivo de la persecución y el juicio de Arājs. Tras abandonar el Kommando, Zirnis pasó varios meses bajo custodia alemana, donde se rumorea que fue torturado. Un amigo suyo dijo a las autoridades alemanas que lo «habían destrozado en las salas del SD», a pesar de haber sido él mismo miembro del SD.

Después de la guerra, Zirnis se instaló en Ludwigsburg, no muy lejos de la Zentralstelle, donde tanto la policía como la fiscalía de Alemania Occidental lo interrogaron repetidamente. Pero ni una sola vez proporcionó a las autoridades información válida o nueva. Cuando en 1964 enviaron a un «investigador molesto» de la Oficina Central para que hablara con él, este afirmó que la «falsa actitud misteriosa de Zirnis es más que evidente. Apenas sabe nada de los crímenes».[212] En otras palabras, era un chiflado, un investigador de salón que mercadea con información inútil, un hombre consumido por la conspiración.

Y entonces llegaron esas cartas. Ambas las había escrito la misma fuente, cuya identidad Zirnis se negó a revelar a las autoridades. Y ambas tenían la misma información: Viktors Arājs ha sido asesinado por agentes soviéticos en Alemania Occidental. Una de las cartas, que posteriormente obtendría la policía alemana, decía lo siguiente:

En primer lugar, me gustaría revelarle que el jefe del SD, el Sturmbannführer Viktors Arājs, fue ejecutado por agentes de la seguridad soviética en la zona de Nordrhein-Westfalia el 19 de enero de 1973.

La otra reza:

Ya no hay que temer al asesino Viktors Arājs. Estuvo mucho tiempo en Sudamérica, pero volvió a Alemania Occidental con un nombre falso, como agente inglés. Pero los ingleses se hartaron de él y nos dieron el chivatazo. El 19 de enero de 1973 fue ejecutado por nuestro equipo de operaciones especiales. Nadie lo encontrará jamás. No ha sido el primero, ni será el último. Nuestra lista de criminales de guerra es larga. También hemos traído a algunos de vuelta a Riga.[213]

Zirnis le habló a un conocido alemán de las cartas y este alertó rápidamente a la policía. En Alemania Occidental era ilegal tener conocimiento de un delito y no denunciarlo; su amigo trataba de ser un buen ciudadano. Se llevaron a Zirnis para interrogarlo. Divulgó el contenido de las cartas, pero no el remitente.[214]

Las afirmaciones del asesinato de Arājs obligaron a la policía a investigar. En la década de 1960 los investigadores alemanes que trabajaban en la antigua prisión donde ahora se encontraba la Oficina Central habían identificado tres grandes estructuras criminales relacionadas con el Holocausto en Letonia. La primera y más grande era la estructura de Riga, cuyos acusados estaban siendo procesados en Hamburgo; la segunda, que se encargaba de los crímenes de Liepāja, Ventspils y Jelgava, se procesaba en Hannover, y la tercera, la estructura Dünaburg (o Daugavpils) se juzgaba en Dortmund.[215] La investigación sobre el supuesto asesinato de Viktor Arājs se asignó al tribunal de Hamburgo, que tenía jurisdicción sobre los crímenes de Arājs porque era un «cómplice de Hitler, Himmler y Jeckeln», explica Plavnieks. «En lo referente al Código Penal de Alemania Occidental, dado que los crímenes se habían ordenado desde ese país, Alemania era también la escena del crimen y, por lo tanto, podían juzgarse

allí.»[216]

En primer lugar, revisaron los depósitos de cadáveres, donde no encontraron el cuerpo que buscaban. Un fiscal de Hamburgo de cuarenta años, llamado Lothar Klemm, fue el encargado de supervisar la investigación. Desempolvó viejas declaraciones de las investigaciones británicas y empezó a estudiarlas en busca de pistas.

En una antigua declaración, Klemm encuentra la siguiente frase: «Se ha dicho que, después de la guerra, Arājs vivió bajo el apellido de soltera de su esposa en Fráncfort». Debajo, el detective que tomó la declaración había dejado una nota donde explicaba que los datos del marido no constaban en los archivos de la oficina del registro federal. «Me he abstenido de seguir investigando sobre el marido», escribió el detective. Klemm señaló con una exclamación en rojo esta observación.[217]

Klemm no tardó en encontrarlo. Arājs llevaba veinte años viviendo tranquilamente con el apellido de soltera de su esposa; trabajaba en una imprenta y se alojaba en un pequeño ático de Fráncfort. Tenía documentación falsa y un pase de viaje expedido por el consulado letón en Londres. Se había relacionado con la comunidad letona de Alemania Occidental, procurando evitar a quienes pudieran reconocerlo. Su mujer había dejado de hablarle hacía años y él tenía una amante de Alemania Occidental, «la desafortunada y anónima señorita Irmtraud Oedgingen, diez años menor que él —escribe Plavnieks—. Desafortunada por haber tenido la desgracia cósmica de enamorarse de un criminal del Holocausto y anónima porque, por lo que sabe este autor, no se conocen declaraciones suyas, lo que la convierte en una desconocida para la historia».[218]

El 10 de julio de 1975 localizan y detienen a Viktors Arājs, el cerebro del comando asesino. Lo llevan a prisión y le leen la orden de detención. Se le acusa de participar en «disturbios contra la población judía durante los cuales al menos cuatrocientos judíos fueron asesinados, torturados hasta la muerte, arrojados a sinagogas en llamas o fusilados en los alrededores de Riga por Sonderkommandos letones» bajo su mando; de dirigir un Kommando que en «julio-agosto de 1941 participó en el fusilamiento de al menos diez mil judíos durante múltiples ejecuciones masivas en los alrededores de Riga»; de participar en la liquidación del gueto de Riga y de matar a no menos

de veinticuatro mil judíos letones y mil judíos alemanes en el bosque de Rumbula; de fusilar a seis judíos en el gueto de Riga, y de ordenar a sus subordinados que fusilaran a personas judías en los alrededores de la ciudad.

Lo interrogan hasta pasada la medianoche; Arājs se niega a hablar de su pasado:

Las últimas palabras de Arājs a sus interrogadores esa noche fueron: «No me creo eso que acaban de leer, es una fantasía. No creo nada de eso, lo siento, no puedo ayudarles. No tengo nada que ver con este asunto. Yo soy quien soy, y no ese tal Arājs». El interrogatorio concluyó a la 1.30.[219]

Confesó al día siguiente. Lo encerraron en una prisión de Hamburgo mientras la fiscalía preparaba su caso. Allí tuvo muchas comodidades: «Mediante sus abogados, Arājs solicitó y recibió del tribunal, con el consentimiento de la dirección de la prisión y sus consideraciones de seguridad: una radio, un televisor, una máquina de escribir tamaño viaje y un juego de ajedrez. Se observó que Arājs jugaba al ajedrez prácticamente todos los días con varios compañeros de prisión. Asimismo, Arājs solicitó la suscripción y recibió a diario el periódico conservador de Fráncfort Frankfurter Allgemeine Zeitung», informa Plavnieks.[220]

Klemm y su equipo de fiscales se embarcaron en una búsqueda internacional de pruebas y testigos. En Haifa, Frida Michelson, superviviente de la masacre del bosque de Rumbula, declaró en múltiples ocasiones; explicó que se hizo la muerta y se dejó enterrar bajo un montón de zapatos mientras oía a los hombres letones alabar la eficaz organización de la matanza. Su testimonio, así como el de una cuarta parte de las ciento treinta personas del grupo de testigos, acabó excluyéndose de la acusación, en gran medida debido a la avanzada edad y al estado de salud de los declarantes. Muy consciente de que los soviéticos habían estado documentando los crímenes nazis cometidos en sus territorios desde los primeros días de la guerra, Klemm se dirigió a las autoridades soviéticas para que le ayudaran con

su caso, y estas se mostraron dispuestas a colaborar. Viajó con su equipo a Moscú y Riga para recopilar pruebas documentales y tomar declaración a los testigos; a estos se le había negado el visado de viaje, por lo que fueron los letrados los que tuvieron que desplazarse. Se sentaron en las salas de los tribunales soviéticos y escucharon sus historias.

En Riga, una superviviente llamada Ella Medalje declaró media docena de veces. Acababa de casarse cuando llegaron los alemanes. En una fotografía del día de su boda, en 1939, aparece con un ramo de flores en los brazos y la cabeza inclinada hacia su marido, Pinchas. Es una novia hermosa de veintiséis años, bien peinada, con los labios pintados, sonriente.

Su marido fue detenido a los pocos días de la invasión alemana. A ella la enviaron primero a trabajar en el hospital judío, y luego fue arrestada y detenida en el cuartel general del Kommando. Recuerden: convirtieron el sótano en una prisión. Al igual que a Michelson, la trasladaron al gueto de Riga y el 8 de diciembre de 1941 al bosque de Rumbula para ser asesinada. Sobrevivió solo porque, tras notar el cañón de una pistola en la espalda, gritó: «¡Dejadme! ¿No veis que no soy judía?». El soldado la miró, murmuró algo ininteligible y le dijo que fuera a hablar con los responsables de la masacre. Fue entonces cuando se encontró cara a cara con Arājs. «Tenía la cara de un animal desfigurado, los labios brutales formaban una sonrisa retorcida mientras se movía de un grupo a otro, borracho de vodka y sediento de sangre. Llorando, le grité: "¡No soy judía!". Yo casi deliraba. Imperturbable, Arājs chilló: "Aquí solo hay judíos. ¡Hoy debe correr sangre judía!".» Se le perdonó la vida el tiempo suficiente para que pudiera alegar su caso, convencerles de que no mentía y conseguir nuevos documentos falsos. En sus memorias de 1966, que fueron traducidas al alemán para el juicio, Medalje escribe que las palabras de Arājs resonarían en su cabeza durante el resto de su vida.[221]

Medalje aporta algunas de las pruebas más concluyentes sobre Arājs. Después de la guerra, recorrió lo que fue el gueto de Riga con investigadores soviéticos. Les mostró el lugar donde estuvo detenida y describió que vio a Cukurs desfilando borracho por sus calles con la pistola desenfundada. En un interrogatorio de 1960 con las autoridades soviéticas, dijo haber visto a hombres letones, entre ellos Cukurs y Arājs, volviendo de los lugares de exterminio ensangrentados

y con palas.

Los soviéticos proporcionan al equipo de Klemm amplias pruebas documentales, incluidas las descripciones de Medalje. Los alemanes occidentales tratan estos documentos con excesiva desconfianza, pero el análisis forense demuestra posteriormente que son auténticos.[222] Un informe de inspección del KGB fechado el 16 de febrero de 1976 sobre el proceso de Arājs enumera a todos los hombres conocidos que trabajaron bajo sus órdenes. Comienza con cuarenta y un nombres; el número treinta y seis es Cukurs, que se describe como comandante de batallón. También aparecen una treintena de hombres cuyo destino y ubicación se desconocen. Y después, al final, entre una lista de personas, cuyos certificados de defunción habían sido reeditados y enviados al Consejo de Ministros de la URSS, aparece el nombre de mi abuelo. Dos investigadores del KGB firman al pie.[223]

La investigación descubre más pistas, entre ellas una fotografía de Arājs y sus hombres posando en Berlín en otoño de 1942. Los han enviado allí para que se formen en la Führerschule der Sicherheitspolizei und des SD Berlin-Charlottenburg, la Escuela del Führer para la Policía Secreta y el SD. Arājs, el segundo por la derecha de la primera fila, lleva traje y frunce el ceño a la cámara. La fotografía es un extraño eco de la imagen borrosa del Kommando Arājs en Riga, solo que en esta ocasión no cabe duda sobre la identidad del hombre que ocupa el centro de la fila superior. La fotografía es de una claridad despiadada. La frente enorme, el rostro afilado y anguloso. Se ha vestido para la ocasión, con su absurdo pañuelo de bolsillo y una corbata a rayas. Mi abuelo con la vista clavada al frente.

El escrito de la acusación final contra Arājs no se anda con rodeos. «El "Sonderkommando Arājs" se convirtió en sinónimo de la cruel participación de los grupos nacionalsocialistas y de extrema derecha letones en el asesinato de judíos. La historia del nacionalsocialismo y las medidas estatales de persecución de los judíos por el sistema de gobierno totalitario de HITLER son bien conocidas y son hechos que conoce el tribunal. No requieren ninguna prueba.» Incluye una breve historia de Letonia y una detallada descripción de cómo Arājs acabó dirigiendo la policía secreta letona. «Hasta finales de 1942, el exterminio de los judíos en territorio letón fue tarea específica de las unidades de Arājs… Esos letones sentían un odio fanático por los

judíos y los comunistas, y aprovecharon la oportunidad para actuar como espantosos justicieros contra sus oponentes.»[224] Y continúa: «Durante todo el periodo al que hace referencia la acusación, desde julio de 1941 hasta febrero de 1942, ejerció una autoridad absoluta sobre los Kommandos de la policía secreta letona dentro del marco de las instrucciones que le llegaban de la policía secreta».[225] Arājs fue personalmente responsable de participar en los fusilamientos de Liepāja, Rumbula, Biķernieki y Riga, donde fueron asesinados más de treinta mil hombres, mujeres y niños judíos. «Su falta de respeto por el derecho a la vida de las personas judías también queda demostrada por el hecho de que, durante las acciones en el gueto, mató a los judíos que no podían correr lo bastante rápido o que se habían ocultado en sus casas por miedo —se lee en una de las páginas finales —. Los motivos del acusado en el exterminio continuo de vidas humanas son, según la opinión moral predominante, generalmente despreciables y no pueden caer más bajo en la escala moral.»[226]

El 7 de julio de 1977, exactamente dos años después de su detención, se inicia el juicio de Arājs en el Tribunal de Distrito de Hamburgo. El abogado defensor, Georg Bürger, había pasado las dos últimas décadas defendiendo a nazis en juicios y, como solía ocurrir en tales casos, este proceso no resultaría expeditivo.[227] El testimonio de Medalje, por ejemplo, no se leería en el acta hasta el 14 de febrero de 1979, y el veredicto final no se emitiría hasta el 21 de diciembre de 1979, cuatro años y medio después del arresto de Arājs en Fráncfort. Incluso entonces, los juicios contra los nazis se consideraban casi cómicos por su carácter tardío, casi puras representaciones. Un artículo publicado en diciembre de 1978 en Der Spiegel se lamenta de que la docena de casos en curso en aquel momento, entre ellos el de Arājs, ya no atraen la atención del público ni de la prensa. «Una media de dos veces por semana el acusado en prisión preventiva comparece ante el jurado de la sala 139 del tribunal de Hamburgo y se le juzga por su pasado en las SS. Tres abogados y un médico ofrecen apoyo al letón Viktor Arājs, de sesenta y ocho años, que, tras haber sufrido un infarto durante su detención, sigue activamente el juicio desde una silla de ruedas durante un máximo de dos horas seguidas, incluida una pausa para fumar», comienza el texto. (La defensa intentó deliberadamente que Arājs apareciera frágil y enfermo para argumentar que estaba demasiado débil para seguir el juicio o cumplir una pena de prisión.)

Fuera de la sala, a pocos parecía importarles lo que se ventilaba

dentro. «La monotonía del horror ya no es noticia», afirma Der Spiegel. El periódico bautizó los juicios en curso como «Vergessene Prozesse» (juicios olvidados), aunque ni siquiera habían pasado tres décadas desde la guerra y muchos supervivientes y perpetradores seguían muy vivos. Según la revista, cada vez era más difícil conseguir que los testigos que residían en el extranjero declararan sus experiencias. El estrés psicológico podía resultar excesivo. Además de las cargas psicológicas, algunos también se habían encontrado con las físicas: la revista informó de que un testigo en un juicio nazi en curso en Aschaffenburg, en el norte de Baviera, había proporcionado recientemente dos declaraciones contradictorias al tribunal. El primer día de su comparecencia, condenó inequívocamente a los acusados. Al día siguiente, cuando regresó al tribunal, se retractó de su declaración. ¿Qué había ocurrido? Después de su primera comparecencia ante el tribunal, dos hombres le siguieron hasta su hotel. En su habitación, descubrió que alguien le había dejado un mensaje ordenándole que se retractara de sus acusaciones. De lo contrario, el mensajero le dijo que correría una suerte «peor que la de Auschwitz».[228]

Arājs leyó el artículo de Der Spiegel desde su celda de Fráncfort y se encargó de escribir una carta a los editores, que posteriormente llegó a manos del tribunal de Hamburgo (la revista no la publicó):

Re: Corrección de su informe «Crímenes de Guerra — Tumbas de Guerra» en Der Spiegel, número 52, página 55.

Como lector de Spiegel desde hace muchos años, me ha gustado mucho su tratamiento de los llamados criminales de guerra. Permítanme citar brevemente mi corrección. Hace treinta años fui absuelto por un Tribunal de Crímenes de Guerra inglés porque los supuestos testigos ya no podían recordar. [Sin embargo] hoy — después de treinta años— sí que pueden. ¿No se plantean la inevitable pregunta de que esto ocurre únicamente por la presión de cierta prensa y medios de comunicación? Solo como corrección: ustedes me identifican como hombre de las SS y Obersturmbannführer [teniente coronel de las SS]. Ninguno de esos términos se corresponde con la realidad. Como ciudadano letón, nunca pude ser miembro de las SS ni de las Waffen-SS. Me afilié a la Legión Letona de Voluntarios, donde, poco antes del final de la guerra, fui ascendido a Sturmbannführer

[mayor de las SS]. Los reportajes de prensa negativos sobre mi persona me producen la sensación cada vez más intensa de que soy el objeto de un espectáculo público y no el sujeto de la jurisprudencia, como realmente debería ser.[229]

La carta era un intento descarado de limpiar su nombre en un momento en que los hechos que impugnaba estaban muy lejos de ser objeto de controversia. «Las mentiras de esta carta representan una maniobra interesada extremadamente torpe y miserable, concebida, desesperada o tal vez ingenuamente, como un llamamiento a la prensa, y por tanto al público en general, para obtener su comprensión», escribe Plavnieks.[230] Arājs fue condenado a cadena perpetua por la muerte de trece mil personas. El tribunal no pudo determinar su participación directa en los fusilamientos del gueto de Riga, ni si actuó por cuenta propia cuando disparó a miles de judíos en el bosque de Biķernieki. Lo único que pudo probarse de forma incontrovertible fue que había participado personalmente en el segundo día de la masacre de Rumbula, cuando Ella Medalje suplicó por su vida y trece mil personas fueron asesinadas. El tribunal no afirmó que esa cifra representara un recuento completo de sus víctimas. Pero las pruebas disponibles que le implicaban en otros miles de asesinatos no cumplían los criterios de prueba jurídica del tribunal.

Recordemos que en su orden de detención se le imputaban más de treinta y seis mil asesinatos, y sin embargo fue condenado por trece mil. Un abismo separa estas cifras, un gran y terrible vacío. Cualquiera que esté mínimamente familiarizado con los sistemas jurídicos quizá no se extrañe de esta disparidad. Pero yo me quedo mirando estas cifras desconcertada y confundida. La diferencia entre ambas —entre lo que la ley interpreta como rumor y lo que consagra como hecho— es en muchos sentidos la razón por la que escribo este libro. El veredicto no sugiere directamente que los veintitrés mil asesinatos adicionales no ocurrieran. Sencillamente no puede probar que sucedieran, no en ese foro, no en ese tribunal.

Esta «cuestión» probatoria sería un problema continuo en los juicios contra los nazis. Un ejemplo atroz es el juicio de 1999 contra Andrei Sawoniuk, un antiguo miembro de la policía secreta de Bielorrusia de

setenta y ocho años: el juez se negó a admitir como prueba el formulario de registro de las SS del acusado porque no se pudo convocar al hombre que lo firmó para que declarase su autenticidad. El historiador Richard J. Evans escribe: «Los criterios probatorios suelen diferir en el derecho y en la historia, y a los historiadores les puede resultar difícil argumentar que sus conclusiones sitúan el asunto que les ocupa "más allá de cualquier duda razonable", como se requiere en el derecho penal para la condena. Muchas veces la ley no puede considerar irrefutable lo que para la historia es un hecho del que se tiene conocimiento generalizado. Para condenar a un asesino, la ley no necesita probar que cometió mil asesinatos si puede probar que cometió cien. Por lo que los propósitos cuidadosamente definidos y circunscritos de un juicio a menudo no satisfacen al cometido más amplio de la historia».[231]

Arājs estuvo preso un total de trece años y medio. Murió en enero de 1988 de una insuficiencia cardiaca. «Eso significa que Arājs estuvo encarcelado un año por cada mil asesinatos por los que lo condenaron —escribe Plavnieks—. Por no hablar del mayor número de asesinatos en los que la participación de Arājs es indudable, pero que el tribunal consideró como jurídicamente no probados.»[232]

Un historiador del derecho me dijo en una ocasión que la relación entre el derecho y la historia es como la de dos velocistas en una carrera de relevos. El derecho cede el testigo a la historia, a la literatura, para que compense su paso vacilante, sus numerosas omisiones y lagunas. «A diferencia del derecho, el contenido de la historia son los restos, ya sean personas, cosas o acontecimientos»,[233] escribe el jurista Christopher Tomlins. La misión de la historia es recoger los residuos del derecho, reunir todo lo que el derecho no puede metabolizar: aquello que evade el juicio, que no da testimonio de hechos fáciles de categorizar. Pero ¿qué ocurre cuando los historiadores dejan de poder hacer su trabajo porque la ley insiste en intervenir? ¿Qué sucede cuando se hace evidente que, tras ese supuesto relevo definitivo, la carrera aún no ha terminado? ¿Que la ley y sus emisarios la han retomado y empiezan a correr? Puede que estén mal preparados para la tarea que tienen entre manos, mal equipados para seguir el ritmo de la historia —a veces los abogados incluso corren en dirección contraria, deshaciendo los progresos de los historiadores—, pero aun así siguen corriendo, con un ritmo cada vez más lento, hasta que finalmente parecen cojear hacia una línea de

meta que siempre está en movimiento. ¿Sabrán cuándo la han alcanzado? ¿O seguirán corriendo hasta que se cansen, hasta que les fallen las piernas?

212. Plavnieks, Nazi Collaborators, p. 129.

213. Ibid., pp. 130-131; extractos de StaH. 213–12 Staatsanwaltschaft Landgericht – NSG – 0044-01. «Arājs Verfahren», Sonderband 2, pp. 282–283. Leonhard Manfred Schwarz, «An der Staatsanwaltschaft Stuttgart», Flensburg-Murwik, 2 de julio de 1973.

214. Plavnieks, Nazi Collaborators, p. 131. Plavnieks especula sobre posibles candidatos a corresponsal misterioso.

215. Ibid., p. 142.

216. Ibid., p. 133.

217. Ibid., pp. 133-134.

218. Ibid., p. 165.

219. Ibid., p. 137.

220. Ibid, p. 142.

221. Ella Medalje, The Right to Live, traducción al inglés de David Silberman. Riga-Moscú: Russian Holocaust Library, 2011, pp. 29-31.

222. Plavnieks, Nazi Collaborators, p. 145.

223. «Examination Protocol», «Комитет Государственнои Безопасности При Совете Министров Латвиискои ССР». Caso #40563, Delo núm. 48, Riga, 16 de febrero de 1976, 3:30 p.m. p. 6. Zentrale Stelle der Landesjustizverwaltungen zur Aufklarung nationalsozialistischer Verbrechen (Oficina Central de las Autoridades Judiciales de los Estados Federados para la Investigación de Crímenes Nacional Socialistas). Grupo B 162 del Bundesarchiv, Alemania, acceso desde USHMM.

224. «War crimes case of Viktor Bernhard Arājs», RG-06.009.03, U.S. Department of Justice, Office of Special Investigations, USHMM, microficha, p. 89.

225. Ibid., p. 151.

226. Ibid., p. 199.

227. Plavnieks, Nazi Collaborators, p. 157.

228. «Fragen Nach Gräben», Der Spiegel, 24 de diciembre de 1978, núm. 52.

https://www.spiegel.de/spiegel/print/d-40348465.html.

229. Traducción reproducida de Plavnieks, Nazi Collaborators, pp. 276-277.

230. Plavnieks, Nazi Collaborators, p. 277.

231. Richard J. Evans, «The Historian as Expert Witness», History and Theory, vol. 41, núm. 3, octubre de 2002.

https://www.jstor.org/stable/3590689 P. 330.

232. Plavnieks, Nazi Collaborators, p. 165.

233. Christopher Tomlins, «Why Law's Objects Do Not Disappear: On History as Remainder», Routledge Handbook of Law and Theory. Londres: Routledge, 2018, pp. 365-386.

18. Historias de agentes

En los años noventa comenzó a difundirse en Riga un género particular de rumor. Se trataba de los «agentes», historias que pretendían descubrir a los que habían colaborado con los órganos soviéticos, dar nombres y hacerles rendir cuentas. La Unión Soviética cayó oficialmente en diciembre de 1991, seis meses después de que yo naciera. No tengo que preguntarme cuántos años han pasado desde este monumental acontecimiento: soy exactamente tan vieja como el tiempo que lleva muerta la Unión Soviética. Para los que la vivieron, su desaparición era inimaginable y a la vez esperada, inexplicable y a la vez explicada hasta la saciedad. Todos tenían una teoría, todos se consideraban con autoridad sobre la caprichosa mano del destino. No solo se había desvanecido la nación de la URSS, sino también la concepción soviética de la historia y el tiempo, los logros, la felicidad, el éxito y la identidad. Según la antropóloga Caroline Humphrey, en el entorno postsoviético inmediato «había un exceso de descripciones y diagnósticos del cambio social; existían numerosas concepciones igualmente completas y plausibles, pero al parecer mutuamente excluyentes, de los mismos acontecimientos». Esta «sobresaturación de diagnósticos, junto con el colapso de las certezas de la Guerra Fría», condujo a la aparición de cierto tipo de paranoia, la sospecha de todos y de todo, la creencia de que «nada se hace por casualidad», que toda la verdad puede ser desarraigada, descubierta, poseída.[234]

Por primera vez fue posible que los individuos tuvieran acceso a los archivos del KGB y de sus predecesores y socios; empezaron a circular listas de los antiguos colaboradores y los vecinos comenzaron a intercambiar historias sobre lo que descubrían. Surgieron potentes mitos sobre la naturaleza de la colaboración: que solo colaboraban «los moralmente deficientes, a los que ahora se puede culpar»,[235] que «todos tenían un expediente secreto; que la justicia equivale a asignar culpas; que los agentes habían cometido transgresiones más perversas que los funcionarios del partido, y que los informantes eran también víctimas».[236] Había un interés furibundo por identificar a los agentes del antiguo régimen, y con razón. Letonia, como otras naciones recién

independizadas, quería empezar de cero. Los letones querían celebrar a sus propios héroes por primera vez en más de setenta años, y castigar a sus antiguos opresores. El problema era que estas categorías no estaban bien definidas; como dijo Václav Havel, «las líneas fundamentales del conflicto atraviesan a cada persona».[237] Estas líneas eran gruesas y estaban enmarañadas. No sería fácil desenredarlas.

Pero los rumores llevaban mucho tiempo en circulación. El fin de la URSS significaba que de pronto había alguna esperanza de que la verdad saliera a la luz. «La sospecha siempre había estado ahí, nadie creía a nadie en la época soviética —me dice mi madre cuando le pregunto al respecto—. Sí, es cierto que casi todo el mundo tenía un expediente. Sí, había agentes por todas partes. Sí, los informantes también eran víctimas. Eso ya puedo decírtelo yo.» No le gusta mi enfoque «académico» para entender las condiciones de su propia vida. No le gusta que la hagan sentir como un espécimen.

La verdad es que ella siempre había vivido entre rumores. Formaban parte de la vida, los respiraba con el aire salado del mar de Riga. No sabía que era judía hasta que un día alguien la llamó evreyka, judía, en el patio, y subió a preguntar a sus padres qué significaba eso. La religión de la familia era el comunismo; el resto, mi madre tendría que intuirlo.

Había muchas pistas: el yidis que su padre hablaba a veces en casa; el acento y la entonación de su abuelo Lev, que se había casado con una familia de larga estirpe rabínica; el hecho de que su familia comiera matzá en torno a la Pascua; la extraña sensación de parentesco que compartían con las otras familias de habla rusa del barrio. En Simjat Torá, una alegre fiesta que señala el día del año en que se completa la lectura de la Torá y el inicio de un nuevo ciclo, ella y los demás estudiantes judíos se quedaban fuera de la sinagoga y observaban a los celebrantes que bailaban y cantaban. Sabían que eran observados, que su presencia sería denunciada. «Fui con unos amigos y no me quedé mucho tiempo —me dijo—. Sabía que entre nosotros había stukachi, informadores. Eran estudiantes judíos como nosotros, pero tenían que informar al KGB.»

Sus padres eran ucranianos: Mijail, de Belaya Cerkov, una pequeña ciudad a las afueras de Kiev, y Esther, de la ciudad oriental de Járkov, ambos pertenecientes a antiguas familias judías. Mijail, o Misha, el

abuelo con quien me crié, se reunía con nosotros en vacaciones y aniversarios. Era una fuerza de la naturaleza, enérgico, testarudo y elegante, de voz potente y carácter reflexivo. Le gustaba bailar y cantar. Nunca hablaba de su pasado.

Escribió sus memorias a mano cuando tenía ochenta y tres años y vivía en una comunidad de jubilados rusos en San Diego. Cuando nació en 1922, su nombre de pila era Moshe, o Moisés. Más tarde se convertiría en «Mijail» en un borrado preliminar de su pasado, una concesión a la asimilación soviética. Combatió en el 53.o Regimiento de Artillería del ejército soviético durante la guerra. Era un experto en comunicaciones, encargado de las líneas de radio entre las trincheras del frente occidental y, más tarde, entre los regimientos que defendían Moscú. Tenía la confianza del partido; en sus memorias escribe que trabajaba «a tiempo parcial» como sledovatel de su división, que, aunque significa simplemente «investigador», en el contexto soviético se refiere a mucho más. Ser sledovatel significaba que informaba a los servicios de seguridad, al NKVD, durante la guerra.

Mi abuelo escribe sobre sus recuerdos de la primera infancia, sobre cómo su propio abuelo Benjamin venía a visitar a sus padres, cómo le veía envolver los tefilines y ponerse el talit por la mañana. Hablaban en yidis en casa y con su familia extendida: Benjamin tuvo cuatro hijos, tres de los cuales sobrevivieron a la guerra. La que no sobrevivió se llamaba Klara. Ella, su marido y sus dos hijos se establecieron en Kiev. Mi abuelo escribe sobre lo que les ocurrió solo de forma indirecta: «Oni ushli v Babiy Yar». Se fueron a Babi Yar, al lugar donde «empezó» el Holocausto. Mi abuelo lo escribe como si se hubieran trasladado tranquilamente a una ciudad lejana. Sabemos por los registros históricos, las filmaciones y las fotografías que se trató de una procesión ordenada, que se dijo a los judíos de Kiev que se reunieran en una esquina designada de la ciudad, que creían que los enviaban a un largo viaje, que se les hizo desfilar de camino a la estación de tren. Aunque era septiembre de 1941, finales del verano, empacaron ropa de abrigo y se pusieron las botas. Luego marcharon hacia su muerte, con las maletas a cuestas.

No fue uno de nuestros protagonistas quien orquestó la masacre de Babi Yar, sino el jefe del jefe de su jefe, «un auténtico sádico», el Obergruppenführer de las SS Friedrich Jeckeln.[238] Sus órdenes llevaron a Klara, a su marido, a su hijo y a más de treinta y tres mil

personas a la muerte: ordenó a los soldados alemanes que los alinearan frente al famoso barranco de Kiev, cuya pendiente en picado se adaptaba perfectamente a su propósito. (Su hija mayor sobrevivió porque la habían enviado a vivir con unos parientes antes de la guerra y fue evacuada con ellos a Kazajistán.) Jeckeln tenía cuarenta y cinco batallones de la policía bajo su mando y un asistente cuyo cargo era «jefe de gabinete para la lucha contra las bandas y los judíos». Jeckeln era el jefe de la policía de Ucrania e hizo un trabajo tan bueno allí, con sus métodos especiales para asesinar, que pronto lo trasladaron a Riga para que repitiera sus logros. En septiembre de 1941, supervisó los asesinatos de Kiev y, en noviembre, estaba en Riga, ordenando al Kommando Arājs y a sus colegas que hiciesen lo mismo.

Los rumores proliferaron entre los judíos durante la ocupación nazi, y la posterior reocupación soviética no hizo más que aumentarlos. La guerra creó una «cultura del rumor», escribe el historiador del Holocausto Amos Goldberg, en la que los judíos intercambiaban habladurías sobre los acontecimientos del extranjero y las posibilidades de escapar. Estos rumores les proporcionaban una mínima ilusión de control. «Los rumores no son aleatorios: son un medio de interpretación pública de una realidad enigmática. Exponen profundas emociones sociales y culturales como la ira, el miedo y la esperanza —explica Goldberg—. La hermenéutica del rumor consiste, pues, en tratar de descifrar la realidad caótica y homicida de una manera esperanzadora y reconfortante.»[239] Esta «cultura del rumor» continuó en las décadas posteriores a la guerra, cuando nadie hablaba de lo ocurrido en los bosques y barrancos de Babi Yar, Rumbula o Biķernieki. Los supervivientes celebraron algunos actos conmemorativos clandestinos, también bajo vigilancia de la policía secreta.

En la década de 1960 surgieron algunas voces en forma de literatura, en las palabras y los poemas de Anatoli Kuznetsov y Yevueni Yevtushenko. Kuznetsov había crecido cerca del barranco de Babi Yar y había oído los disparos: «Solo oíamos ráfagas de ametralladora a varios intervalos: ta-ta-ta, ta-ta... Las oí durante dos largos años, día tras día, e incluso ahora siguen resonando en mis oídos», escribe. Cuando las vallas cayeron y los alemanes se fueron, Kuznetsov y un amigo volvieron al barranco, al arroyo donde habían jugado de niños. «El lecho del río era de buena arena gruesa, pero ahora, a saber por qué, la arena estaba mezclada con piedrecitas blancas —escribe—. Me

agaché y recogí una para observarla de cerca. Era un pequeño trozo de hueso, del tamaño de una uña, carbonizado por un lado y blanco por el otro. El arroyo arrastraba estos pedazos de hueso, por lo que dedujimos que el lugar donde habían fusilado a los judíos, rusos, ucranianos y personas de otras nacionalidades estaba más arriba.»[240]

Mi madre leyó estas historias en Riga. Así se enteró de lo que había ocurrido durante la guerra y de por qué era un pequeño milagro que alguien hubiese sobrevivido. Iba a la escuela con otros niños que hablaban ruso; algunos eran judíos letones, hijos de los pocos afortunados que habían ocultado gentiles justos o que habían luchado con el famoso 43.o Batallón de Guardias Fusileros Letones del ejército soviético. Los demás, como su propia familia, se habían trasladado a Riga después de la contienda con sus familias prácticamente intactas, tras haber pasado la guerra en las zonas de evacuación del Este.

Algunos de sus profesores eran supervivientes, pero nadie lo sabía con certeza. Los supervivientes guardaban silencio. Todavía no habían sido glorificados, honrados, beatificados. Se limitaban a seguir adelante lo mejor que podían. Solo décadas después, mi madre descubriría que la directora de la escuela, Nina Dmitrievna Alieva, había estado en el campo de concentración de Salaspils.[241] Solo más tarde sabría que se rumoreaba que su estricto profesor de coro había salido con vida de una zanja en Rumbula.

No me corresponde intentar aproximarme a lo que fue la vida en Riga durante estas décadas de posguerra. Lo que sé me ha llegado en gran parte por anécdotas que cuentan mis padres, por comentarios espontáneos durante nuestras conversaciones. Mi madre y mi padre vivieron experiencias muy diferentes en aquellos años: mi padre perseguido por los constantes rumores sobre Boris, atormentado por el ocasional encuentro con alguien que reconocía su apellido, consciente de que su país estaba ocupado. Mi madre fue averiguando poco a poco lo que había ocurrido durante la guerra. Se negó a afiliarse al Partido Comunista y por ello, así como por su condición de judía, la penalizaron. La excluyeron de un intercambio estudiantil en el extranjero, y más tarde le negaron una plaza en el programa de posgrado de su universidad. Nadie quería especialmente que se casaran.

Mi madre cuenta una anécdota que lo dice todo sobre lo que necesito

saber: cuando ya estaba casada con mi padre, él trajo a casa un libro que quería enseñarle. Lo había visto en la estantería de un amigo. Se lo mostró para advertirla, para que supiera que los prejuicios de la guerra seguían presentes, aunque fueran menos patentes. El libro era un compendio de estereotipos antisemitas, con crueles caricaturas ilustradas. Mi madre lo hojeó y trató de olvidarlo. Hoy día, sigue arrepintiéndose de no haberlo quemado.

Mis padres abandonaron Riga en 1988, cuando mi hermana mayor tenía nueve años. Fueron los primeros de nuestra familia en marcharse; el resto de mi familia materna no tardaría en imitarlos. Oficialmente se fueron porque eran un hogar judío; dijeron que querían reunirse con su familia en Israel. En realidad, solo querían cruzar la frontera; no importaba demasiado lo que viniera después. Primero volaron a Viena y, de allí, a los pobres suburbios del sur de Roma, donde comenzaron el proceso de petición de asilo en Estados Unidos. Buscaban lo que creían que sería una vida mejor y más libre, sin las restricciones del comunismo soviético. Tardé décadas en comprender que también huían de la historia.

Cuando se instalaron en Estados Unidos, Riga empezaba a abrirse. Llegaron turistas occidentales, surgieron testigos de todo tipo. En un documental de 1992 sobre su vida, A Child for Hitler, la hija de Jeckeln recorre el auditorio de Riga donde su padre fue condenado a muerte. Peter Krupnikov, que hizo de traductor durante el juicio y que para entonces se había convertido en un destacado historiador, la guía por el espacio.

—El tribunal estaba allí y la acusación estaba a la izquierda —le dice, señalando el escenario. Le muestra el lugar donde se sentó su padre durante el proceso.

—¿Cómo describirías su carácter? —pregunta la hija de Jeckeln.

—Era un hombre de ideas muy claras, un hombre competente, y transmitía cierto encanto —responde Krupnikov—. Además, era un hombre de sangre fría que había ordenado la muerte de personas, y ahora que se enfrentaba a la suya no mostraba ningún miedo.

—Cuando leí sobre el juicio, vi que nunca trató de ocultar su culpabilidad, que lo admitió todo —dice la hija.

—Cuando matas a una o dos personas, es probable que te condenen a muerte —responde Krupnikov—. Si has matado a miles y miles de personas, es una conclusión inevitable.

—¿La sentencia de muerte? —pregunta ella.

—Ja —responde el historiador.

—¿Y el veredicto?

—Recuerda que la sala estaba llena de testigos. Cuando se pronunció la sentencia a morir en la horca, aplaudieron durante minutos.

—¿Cómo reaccionó Jeckeln?

—Nada de nada.

—¿Nada?

—¿Qué reacción esperabas?

A estas alturas de la conversación, la hija está llorando. Se enjuga las lágrimas y mira el escenario.

—Toda mi vida he estado convencido de que no existe la culpa colectiva, ni la culpa que pasa de generación en generación —le dice Krupnikov—. Por eso, cuando me pidieron que hablara con usted, no me supuso ningún problema. Una cosa no excluye la otra. Un hombre puede ser culto (Jeckeln no lo era) y comportarse así. Es muy trágico, pero ni la cultura ni la educación ni las inclinaciones artísticas pueden excluir tales comportamientos.[242]

Los rumores sobre Boris siguieron a mis padres a Estados Unidos. Aparecieron historias en los periódicos para emigrantes, en los comentarios en Internet de los periódicos letones. Tras establecerse en California, mi padre empezó a coleccionar estos artículos y libros, subrayando y señalando con un círculo los párrafos relevantes. En dos libros escritos por un emigrante letón, leyó que su padre era un oficial del NKVD al que se le acusaba de matar a partisanos letones. El autor afirmaba que Boris mató a su hermano, un partisano que pasó la guerra luchando contra las tropas soviéticas y escondiéndose entre espesos pinares.[243] El 5 de febrero de 1994 se publicó un artículo

titulado «Nuevos descubrimientos sobre los agentes de la Checa» en el periódico de emigrantes Latvija Amerika. Nuevos documentos revelaban que había «al menos cuatro agentes del NKVD en la unidad de Arājs» durante la Segunda Guerra Mundial, informaba. «El de más rango, al parecer, era el teniente Boris Kinstler, que fue uno de los primeros hombres de Arājs que recibió una cruz de guerra por el asesinato de judíos. ¿Quizá a alguien le interese qué sucedió después?»

234. Caroline Humphrey, «Stalin and the Blue Elephant: Paranoia and Complicity in Postcommunist Metahistories». En: Transparency & Conspiracy: Ethnographies of Suspicion in the New World Order, Harry G. West y Todd Sanders (eds.). Durham: Duke University Press, 2003.

235. Alexei Yurchak, Everything Was Forever, Until it Was No More: The Last Soviet Generation. Princeton: Princeton University Press, 2006, p. 8.

236. Péter Apor, Sándor Horváth y James Mark, «Introducción». Secret Agents and the Memory of Everyday Collaboration in Communist Eastern Europe. Londres: Anthem Press, 2017, p. 6.

237. Václav Havel y cols., John Keane (ed.), The Power of the Powerless: Citizens Against the State in Central Eastern Europe. Abingdon: Taylor & Francis, 1979, p. 91.

238. Izabella Tabarovsky, «Lev Simkin: “The Holocaust Began in Ukraine”». Wilson Centre, Hull, 20 de junio de 2016.

https://www.wilsoncenter.org/article/lev-simkin-the-holocaust-began-ukraine.

239. Amos Goldberg, «Rumor Culture among Warsaw Jews under Nazi Occupation: A World of Catastrophe Reenchanted», Jewish Social Studies, vol. 21, núm. 3 (primavera/verano de 2016), pp. 91-125.

240. A. Anatoliy Kuznetsov, Babi Yar: A Document in the Form of a Novel, traducción al inglés de David Floyd. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1970, p. 16.

241. «Только хорошее вспоминается и о директрисе – Нине Дмитриевне Алиевой. Мы знали, что во время войны Нина Дмитриевна была в концлагере Саласпилс, прошла через тяжелейшие испытания, но не сломалась, не озлобилась». «Советская Латвия: российский офицер — об учебе в 23-й рижской школе». Vesti, 11 de febrero de 2020.

https://press.lv/post/sovetskaya-latviya-rossijskij-ofitser-ob-uchebe-v-23-j-rizhskoj-shkole.

242. «A Child for Hitler», Catrine Clay, productora, documental de la BBC, Londres, 1992.

https://www2.bfi.org.uk/films-tv-people/4ce2b7bc2e77f.

243. Los dos libros son Karakalps (Guerrero) y Puku Laiks (Tiempo de dragones), ambos de Arturs Pormals.

19. El cosmoquímico

Las historias, como las tumbas, tienen sus propios cuidadores: personas que llevan la cuenta de quién yace en cada lugar, cuándo se le dio sepultura, qué miembros de la familia acudieron al funeral. Ellos mantienen los terrenos bien cuidados, accesibles y seguros.

Durante los últimos ochenta años, los cuidadores de la historia del Holocausto han sido los propios supervivientes. Hombres y mujeres que escaparon milagrosamente de una muerte cierta. Los que aún viven eran jóvenes, apenas unos niños, durante la guerra. Ellos son las autoridades finales en materia de memoria. Y mientras puedan hablar, les pedimos que nos cuenten lo que vieron. Cuanto más se acercan a su propia muerte, más les preguntamos, más nos invade el «terrible deseo», como decía Maurice Blanchot, de plantear preguntas, de registrar respuestas.[244] Convertimos a los supervivientes en portavoces de la catástrofe; buscamos en ellos confirmaciones, recordatorios, advertencias de lo que ha sido y lo que podría ser.

Edward Alperovitch, uno de los «Hombres del Comité» de Michelson, había emigrado a Estados Unidos y se convirtió en uno de estos cuidadores, tanto literal como metafóricamente. Cambió su apellido por el de Anders y pronto se convirtió en un premiado cosmoquímico que dedicó su vida profesional al estudio de la composición química de los asteroides, lunas y estrellas. Ganó premios por sus investigaciones, lo que le ayudó a conseguir una plaza en la Universidad de Chicago. Al jubilarse, se dedicó a otro campo inexplorado: utilizó sus propios ahorros para hacer un inventario preciso con los nombres de los judíos de Liepāja y conmemorar a los asesinados, para que los visitantes de la orilla donde los mataron tuvieran que detenerse y enfrentarse a sus nombres. Comenzó a gestionar proyectos de libros y monumentos en dos continentes; encargó a una empresa geoespacial que identificara exactamente dónde se encontraban las fosas comunes. En las dunas de Šķēde erigió una serie de pequeñas placas en letón, ruso e inglés que honraban a los que yacían bajo la arena. «Honramos el recuerdo de nuestros

familiares y de todas las demás víctimas que yacen aquí, unidas en la muerte», reza el monumento. Empleó gran parte de su tiempo libre, y de sus ingresos, en tratar de averiguar cómo se perpetró exactamente el Holocausto en su ciudad natal, quiénes fueron los autores y qué había sido de ellos. Rastrear el movimiento de los batallones de las SS, me dijo, no era tan diferente de la cosmoquímica: «Es como estudiar los meteoritos. No vienen con una etiqueta que diga de qué parte del cielo cayeron, por lo que hay que deducir muchos detalles a partir de pistas indirectas».

Di con él casi de casualidad. En la primavera de 2018, un colega me preguntó si conocía a Anders. Mi colega había visto el documental de Netflix Einsatzgruppen: Los escuadrones de la muerte nazis. En un episodio entrevistan a Anders en relación con las masacres de Liepāja de diciembre de 1941, conocidas como la Šķēde Aktion. Anders sostiene fotografías de la Aktion en las manos —fotografías infames por la cruda brutalidad que muestran, las jóvenes desnudas que se agachan para tratar de proteger su pudor mientras sus asesinos las miran— y a medida que va pasando las imágenes nombra a los individuos retratados, todos en sus últimos minutos de vida.

Un hombre de las SS hizo las fotografías; después, un electricista judío, David Siwzon, que había ido al despacho de aquel miembro de las SS para hacer unas reparaciones, las copió en secreto. Siwzon enterró las copias en una caja metálica detrás de un establo. Sobrevivió a la guerra, al igual que las fotografías: acabaron en el Archivo Estatal de Moscú y fueron descubiertas e impresas en 1959. Varias de estas imágenes aparecen en las memorias de Yaakov Meidad sobre el asesinato de Cukurs como prueba gráfica de los espantosos crímenes del Kommando Arājs. Sí, el Kommando Arājs estuvo allí. Llegaron, dispararon y se fueron. En 1964, el hombre de las SS que había tomado las fotografías recibe una citación y lo llaman a declarar en el juicio de uno de sus colegas: «Un día me di cuenta de que un comando llamado Arays [Arājs] estaba en la ciudad y que, de los camiones del comando, conducidos por letones, caía ropa. Eran las pertenencias de los judíos que habían fusilado», dijo.[245]

Mi colega, un estudioso de la historia y la fotografía, quería preguntar a Anders por las imágenes de Šķēde: cómo se hicieron, cómo llegó a saber tanto sobre ellas, cómo se reprodujeron y circularon. Yo quería preguntarle por el caso Cukurs. Así que un soleado día de primavera

fuimos juntos a ver a Anders en su residencia para jubilados del sur de San Francisco. Tenía noventa y tres años. Durante el almuerzo en el restaurante del primer piso, empezó a contarnos la historia de su vida.

Anders hablaba en voz baja y ronca, casi en susurros. Pero su tono apagado es engañoso: tiene una memoria precisa y en su biografía escribe sobre el Holocausto de manera muy similar, utilizando la lógica matemática para expresar el más irracional e inexplicable de los crímenes. En un capítulo de su libro titulado «Recuento de la conducta letona» intenta calcular con precisión cuántos letones quisieron realmente delatar a los judíos escondidos y llevarlos a la muerte. Es como si quisiera encontrar la proporción precisa y matemática entre el bien y el mal:

Si N es la media de personas (vecinos, tenderos, vendedores del mercado, carteros, etc.) capaces de detectar actividades sospechosas en la vivienda de quienes ocultaban judíos, y dado que i/ii de estas personas fueron delatadas, la fracción de delatores, t, en la población es i/iiN. Si N = i, entonces t = i/ii = 9%; si N = 2, t = i/22 = 5%; si N = 3, t = i/33 = 3%. En las condiciones de hacinamiento y privacidad limitada de Letonia durante la guerra, casi con toda certeza N fue superior a 2, lo que corresponde a menos del 5% de antisemitas asesinos.[246]

Supongo que podría calificarse de aproximación ecuánime a una historia compleja. Anders subrayó que por cada antisemita que se había ofrecido a asesinar a sus amigos y vecinos, había otros que habían ayudado a esconder y proteger a los judíos de Letonia.

Nos contó que había pasado la mayor parte del último año manteniendo correspondencia con otro hombre de su ciudad, Liepāja, un letón que necesitaba hablar de sus recuerdos de la guerra. «Me contó que él no tenía las manos manchadas de sangre, pero que conocía a un joven que se había alistado en una unidad de autodefensa», comenzó Anders. Un día, el joven le dijo casualmente al corresponsal de Anders: «He matado judíos». Anders transmitió esta anécdota con calma, explicando que «recibían uno o dos litros de

vodka por ese tipo de trabajo. Aquel hombre no mostraba el menor reparo».

Anders había oído hablar del caso Cukurs, por supuesto. Pero al principio no dejó entrever cuánto sabía, cuánto tiempo llevaba involucrado. «Algunos creen que era escoria y merecía que lo asesinasen, y otros piensan que salvó a varios judíos, lo que quizá fuese una hábil maniobra de alguien que ha asesinado a muchos y decide salvar a unos cuantos para que testifiquen a su favor», nos dijo. Las espantosas historias sobre Cukurs no le parecían solo invenciones. «Se suele "adornar" esas historias, pero es difícil imaginar que alguien como Cukurs pudiese tener las manos limpias cuando trabajaba. Por supuesto, no todos los miembros del Kommando Arājs se convirtieron en asesinos, pero intentaban reclutar personas dispuestas a disparar, personas que no mostraran grandes reparos.»

Anders me contó que hace años un destacado historiador letón le pidió que testificara a favor de Cukurs en la investigación del fiscal. Se negó. «No estaba convencido», me dijo. El historiador le había enviado el relato de Cukurs sobre la guerra de 1945, el que escribió a máquina cuando llevó a Miriam y a su familia a Cassis. «Si se lee con atención, es evidente que ese hombre sabía demasiado... Estaba sumergido en la culpa.» Durante nuestra primera conversación, me había mencionado que pasó los años inmediatos a la posguerra recopilando testimonios de supervivientes para utilizarlos en los juicios por crímenes de guerra, pero no se me ocurrió preguntarle por este detalle. No conocía aún su íntima implicación en la recopilación de pruebas contra Cukurs. Todavía no había visto las toneladas de correspondencia con su firma.

Después de ese primer encuentro, Anders hizo todo cuanto pudo para apoyar mi trabajo. Me envió paquetes con libros y memorias de supervivientes y un CD con las imágenes adicionales del documental sobre los Einsatzgruppen. Por correo electrónico, me envió archivos con documentos: postales de la Liepāja histórica, pero también archivos de su investigación de los crímenes de guerra, su testimonio en Núremberg, su correspondencia con historiadores, supervivientes y revisionistas. En un correo electrónico me cuenta que los revisionistas intentaron reclutarlo para su causa. «Una pareja de apologistas letones intentó durante un tiempo que exonerara a Cukurs —escribió Anders —. Me negué, la mujer se enfureció, el hombre guardó las formas.

Tengo la correspondencia que mantuvimos.»

Pedí leer esas cartas y pronto llegaron a mi correo electrónico otro par de archivos zip: Anders había recopilado toda su correspondencia con esa «pareja de apologistas», así como todos sus correos electrónicos relacionados con Cukurs. Antes de leer su correspondencia, creía tener un sólido conocimiento de cómo se había producido el renacimiento revisionista en Letonia, creía entender cómo había surgido el feo reverso del «boom de la memoria» neoliberal. Entre las prisas por revisar y reescribir el pasado, no todo el mundo se había puesto de acuerdo sobre qué historias debían contarse, en qué fuentes se debía confiar, qué historias había que desempolvar. Europa era un concepto en mutación, al igual que los pasados y futuros que traería consigo. Cuando leí los correos electrónicos de Anders, vi que había intentado enfrentarse a los revisionistas señalando seria y metódicamente las lagunas y falsedades de sus argumentos. Lo hizo por un sentido del honor científico, supongo. Y porque, como me diría más tarde, «tengo poca tolerancia a la injusticia, en cualquier país. Me molesta. Esto significa que a la mínima paso a la acción».

Ya he mencionado que la exposición de arte en Karosta fue solo el inicio del renacimiento revisionista. En el transcurso de unos pocos años surgieron varios libros y películas que pretendían contar la verdadera historia de Herberts Cukurs. En 2010, National Geographic adaptó las memorias de Yaakov Meidad en un documental para la televisión, como parte de una serie llamada Los cazadores de nazis.[247] El episodio revive la llegada de Meidad a Montevideo e incluso muestra una entrevista con él, que oculta el rostro tras unas gafas de sol y un sombrero negro de fieltro. Se le llama por su seudónimo: «Anton Kuenzle: Exespía del Mosad». Cuenta cómo le hablaron del encargo en una reunión con su supervisor en París: «Me dijo que Cukurs estaba en Brasil. Me dijo que Cukurs era responsable del exterminio de treinta mil judíos letones —dice Meidad—. Pensé en mis padres, que murieron en el Holocausto, y acepté de inmediato».

Un año después llegó la contraofensiva, un documental filmado, dirigido y protagonizado por un conocido ultranacionalista letón. Entre 2010 y 2015 surgieron varios proyectos similares. En un periódico de derechas, Herberts Cukurs hijo «cuenta la verdadera historia de su padre» a un periodista local. La narración que ofrece es predecible, familiar: presionaron a su padre para que se uniese al

Kommando Arājs, no tuvo más remedio. Nunca disparó a un judío. Los testimonios contra él son exageraciones, falsificaciones. Cukurs había sido perseguido en vida, y ahora le tocaba a su familia luchar contra los «cuentos». «Si pudiéramos pagar lo suficiente para publicar la verdad sobre Herberts Cukurs en todos los periódicos importantes, sería estupendo, pero no tenemos ese dinero», le dice al periodista.[248]

Personas comprensivas acudieron en ayuda de la familia Cukurs. En 2010 una escritora letona llamada Baiba Šāberte publicó un ensayo, ¡Déjenme hablar!, con entrevistas a la familia Cukurs. El título hacía referencia a las supuestas últimas palabras de Cukurs, y el libro es un intento de dar al hombre asesinado la última palabra sobre su propio destino. Un colega, académico letón, me envió un correo electrónico sobre dicho libro: ¿sabía yo que había un par de páginas dedicadas a Boris? «Tiene menos aspecto de farsa de lo que esperaba —escribe—. Demasiado lírico y desordenado para tomárselo del todo en serio, pero también está inspirado en publicaciones de historiadores y periodistas.» El autor sostiene que el Mosad tendría que haber ido a por mi abuelo en lugar de a por Cukurs, y que la única razón por la que no se interesaron en él fue su pertenencia al KGB. El libro señala que hay múltiples versiones de la muerte de Boris: o bien se suicidó, o bien lo asesinaron partisanos estonios, o bien desapareció para empezar una nueva vida. Menciona que «después de su muerte» lo vieron en Polonia y Alemania.

A través de un intermediario, Šāberte contactó con Anders en 2010 con la intención de obtener su apoyo para la defensa a ultranza de Cukurs. Había oído que era una persona exigente y precisa; pensó que podría reclutarlo para la causa revisionista. El intermediario era un empresario letón emigrado, un hombre que había sido cónsul honorario de Letonia en Chicago.[249] El intermediario le dijo a Anders que se había «involucrado en el asunto de los Cukurs» después de ver el documental de National Geographic, una «película incendiaria» que presentaba a los letones como «criminales conspiradores».

Al principio, Anders se muestra siempre cortés con los revisionistas. Él también quiere defender a los letones de las afirmaciones infundadas; intenta honrar a los pocos que ayudaron a salvar a sus vecinos judíos de la matanza. Se dirige al intermediario del mismo modo que un profesor se dirige a un alumno irreflexivo: «Usted no es historiador, pero yo tampoco —comienza uno de los primeros correos electrónicos

de Anders—. Me he formado como químico y he pasado mi vida profesional estudiando meteoritos y rocas lunares, lo que me ha llevado a la astronomía y las ciencias de la tierra, además de a la física y la química. Ninguna de estas materias es en sí relevante para los estudios históricos de Letonia, salvo que, como científico, he adquirido ciertos hábitos de pensamiento (escepticismo, confianza en las pruebas en lugar de en las opiniones y creencias, pensamiento cuantitativo, etc.) que también son la norma en la historia y —más importante— en el derecho. Espero que podamos entablar un diálogo fructífero si nos escuchamos mutuamente y encontramos normas y puntos en común.»

Anders dedica horas a su respuesta, desmenuzando las afirmaciones revisionistas una por una y aportando fuentes históricas que respaldan sus contraargumentos. «Tengo la impresión de que usted niega la existencia del comando y de los asesinatos cometidos por él —escribe —. Después de dedicar varias horas a su carta y a mi respuesta, me siento mucho menos optimista sobre un posible diálogo que al principio de mi respuesta. Es usted muy poco crítico en su selección de pruebas: muchos de los argumentos son inverosímiles, no están confirmados o incluso se sabe que son falsos.» Le advierte al intermediario que si sigue por este camino, rechazando y negándose a reconocer la realidad, solo conseguirá dañar aún más la reputación de la nación que dice apreciar. En otro correo electrónico sigue intentando dialogar con estos revisionistas para refutar sus afirmaciones y negarse a unirse a su causa. «Es innegable que el comando Arājs asesinó a veintiséis mil judíos letones además de a judíos alemanes, judíos bielorrusos y partisanos bielorrusos, un total de sesenta mil», escribe Anders.

Cukurs era subcomandante del comando y, por lo tanto, Cukurs comparte la culpa de estos asesinatos en masa, incluso aunque todos los testigos que acusan a Cukurs de asesinatos individuales mintiesen. Ese es el elefante en la habitación, y no tiene sentido ignorarlo mientras se persiguen mosquitos. Además, según las reglas de la lógica, no se puede probar una negativa, como que Cukurs NUNCA mató a un judío. Por muy elocuente que sea la señora Šāberte en su defensa de Cukurs, a estas alturas lo único que tendría que refutar son los dos puntos anteriores. ¿Lo hace?[250]

Con estas últimas palabras pide amablemente que lo eliminen de su lista de correo, y poco después su correspondencia llega a su fin.

244. Blanchot, The Last Man, p. 38.

245. Fresco, On the Death of Jews, p. 57.

246. Edward Anders, Amidst Latvians During the Holocaust, Occupation Museum Association of Latvia, Riga, 2011, p. 181.

247. «Hunting for a Killer», Nazi Hunters: The Hangman of Riga, National Geographic, 2010.

https://www.youtube.com/watch?v=eoIkGET7oOg.

248. Elita Veidemane, «Herberta Cukura dēls atklāj patiesību par savu tēvu», NRA.LV, Riga, 27 de septiembre de 2013.

https://nra.lv/latvija/103055-herberta-cukura-dels-atklaj-patiesibu-par-savu-tevu.htm.

249. https://www.chicagotribune.com/news/ct-xpm-1994-05-24-9405250004-story.html.

250. Correo electrónico de Edward Anders, 8 de febrero de 2011, archivo de la correspondencia de la autora.

20. El musical

En marzo de 2014 se produjo el más atroz de estos esfuerzos revisionistas, una maniobra casi demasiado absurda para documentarla.

Tomó la forma de un musical. El espectáculo, obra de un joven productor llamado Juris Millers, se llamaba nada menos que Cukurs, Herberts Cukurs. Era un título deliberadamente provocativo que presentaba a Cukurs como el James Bond letón. En los meses siguientes se desató una tormenta.

Millers insistió desde el principio en que el musical no era un proyecto de rehabilitación. No le interesaba presentar a Cukurs como culpable o inocente. Su único objetivo, afirmó, era dar a conocer la historia de Cukurs al público. «Con esta producción no somos sus defensores, ni sus jueces: ese trabajo lo tiene que hacer un tribunal internacional —dijo en una entrevista televisiva durante el estreno—. La sociedad está dividida sobre su historia: una mitad cree sin lugar a dudas que participó en el Holocausto, que es culpable de asesinato. La otra mitad cree que solo salvó a judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Todo esto son hechos: intentamos mostrarlos en un musical, en un tribunal, en el escenario.»[251]

Los motivos de su producción no eran puramente artísticos: el musical iba a estrenarse en Liepāja, donde Millers había invertido mucho dinero en restaurar el teatro de la ciudad y esperaba llenar la agenda de ese año con tantos éxitos como fuera posible. Había encontrado el nombre de Herberts Cukurs en un artículo de una revista sobre su estelar carrera como aviador, donde también se mencionaba su afiliación al Kommando Arājs. Millers sintió curiosidad. En la historia de Herberts Cukurs olió un éxito de ventas; lo describió como el «Indiana Jones» de Letonia.[252]

Tras descubrir el tema, Millers empezó a hacer los deberes. No le sobraba tiempo: debía investigar y escribir el guión en solo dos meses

para que la obra estuviera lista. En cuanto a las fuentes principales, se basó sobre todo en dos libros: Nunca lo mataréis y ¡Déjenme hablar! En la cubierta de ambos libros se indicaba que habían recibido financiación de un grupo llamado «Fondo en Memoria de Herberts Cukurs». La misma entidad había proporcionado pruebas a la fiscalía. Los otros miembros de la producción —el compositor, el letrista y los actores— leyeron también estos libros y consultaron el documental revisionista publicado en YouTube. No parece que tuvieran en cuenta la amplia gama de historias académicas sobre el Holocausto en Letonia.

En las tertulias televisivas, tanto en letón como en ruso, los invitados debatieron si el musical debería existir. Un medio de comunicación público preguntó a sus espectadores: «¿Necesitamos un musical sobre Herberts Cukurs?». Dos tercios de los encuestados respondieron afirmativamente.[253] Los periódicos locales en lengua rusa expresaron su indignación por la supuesta glorificación de un colaborador nazi. Estas primeras respuestas llevaron a la letrista del espectáculo, Andra Manfelde, a abandonar la producción porque, como dijo a la prensa, no estaba al corriente de las acusaciones contra Cukurs cuando firmó el proyecto. Dijo que, aunque Cukurs quizá no fuese culpable de participar en el genocidio, no quería ofender a quienes creían lo contrario. Millers la demandó por incumplimiento de contrato y su disputa pública no hizo más que avivar el fuego de la polémica que acompañaba al inminente estreno del musical. Manfelde lo acusó de «fomentar el odio entre las naciones, insultar a las víctimas» y promover el nazismo.[254]

El 11 de octubre de 2014, Cukurs, Herberts Cukurs se estrenó en el teatro de Liepāja. Millers se puso esmoquin para la ocasión; los manifestantes que habían comprado entradas para protestar se presentaron vestidos con el uniforme del campo de concentración y no se les permitió ocupar sus asientos. La manifestación había sido organizada por un grupo llamado «Amanecer ruso», cuyo objetivo es proteger los derechos de los rusos en Letonia. Colocaron en la escalera de la entrada muñecos falsamente ensangrentados y estrellas amarillas de David, una referencia a la acusación de que Cukurs había lanzado bebés judíos al aire para dispararles.

El teatro solo se había llenado a medias. Millers subió al escenario antes de que se levantara el telón e invitó a los asistentes a ocupar las

primeras filas, que se habían quedado vacías, porque «muchos de los que pensaban venir hoy han decidido no asistir» debido a la presión política. Repitió su frase sobre el proyecto: «No somos los defensores de Herberts Cukurs ni tampoco jueces... Espero que esta actuación les haga reflexionar». Desde el público, el periodista Mike Colliers observó que Millers tenía razón en ese punto: «Nadie podría ver este espectáculo sin preguntarse por lo que está presenciando —escribe en su crítica—. Pero el espectáculo en sí plantea pocas preguntas serias y no sugiere ninguna respuesta, salvo la contundente insinuación de que Herberts Cukurs era un buen tipo que salvó a los judíos en lugar de matarlos».[255]

El primer acto se abre para mostrar a Cukurs como un niño pequeño, soñando con volar algún día mientras juega con su avioncito. El público ve cómo se convierte en un joven alto, apuesto y capaz que atraer la atención de las jóvenes, aprende a construir sus propios aviones y asciende lentamente en el mundo de la aviación. El Cukurs adulto está interpretado por un joven actor, carismático y con una impresionante voz de tenor. La música del primer acto es ligera y alegre, y describe la Letonia independiente de entreguerras como un pueblo despreocupado, una nación en proceso de construcción. Lo único que le importa a Cukurs es preparar su ambicioso viaje a Gambia. Para ello, consigue la financiación de un empresario judío, apellidado Shapiro, y del embajador letón en Francia. Su llegada triunfal a Gambia se describe brevemente en una escena donde lo recibe una matriarca gambiana, interpretada por una actriz letona con la cara pintada de negro.

El segundo acto se caracteriza por lo que Colliers describe como melodías «discordantes y siniestras». La suerte de Cukurs empieza a cambiar, aunque no por su culpa. El Año del Terror comienza en Letonia y pronto llegan los alemanes. Durante estos acontecimientos, «Herberts Cukurs es una figura casi totalmente pasiva. Le pasan cosas, primero buenas y luego malas —escribe Colliers—. Cuando son buenas, es feliz. Cuando son malas, está triste. Tiene el grado de complejidad emocional de Pinocho, sin la profundidad añadida de una nariz mágica.» El embajador letón reaparece en su historia, primero como agente del NKVD y luego como hombre de las SS. Con ambos uniformes obliga a Cukurs a firmar un contrato, cuyo contenido no está claro, y el joven e indefenso protagonista obedece.

El Holocausto solo se menciona indirectamente en dos escenas breves y confusas: en la primera, acompañan a Cukurs y su esposa Milda a su nuevo piso en el centro de la ciudad, que pertenece a la familia Shapiro. Abram Shapiro y su hijo pequeño siguen en su interior, el padre llora porque sabe que están a punto de enviarlos al gueto. Le ruega a Cukurs que le perdone la vida a su hijo y luego sale corriendo del escenario, huyendo de un hombre de las SS que le grita «¡Alto, judío!». La escena implica que Shapiro fue fusilado por huir de las SS, no porque fuera judío, y «no porque todo formara parte de un plan genocida», dice Colliers.

Una escena posterior, ambientada en la posguerra, muestra cómo la gente murmura sobre las actividades de Cukurs en la guerra. Algunos dicen que colaboró con los nazis mientras que otros afirman lo contrario, que salvó a los pocos judíos que pudo, como el hijo pequeño de Shapiro. Esta es la única escena en la que se insinúa su culpabilidad directa. En la escena final, los rumores empiezan a envolver al héroe. Las luces del escenario se atenúan y el elenco lo rodea lentamente, formando un cerco cada vez más estrecho mientras corean: «¡Asesino!». Fuera de este círculo acusador, el héroe emerge una vez más, bañado en una luz triunfal. «¡Que mi nombre se escriba en el cielo! —canta con su uniforme militar—. ¿Soy un héroe o una víctima?»

La primera representación en Liepāja recibió una gran ovación. Aproximadamente la mitad del público se levantó para elogiar al reparto, mientras que el resto, según Colliers, parecía «como el público al final de Primavera para Hitler, boquiabierto e incrédulo». El musical se representó diez veces en 2014, y en cada ocasión se repitió una versión de esta macabra escena, la mitad del público levantándose para aplaudir al héroe rehabilitado y la otra mitad atónita por lo que acababa de ver. El actor principal estaba encantado con las ovaciones: «Me alegro de que los letones apoyen a sus savējie», le dijo a un periodista local. Savējie, «los suyos».[256]

Primavera para Hitler era una broma, la creación cómica de un estudio de Hollywood, representada en Los productores como una burla y una sátira. El musical letón se parecía mucho a Primavera para Hitler, con coros gratuitos y bailes coreografiados. «Los que habían visto el espectáculo lo interpretaron casi universalmente como un intento de glorificar a Cukurs y absolverlo de la responsabilidad de cualquier crimen contra los judíos —

escribe la académica Maija Spurina en su análisis de la producción—. Mientras que los medios de comunicación letones evitaron mayoritariamente tocar el tema más amplio del Holocausto y el colaboracionismo, en varios artículos de los medios rusos se utilizó el espectáculo para criticar el patriotismo militar y fomentar el humanismo.»[257] *El musical era como Primavera para Hitler en casi todos los sentidos —dulzón, empalagoso, perturbador—, salvo que no era una sátira. Iba muy en serio.*

Millers sabía exactamente lo que estaba haciendo. Necesitaba un golpe de efecto, así que había creado un escándalo. A la prensa, y a su público, les dijo que no estaba interesado en defender a Cukurs ni en juzgarlo. Afirmó que no había elegido un «bando», que había creado una presentación neutral de la historia de su vida. Al poner en escena el musical, su esperanza era «iniciar un debate internacional» sobre el destino de Cukurs que pudiera instigar un «proceso judicial para Herberts Cukurs», dijo al presentador de un programa de televisión. El hecho de que nunca se hubiese celebrado un juicio internacional, que ningún «tribunal internacional hubiese tomado ningún tipo de decisión, ninguna decisión definitiva» sobre la complicidad de Cukurs resultaba extraño, y también una oportunidad.[258] No quería quedarse de brazos cruzados y dejar que la mitad del país describiera a Cukurs como un asesino, cuando en realidad también había sido un héroe nacional.

El musical fue, según la métrica de Millers, un gran éxito. En efecto, provocó un «debate internacional» sobre el destino de Cukurs: los medios de comunicación rusos criticaron el musical, los servicios de noticias angloamericanos lo ridiculizaron tácitamente, mientras que los periodistas letones trataron de evitar el tema, sin acusar ni enemistarse con sus lectores. Las embajadas rusas e israelíes emitieron declaraciones condenando la obra, como también hizo el ministro de Asuntos Exteriores de Letonia. «Ser miembro del Kommando Arājs no es algo sobre lo que se deba cantar. Que quienes asistan a la representación valoren la producción por sí mismos; sin embargo, la posición del Gobierno es que no es de buen gusto», escribió.[259] Como en sus días de gloria, el nombre de Cukurs volvió a aparecer con regularidad en los periódicos nacionales. Mientras tanto, la Fiscalía General seguía investigando lentamente el caso.

Cukurs, Herberts Cukurs se unió así al creciente compendio de artefactos

culturales que presentaban a Cukurs bajo una luz favorable, y que pretendían absolverle tanto a él como a su nación de cualquier acusación de complicidad. «La diversidad de formas culturales (una exposición, dos libros y un telefilm) creó la ilusión de una abundancia de información», escribe Spurina.[260] *Cada uno de estos artefactos mezclaba realidad y ficción para crear una historia alternativa de la nación letona. Las mentiras que tejían empezaban con la verdad, lo que les otorgaba tanto una potencia aterradora como un atractivo popular. Estos relatos empezaron a cambiar poco a poco lo que la gente sabía de Cukurs y lo que entendía del Holocausto.*

El Consejo de Comunidades Judías de Letonia respondió al estreno con una carta pública titulada «El segundo regreso de Herbert Cukurs», donde se exponen todas las pruebas que existen de sus crímenes.[261] «¿Quiere realmente Letonia educar a sus futuras generaciones para que vean a Cukurs como un héroe?», se preguntaban los autores. Invitaron al público a que fuera a leer los archivos con las pruebas, pero no mostraron «el menor interés».

Poco después de la clausura del musical me reuní con el historiador Didzis Bērziņš, que enseña historia del Holocausto en la Universidad de Letonia. Le pregunté qué pensaba del renovado interés por la historia de Cukurs. «Es muy peligroso», dijo. Consideraba que la reciente ola de reivindicaciones nacionalistas de la historia de Cukurs había conseguido modificar la opinión pública de algunos sectores de la sociedad letona. «La cuestión es: ¿seguiría Cukurs condenado?»

251. «ПБК: Премьера мюзикла “Цукурс. Херберт Цукурс”», Primer canal báltico, 13 de octubre de 2014.

https://www.youtube.com/watch?v=YAD5 NJnFW50.

252. Maija Spurina, Cracks in a National Narrative of the Past: Three case studies of collective memory in post-Soviet Latvia. Tesis doctoral publicada por ProQuest, número de publicación: 10258723, 2017, p. 153.

253. «100g kultūras. Diskusija. Vai vajadzīgs mūzikls par Herbertu Cukuru?», Ltv.lv, 27 de marzo de 2014.

https://ltv.lsm.lv/lv/raksts/27.03.2014-100gkulturas.-diskusija.-vai-vajadzigs-%20muzikls-par-herbertu-cuk.id26808/.

254. Spurina, Cracks in a National Narrative of the Past, pp. 161-162.

255. Mike Collier, «Review: Cukurs, Herberts Cukurs», Radio pública de Letonia, 12 de octubre de 2014.

https://englsm.lv/article/culture/culture/review-cukurs-herberts-cukurs.a102148/.

256. Spurina, Cracks in a National Narrative of the Past, p. 166.

257. Ibid, p. 160.

258. «Точки над і. Дело Герберта Цукурса», Ltv.Lv, 15 de octubre de 2014.

https://ltv.lsm.lv/lv/raksts/15.10.2014-%20tochku-nad-i-delogerberta-tsukursa.id37092/.

259. Rayyan Sabet-Parry, «Latvian Musical on Nazi collaborator stirs anger», AP News, 30 de octubre de 2014.

https://apnews.com/article/4779e20b30e44fbab5bb8b96d2acd46d.

260. Spurina, Cracks in a National Narrative of the Past, p. 153.

261. Consejo Letón de Comunidades Judías, «Ebreju kopiena: Herberta Cukura otrais iznāciens», Delfi, 22 de octubre de 2014.

https://www.delfi.lv/news/versijas/ebreju-kopiena-herberta-cukuraotrais-iznaciens.d?id=45126794.

21. El cuerpo del delito

Estaba durmiendo cuando llegó la resolución del fiscal, tres horas después de la medianoche y setenta y siete años después de los hechos en cuestión. Una notificación de gmail iluminó la pantalla de mi iPhone, su envoltorio inocuo, absolutamente opuesto a la noticia que sospechaba que contenía.

La fiscalía me había enviado el expediente por transferencia electrónica segura. Comenzaba así: «Decisión: Re: Fin del procedimiento penal».[262] A lo largo de treinta y cinco densas páginas, el fiscal describía toda la trayectoria de la vida de Cukurs, desde el nacimiento hasta su muerte y su segunda vida en el más allá. Como el resto, el fiscal tenía su propia versión de la historia. Reiteró los orígenes y la razón de ser del caso, explicando que como se sospechaba que Cukurs había participado en «campañas de exterminio masivo de civiles judíos en territorio letón durante la Segunda Guerra Mundial», y que por tanto había violado el código penal, su departamento se había visto obligado a abrir una investigación. En la última página, la conclusión decía: «No hay pruebas de que el señor Cukurs quisiera o llevara a cabo actos que puedan calificarse de genocidio, es decir, que hubiera tomado alguna medida para aniquilar, total o parcialmente, a civiles judíos. Más bien todo lo contrario: se ha obtenido información de que ayudó a varios civiles judíos, arriesgando su propia seguridad y la de su familia, llegando incluso a esconderlos en su casa». Cukurs no podía ser acusado de ninguna violación del código penal, decía el fallo. «Por consiguiente, estos procedimientos penales contra H. Cukurs deben cesar, ya que sus actividades, tal y como se ha aclarado, no se encuentran entre los delitos previstos en el artículo 71 de la Ley Penal.»

En un libro de texto para jóvenes abogados, James Boyd White sostiene que las opiniones judiciales deben leerse de la misma manera que se leen los poemas y las novelas. Tanto la literatura como el derecho, explica, cuentan historias de un lugar y un tiempo determinados, y ambos son, en última instancia, actos creativos y

constitutivos. La resolución del fiscal era un compendio de historias, fragmentos de interrogatorios policiales y declaraciones de testigos recopilados durante los últimos ochenta años, transmitidos por fiscales soviéticos, brasileños y alemanes a los letones, enviados desde archivos de Hamburgo, Ludwigsburg, Montevideo, São Paulo y Moscú a Riga. El documento enumeraba y reconocía la «totalidad de los testimonios», para usar la expresión irrecusable de Marc Nichanian. Afirmaba con toda claridad, y en repetidas ocasiones, que ninguno de ellos importaba.

Busqué el nombre de Boris en el documento y encontré que se le menciona tres veces en los resúmenes del fiscal de los interrogatorios del KGB. En 1976, el «Investigador Superior de Casos Especialmente Graves» del KGB en la República Socialista Soviética de Letonia interrogó a un antiguo miembro del Kommando Arājs llamado J. Bedelis. Bedelis trabajó como chófer de Arājs y vio cómo detenían a judíos, letones y rusos, los encarcelaban y luego los llevaban a los lugares de ejecución. Bedelis trasladó personalmente a Arājs al bosque de Biķernieki, donde presenció cómo el Kommando asesinaba a miles de personas. «Junto con Arājs, solía llevar también a Kinstlers, cuyo nombre de pila desconocía y que, por lo que recordaba, tenía el rango de teniente», escribe el fiscal.

Muchos testimonios datan del juicio de Arājs en Hamburgo. De hecho, el acta de acusación de dicho juicio se había adjuntado al expediente del caso al igual que las declaraciones de los testigos relevantes, incluidos los documentos de Jā nis Edwards Zirnis, el excéntrico de Ludwigsburg, cuyo aviso había permitido la detención de Arājs. El fiscal incluye un resumen del testimonio de Ella Medalje de 1976, donde describe que la obligaban a limpiar el despacho de Cukurs en la sede del Kommando, y que una vez se topó con él, y este le dijo que no parecía judía. Describe que, después de haber suplicado por su vida en el bosque y de haberse salvado, fue Cukurs quien la condujo a ella y a otras tres mujeres al cuartel general de las SS. «Al día siguiente fueron interrogadas por el propio Jeckeln, que les preguntó cómo habían acabado en el bosque —escribe el fiscal—. Ella respondió que estaba casada con un judío, contable de profesión. Luego, en la oficina, tuvo que decir la dirección donde viviría y más tarde consiguió documentos [que atestiguaban] que era letona, y así conservó la vida.» También se citan partes del veredicto de 1979 contra Arājs, pues durante su juicio Arājs describió repetidamente que

iba en coche al bosque de Rumbula «con su ayudante Cukurs».

El veredicto da la impresión inicial de que el fiscal no ha dejado piedra por mover: se refiere a Cukurs como «el acusado», cita los testimonios de supervivientes judíos proporcionados por la Fundación Simon Wiesenthal, la Comunidad Judía de Letonia y los juicios de Eichmann y Arājs. Eliezar Karstadt, el superviviente que habló a los jueces israelíes sobre Cukurs, aparece muy brevemente. En 1975 escribió a Simon Wiesenthal, el famoso cazador de nazis, ofreciéndose a declarar sobre Arājs y Cukurs. También se mencionan los testimonios que Alperovitch ayudó a recopilar: los relatos de Abram Shapiro, David Fishkin, Max Tukacier y varios otros, como el de Miriam Kaicners. El derecho, como la memoria, es un medio de reencuentro. Mientras leía el veredicto, volví a encontrar muchos nombres familiares.

Los documentos de la Comisión Extraordinaria Soviética se citan extensamente antes de juzgarse indignos de confianza: no podían ser verificados como «prueba» porque «no se habían registrado según el procedimiento definido por la Ley de Procedimiento Penal». Las firmas no se habían podido verificar, su procedencia no podía comprobarse, afirmaba el fiscal. Lo mismo ocurría con los nueve testimonios de supervivientes enviados desde Viena por la Fundación Wiesenthal, varios de los cuales estaban, lamentablemente, «sin firmar»; además, explicaba el fiscal, el propio Cukurs había «rechazado completamente y también refutado todas las acusaciones expresadas contra él por estas personas, de las que tenía conocimiento en ese momento, como falsas».

Solo las propias palabras de Cukurs parecen considerarse fiables. El Fondo Conmemorativo Herberts Cukurs proporciona un documento con su refutación de las «acusaciones judías». Escrita en portugués y fechada el 20 de junio de 1960, la carta afirma que él «no había asesinado a ningún judío, y mucho menos a quinientos», que no fumaba ni bebía, y que, en cuanto a los detenidos y asesinados en la sede del Kommando Arājs, «por lo que él sabía se examinaba el pasado de los prisioneros, se liberaba a los inocentes y se entregaba a los culpables, mujeres y hombres, junto con el material de investigación, a los oficiales alemanes».

Wikipedia, la enciclopedia en línea editada por voluntarios, se cita

frecuentemente como fuente de información en la resolución del fiscal.[263] También se hace referencia a obras contemporáneas de no ficción sobre operaciones de espionaje israelíes. Sin embargo, el acta del interrogatorio de un antiguo miembro del Kommando Arājs que afirmaba haber visto cómo un batallón dirigido por Cukurs quemaba quince aldeas soviéticas y mataba a cuarenta partisanos soviéticos se desestimó por ser «general y no concretar en su esencia». Los testimonios de los supervivientes se descartan de forma generalizada, se consideran dudosos, incongruentes y obtenidos fuera de los estrictos procedimientos del derecho penal. Eso incluye la afirmación de Ella Medalje de que Cukurs la había llevado de vuelta a Riga desde la masacre de Rumbula: «se puede concluir que él estuvo en Rumbula el 8/12/1941, posiblemente incluso en dos ocasiones, en el momento en que se estaba llevando a cabo una campaña de fusilamiento masivo de judíos, que él llevó a Arājs hasta allí en calidad de chófer, en un trayecto de ida y vuelta, y que también llevó a cuatro mujeres rescatadas de la misma manera —escribe el fiscal—. Pero a partir de estos documentos no es posible llegar a ningún tipo de conclusión fundamentada sobre H. Cukurs y su participación en esta campaña». El fiscal aceptaba que Cukurs había estado en el bosque durante la masacre, pero había decidido creer que durante toda la noche y hasta las primeras horas de la mañana se había limitado a permanecer a salvo en su coche, saliendo solo en calidad de «periodista» para procurarse información de lo que estaba ocurriendo. Y aunque el código penal letón castiga con hasta veinte años de cárcel la participación o la pertenencia a una organización criminal, el fiscal no había podido determinar que Cukurs hubiera pertenecido definitivamente al Kommando. «Debería considerarse que, en este proceso penal, el servicio de H. Cukurs durante el periodo de ocupación alemana, de 1941 a 1943, no se ha establecido de forma documentada», reza el fallo. Todo lo que el fiscal ha podido determinar es que Cukurs aceptó «trabajar en la reparación de vehículos de motor para varias instituciones letonas», entre ellas el Kommando Arājs, donde supervisó a los mecánicos. «Solo tenía funciones de carácter técnico y solo se presentaba allí algunas veces a la semana, por lo que no podía dar órdenes a nadie ni participar en ninguna misión», concluye el fallo.

El dictamen jurídico, escribe James Boyd White, «es siempre ficticio, y eso ayuda, en realidad: el vencedor nunca gana del todo, el perdedor nunca pierde del todo. El significado de la sentencia [...] sigue abierto,

ya que el juicio y la propia sentencia se convierten en los elementos de una historia: quizá en un tribunal de apelación, quizá solo en el vecindario».[264] Ningún veredicto tiene autoridad absoluta hasta que el tribunal de la opinión pública lo corrobora. Porque la lógica de cualquier veredicto, sostiene White, «debe ser siempre defendible en otros términos, en el lenguaje de la propia comunidad».[265]

En Letonia, los periódicos de derechas se alegraron de la resolución del fiscal. La familia Cukurs comenzó a hacer planes para llevar las cenizas de su paterfamilias a Letonia. Querían que fueran enterradas en el Cementerio de los Hermanos, un espacio solemne reservado a los mártires, héroes y soldados de la nación. El fiscal, Monvīds Zelčs, habló con los medios y participó en entrevistas donde también aparecía la familia Cukurs. «La cuestión no es si podemos culparlo o no, sino determinar lo que se puede probar —dijo al diario Latvijas Avīze—. Hemos evaluado este caso de la mejor forma posible después de casi ochenta años. No se ha determinado ni el corpus delicti, ni la parte objetiva ni la subjetiva del caso.»[266]

Corpus delicti es una disposición jurídica antigua y totalmente sensata. Su nombre sintetiza su significado: «el cuerpo del delito». Se introdujo en el derecho europeo en 1678, cuando sir Matthew Hale, en su Pleas of the Crown, escribió: «Nunca condenaría a nadie por asesinato u homicidio a menos que se probara el hecho, o a menos que se encontrara el cadáver».[267] A lo largo de los siglos siguientes, el dictamen de Hale se conoció como la «regla del corpus delicti», concebida para evitar que las personas fueran «condenadas por delitos imaginarios e inexistentes».[268] En sus Lectures on Jurisprudence de 1875, John Austin define el corpus delicti como «un nombre colectivo para la suma o el agregado de los diversos componentes que hacen que un hecho determinado infrinja una ley determinada».[269] Austin veía este corpus como un conjunto de pruebas que apuntaban a una transgresión singular. Hasta el día de hoy, el término funciona de esta manera, actuando como un mecanismo mediante el cual se establece el «hecho» de un delito y evita que los individuos cometan un «suicidio legal» (confesar un delito capital que no puede probarse de otra manera), al ordenar que todas las confesiones extrajudiciales sean corroboradas «para garantizar la veracidad».[270] En otras palabras, la norma del corpus delicti es un criterio probatorio con el que deben medirse los testimonios y las confesiones. Es una garantía contra las acusaciones falsas y los delitos imaginarios, un reconocimiento de que la ley prevé y admite la posibilidad de su propio uso fraudulento.

Durante el periodo soviético, la regla del corpus delicti se invocó a menudo en los casos de rehabilitación. «La fórmula más común que acompañaba a los informes de rehabilitación, en ausencia de un corpus delicti (za otsutstviem sostava prestupleniia), rechazaba las condenas basándose precisamente en que las pruebas presentadas no demostraban la comisión de un delito —escribe Casper—. El partido-Estado se encargó así de admitir no solo que los individuos castigados eran inocentes, sino que los mismos cargos de los que habían sido acusados no tenían ningún fundamento en la realidad.» Al invocar la norma en el caso Cukurs, el fiscal parecía situar a Cukurs en una larga línea de almas rehabilitadas póstumamente. La forma en la que estaba redactada la resolución parecía sugerir que el problema no era solo que no pudiera probarse que Cukurs hubiera disparado personalmente su arma u ordenado directamente los asesinatos; era también que no se había encontrado ningún cadáver, ninguna prueba de que se hubiera cometido un asesinato.

En el contexto del Holocausto, pensé que había un sentido en el que la regla del corpus delicti adquiere un siniestro doble significado. El «cuerpo del delito» no era un solo cuerpo, sino millones de cuerpos. Judíos, comunistas, partisanos, gitanos... fueron meticulosamente conducidos a la muerte y fusilados, gaseados o enterrados vivos; sus restos se incineraron y sus tumbas se destruyeron químicamente. Millones de personas fueron asesinadas sin dejar rastro: sus cadáveres nunca se encontraron. Los que sí dejaron rastro, los cadáveres y esqueletos que sus captores no habían conseguido destruir, fueron fotografiados, registrados, archivados y presentados como pruebas. Nunca se puso en duda que sus cuerpos cumplieran con el criterio de prueba jurídica. Pero ¿qué ocurre con los demás? Los otros desaparecidos, los cuerpos que no pueden contarse: ellos son la razón de que hoy día se desconozca el número total de asesinados en muchos campos de concentración. Algunas estimaciones admiten que hay un error de un par de miles, otras de cien mil. Es posible que nunca se resuelva la diferencia entre los asesinatos reales y los estimados.

¿Qué hace falta para cumplir los criterios de prueba jurídica, para convertir fragmentos de pruebas en hechos irrefutables? ¿Qué tipo de reflexión tortuosa se requiere? Mientras meditaba sobre estas cuestiones, recordé el perverso juicio por difamación contra Deborah Lipstadt, la historiadora del Holocausto, que tuvo lugar en el Tribunal

Superior de Justicia británico en el año 2000. David Irving, un negacionista del Holocausto, demandó a Lipstadt por llamarle así. En el juicio, Irving intentó publicitar sus ideas negacionistas, prometiendo que demostraría que las «cámaras de gas que se muestran a los turistas en Auschwitz son [sic] una falsificación construida por los polacos después de la guerra».[271] Presentó los planos de las cámaras de gas, tratando de argumentar que era imposible que hubiesen destruido tantos cuerpos. En una sesión, Irving afirmó que el ascensor del crematorio núm. 2 de Auschwitz no tenía capacidad para funcionar cuando se amontonaban «seis o siete niveles» de cadáveres. La defensa de Lipstadt llamó al historiador de la arquitectura Robert Jan van Pelt para rebatir sus afirmaciones. Irving le presionó para que calculara «cuánto tiempo se tardaría en cargar dos mil cuerpos, subir un nivel, sacarlos y volver abajo», escribe Lipstadt en su relato del proceso. Van Pelt esperaba que el juez interviniera, pero no dijo nada. «Durante lo que pareció un tiempo insoportablemente largo, los dos debatieron el procedimiento de carga y descarga de los cuerpos.» Un periodista del público se fue a casa y volvió a hacer los cálculos. «Diez minutos por cada lote de veinticinco, calculé. Eso hace ciento cincuenta por hora, lo que da un total de tres mil seiscientos por cada periodo de veinticuatro horas y un total de un millón trescientos catorce mil al año. Sí que cuadra. Era posible. Cuando caí en la cuenta de lo que estaba haciendo, la rabia casi me hizo estampar la calculadora contra la pared.» Lipstadt pensó lo mismo: «Pese a su historial de distorsiones e intervenciones, Irving nos había engatusado a ambos para que nos tomáramos en serio sus teorías, aunque fuese por un momento».[272]

Hay que enfrentarse a las mentiras para refutarlas. «La lógica de la prueba es la lógica del asesino», afirma Marc Nichanian.[273] Corregir una mentira es también repetirla, contribuir a su difusión. En The Historiographic Perversion, Nichanian investiga cómo actuaron los mecanismos de negación para borrar el genocidio armenio. Algunos de los autores fueron juzgados, pero las actas de esos procesos se destruyeron posteriormente.[274] Los supervivientes dedicaron el resto de sus vidas a recopilar y archivar sus testimonios. Pensaron que eso cambiaría las cosas. El resultado fue catastrófico. Se habían dejado atrapar en la lógica del negacionista, explica Nichanian. «Tenían que demostrar su propia muerte.»[275] Por el camino, la aniquilación de sus familias pasó de ser un hecho a una pregunta histórica.

¿Dónde está la salida? ¿Cómo escapar de esta lógica asesina, de este

bucle cerrado y asfixiante? Los humanistas y los románticos, como James Boyd White, podrían sugerir que nuestra salvación se encuentra en la narración, en el relato. Tal vez sea así; a fin de cuentas aquí estoy, intentando construir un relato más, citando testimonios de víctimas y entrevistando a supervivientes. Pero Nichanian sostiene que con eso no basta. Ninguna narrativa es lo bastante fuerte como para excluir la posibilidad de negación. Solo el derecho puede hacerlo, afirma. «Todos los proyectos genocidas del siglo xx han sido, en primer lugar, desafíos a la ley —escribe—. En algunas circunstancias excepcionales, el derecho ha aceptado el reto.»[276] El veredicto del caso Cukurs no fue uno de ellos.

Aquel verano escribí al fiscal una vez más para pedirle una entrevista de seguimiento en Riga. Su secretario de prensa me pidió que le formulara las preguntas por escrito, y eso hice: ¿Por qué emitió el veredicto en ese momento en concreto? ¿Con qué criterio decidió excluir determinadas pruebas testimoniales y de archivo? ¿Podía acceder a los volúmenes de pruebas que había recopilado? ¿Cómo entendía el concepto de corpus delicti y qué papel había desempeñado en su decisión?

El secretario de prensa respondió al día siguiente. El fiscal estaría «muy ocupado con otro caso durante las tres semanas siguientes» y no tenía tiempo para reunirse, por lo que me enviaba las respuestas por escrito: había cerrado el caso porque finalmente había recibido respuesta de las naciones pertinentes, con la excepción de Israel, y había completado su evaluación del expediente. En cuanto a su razonamiento, dijo que la resolución contenía sus justificaciones. La ley de procedimiento penal le prohibía compartir los archivos de pruebas. No respondió a mi pregunta sobre el corpus delicti, pero sí concluyó con bastante claridad: «Este caso penal se ha cerrado con una sentencia de rehabilitación».[277]

Pregunté a los líderes de la comunidad judía qué opinaban de la sentencia. Afirmaron que el fiscal no había realizado una investigación completa. Creían que había aplicado diferentes criterios de prueba a los materiales presentados, dando plena credibilidad a las afirmaciones de Cukurs y ninguna a las de sus colegas y acusadores que hablaban de su participación, ninguna a los supervivientes judíos

que afirmaban haberle visto en acción. El veredicto era un «documento escandaloso» a ojos de la comunidad judía. No lo permitirían. Estaban preparando un recurso formal; habían contratado a un abogado de oficio. Intentaban llevarlo a cabo con discreción, sin llamar demasiado la atención en su enfrentamiento con el Estado. «Es una cuestión de patriotismo», me dijo un miembro destacado. No quiso hacer declaraciones; de momento estaban centrados en tratar el asunto con discreción. Confiaban en la anulación del veredicto. De lo contrario, considerarían convertirlo en un asunto internacional. Oficialmente, sostenían que Letonia tenía uno de los niveles más bajos de antisemitismo de toda Europa. Pero podían decidirse a contar una historia muy distinta.

262. Fiscal M. Zelčs, «Decision Re: Termination of Criminal Procedure», Riga, 23 de octubre de 2018. Agradezco a Uldis Bruns su meticulosa traducción del documento completo al inglés.

263. El fiscal podría haber encontrado una fuente más adecuada para definir al «Mosad», por ejemplo: «La información publicada en la enciclopedia de Internet Wikipedia (https://lv.wikipe dia.org/wiki/ Mossad) muestra que el Mosad es el servicio de inteligencia de Israel, fundado el 1 de abril de 1951, que depende directamente del primer ministro israelí. Revela que las actividades operativas del Mosad están relacionadas con misiones secretas y especiales en Israel y fuera de sus fronteras».

264. James Boyd White, Heracles's Bow: Essays on the Rhetoric and Poetics of the Law. Madison: University of Wisconsin Press, 1985, p. 186.

265. Ibid., p. 191.

266. Viesturs Sprūde, «Pēc kriminālprocesa izbeigšanas atsākas diskusijas par Cukura pārapbedīšanu Brāļu kapos Rīgā», LA.LV, 14 de febrero de 2019.

https://www.la.lv/paversiens-herberta-cukura-lieta.

267. Gordon Linkon (ed.), «The Corpus Delicti-Confession Problem», 43 J. Crim. L. Criminology & Police Sci. 214, 1952-1953, p. 214.

268. Ibid.

269. Austin explica que el corpus delicti permite diferenciar la tentativa del hecho delictivo: «En ausencia de la consecuencia, no existe el Corpus del delito principal. Pero la intención, unida a un acto que aspira a la consecuencia, constituye el corpus del delito secundario denominado “tentativa”». John Austin, Lectures on Jurisprudence, Or, The Philosophy of Positive Law. The Student Edition. Nueva York: Henry Holt, 1875, p. 228.

270. Linkon, «Corpus Delicti», p. 217.

271. Deborah Lipstadt, History on Trial: My Day in Court with a Holocaust Denier. Nueva York: Ecco, 2006, p. 81.

272. Ibid., pp. 143-144.

273. Nichanian, The Historiographic Perversion, p. 47.

274. Los primeros supervivientes del genocidio armenio «no sabían que los juicios de 1919 en Estambul, que llevaron a cabo los tribunales militares turcos por la presión de la ocupación inglesa, concluirían que "existía un plan de exterminio del pueblo armenio", pero también que, en 1922, los ejemplares del diario oficial turco de los juicios desaparecerían en su totalidad, y con ellos las actas de los juicios». Ibid., p. 28.

275. Ibid., p. 28.

276. Ibid., p. 29.

277. Correo electrónico a la autora del preses sekretāre, Latvijas Republikas Prokuratūras, 10 de julio de 2019.

22. El camino de la contemplación

Un tormentoso día de julio de 2019, seis meses después de recibir el texto completo del dictamen del fiscal, subí al tranvía que pasaba cerca de mi piso en Riga y me dirigí al norte. Era un viaje que llevaba demasiado tiempo posponiendo, que me había repetido que podía esperar. La publicación del fallo del fiscal y la consiguiente avalancha de prensa significaba que el tiempo de espera, de aplazamiento, había terminado. Poco después de conocerse el fallo, empezaron los titulares: «¿Enterrarán a Herberts Cukurs en el Cementerio de los Hermanos?», rezaba uno.[278] Otro informaba de que «se había reanudado el debate sobre la nueva sepultura de Cukurs» tras la finalización del proceso penal.[279] En 2011, la familia Cukurs había solicitado a las autoridades que les concedieran ese honor y les habían respondido: «no se ha tomado ninguna decisión y el asunto se ha pospuesto debido a opiniones encontradas».[280] Como la cuestión de su culpabilidad, el asunto de su entierro se había evitado todo lo posible. Ahora que el dictamen del fiscal se había hecho público, temía que eso cambiase muy pronto. El héroe fantasma iba tras su preciado lugar de reposo.[281]

El tranvía me dejó cerca de una calle llena de puestos de flores, sus relucientes claveles y rosas protegidos por una serie de tejadillos de chapa. Había llegado a las afueras del extenso complejo funerario de la ciudad, un conjunto de varios cementerios, señalados con su propia inscripción y construcciones. El Cementerio de los Hermanos, donde la familia de Cukurs quería que este fuera enterrado, es el núcleo del conjunto. Para acercarse a su imponente entrada hay que pasar primero por una serie de antiguos camposantos, entre los que destaca el célebre cementerio Rainis, donde yace Ja¯nis Rainis, el poeta nacional de Letonia, y un pequeño y casi invisible cementerio musulmán indicado solo por una puerta blanca en ruinas y dos pequeñas placas con inscripciones en árabe y ruso. Luego llega el extenso parque lleno de parcelas frondosas, algunas descuidadas y olvidadas, otras glorificadas y bien mantenidas.

El Cementerio de los Hermanos es un espacio «casi sagrado» para los letones, una necrópolis nacional para sus héroes caídos.[282] Su entrada monumental está marcada por una impresionante puerta de piedra caliza y estilo brutalista con el escudo nacional. Se trata de uno de los elementos más antiguos del cementerio; la piedra ya está picada y descolorida, en vías de desintegración. A ambos lados del escudo aparecen grabados «1915» y «1920», junto con dos cruces: las fechas marcan la larga lucha de Letonia por su primer periodo de liberación. Los relieves de cuatro antiguos jinetes flanquean las columnas de la entrada. Tres de ellos tienen la cabeza inclinada y las manos en las riendas. El cuarto mira solemnemente al frente, encarándose a los dolientes que cruzan la puerta.

En 1936, Kārlis Ulmanis, el autoritario presidente de Letonia antes de la guerra, nombró formalmente monumento nacional el Cementerio de los Hermanos, si bien este ya llevaba más de una década utilizándose como cementerio. La necrópolis había surgido con la nación; había proporcionado un lugar donde poder enterrar a los que habían luchado y perecido en sus sucesivas guerras. Se tardaron doce años en construir las estructuras de piedra del sobrio cementerio que serviría como lugar de descanso a los principales héroes y soldados desconocidos de la nación. Los periodos de construcción coincidían con las oleadas de difuntos heroicos. Los primeros hombres que enterraron allí habían luchado en el 12.o Ejército Imperial Ruso en la Primera Guerra Mundial, combatiendo a las fuerzas alemanas en un pequeño estrecho de tierra que llegó a conocerse como «la isla de la Muerte», uno de los primeros lugares donde se utilizaron armas químicas en la guerra.[283] Concebido para ejemplificar la historia única y la cultura pagana del pueblo letón, el cementerio representa la conversión de la imaginación poética de Herder en algo mucho más militarista. Aquí es donde la familia Cukurs espera enterrar algún día a su paterfamilias.

Crucé rápidamente la puerta y me encontré sola en un camino amplio bordeado de tilos. Era el Camino de la Contemplación, el largo sendero que separa el mundo de los vivos del de los muertos, una simbólica laguna Estigia. «Los vivos a un lado y los muertos al otro», explica una guía del cementerio. Todos los años los letones recorren los cinco kilómetros que separan el cementerio del Monumento a la Libertad del centro de la ciudad. Llevan velas, flores y banderas; cada paso que avanzan les recuerda su propia marcha inexorable hacia la

muerte, cada paso los acerca a los caídos. Las fraternidades universitarias desfilan en grupos, los hombres de Lettonia llevan sus gorras verdes y amarillas. El Camino de la Contemplación solo tiene doscientos metros de longitud, pero en cierto modo abarca toda la nación.

Me apresuré por el sendero descubierto mientras pensaba por qué estaba ahí, qué hacía, en realidad, en un país que mi familia prácticamente había abandonado. ¿Por qué me importaba dónde podrían enterrar a un muerto? ¿Por qué me preocupaban las sutilezas del código penal letón, los detalles de una oscura investigación? Antes de que se emitiera el veredicto, había pasado muchos meses preguntándome por el fallo del fiscal, y por cuáles serían las pruebas en las que basaría su decisión. Tenía curiosidad por ver cómo abordaría la difícil tarea que se le había encomendado, observar el pasado de su nación y considerarlo del mismo modo que los fiscales de Ludwigsburg: no como historia, sino como crimen. Ahora ya lo sabía.

El Camino de la Contemplación me dejó en una explanada iluminada por una llama eterna, que seguía encendida pese al viento. Al otro lado vi la sombría estatua de una mujer de luto. Era la Madre Letonia, el símbolo de la nación. Sostiene la bandera nacional y una corona de bronce con hojas de roble. Tiene la cabeza gacha, inclinada hacia dos soldados caídos a sus pies que aún empuñan sus espadas. Para acercarse a la estatua hay que pasar ante hileras de tumbas. Los héroes de la guerra de la independencia, los muertos de 1917, 1918 y 1919, son los más próximos a la Madre Letonia. Luego vienen los generales de la Segunda Guerra Mundial y sus fusileros enterrados a unos pasos de distancia. Cuanto más se aleja uno de la Madre Letonia y sus hijos muertos, más empiezan a aparecer lápidas escritas en ruso, tumbas del periodo soviético, los difuntos marcados con una estrella en lugar de una cruz.

Cada paso hacia la Madre Letonia obliga al viajero a considerar la dirección de su avance: cada vez más lejos de los vivos y más cerca de los muertos heroicos, lejos de las tumbas que la nación ha olvidado y más cerca de las que ha decidido ensalzar. Mientras andaba por el sendero bordeado de tilos, pensé en lo fácil que era para las visitas no percatarse del pequeño monumento de cobre, acero y cristal que se alza fuera de la vasta extensión arbolada del cementerio. «En memoria de las víctimas del campo de concentración nacionalsocialista “Riga-

Kaiserwald" y sus campos subordinados», reza su inscripción. Marca el lugar donde Eliezar Karstadt, el hombre que pronunció el nombre de Cukurs en el acta del juicio de Eichmann, y más de dieciocho mil judíos de toda Europa fueron confinados tras la destrucción de los guetos.

El monumento de Kaiserwald es obra de la escultora letona Solveiga Vasiljeva. Se erigió en 2005, justo después del ingreso de Letonia en la Unión Europea. Los dignatarios correspondientes asistieron a la consagración: «Que este monumento nos dé la esperanza de aprender de los crímenes del pasado», señaló el embajador alemán. «Letonia no debe esconder las páginas oscuras de su historia», dijo el presidente letón. Depositaron flores ante el monumento y emitieron un comunicado de prensa: «Solo alemanes trabajaron como administradores y guardias en el campo de Mezaparks; a diferencia del campo de concentración de Salaspils, no hubo letones ni en la guardia interior ni en la exterior», concluye. Ningún letón contribuyó a la creación de este campo de exterminio, y querían que el mundo lo supiera.[284]

La agencia del cementerio de Riga supervisa los entierros en el Cementerio de los Hermanos. Todos los años reciben decenas de solicitudes de reubicación. En un anuncio de la televisión pública que se emitió poco después de la decisión del fiscal, se entrevistó por turnos a la hija de Cukurs, Antinea Dolores Rizzotto, así como al fiscal, Monvīds Zelčs, y al director de la agencia del cementerio, Guntars Gailitis.[285] Rizzotto dijo al periodista que desde los años cincuenta la perseguía la reputación de su padre. «Desde hace más de sesenta y nueve años se nos conoce como la familia de un asesino. Es algo terrible... No puedo andar con la cabeza erguida. Es extremadamente doloroso. Me gustaría limpiar nuestro nombre.» Con un lenguaje peyorativo, explicó que su familia se había dirigido al fiscal para pedirle que intentara demostrar que su padre había matado a un solo judío: «Por favor, demuestre que al menos ha matado a uno. Y no pudieron probarlo. Sé que se portó bien con los zhids y con otras personas; eso puede probarse». (Recuerden lo que argumenta Nichanian: la lógica de la prueba es la lógica del asesino.) Le dijo al periodista que su padre «merecía» ser enterrado en el Cementerio de los Hermanos «para limpiar su nombre de una injusta acusación». «Tal y como yo lo veo, si los propios zhids no lo limpian, entonces otros tienen que hacerlo. Esa es la verdad.»

Cuando el fiscal compareció ante la cámara, explicó una vez más que las pruebas no eran suficientes, que no importaba si Cukurs estaba vivo o muerto, que ni él ni su cadáver podían ser juzgados. «Si Cukurs estuviese vivo, ¿podría plantear la acusación basándome en los materiales actuales? ¿Enviarlo a juicio? Es prácticamente imposible.»

Por último, se pidió a Gailitis que hablara sobre la posibilidad de reubicarlo en el cementerio. No dependía de él que se enterrase a Cukurs en el Cementerio de los Hermanos, explicó. No quería estar en el centro de esta controversia; no quería ser quien tuviese la última palabra. No quería decir «sí» o «no». «Todos piensan que Gailitis es un genio que puede decidir qué y cómo. Gailitis no decide», le dijo al periodista. Enumeró todas las organizaciones que tienen que dar su visto bueno a los sepelios: no solo el Comité del Cementerio de los Hermanos, sino también todas las ramas del ejército, el Ministerio de Defensa, y otros más. «Si se trata de un tema delicado, hay que consultar al Ministerio de Asuntos Exteriores y a los historiadores.» Su mensaje era claro: Cukurs no cambiaría de ubicación y él no era el culpable. (Posteriormente se consultaría a los historiadores: no recomendaron traerlo al cementerio.) [286]

Di media vuelta para salir del cementerio; pasé ante la Llama Eterna y corrí por el Camino de la Contemplación para que no me alcanzara la lluvia. La puerta de piedra caliza volvió a alzarse ante mí. Se está desmoronando poco a poco: la caliza natural empieza a descomponerse después de tan solo cien años. Al acercarme a sus piedras descoloridas, recordé inevitablemente otra puerta inmortal, la que aparece en la parábola de Franz Kafka Ante la ley.

La parábola cuenta la historia de un campesino que recorre una gran distancia para exponer su caso ante la ley. Camina y camina y camina hasta que finalmente llega a sus puertas, vigiladas por un guardián. Aunque las puertas están abiertas de par en par, el guardián no le deja pasar, no «en este momento». El hombre espera. Se hace mayor, empieza a agonizar, pero se queda en la puerta. Cuando es tan viejo que ya ni puede moverse, le hace una última pregunta al guardián:

—Todos aspiran a entrar en la Ley —dice el hombre—, ¿cómo es que en tantos años nadie más que yo ha solicitado entrar?

El guardián responde:

—Nadie más podía conseguir aquí el permiso, pues esta entrada solo estaba destinada a ti. Ahora me iré y la cerraré.[287]

¿Quién, en el laberinto jurídico donde me encontraba, ocupaba la posición maldita del campesino de Kafka? ¿Era Cukurs, cuyo caso estaba continuamente en el limbo sin llegar nunca a los tribunales, pero tampoco sin desestimarse del todo? ¿Eran los testigos muertos, los supervivientes y sus hijos, los acusadores cuyos testimonios el fiscal se negaba a admitir? ¿Eran los espectadores, los herederos, los parásitos, la gente que, como yo, había descubierto estos procedimientos y no podía hacer la vista gorda? Nos imaginé a todos juntos, apiñados ante las puertas de la ley, intentando atisbar algo más allá del guardián y viendo solo más obstáculos, guardianes más fuertes, puertas infinitas.

El campesino de la parábola no puede desafiar la ley sin arriesgarse a incurrir en su ira: «Soy poderoso», le recuerda el guardián. Estar ante esas puertas es enfrentarse a la increíble capacidad de destrucción de la ley: «La interpretación legal tiene lugar en un campo de dolor y muerte —escribe Robert Cover—. La capacidad de construir mundos que constituye la "Ley" nunca es meramente un acto espiritual o mental. Un mundo legal se construye solamente en la medida en que hay compromisos que ponen cuerpos en peligro».[288] Los cuerpos demarcan las entradas a la ley y los cuerpos son, en última instancia, lo que la ley busca controlar, estén vivos o muertos.

La parábola de Kafka nunca revela lo que el campesino ha venido a solicitar. Quizá como Joseph K., el protagonista de El proceso, no sabe qué quiere la ley de él ni de qué delito se le acusa. Joseph K. solo sabe que se ha «abierto un proceso» en su contra, nada más. Tal vez la multitud que imagino congregada ante la puerta, la multitud entre la que me encuentro estirando el cuello, tampoco sabe lo que la ley quiere de nosotros, ni lo que nosotros, a su vez, queremos de la ley. ¿Qué queremos del fiscal? ¿Absolución, culpabilidad, rotundidad, un certificado de salud histórica? Si el fiscal hubiera llegado a una conclusión diferente, si hubiera determinado que Cukurs tenía una parte de culpa, ¿habría sido suficiente? ¿O la única opción aceptable habría sido que el fiscal se diera por vencido ante la historia, que se negara a aceptar el caso, que dejara el complicado asunto del juicio a los historiadores?

En los escritos de Kafka, la ley nunca se revela del todo. Y, sin embargo, su presencia siempre se intuye, su funcionamiento nunca se detiene. La especialista en literatura, Katrin Trüstedt, señala que lo inaccesible y lo opaco de la ley, así como la perpetua incapacidad de K. para comparecer ante ella, «sugieren que los propios escritos de Kafka pertenecen a una especie de etapa preliminar», que el prozess descrito en El proceso es más parecido a los procedimientos previos al juicio que al «verdadero juicio oral».[289] El proceso judicial de K. está lleno de secretos, interrupciones y arranques: «Los procedimientos nunca llegan a la fase del juicio en la que comparece una persona, se presenta y debate el caso y se llega a un veredicto», escribe Trüstedt.[290] El caso Cukurs, técnicamente, fue también un procedimiento previo al juicio, una prolongada investigación sobre la posibilidad de un juicio. Sus detalles y orígenes eran igualmente opacos. Ni siquiera el fiscal sabía quién había instigado el caso, quién había enviado el primer fajo de documentos, cuándo y por qué. Hizo todo lo posible para que este terrible caso desapareciera definitivamente, para borrarlo del expediente. Y sin embargo persistía. Aquel asunto legal no concluiría tan limpiamente. El tribunal de la opinión pública aún tenía que pronunciarse.

Me pregunté si, como en El proceso, tampoco habría un momento de revelación, ni un jurado, ni un juicio final. Quizá en esta suspensión indefinida del procedimiento legal hubiese un diminuto atisbo de alivio.

278. Gunta Gaidamaviča, «”Kultūršoks”: Vai Herbertu Cukuru pārapbedīs Rīgas Brāļu kapos?», LSM.LV, 23 de febrero de 2019.

https://www.lsm.lv/raksts/zinas/latvija/kultursoks-vai-herbertu-cukuru-parapbedisrigas-bralu-kapos.a310582/.

279. Viesturs Sprūde, «Pēc kriminālprocesa izbeigšanas atsākas diskusijas par Cukura pārapbedīšanu Brāļu kapos Rīgā», LA.LV, 14 de febrero de 2019.

https://www.la.lv/paversiens-herberta-cukura-lieta.

280. Veidemane, «Herberta Cukura».

281. Daina S. Eglitis y Michelle Kelso, «Ghost heroes: Forgetting and remembering in national narratives of the past», Acta Sociologica, vol. 62, núm. 3, 2019.

282. Suzanne Pourchier-Passeraud, Arts and a Nation: The Role of Visual Arts and Artists in the Making of the Latvian Identity, 1905-1940, traducción al inglés de Nick Tait. Boston: Brill, 2015, p. 304.

283. «“Island of Death” Battles Remembered», Radio pública de Letonia, 28 de julio de 2014.

https://eng.lsm.lv/article/society/society/islandof-death-battles-remembered.a92779/.

284. El discurso del embajador estadounidense tuvo una perspectiva distinta, pues señaló exactamente cuántos participantes y guardias de los campos de concentración eran letones. Ezra Nathan, «Holocaust memorial dedicated in Latvia». Jewish Telegraphic Agency, 5 de diciembre de 2002.

285. Entrevista con Antinea Dolores Cukurs Rizzotto, «He Has Deserved It».

https://skaties.lv/zinas/latvija/vins-to-ir-pelnijis-herberta-cukurameita-cer-ka-latviesu-aviators-tiks-parapbedits-bralu-kapos/.

286. Viesturs Sprūde, «Vesturnieku komisija “neieteic” Cukuru Bralu kapiem», LA.LV, 4 de abril de 2019.

287. Franz Kafka, Obras completas, vol. III, traducciones de Adan Kovacsis, Joan Parra y Juan José del Solar. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, 2003.

288. Robert M. Cover, «Violence and the Word». Yale Law Journal, vol. 95, núm. 1601, 1986, pp. 1604-1605.

https://digitalcommons.law.yale.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=3687&context=fss_papers. [Edición española: Derecho, narración y violencia, traducción de Christian Courtis. Barcelona: Gedisa, 2002.]

289. Trüstedt, Katrin, «Aporetic Agency: Trials and Metamorphoses». Conferencia «Metamorphosis: Human, Animal, Armor». Santa Barbara, 4 de diciembre de 2015. Manuscrito de la autora, p. 11.

290. Ibid.

PARTE III

¿Por qué no ha terminado todo? ¿Por qué puedo cuestionarte? ¿Por qué estás ahí como un espacio en el que todavía me encuentro y con el que me siento conectado?

Maurice Blanchot

, El último hombre [291]

Para mí, Letonia se convirtió en un enigma solo unos diez años más tarde, cuando una verdad a medias, durante mucho tiempo silenciada en mi familia, fue tomando forma; cuando, cuan agujeros de gusano, esas penetraciones en el espacio y en el tiempo, en nuevos espacios y en un nuevo tiempo, empezaron a crear atajos hacia un viaje, ese viaje a menudo peligroso y destructivo cuyo final no puede verse.

Sin embargo, algunos años después toda esa basura, toda esa podredumbre y esos escombros se asentaron y empezamos a pisarlos, suavemente al principio, tratando de no levantar polvo, para luego recoger las esquirlas de aquel pasado, todas esas astillas; las enterramos y seguimos adelante.

Daša Drndić

, EEG [292]

291. Maurice Blanchot, The Last Man, traducción del francés de Lydia Davis. UBU Editions, 2007, p. 8. Publicado originariamente en francés como Le Dernier homme. París: Gallimard, col. Blanche, 1957. [Edición española: El ultimo hombre, traducción de Isidro Herrera. Madrid: Arena libros, 2001.]

292. Daša Drndić, EEG, traducción del croata de Celia Hawkesworth. Londres: Quercus, 2018.

23. El recurso

En un pequeño despacho situado en la planta superior de la sede de la comunidad judía de Riga, Ilya Lensky, el director del Museo «Judíos en Letonia», trabaja sin cesar. Las comillas forman parte del nombre del museo, una curiosa y reveladora elección gramatical. La nación y sus súbditos apretujados entre dos conjuntos de comillas, como si «judíos» y «Letonia» solo pudieran acompañarse de forma especulativa y su emparejamiento fuera una mera idea o curiosidad histórica, no una realidad viva y palpitante.

El museo ocupa la tercera planta de un imponente edificio de la preguerra en el centro de la ciudad. Construido en 1914, albergó un teatro, un club y una biblioteca judíos durante el primer periodo de independencia de Letonia, y funcionó como principal lugar de reunión para la comunidad. En su auditorio, Herberts Cukurs se dirigió una vez a una curiosa multitud de judíos letones para hablarles de su viaje a Palestina, de lo que podrían encontrar allí. Los soviéticos la utilizaron como Dom Politprosvesheniya, una «Casa de Educación Política»,[293] y los nazis la convirtieron en un club de oficiales. Tras el hundimiento soviético de 1991, el edificio volvió a la comunidad judía y se utilizó como lugar de reunión y centro de documentación. Bajo la dirección del superviviente del Holocausto e historiador Margers Vestermanis, un personal reducido inició la tarea de recopilar archivos familiares, recoger los restos de las sucesivas ocupaciones y crear un registro de lo que había sido destruido y lo que quedaba.

Entrar en el pequeño museo es encontrarse con una historia larga y oscura. La exposición se desarrolla cronológicamente y empieza con documentos de los siglos xviii y xix que ilustran las restringidas condiciones en las que vivían los judíos de Riga, incluido un folleto de 1810 de la comunidad judía de Riga donde se suplica a los vecinos cristianos que «reconozcan a los judíos como miembros competentes de la sociedad». Entre los informes de los pogromos también hay destellos de compañerismo: un compositor letón recopila canciones populares judías, que ahora se conservan en la colección del folclore

estatal; un compositor judío traduce canciones populares letonas, o dainas, al yidis. Una pequeña exposición presenta dainas letonas en las que aparecen judíos. Los poemas son inscripciones de la alteridad; como observó Herder, la nación trazaba sus fronteras mediante canciones. Una de ellas dice:

Los judíos andaban refunfuñando

cuando el sol estaba en lo alto

y los pobres campesinos

el centeno habían trillado.

Y otra:

Solo judíos, solo judíos

donde me envió mi querida madre.

No oí más canciones bonitas

ni palabras buenas y amables.

El despacho de Lensky está a unas puertas de la sala de exposiciones. Tiene una espesa cabellera oscura, un rostro cálido, maneras de erudito y una memoria enciclopédica. Pertenece a la generación de judíos de Riga que crecieron con la caída de la Unión Soviética, un joven guardián de lo que se conserva de la comunidad judía del país. Fue una de las primeras personas a las que escribí cuando descubrí este peculiar caso. Lensky había ayudado a reunir pruebas para el fiscal; había localizado numerosos testimonios y documentación de los fondos del museo y los había enviado calle abajo para su examen. (El museo está situado en el lado norte del parque Esplanade, la fiscalía en el sur. El hermoso parque separa los dos edificios.) Tras la decisión

del fiscal, empecé a hablar con Lensky con más frecuencia. Estaba ocupado preparando el recurso, reuniendo más testimonios, analizando los numerosos olvidos y opacidades del veredicto. Estaba dispuesto a admitir que tal vez este se debiera al descuido de un solo fiscal. Parafraseó al historiador Uldis Neiburgs, que había declarado a la prensa: «No es que Cukurs estuviera en Rumbula simplemente contemplando el paisaje».

«En esencia el fiscal dijo que no, que realmente Cukurs solo estuvo allí contemplando el paisaje —explicó Lensky—. Es decir, que estaba allí por razones desconocidas, no porque fuera miembro de una organización genocida.»

Siempre que visitaba su despacho en Riga, inundado de archivos y libros, Lensky me ponía al día sobre el estado del caso, y yo le contaba lo que había encontrado en otros archivos. Había estudiado a fondo cada línea de cada testimonio, sabía en qué puntos los supervivientes habían recordado mal y modificado sus historias y dónde se habían ceñido estrictamente a la horrible verdad. Le repugnaba que se hubiera dejado en manos de la fiscalía emitir un veredicto sobre lo que realmente había ocurrido en el pasado. La culpabilidad de Cukurs debía ser juzgada por los historiadores, no por los fiscales. «¿Qué van a hacer, arrestar sus cenizas?», preguntó durante una de nuestras muchas conversaciones. Pero mientras el caso continuase en manos del fiscal general, Lensky seguiría trabajando. Un día me envió una hoja de cálculo donde aparecían los sesenta testigos cuyos testimonios se habían presentado como prueba durante el juicio de Arājs. Estaban divididos por un código de colores: los testimonios admitidos en verde, los excluidos en rojo. Creía que al fiscal le resultaría más difícil desestimar los testigos que ya habían sido aceptados en los tribunales alemanes; había recaído en el propio Lensky la tarea de intentar localizar los testimonios originales. Si el fiscal había excluido los testimonios sin firmas ni declaraciones juradas de su origen, pues bien, Lensky le daría exactamente lo que pedía. No permitiría más excusas por parte de la fiscalía.

En ocasiones, Lensky publica información actualizada sobre su trabajo en un boletín para emigrados, el Latvian Jewish Courier. En una edición, fue coautor con David Lipkin, abogado y miembro de la junta directiva de la comunidad judía, de una actualización titulada «Últimas novedades del caso Cukurs». En su día a día, Lipkin es

abogado de una empresa letona de industria y desarrollo. Tras el veredicto, se hizo cargo del caso Cukurs de forma gratuita para representar al Consejo de Comunidades Judías de Letonia en la preparación de un recurso. En su primer artículo del Courier, Lipkin y Lensky resumen lo que argumenta el veredicto y lo que debe hacerse al respecto. El consejo estaba «conmocionado» por el «contenido y la conclusión» del veredicto, escriben. «El fiscal, que tomó la decisión sin ningún fundamento razonable, desoyó y rechazó por improcedentes numerosos testimonios de los testigos presenciales que establecen la culpabilidad de Cukurs en los asesinatos y otros crímenes contra la población judía de Letonia durante la Segunda Guerra Mundial, al tiempo que reconoce como verdadero el propio testimonio de Cukurs, que afirma que nunca había matado ni cometido otros crímenes contra los judíos.»

En un informe publicado en una edición posterior del Courier, esta vez titulado «El caso de Herberts Cukurs: Una breve introducción a las fuentes. Suficientes pruebas para considerar cómplice a Cukurs», Lensky ofrece a los lectores emigrados una idea de las pruebas disponibles. Se muestra admirablemente claro sobre la escasa fiabilidad de algunos testimonios, plagados de invenciones y exageraciones. Como el de un superviviente llamado Rafael Schub, que declaró en Londres, ante el Comité de Michelson para la Investigación de los Crímenes Nazis en los Países Bálticos, que Cukurs incendió la Gran Sinagoga Coral, esterilizó a los hombres judíos de Bauska y obligó a mil doscientos judíos de Kuldiga a ahogarse en los rápidos del lago Venta. Sin embargo, Cukurs todavía no se había unido al Kommando Arājs cuando, en los inicios del grupo, este incendió la Gran Sinagoga Coral. Además, «Schub no estaba en Bauska en ese momento ni tampoco en Kuldiga», afirma Lensky, por lo que no pudo ser testigo de los hechos que describe. Se sabía que Schub era un embustero y un chismoso, y sus declaraciones se habían desestimado en casos legales anteriores, incluido el juicio de Arājs. Era uno de los muchos supervivientes que, comprensiblemente, quería ver a Cukurs en el banquillo de los acusados y estaba dispuesto a torcer la verdad para conseguirlo. «Por lo tanto, aunque tenemos un documento auténtico de una fuente fiable procedente del “mundo libre”, su contenido y su historia legal se han visto desacreditados —escribió Lensky—.[294] Dicho esto, queremos subrayar que consideramos que la historia del Holocausto es lo suficientemente trágica y sangrienta para que no haya necesidad de inflarla o exagerarla. También consideramos

que las fuentes de las que disponemos son suficientes para responder, sin lugar a dudas, a la pregunta sobre la participación de Cukurs.»

Tras recibir el veredicto, Lensky y Lipkin no perdieron el tiempo. Si el fiscal insistía en descartar las palabras de los testigos muertos, buscarían a los pocos supervivientes que quedaban y ya verían si la fiscalía se atrevía a ignorarlos también. Lipkin voló a Tel Aviv para interrogar a dos supervivientes nonagenarios que recordaban haber visto a Cukurs trasladando prisioneros a su muerte en el bosque de Rumbula. También intentaron localizar a los hijos de las víctimas de Cukurs, que podrían testificar lo que vieron sus padres. Tardaron poco más de un mes en presentar su recurso. Solicitaron al fiscal general que reabriera el caso porque habían descubierto nuevos hechos, nuevos documentos y nuevos testigos que el fiscal no había tenido en cuenta.

En abril de 2019, Lipkin envió un recurso formal a la Fiscalía General. El documento comienza con el caso penal en cuestión, núm. 12812000506, y afirma que se presenta en nombre de dos individuos que el fiscal no conoce: Jehuda Leo Feitelson, de Jerusalén, y Paul Semenoff, de Auburn, California. Estos dos hombres, argumentaba, tenían información que el tribunal estaba obligado a escuchar. Cuando leí el texto del recurso, también yo vi sus nombres por primera vez. Pero pronto me familiarizaría con sus historias.

Un mes después, en mayo, la fiscalía rechazó el recurso de Lipkin. Según el fiscal, las nuevas pruebas no revelaban «ningún hecho crucial nuevo». Probaban que Cukurs había estado en el gueto de Riga, «pero no que hubiese matado a personas ni cometido otros delitos; que el testigo hubiera visto a Cukurs trasladando a prisioneros del gueto de Riga no constituía una novedad». Este podría haber sido el final, pero Lensky y Lipkin perseveraron. «Evidentemente se trata de una decisión política, bien del propio fiscal, bien de alguien con influencia sobre él», explicó Lensky. Casi todas las personas con las que hablé veían que el fiscal general intentaba cerrar el asunto con la mayor celeridad y discreción posibles para sacar esta investigación penal políticamente incendiaria de su lista de casos. Pero la comunidad judía de Letonia no estaba dispuesta a seguirle el juego, no en esas condiciones, no si eso significaba que Cukurs quedaría permanente y póstumamente absuelto de todos sus pecados. «Si quiere hacerlo de forma dolorosa, lo haremos de forma dolorosa», me dijo Lensky en referencia al fiscal.

Pretendía que los agentes de la ley examinaran las pruebas que tenían ante sí y vieran no lo que querían ver ni lo que les convenía ver desde un punto de vista político, sino lo que había en realidad. Quería que considerasen todos los testimonios y los entendieran por lo que eran: registros imperfectos de un pueblo perseguido, que clamaba por un reconocimiento casi infinitesimal de su inmenso dolor, de todo lo que había perdido, y a manos de quién.

*

Conocí a Lipkin en una cafetería de Riga en julio de 2019. Vestido con traje y con el pelo rapado, era un hombre esbelto y en forma que, como sabría después, dedicaba su tiempo libre a competir en pruebas Iron Man y triatlones. Me dijo que solo llevaba cinco meses con el caso. Yo había seguido su evolución durante más tiempo que él, pero necesitaba que me pusiera al día sobre la situación jurídica más reciente. Lipkin estaba decidido a no permitir que la primera decisión del fiscal se mantuviera. Me explicó la lógica del primer recurso y me dijo que ya estaba preparando el segundo. Presentaría nuevas pruebas; no cejaría en su empeño. Había sido elegido como abogado de los últimos supervivientes y sus descendientes, y sentía todo el peso moral de esa responsabilidad. Lipkin argumentó que el veredicto del fiscal era ilegal por dos razones: en primer lugar, porque no había realizado una investigación adecuada y, en segundo, porque no había consultado todas las pruebas disponibles. «El fiscal jefe puede reabrir el caso por cualquiera de estos motivos —explicó. Se encontraba en un terreno jurídico desconocido—: No encontrará en Letonia ningún precedente al respecto». La nación independiente nunca había intentado juzgar a uno de sus propios colaboradores nazis.

Así que Lipkin había pasado mucho tiempo leyendo sobre otros juicios nazis de otras épocas y naciones. Revisó las actas del juicio a Eichmann y encontró el testimonio original de Eliezar Karstadt, el hombre que había mencionado al tribunal la existencia de Herberts Cukurs. Pensaba volver a presentar el testimonio de Karstadt con su segundo recurso. El fiscal solo había desestimado la declaración de Karstadt a Simon Wiesenthal; Lipkin pensó que las autoridades

tendrían más dificultades para desestimar las pruebas de los testigos que se habían presentado ante un tribunal israelí. Los casos de Eichmann y Cukurs habían estado vinculados desde el principio, y así seguirían hasta el amargo final. A Lipkin le pareció que, al igual que Eichmann había sido juzgado por su papel logístico en el Holocausto, por llevar a millones de judíos a la muerte, también Cukurs debía ser considerado responsable de participar en el mismo crimen, aunque a una escala mucho menor. El fiscal no discutía que Cukurs hubiese estado en el gueto mientras se reunía a los judíos para su traslado a Rumbula. Y había muchas pruebas que demostraban que Cukurs había trasladado a prisioneros del gueto de Riga a su muerte. El transporte, argumentó Lipkin, era una «parte integral de la acción de Rumbula». Sin embargo, el fiscal no había considerado este acto como delito.

Mientras tomábamos un café le pregunté a Lipkin cómo veía el caso en los próximos años y cómo pensaba que podría terminar. Me dijo que si el fiscal se negaba a reabrir el proceso, recurriría al Tribunal Europeo de Derechos Humanos de Estrasburgo, donde los estados miembros acudían para resolver sus intrincadas disputas sobre la memoria. Parecía albergar una esperanza inquebrantable en la posibilidad de alcanzar la justicia a través de la ley: un abogado defensor de sus principios. Su vehemencia me recordó la afirmación de Nichanian de que el genocidio es, en su raíz, un desafío al derecho, un desafío que solo la ley es capaz de responder y refutar. Quiero creer que es posible, quiero compartir la esperanza inquebrantable de Lipkin. Pero me preocupa que, aunque lo consigan, el daño ya sea irrevocable.

Unas semanas después recibí una avalancha de correos electrónicos de Riga. El recurso de Lipkin había sido por fin aceptado. En un comunicado de prensa, la fiscalía anunciaba la anulación del fallo anterior y la «reapertura de la investigación previa al juicio». Una investigación interna había constatado que «la decisión de poner fin al procedimiento penal se adoptó de forma prematura, antes de que se llevaran a cabo todas las pesquisas y actuaciones procesales previstas en la Ley de Enjuiciamiento Criminal para obtener y examinar las pruebas, por lo que fue revocada». En otras palabras, el primer fiscal no había hecho su trabajo a fondo, y aunque en su día pudo parecer políticamente conveniente cerrar el caso con una resolución tan torpe, la situación había cambiado. Se había asignado la instrucción a otro fiscal. El caso contra Cukurs volvía a estar abierto.

293. «Museum's Building», Museum «Jews in Latvia».

https://www.jewishmuseum.lv/en/menu/39-museum_s_building.html.

294. Con «mundo libre» señala que el testimonio de Schub se tomó en el Reino Unido, que no puede rechazarse porque declarase ante las autoridades soviéticas.

24. La carrera de los vivos

Cuando se reabrió formalmente la investigación en septiembre de 2019, yo llevaba más de dos años siguiendo su evolución. Continuaba desconcertándome que, tantas décadas después de la Segunda Guerra Mundial, las cuestiones de complicidad, culpabilidad, rehabilitación y restitución siguieran candentes en los tribunales. Era un desconcierto ingenuo pero motivador. Había llegado a pensar en el caso Cukurs como una carrera de los que seguían con vida para conseguir la anulación total del veredicto. Lipkin y Lensky sabían que no solo tenían que avasallar al fiscal con nuevas pruebas, sino también asegurarse de que los supervivientes que habían encontrado vivieran lo suficiente para testificar. Los dos nombres que figuraban en el recurso inicial de Lipkin —Jehuda Feitelson y Paul Semenoff— procedían de dos generaciones distintas; el primero era un superviviente y el segundo hijo de superviviente. Parecían representar un cambio de guardia, la ansiada transición de la primera a la segunda generación de supervivientes, de la memoria a la posmemoria. Fue en nombre de estas dos generaciones que Lipkin había presentado el recurso. Y por ellos debía ganar.

Desde hacía más de medio siglo, Jehuda Feitelson guardaba un cuaderno en el cajón de su escritorio. Había empezado a escribirlo en la década de 1950, tras instalarse por fin en Israel e iniciar una nueva vida, después de un largo y arduo viaje. Tenía diecinueve años cuando los nazis invadieron Letonia. «No entendimos, al menos yo no entendí, lo que estaba a punto de suceder —escribió en su cuaderno—. Las primeras noches procuramos que no nos vieran por la calle. Grupos armados letones que supuestamente ayudaban a la policía desalojaron a los inquilinos que creían que eran judíos o que los porteros decían que eran judíos. Dijeron que se los llevaban a trabajar y desaparecieron sin dejar rastro.» Sus padres, Isaac y Vera, instalaron a su familia en Bauska. Muy pronto los trasladaron a todos al gueto judío.[295] La noche del 30 de noviembre de 1941 vio que se llevaban a su tía y sus dos hijos pequeños a sus tumbas. Ocho días después les tocó a sus padres. «No llegué a ver a mis padres en sus últimos días,

pero durante muchos años el horror de contemplar a las personas fusiladas caídas en la calle, sobre la nieve, me ha perseguido en sueños, y estará grabado eternamente en mi memoria.» Se le quedó grabada otra imagen: los hombres de las SS y sus «ayudantes letones» inspeccionando el gueto con sumo placer. Feitelson recreó la escena en su cuaderno y anotó un rostro inquietantemente familiar: «Vi al asesino Cukurs entre ellos».

Sobrevivió únicamente porque era lo bastante fuerte para trabajar. Trabajó como esclavo durante toda la guerra y se mantuvo vivo el tiempo suficiente para que lo deportasen a Alemania con las fuerzas nazis en retirada. «Los judíos iban en el fondo de los barcos, los alemanes arriba», me dijo su hijo Eran. Enviaron a Feitelson a un campo de trabajo, lo liberaron los soldados estadounidenses. Fue uno de los afortunados.

Después tuvo que decidir dónde reiniciar su vida. Con su familia y su hogar destruidos, no había motivos para volver a Bauska. «No quería regresar a Letonia. Le parecía que los letones estaban a favor de los alemanes», dijo Eran. No se sentiría seguro allí. Así que se coló en un tren que iba a Bélgica con un grupo de amigos y desde allí se dirigió al sur de Francia, donde sabía que las organizaciones sionistas fletaban barcos clandestinos con destino a Palestina. El de Feitelson, como muchos otros, fue interceptado por las fuerzas británicas, y pasó tres días en un pesquero turco mientras esperaba permiso para atracar. Luego luchó con el ejército israelí en la guerra de 1948, se doctoró en Química, se casó y empezó a trabajar en la Facultad de Química de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Anotó en su cuaderno sus recuerdos de la familia que había perdido, de Letonia, de la ocupación alemana. No se lo ocultó a sus hijos, pero tampoco se lo contó.

Las cosas cambiaron en los años noventa, tras la caída de la Unión Soviética. En 1998, Jehuda decidió que era el momento de volver a Letonia para ver qué quedaba allí. «Tardó mucho tiempo en sentirse preparado para volver —me dijo Eran—. Tenía sentimientos intensos y complejos al respecto, pero no era la clase de persona que los expresara abiertamente.» En 2001 regresó con sus hijos para mostrarles la antigua casa familiar en Bauska, el terreno vacío donde se encontraba la sinagoga de la ciudad, las fosas comunes y, en Riga, el lugar exacto donde había visto viva a su madre por última vez.

Pensó que debería erigirse un monumento conmemorativo en el lugar de la antigua sinagoga de Bauska, antaño un bullicioso centro de vida judía, donde de joven él había rezado ante su magnífica arca sagrada. Así que unió fuerzas con un empresario estadounidense nacido en Sudáfrica llamado Yehudi Gaffen, cuya familia también había vivido en Bauska antes del Holocausto, para intentar hacerlo realidad. Convencer al ayuntamiento de que cooperara fue un proceso largo y doloroso. Durante muchos años no hicieron progresos. Entretanto, en otro lugar de la ciudad se levantó el monumento a los letones que murieron luchando con los alemanes. Yehudi y Jehuda, dos de los hijos exiliados de Bauska, siguieron adelante con su misión, frustrados pero sin amilanarse. La evidente facilidad con la que se erigió el monumento a las SS y la prolongada batalla que libraron para conseguir una simple escultura en el solar vacío de la antigua sinagoga «ya lo dice todo», comentó Eran.

Yehudi Gaffen y Jehuda Feitelson viajaron juntos a Bauska para visitar el antiguo pueblo de su familia. «Una de las cosas que más me sorprendió de mis conversaciones con Jehuda fue que yo guardaba más rencor a los asesinos que él —me dijo Gaffen—. Jehuda casi se mostraba indiferente al respecto.»

En aquel viaje visitaron a una mujer que recordaba a Feitelson del colegio. «Subimos a su piso y sacó un álbum para mostrarle fotos de ellos juntos en el aula —me contó Gaffen—. En una de las páginas vimos la fotografía de un hombre con uniforme de las SS. Le pregunté: "¿Quién es ese?". "Era mi marido", respondió ella.» Feitelson se lo tomó con calma. «Mostró una aceptación asombrosa, sin odio.»

En 2017, se erigió por fin el monumento conmemorativo de la sinagoga.[296] Dignatarios de Letonia, Israel y Estados Unidos se reunieron para la inauguración y se recitó una oración Yizkor en recuerdo a los muertos. Un pilar de piedra, tallado en forma de libro de la vida, inmortaliza la larga historia de la desaparecida comunidad judía de la ciudad. «Dedicado a los judíos de Bauska, que durante siglos vivieron aquí y construyeron esta ciudad», comienza, en inglés y letón. Cuatro figuras esculpidas que representan a los asesinados marcan el perímetro del lugar; están hechas de escombros —lo único que queda de la sinagoga— y envueltas en malla de acero. Jehuda Feitelson, demasiado débil para hacer el viaje, se alegró del éxito de su proyecto.

Poco después Lipkin fue a visitarlo a su casa de Jerusalén. «Cuando vinieron a recoger su testimonio, ya estaba bastante débil —me dijo Eran, que estuvo presente durante la visita—. Es una pena que no vinieran antes, pero, como sabes, sus recuerdos eran muy claros al respecto.» Feitelson dijo a las visitas que había visto a Cukurs en el gueto, que reconocía su cara por los periódicos, que su recuerdo de aquel encuentro no era incierto. «Durante los sucesos mencionados, de los que fui testigo desde la ventana del sótano de un edificio de cuatro plantas situado en la esquina de las calles Ludzas y Līksnas, reconocí a Herberts Cukurs, que dirigía los mencionados hechos, entre los letones y los alemanes que trasladaban a los judíos desde el gueto de Riga hasta el lugar donde iban a asesinarlos en Rumbula», les dijo.[297] Estaba al corriente de la campaña de rehabilitación, de los intentos de redimir a Cukurs en Letonia. Les dijo que era bueno que lo hubieran asesinado. «Que la gente convirtiera en héroe a ese criminal era muy doloroso para él», explicó Eran. Lensky y Lipkin remitieron su declaración jurada al fiscal. Esperaban que Feitelson viviera lo suficiente para volver a declarar, esta vez ante las autoridades policiales.

Jehuda Feitelson murió en febrero de 2020, a los noventa y siete años. No vivió para declarar en persona ante las autoridades. Tal vez fuera una bendición: no vivió para ver su testimonio desmentido. Feitelson ha quedado inmortalizado como «Testigo 1» en la investigación en curso. La fiscalía revisó y rechazó su declaración jurada inicial, alegando que no solo no revelaba ninguna novedad, sino que, además, aunque hubiese visto a Cukurs en el gueto el día de la masacre de Rumbula, eso no significaba que este estuviera implicado en el envío de judíos a la muerte. «La fiscalía sostiene que el Testigo 1 supo después de la guerra que conducían a esas personas a la muerte; en consecuencia, su declaración jurada únicamente atestigua que Cukurs estaba presente en el gueto de Riga, lo que no es prueba de culpabilidad —explica Lipkin—. Al parecer, la lógica de la fiscalía es: si el testigo no vio que alguien apretaba el gatillo, esa persona no puede considerarse cómplice del genocidio.»

295. «Oral History Interview with Yehuda Levy Feitelson», United States Holocaust Memorial Museum Collection, Gift of the Holocaust Museum & Center for Tolerance and Education.

https://collections.ushmm.org/search/catalog/irn558310.

296. «About Us», Bauska Memorial.

https://www.bauskamemorial.org/home/about-us/.

297. David Lipkin, «How We Managed To Convince the Latvian Prosecutor's Office to Recall Its Own Decision», Latvian Jewish Courier, vol. 34, núm. 3, diciembre de 2020, p. 6.

25. El hijo del violinista

El 5 de octubre de 2020, Paul Semenoff llegó a la oficina local del FBI en Sacramento, un moderno edificio situado en las afueras, al noreste de la ciudad. Este agente de bolsa de mediana edad, de voz suave y perilla blanca, había pasado meses —años, incluso— esperando este momento, anticipándolo, preparándose para él, preguntándose por qué había tardado tanto en llegar. Su padre le había confiado información antes de morir: historias de expulsión, terror, robos y asesinatos. Ahora, por fin, setenta y cinco años después de tales acontecimientos, había llegado el momento de que Semenoff hiciera públicas estas historias.

Lo habían citado en la oficina de Sacramento para que prestara declaración en el caso Cukurs. El fiscal general de Letonia había enviado una solicitud formal al Departamento de Justicia de los Estados Unidos para recoger el testimonio de Semenoff, y el FBI era el encargado de cumplirla. Aquella reunión llegaba tras muchos años de negociaciones logísticas y maniobras legales, y tanto Lensky como Lipkin esperaban que tuviera un efecto significativo en el caso. En Paul Semenoff habían encontrado un vínculo vivo con los crímenes en cuestión; no había visto los crímenes con sus propios ojos, pero era igualmente testigo de los hechos.

Como muchos hijos de inmigrantes y exiliados, Semenoff está perfectamente integrado en su entorno: un triunfo del sueño americano. Aproximadamente un año antes de que declarara ante el FBI, quedamos en una cafetería de Sacramento. Era un día invernal californiano, frío y despejado, y en cuanto empezamos a hablar se disculpó: esa misma mañana había ido de urgencia al dentista y aún sentía los efectos del tratamiento. Pedí un café, nos sentamos junto a la ventana de la concurrida cafetería y le dije que me contara su historia.

Su padre, el legendario Sasha Semenoff, había muerto en enero de 2013. Digo «legendario» porque eso es precisamente lo que era: un

hombre que desafiaba todas las expectativas, cuyo nombre todos conocían, cuyas hazañas, desventuras y alegrías encarnaban la grandeza y el horror del siglo xx. Sasha es el niño que aparece en el terrible musical descrito en el capítulo 20, el pobre niñito que abraza su oso de peluche mientras disparan a su padre fuera del escenario, su dolor real convertido en un espectáculo azucarado. Sasha dijo que vio cómo Cukurs se apoderaba del piso de su familia y afirmó haberlo visto uniformado, cumpliendo las órdenes del Kommando Arājs. Pero no vivió para dar su propio testimonio, por lo que era el deber de su hijo transmitir las palabras paternas.

El joven Semenoff creció en Las Vegas, donde su padre era un personaje de la escena musical, una figura carismática que todos conocían como «el violinista preferido de Frank Sinatra». (Sinatra solía pedirle que tocara para él en la mesa de blackjack.)[298] Era un personaje, un mensch. Desde muy joven aprendió que entretener también significaba sobrevivir. Nacido como Abram Shapiro en Riga, fue un testigo fundamental en el caso Cukurs, ya que juró en numerosas ocasiones que durante la guerra se había encontrado con Cukurs varias veces y le había visto cometer crímenes espantosos. Shapiro es uno de los principales testigos cuyas declaraciones, tomadas en diferentes momentos y traducidas a diferentes lenguas, aparecen repetidamente en los archivos. En una declaración jurada de 1948 recogida por el Comité Central de Judíos Liberados, Shapiro relata que, el 2 de julio de 1941, Cukurs y varios voluntarios letones de las SS se presentaron en la vivienda de su familia, arrestaron a su padre y se lo llevaron a la Prisión Central, donde fue fusilado. En sus memorias de 1983, Shapiro describe que le obligaron a tocar el piano mientras Cukurs y sus colegas se emborrachaban. Cuando Cukurs se hartó de oírlo tocar, lo envió al gueto de Riga y lo obligaron a trabajar en el garaje del Kommando Arājs.[299] Su testimonio de 1948 incluye un pasaje esencial donde Shapiro describe que Cukurs asesinó personalmente a dos hombres judíos que trabajaban con él:

Trabajaba con un judío llamado Lutrins en el garaje de Cukurs. Aquel día se obligó a los judíos a pasar lista y nos ordenaron que estuviéramos todos allí. Otros dos hombres de nuestra brigada se escondieron con nosotros en el garaje. Vimos que a las personas que aguardaban de pie para pasar lista las golpeaban, las metían en

camiones y se las llevaban. Uno de los guardias comentó que nuestra brigada no se había presentado cuando pasaron lista. Cukurs nos ordenó que nos cuadráramos frente a él y dijo que mi colega Lutrins y yo no podíamos participar porque estábamos trabajando en el coche. Los otros dos —Leitman y otro cuyo nombre no recuerdo— recibieron una paliza espantosa por parte de los guardias letones que estaban a las órdenes de Cukurs. Después vi que Cukurs sacaba una pistola y disparaba a sangre fría a los dos judíos de nuestra brigada de trabajo. Desde entonces no fui a trabajar más porque me sentí amenazado.[300]

El fiscal necesitaba pruebas de que Cukurs había apretado personalmente el gatillo, de que había matado a judíos con sus propias manos. Necesitaba pruebas del corpus delicti y eso fue lo que aportó el testimonio de Shapiro. Era uno de los relatos esenciales que aparecían en las memorias de Meidad, una explicación de por qué el Mosad había perseguido a Cukurs. El problema consistía en que Shapiro había ofrecido relatos ligeramente contradictorios de sus encuentros con Cukurs: «ha mostrado cierta inconsistencia en su testimonio», explica Lensky en el Courier. En su declaración jurada de 1948, Shapiro describe que su padre suplicó a Cukurs que le ayudara; en sus memorias de 1983, no se menciona que su padre estuviera dentro de la vivienda cuando Cukurs fue a confiscarla. Debido a esta contradicción parcial, y a que todos los testimonios de Shapiro se habían prestado en entornos extrajudiciales, el fiscal había desestimado sus afirmaciones por considerarlas inadmisibles y no verificables. Por sí solo, ninguno de sus numerosos testimonios podía considerarse válido. Pero en la figura de su hijo, Lensky y Lipkin esperaban haber encontrado a alguien capaz de apoyar significativamente las afirmaciones de Shapiro.

Al igual que Alperovitch, Shapiro había atraído la atención de los revisionistas. Aparece en el documental de 2011 dirigido por un conocido ultranacionalista, filmado en respuesta a la adaptación de National Geographic de las memorias de Meidad. El ultranacionalista localiza a Abram Shapiro en Las Vegas para preguntarle por su testimonio contra Cukurs. «El Mosad no lo mató porque fuese un buen tipo», le dice Shapiro. Está sentado en una especie de casino, y unas luces de neón rosa y violeta brillan detrás de su cara. «Tenían más pruebas que yo. Sabían lo que hizo Hitler, lo que hizo Cukurs.»

Cuando el ultranacionalista le dice que el Mosad citó su testimonio al explicar el asesinato, al principio Shapiro no le cree. «El Mosad no actuó por mi testimonio —dice, riendo—. ¿El Mosad dijo eso en el libro?» Parece encantado con la noticia. Echa la cabeza hacia atrás y, triunfante, apoya la mano en la barra.

Pero el ultranacionalista lo interpreta de otra manera: «En nuestro viaje a Las Vegas descubrimos que Abram Shapiro nunca había dado ese testimonio. Supuestamente, su testimonio fue documentado por el departamento jurídico de los judíos liberados de Alemania. La misma organización también ha documentado otros dos testimonios. ¿Qué es esta organización? No hemos conseguido averiguarlo. Se desconoce si ha existido siquiera».[301]

Paul Semenoff creció escuchando las historias de su padre. La única razón por la que Shapiro sobrevivió al Holocausto fue porque mientras lo trasladaban de un campo de trabajo en Letonia al campo de concentración de Stutthoff, en la Polonia ocupada, un soldado alemán lo vio con una mandolina en la mano y le pidió que tocara «La Paloma», una canción popular española. «No sé qué habría pasado si no hubiese conocido la canción», declaró a Las Vegas Sun en 2009.[302] La música le salvó la vida.

De joven, Paul acompañó a Shapiro en los conciertos de la ciudad del juego, tocando el bajo y la guitarra en la famosa banda de su padre. «Desde mi más tierna infancia, recuerdo el nombre de Cukurs y que era un monstruo, porque fue el responsable directo de que mis abuelos perdieran el lugar donde vivían y, en última instancia, sus vidas. Luego está la parte horrible en que mi padre presenció cómo Cukurs tomaba posesión de su hogar y se vio obligado a tocar para él mientras hacía lo que le venía en gana.»

En 2019, Ivar Brod, uno de los líderes de la comunidad judía letona emigrada y editor del Latvian Jewish Courier, se puso en contacto con Paul para hablarle del caso Cukurs y para preguntarle si estaría dispuesto a reunirse con el abogado que llevaba la apelación. Paul aceptó, y pronto se encontró hablando por teléfono con David Lipkin, que le preguntó si testificaría lo que su padre vio y sufrió. «Tengo que decir la verdad de lo que sé. No trato de vender a nadie... No trato de ocultar nada. Es lo que hay. Sucedió, él me dijo que sucedió, lo recuerdo desde mi más tierna infancia, forma parte de mí», me dijo

Paul.

Lipkin creyó que Paul tendría que volver a Riga para declarar ante el fiscal en persona. «En principio queremos que vengas aquí; quizá el regreso del hijo de Shapiro cause cierto revuelo.» Lipkin imaginaba que Paul participaría en entrevistas de prensa que ayudarían a reavivar el interés público en el caso. «Pero eso no me importa —me dijo Paul—. Lo único que quiero es ir allí y hacer lo que mi padre hubiese hecho.»

Fue más fácil decirlo que hacerlo. El caso se estancó durante más de un año, atrapado en las burocracias transatlánticas. Paul sabía que el fiscal letón había pedido a las autoridades estadounidenses que le tomaran declaración, pero pasaban los meses y la llamada no llegaba. Lipkin le mantenía al corriente de la evolución del caso en el extranjero, informándole, por ejemplo, de que el Gobierno israelí aún no había cooperado con la petición de información y declaraciones del fiscal general letón. «Es como si a nadie le importara —me dijo Paul —. En el Gobierno israelí no hacen nada al respecto, lo que es un poco decepcionante. Esta ausencia de avances es desalentadora.» Incluso había encargado a una prima lejana, una antigua Miss Israel, que interviniera para solicitar a sus conocidos políticos que avanzaran el caso. Le preocupaba que el segundo testigo, un hombre llamado Menachem Sherman, muriese antes de declarar, como había ocurrido con Jehuda Feitelson. «Uno de mis mayores temores es que ese hombre muera», me dijo Paul. La declaración de un hombre muerto vale menos que la de un hombre vivo, por muy disminuida que esté su memoria, por muy avanzada que sea su edad; esta disparidad es solo una de las muchas iniquidades que separan a los vivos de los muertos.

Dos agentes se sentaron con Paul ese día en Sacramento. Le hicieron una serie de preguntas: ¿qué le había contado su padre sobre Herberts Cukurs? ¿Qué había presenciado su padre de primera mano? Anotaron sus respuestas en un bloc de notas amarillo y le dijeron que su informe se enviaría al Departamento de Justicia y, desde allí, al fiscal de Riga. Paul se fue a casa, sabiendo que por fin había cumplido con su deber.

298. Ed Koch, «Para Sasha Semenoff, superviviente del Holocausto y desde hace mucho tiempo músico en Las Vegas, “la música era su

vida"». Las Vegas Sun, 11 de enero de 2013.

https://lasvegassun.com/news/2013/jan/11/sasha-semenoff-Holocaust-survivor-and-longtime-veg/.

299. Sasha Semenoff, Don't Let This Happen Again: A True Story. Claims Conference Holocaust Survivor Memoir Collection, Washington: USHMM, 1986.

https://archive.org/details/bib266041_001_001.

300. Abram Shapiro, testimonio ante el Departamento Jurídico del Comité Central de Judíos Liberados, Múnich, 19 de diciembre de 1948. Biblioteca Wiener, «Committee for the Investigation of Nazi War Crimes in Baltic Countries», archivo 539.

301. «Cukurs.EN.»

https://www.youtube.com/watch?v=kYXY_6IemJ4.

302. Jerry Fink, «Violin as instrument of survival, happiness», Las Vegas Sun, 25 de enero de 2009.

https://lasvegassun.com/news/2009/jan/25/violin-instrument-survival-happiness/.

26 «Que Dios los bendiga»

Una tarde de primavera de 2019 paseaba por el sur de Berkeley cuando sonó el móvil. Ese mismo día había enviado por primera vez un correo electrónico a Helga Fisch, la hija de Miriam Kaicners, para preguntarle si hablaría conmigo sobre su madre. No esperaba tener noticias suyas tan pronto. Respondí y escuché por primera vez la voz de Helga, rica y de fuerte acento, antes de entrar rápidamente en una cafetería para tomar notas.

Había conseguido su correo electrónico de una fuente inesperada: la propia familia Cukurs. En 2018, la bisnieta de Cukurs, Laura Rizzotto, había sido elegida para representar a Letonia en el Festival de Eurovisión de aquel año. Nacida y criada en Brasil, Rizzotto había conservado la ciudadanía letona a través de su abuela Antinea. Su nominación a Eurovisión hizo que la prensa sacara a relucir su pasado familiar. La joven tenía que responder por los crímenes de su bisabuelo y la familia quería protegerla de estas acusaciones. Cuando un periodista le preguntó por sus «interesantes raíces familiares» y por cómo «ser descendiente de Herberts Cukurs le había afectado la vida», Rizzotto contó que al nacer tres décadas después de la muerte de su abuelo, lo que sabía de él se lo había transmitido su abuela, y que gracias a Cukurs tenía doble nacionalidad letona y brasileña.[303]

Sabía que debía entrevistar a la familia Cukurs en algún momento, y la forma más fácil de conseguirlo se presentó a través del sitio web profesional de Laura Rizzotto. Rellené el formulario de contacto para la prensa y pronto recibí una respuesta del «Equipo de Laura Rizzotto»: la hija de Cukurs, Antinea, quizá se entrevistara conmigo, pero antes yo tenía que hablar con varias personas. La lista incluía al cineasta ultranacionalista, al autor de Nunca lo mataréis y a Andrew Ezergailis, autor de The Holocaust in Latvia. Helga era la única de la lista con la que aún no me había puesto en contacto. (Después de completar todos estos pasos y de reiterar mi solicitud, no recibí respuesta. La familia Cukurs se negó a hablar conmigo para este proyecto.)

Por teléfono, Helga fue directa al grano: «Mi madre nunca hablaba de su experiencia de la guerra», me dijo. Tras su ruptura con la familia Cukurs, Miriam se había casado con un judío cuya familia se había instalado en Brasil en los años veinte. Helga era la menor de los tres vástagos de Miriam, que tuvo dos hijas y un hijo. Miriam había corrido un tupido velo sobre su pasado; nunca les habló a sus hijos de los Cukurs y ellos no sabían lo suficiente para preguntar.

«Se sentía traicionada; la suya era la historia de una traición —me dijo Helga—. Nunca confíes en alguien que no es judío, así nos educaron.» Miriam había fallecido recientemente y Helga estaba investigando el pasado de su madre para empezar a comprender, por fin, su propio legado.

Helga estaba al corriente de la saga de los Cukurs desde hacía solo unos años, cuando Bruno Leal, investigador y doctorando, la había llamado. «¿Sabía que su madre había llegado a Brasil con ese hombre, el verdugo de Riga?», le preguntó. Helga empezó a hacer averiguaciones. «Con lo que sé ahora, entiendo cómo era mi madre, su culpa de superviviente. Creo que, en el fondo, ella sabía que había estado en connivencia con un nazi.» Como tantos hijos de supervivientes, Helga había asumido la triste tarea de reconocer todo lo que su madre vio y lo que decidió no ver. «La última vez que estuvimos juntas, le pregunté: "Mamá, ¿qué pasó con la familia que te salvó?". Ella respondió: "Que Dios los bendiga".»

Helga y su marido se habían jubilado recientemente y se habían trasladado de Nueva York a Aspen, Colorado. Me dijo que había decidido comprender la historia de su madre tanto como le fuera posible. Estaba en contacto con la familia Cukurs y planeaba viajar a Riga. La hija de Cukurs, Antinea, había accedido a reunirse con Helga y a mostrarle la granja de Bukaiši donde Miriam había vivido con la familia. «He estado postergándolo —me dijo Helga—. Veo que su hija ya es muy mayor. He llegado a pensar: ¿a qué estoy esperando?»

Helga empezaba a entender cómo vivió su madre y a enfrentarse a la complicada y contradictoria personalidad de Cukurs. Había leído todo sobre Eichmann, estaba al corriente de su aparente normalidad, de la vida pacífica y doméstica que llevaba mientras al mismo tiempo se dedicaba a la destrucción sistemática de millones de personas. «Eichmann volvía a casa y también abrazaba a sus hijos. Tenía otra

vida fuera de los campos. No puedo señalar a nadie, no puedo decir que sí o que no, solo puedo basarme en la declaración escrita que mi madre entregó a la organización judía de Brasil. Es el único relato histórico que creo que tendré», me dijo. Había mecanografiado la declaración de su madre y la había traducido al inglés. Entendía que quizá fuese un relato imperfecto, pero era lo único que tenía. «Se trata de una declaración sobre algo del pasado que no puede probarse: quizá haya lagunas o eufemismos, es posible. Pero la sigo considerando la historia de mi madre.»

Helga agradeció que Antinea estuviera dispuesta a mostrarle el lugar, pero presentía que la reunión no iba a ser fácil. Me dijo que percibía «cierto resentimiento por parte de la familia», cierta incomodidad con la historia de Miriam. «Al hablar con su hija, nueve años más joven que mi madre, comprendí que a la familia le había molestado un poco que él hiciera todo lo que hizo por salvar a mi madre. Pero el hecho de que la salvara es a lo único que puedo aferrarme.»

La familia Cukurs le habló de la investigación del fiscal. Helga sabía que la decisión inicial afirmaba que no había pruebas de que Cukurs hubiese matado personalmente a nadie y que él mismo había sido «asesinado en vano». Sabía que la familia de Cukurs había celebrado el veredicto y que solicitaba que se le diese sepultura en el Cementerio de los Hermanos. «Una señora judía con quien hablaba me dijo: “El Mosad no se habría propuesto matar a alguien sin tener pruebas”.»

Tuve la sensación de que Helga comprendía mejor que nadie que esta historia no era una cuestión de blanco o negro, que no se prestaba a respuestas sencillas. «El problema es que uno no sabe qué hará para sobrevivir —me dijo—. Hay héroes que murieron en el proceso, y hay personas que hicieron lo que tenían que hacer.»

Colgamos y acordamos seguir en contacto. Me ofrecí a ayudarla con los preparativos de su viaje, ya que nunca había estado en Riga. Le pregunté si estaría interesada en reunirse con representantes de la comunidad judía de allí, que podrían hablarle sobre la vida de su madre antes de la guerra. Dijo que sí, por supuesto. Quería hablar con cualquiera que pudiera ayudarla a reunir el millón de fragmentos que Miriam había dejado, detalles no pronunciados, historias sin mencionar.

En Riga, Ilya Lensky y David Lipkin aguardaban la llegada de Helga. Esperaban que aceptara declarar como testigo en su recurso. La consideraban en una posición única para hablar del complejo carácter de Cukurs, para reconocer lo que hizo por su madre y también para hablar del infierno que había supuesto para otros. La historia de Helga estaba íntimamente ligada a los hechos del caso Cukurs, aunque ella apenas conociera los detalles. Lo menos que podían hacer era conseguir su testimonio.

Pero ninguno de los dos era consciente de que Miriam apenas había hablado con su familia acerca de su pasado. Una vez en Riga, Lensky llevó a Helga a recorrer la ciudad; le mostró lo que quedaba del antiguo gueto judío y del edificio donde su madre había estado detenida antes de que Cukurs la salvara. El viaje fue transformador. «Es increíble cómo la vida puede cambiar de la noche a la mañana. No había entendido lo que era un gueto», dijo. Lensky le mostró la rapidez con que se creó, dónde estaba el alambre de espino, cómo se había confinado a la comunidad judía. «Tuvo que ser espantoso. Mi madre decía "Que tus ojos nunca lo vean"; y eso es lo que había hecho.» Pero Helga lo vio. Recordó lo que Miriam había descrito a la Federación de Judíos de Brasil: que después del primer traslado desde el gueto, había visto casualmente una zona con maletas desperdigadas, sangre y cadáveres. «Sabemos lo que le esperaba», dijo Helga.

También la familia Cukurs esperaba que Helga testificara en su favor. Un día, «de la nada», Rodolfo, el padre de Laura Rizzotto, llamó a Helga y le pidió que hiciera una declaración defendiendo a Cukurs. «Le respondí: "Rodolfo, lo siento, no sé nada". Desde entonces sé mucho más», dijo Helga.

En Riga, Antinea, la hija de Cukurs, llevó a Helga a una visita muy distinta. Viajaron juntas a la granja de Bukaiši, que ahora es un pequeño museo dedicado a las hazañas de Cukurs en la aviación. Aparece anunciado en una lista de atracciones turísticas regionales, abierto de martes a domingo, de 10 a 17 horas, solo con cita previa. Un periodista de un diario de derechas las acompañó en el viaje para documentar la triunfal vuelta a casa de Helga. Antinea no le había pedido permiso para llevar al periodista, ni tampoco le envió el artículo que se publicó a la sazón con la crónica del encuentro.[304] Helga dejó una nota en el libro de visitas del museo: «Gracias por

mostrarme la casa donde la familia Cukurs escondió a mi madre durante la ocupación alemana de Letonia. Una casa preciosa, donde mi madre vivió con la familia Cukurs, aceptada por todos».

Helga fue a Riga para hacer sus propios descubrimientos, para añadir profundidad a los contornos de la vida de su madre. Estaba completando su propia historia, no contribuyendo a la de otros. «Había ido a Riga con una pregunta: ¿fue él tan malo?» Leyó documentos y vio testimonios en vídeo de sus crímenes. «Todas estas personas no pueden estar inventándoselo», dijo. Creía que Cukurs no habría sobrevivido si no hubiera colaborado. Le había sorprendido cómo Antinea la guiaba por la granja, cómo le describía la opulencia de la familia durante la guerra. Helga sabía lo que implicaba vivir así. «No podías sobrevivir si no entrabas en su juego —dijo—. Tenían una casa muy bonita.»

La historia de Miriam Kaicners complica la historia de Cukurs, pero no absuelve a su fantasma. Es comprensible que la familia se aferre a la imagen de su paterfamilias como salvador de Miriam, como su salvoconducto a la supervivencia. Otros descendientes de criminales han hecho afirmaciones similares al sugerir que sus antepasados no pudieron participar en las masacres porque habían salvado a varios judíos, como si fueran hechos excluyentes. El mensaje tácito es siempre el mismo: salvar a unos pocos disculpa la matanza de la totalidad. Se trata de una visión muy reducida de la complicidad, un intento de reducir la parte de culpa.

Conocí a Helga en persona unos meses después de su viaje a Riga. Yo estaba en Aspen por motivos de trabajo y aceptó que nos viéramos durante mi estancia allí. Quedamos en un pequeño café al pie de las montañas. Cuando Helga llegó, me llamó la atención su elegancia: profundos ojos marrones, cara en forma de corazón y una abundante melena castaña. Hermosa, como su madre. Parecía estar a gusto en Aspen, con su famosa mezcla de elitismo y aires fronterizos. Supe que había llegado a Estados Unidos desde Brasil a los veinte años para cursar un máster de diseño industrial en Nueva York y que se había quedado en el país, había empezado a trabajar, se había casado con un cirujano y se había jubilado holgadamente.

Comenzamos a intercambiar información, acercándonos con cautela, pero también con ganas de conspirar. Le hablo de mi abuelo y ella me

habla de Miriam. Ambas grabamos la conversación. Pienso que hemos tenido una infancia similar, pues ambas crecimos en comunidades judías y ambas sabíamos que nuestras familias callaban algo. Escucho lo que Helga piensa de Cukurs, de cómo ha llegado a considerar los compromisos morales y los silencios estratégicos de su madre. «Mi madre vivió casi todo el tiempo a dos horas de Riga, adonde él iba a trabajar —me dice—. No creo que la mujer de Eichmann supiera lo que su marido hacía durante el día.»

Quizá hubo un momento en que Miriam empezó a sospechar que Cukurs la utilizaba como coartada, como prueba viviente de su buena voluntad. Quizá comprendió lo que hacía cuando no estaba en la granja, que no era tan generoso ni tan amable con los demás judíos que encontraba. Tal vez solo se dio cuenta cuando él se puso su uniforme de las SS para volar de Letonia a Alemania al final de la guerra. «A veces uno no quiere saber y no pregunta —me dice Helga —. Piensas: mientras sobreviva, mientras salga de Letonia, quizá sea mejor no saber.» Había rumores de que Miriam había sido la amante de Cukurs, pero Helga no podía creer que fueran ciertos. Durante la guerra, su madre había vivido con la familia durante cuatro años, trabajando como tutora de los niños. Helga entendía que su madre hizo lo que tenía que hacer, pero no podía creer que hubiera hecho eso.

Le pregunté qué pensaba de toda la saga ahora que había caminado por las calles de Riga y había pasado más tiempo con la familia Cukurs. ¿Qué pensaba de su asesinato? «La familia insiste en que Israel no tiene pruebas, que el Mosad mató a un hombre inocente — afirma—. Le pregunté a Ilya [Lensky]: "¿Qué significa eso de que no hay pruebas?", y él me respondió: "Por supuesto que hay pruebas".» Se había dedicado a recopilarlas todas, tenía un conocimiento enciclopédico de la vida y los crímenes de Cukurs. Había enviado a Helga testimonios filmados, incluido el de Abram Shapiro. Cukurs había llevado a su madre a casa de Shapiro después de sacarla de prisión.

Helga sabía que Paul Semenoff había aceptado testificar en el recurso. Veía las similitudes de sus dos posiciones, comprendía por qué Lipkin y Lensky habían esperado que pudiera ayudarlos en su caso. Pero su madre había hecho todo lo posible para proteger a Helga del pasado. Como resultado, ella consideraba que no sabía nada de lo que había

pasado realmente. «Paul tuvo contacto con su padre durante toda su vida y testificará lo que su padre dijo. Mi madre nunca me habló de aquello, por lo que no soy una fuente», explicó Helga.

303. «”Esmu traka uz mūziku”. Laura Rizzotto sirsnīgī intervijā pirms “Eirovīzijas” atlases», Skaties.LV, 16 de febrero de 2018.

https://skaties.lv/izklaide/slavenibas/muziki/esmu-traka-uz-muziku-laurarizzotto-sirsniga-intervija-pirms-eirovizijas-atlases/.

304. Antra Gabre, «Herberta Cukura izglābtās ebrejietes meita mātes dzimtenē pateicas glābēja ģimene», NRA.LV, 23 de mayo de 2019.

https://nra.lv/latvija/281542-herberta-cukura-izglabtas-ebrejietes-meita-matesdzimene-pateicas-glabeja-gimenei.htm.

27. Testigo único, testigo nulo

Testis unus, testis nullus. Testigo único, testigo nulo. Un principio probatorio, una ley universal. ¿O se trata de otra ficción jurídica? En la ley judía se aplica la misma regla: «Aunque veamos a dos [personas] entrar en una habitación y una salga corriendo y la otra se encuentre dentro, muerta con un cuchillo clavado en la espalda, no tenemos pruebas concluyentes de que A haya asesinado a B —escribe el rabino de Jabad Tzvi Freeman—. Si no lo han visto dos testigos, solo tenemos una probabilidad.[305] *Si se ha presenciado, es un hecho.» Es una de las enseñanzas más antiguas de la Torá, del libro de los Números: «Si alguien mata a una persona, el asesino será condenado a muerte por la prueba de los testigos. Pero ninguna persona será condenada a muerte por el testimonio de un solo testigo».*[306]

Todos los sistemas jurídicos tienen sus propias normas probatorias. Se deja en manos de los hombres y mujeres que sirven a la ley —jueces, abogados, fiscales, secretarios— la interpretación de tales normas, para que usen su criterio a la hora de determinar qué tipo de declaración atenderán y cuál ignorarán. La decisión del fiscal en el caso Cukurs parecía no dar crédito al testimonio de los supervivientes; se negaba a tomar en serio el testimonio como fuente de conocimiento y registro del pasado. Tras medio siglo dedicado a la recopilación de testimonios de los supervivientes y a garantizar que se grabaran, filmaran, tradujeran y archivaran de forma adecuada y cuidadosa, el veredicto sugería que, aunque eran esfuerzos muy válidos para fines históricos o conmemorativos, de nada servían ante la ley. No cumplían con los criterios probatorios requeridos y, por tanto, sus reclamaciones no serían consideradas, ni en su totalidad ni en parte.

A Lipkin y Lensky les quedaban dos últimos cartuchos. El primero era que el hombre al que se referían en público como «Testigo 2», Menachem Sherman —un superviviente de noventa y seis años que vivía en Ramat Hasharon, Tel Aviv—, siguiese vivo. Era el último testigo ocular vivo, el «último hombre», como diría Maurice Blanchot. En una declaración jurada, Sherman había testificado que vio a Cukurs en el gueto de Riga, donde lo habían encarcelado en 1941

cuando tenía quince años. «En su declaración jurada afirmaba que Cukurs frecuentaba el gueto de Riga, siempre vestido con uniforme militar», explica Lipkin en el Courier. Sherman dijo haber visto a Cukurs cometiendo asesinatos en tres ocasiones distintas. Recordaba las horas y los lugares exactos de tales asesinatos «y también dónde se encontraba él mismo en ese momento, y cómo fue testigo de los crímenes», escribe Lipkin. Durante uno de estos episodios, Sherman vio que Cukurs obligaba a un judío a golpear a un niño pequeño en el gueto. Cuando el hombre se negó, Cukurs les disparó a ambos.[307] Este testimonio fue aceptado por la fiscalía.

El segundo cartucho era más bien una idea: si la fiscalía no tomaba en serio los testimonios de los supervivientes muertos, tal vez cambiaría de opinión si escuchaba al hombre que había recopilado muchos de ellos. Durante una de nuestras conversaciones en Riga, Lensky me describió a este hombre: había sido secretario del Comité Central de Judíos Liberados en Múnich. Había mantenido correspondencia con compañeros supervivientes de todo el mundo para recoger testimonios contra Cukurs y había participado en su transcripción y traducción. Se había apresurado a recopilar estos relatos porque, en su momento, creyó que los británicos estaban preparando un juicio contra los hombres que habían creado y luego destruido el gueto de Riga. Y seguía con vida. «Se llamaba Edward Alperovitch, pero ahora se llama Edward Anders —dijo Lensky—. ¿Lo conoces?»

Evidentemente me encontraba en un círculo cerrado. Les dije que no solo conocía a Alperovitch (ahora Anders), sino que nos habíamos visto en California y manteníamos correspondencia.

Lipkin me pidió que le transmitiera una petición en su nombre: ¿estaría dispuesto a testificar en nombre de la comunidad judía para dar fe de las condiciones en las que se recogió el testimonio de Shapiro en 1948 y otros similares? La Fiscalía General había determinado que muchos de los testimonios de los supervivientes los habían recogido grupos imprecisos sin una autoridad clara y, por lo tanto, juzgaba que carecían de credibilidad legal. Para Lipkin y Lensky, Anders era la última persona viva que podía rebatir esa afirmación condenatoria.

Hasta ese momento yo no había participado activamente en el caso y había intentado mantenerme en una posición de observadora. Nunca

podría haber afirmado ser imparcial, pero era una observadora igualmente. Lipkin también había mantenido su postura de abogado: había un límite a lo que podía contarme mientras el caso estaba en curso. Pero ninguno de los dos sabía con certeza cuándo terminaría, si es que lo hacía.

Anders me había enviado toda su correspondencia sobre el caso Cukurs, todos los correos electrónicos que había escrito y recibido desde 1998 hasta 2021. Mientras leía estos archivos, fui descubriendo que Anders era una autoridad para los historiadores del tema. Todos le escribían, le enviaban sus artículos, le pedían detalles, verificaciones, recuerdos. «Sobre Cukurs. Sí, una posibilidad es que fuera una combinación lineal de bondad y maldad. No es algo fuera de lo común: algunos conocidos miembros de las SS adoraban a Mozart o mostraban un lado más humano. Pocas personas son blanco o negro; los grises son más comunes —escribió a uno de ellos en un correo electrónico de 2014—. Otra posibilidad es más cínica. En la historia hay varios ejemplos de asesinos en masa que perdonaron a unas pocas víctimas para que pudieran volver a casa y decirle a su pueblo el destino que les esperaba si no se rendían. Una variante más reciente son los asesinos en masa que perdonan a algunas víctimas para que testifiquen a su favor si el bando del asesino pierde la guerra. (Los muertos no hablan, los supervivientes sí.) En un buen número de casos, algunas víctimas se salvaron porque antes de la guerra ellos o sus padres se habían portado bien con el futuro asesino. Eso encaja en la categoría de asesinos gris oscuro en lugar de negro azabache.»[308]

Cuando otro historiador le envía un correo electrónico preguntándole por el número exacto de judíos que fueron asesinados y qué hacía Cukurs en el garaje del Kommando Arājs, Anders responde cortésmente: «Con tantos grupos de asesinos compitiendo entre sí, es difícil obtener una cifra fiable... No sé cuánto trabajo implicaba el mantenimiento de los vehículos del Kommando Arājs. Si era un trabajo a tiempo completo, entonces Cukurs podría haber sido un empleado pasivo que no supiera exactamente qué hacía su jefe, pero (como oficial más prestigioso) estaba preparado para sucederle si mataban a Arājs. Por otra parte, estuvo presente en la limpieza del gueto el 30 de noviembre de 1941, acompañó a las víctimas a Rumbula y al parecer mató a varias, aunque nunca estuviese en el lugar preciso de la ejecución. Si estuvo presente en una sola ejecución en Biķernieki y oyó hablar a los miembros activos en las cenas y

fiestas, sabría lo suficiente para suceder a Arājs —escribió—. Creo que el asesinato por parte del Mosad fue una idea pésima; un crimen, incluso. Cukurs tendría que haber sido juzgado. Y los documentos del Mosad deberían haberse hecho públicos en 1965».

Leyendo su correspondencia, descubrí la tenacidad de Anders para conseguir que se honrara debidamente a los letones que habían escondido y rescatado a judíos. Llevó a cabo una campaña en solitario para que Kārlis Avots, un cabo fallecido que había servido en un batallón de la policía letona y que había sacado del gueto a una mujer y su hijo de tres años, fuera reconocido por su buena acción. Yad Vashem, la institución israelí que tiene la última palabra en estos asuntos, había nombrado inicialmente a Avots como uno de los Justos entre las Naciones, pero después revocó la distinción. Anders seguía luchando. Estaba tan empeñado en que Avots obtuviera reconocimiento que decidió crear el suyo propio, una distinción que honrara a los «Héroes Silenciosos» de Letonia que habían salvado a alguno de sus conciudadanos de la deportación y la muerte durante cualquiera de los regímenes de ocupación. «Seguiré luchando por Avots mientras haya esperanza», había escrito Anders en un correo electrónico.

Transmití la petición de Lipkin a Anders y recibí una respuesta característica, rápida y decidida: «El abogado se ha embarcado en una quijotesca misión imposible: encontrar nuevos testigos creíbles contra Cukurs —comenzaba su correo electrónico—. Por favor, dígale que viví en Liepāja durante la guerra y que nunca vi a Cukurs, por lo que no soy un testimonio de primera mano contra él». Sugería que quizá fuese más productivo basarse en obras históricas acreditadas del Holocausto en Letonia. «Si le doy mi dirección al abogado, seguirán varios mensajes de agradecimiento en los que intentará sonsacarme alguna información útil. La vida es demasiado corta para eso.»

En su opinión, el Mosad tendría que haber ido en busca de Arājs en lugar de Cukurs. A la sazón, explicó, los británicos estaban planeando juzgar a varios hombres del gueto de Riga y, en palabras de Anders, «de forma poco realista, buscaron testigos que hubiesen visto a Arājs apretar el gatillo». No encontraron ninguno y el caso contra él se derrumbó. Tuvieron que soltarlo. «El Mosad tendría que haber ido a por Arājs, que vivía con el apellido de su esposa en Fráncfort y a quien podía localizar hasta un novato —escribió Anders—. Lo detuvieron

después de que un par de exsoldados letones le traicionaran por dos botellas de cerveza; estuvo siete años en una cómoda prisión alemana y murió tranquilamente en su cama. Entonces ¿por qué seguir mencionando a Cukurs y su espantosa ejecución?» Los recuerdos cambian con el paso de las décadas, algo que él sabía muy bien por las horas que había pasado comparando testimonios tomados con casi medio siglo de diferencia. Aquellos que «buscaban testigos contra Cukurs al cabo de setenta y nueve años se estaban poniendo en ridículo», escribió Anders.

El argumento tenía su lógica. El fiscal letón, al igual que los fiscales británicos que le precedieron, había intentado en vano encontrar testigos que hubiesen visto al acusado muerto apretar el gatillo. Al no hallar pruebas suficientes entre los vivos ni tener pruebas verificables de los muertos, el primer fiscal había pensado que su trabajo estaba hecho y el caso cerrado. Testigo único, testigo nulo.

Pero el caso Cukurs no era una investigación penal ordinaria. No iba a desaparecer sin más. Su ejecución marcaba su caso como único, un asunto diferente a cualquier otro. La primera diferencia esencial entre su caso y el de Arājs es que este último acabó entrando en prisión. Con Arājs no había cabos sueltos, ni ambigüedades sobre el alcance de su complicidad ni interrogantes que explotar. La segunda es que Lipkin no estaba «sacando a relucir» el caso por iniciativa propia, sino que respondía a una investigación en marcha e intentaba refutar un intento de revisionismo para salvaguardar los mismos archivos que Anders había ayudado a crear. Anders tenía razón en que habría sido más lógico que el Mosad persiguiera al líder del grupo de asesinos y no a uno de sus secuaces. Pero Cukurs era en muchos sentidos un objetivo más fácil. Vivía sin ocultarse, su paradero era bien conocido, su historia estaba bien documentada y podían vigilar sus movimientos. Fue asesinado en un acto de venganza, lo mataron antes de su juicio en lugar de después. Ahora la venganza que se había logrado con su asesinato podía ser revocada.

305. Tzvi Freeman, «Quantum Reality & Ancient Wisdom», Chabad.org, abril de 2013.

306. «Witness», Jewish Virtual Library, Encyclopaedia Judaica, The Gale Group, 2008.

307. David Lipkin, «How We Managed to Convince the Latvian Prosecutor's Office to Recall Its Own Decision». Latvian Jewish Courier, vol. 34, núm. 3, p. 7.

308. En otro correo electrónico a un historiador letón, escrito en 2015, Anders profundizó en su postura sobre Cukurs: «En cuanto a Cukurs, yo también creo que tenía una mezcla de bien y mal. Sus problemas en el ejército letón sugieren que era indisciplinado e impulsivo, que hacía lo que quería en lugar de seguir las reglas. Este rasgo explicaría sus acciones en el Comando Arājs, donde un día colaboraba en el asesinato de judíos y otro salvaba a otros judíos (a los que conocía o consideraba bien parecidos). No creo que fuera un cínico (a diferencia de otros participantes en el Holocausto) y que salvara a unos cuantos judíos para que sirvieran de testigos en el futuro. Lo considero más bien impulsivo, y no tan profundamente comprometido con el antisemitismo como algunos nazis».

28. El forastero

En el sitio web del Servicio Federal de Seguridad (FSB) de la Federación Rusa, la organización sucesora del NKVD y el KGB, hay un portal de «recepción web». Se invita a las visitas a elegir entre un menú desplegable: solicitudes de servicios gubernamentales, de información gubernamental, de transferencia de información importante a unidades operativas, de información sobre los conjuntos educativos y las academias del FSB, de registros de archivo. Seleccionar este último es encontrarse con una reveladora lista de opciones, una serie de destinos y desventuras, un índice de historias no resueltas:

—Solicitudes relativas al servicio militar en los organismos y tropas de seguridad del Estado (VChK-OGPU-NKVD-NKGB-MGB URSS, MSB-AFB-MBVD-MB-FSK-FSB de Rusia).

—Sobre el trabajo del personal civil en las tropas y organismos de seguridad del Estado.

—Sobre la represión y la rehabilitación de las víctimas de la represión política en las causas penales de los organismos de seguridad del Estado.

—Sobre la aprobación de la inspección estatal de los militares del Ejército Rojo tras su liberación del cautiverio, de los campos de concentración y trabajos forzados en Alemania y otros países europeos durante la Gran Guerra Patria.

—Sobre la participación del personal de seguridad en el movimiento partisano en los territorios de la URSS temporalmente ocupados.

—Sobre la participación de los ciudadanos soviéticos en el movimiento de resistencia europeo durante la Segunda Guerra Mundial.

Un colega me dirigió a este portal. Sorprende que el FSB tenga un servicio de recepción en Internet, pero ahí está, me dijo. Valía la pena intentarlo. Los descendientes directos tienen derecho a solicitar los documentos de familiares, aunque estos aún no se hayan desclasificado. Mi colega había utilizado el servicio para obtener documentos del internamiento de su abuelo en una colonia penal. Había enviado su propia partida de nacimiento y la de su padre para demostrar que era descendiente directo, indicando dónde creía que podían estar los archivos. Por ley, los solicitantes tienen derecho a recibir una respuesta en un plazo de treinta días. El oráculo online le funcionó: al cabo de un mes recibió el expediente personal de su abuelo, los documentos de su represión y su muerte. Tal vez, dijo, el oráculo también me funcionaría a mí.

No es que tuviese grandes esperanzas, pero había que intentarlo. El portal parecía mi mejor oportunidad para obtener información del archivo central del KGB, al que no pueden acceder los investigadores. El primer problema: ¿a qué categoría de desgraciados pertenecía mi abuelo? ¿Se le calificaba como militar o como civil? ¿No había sido ambas cosas? ¿Sufrió formalmente represión política antes de desaparecer? ¿Se le calificaba como alguien involucrado en el «movimiento partisano en territorios temporalmente ocupados»? Algunos relatos, ninguno verificado, sugerían que tras la disolución del Kommando Arājs y la reasignación de sus miembros a batallones de combate, Boris se había unido a una unidad partisana soviética y había matado a un combatiente forestal letón. No había prestado demasiada atención a estos rumores porque me parecían algo descabellados. Pero me pregunté si debía mencionarlos en mi solicitud.

Lo dejé para el final. Enviar la solicitud de información por escrito parecía una mera formalidad, una forma de confirmar lo que ya sabía. Y, sin embargo, aún cabía la posibilidad de que apareciera algo nuevo, quedaba un soplo de esperanza. ¿Cuánto sabe el archivo? ¿Cuánto puede revelar el oráculo?

Mi padre ya había consultado los archivos correspondientes en Alemania, Letonia y Estados Unidos. De la CIA recibió una educada respuesta burocrática del «coordinador de información y privacidad».

«Tras llevar a cabo una revisión exhaustiva de su solicitud, hemos determinado, de acuerdo con la Sección 3.6(a) de la Orden Ejecutiva 13526, que la CIA no puede ni confirmar ni negar la existencia o inexistencia de documentos que respondan a su solicitud. La existencia o inexistencia de dichos documentos es material clasificado e información sobre fuentes y métodos de inteligencia cuya divulgación protege la Sección 6 de la Ley de la CIA de 1949...»

Confirmar o negar la existencia de cualquier documento relacionado con mi abuelo supondría arriesgarse a transgredir las fuentes de inteligencia de la CIA; una respuesta extraña pero no del todo inusual, una respuesta estándar utilizada para alejar cualquier solicitud que se acerque a información sensible. En 2004, en virtud de la Ley de Divulgación de Crímenes de Guerra Nazis, la CIA desclasificó infinidad de documentos sobre criminales de guerra letones, a varios de los cuales había reclutado como espías. Los visados, las huellas dactilares y los informes de estos hombres pueden descargarse ahora en línea. Hay más de una docena de documentos sobre Cukurs y más aún sobre Arājs. Las agencias estadounidenses recopilaron y resumieron lo que sus colegas europeos ya habían documentado y lo que los periódicos ya habían publicado. Se mantuvieron al tanto de estos casos, pero no parece que hayan investigado activamente a ninguno de los dos hombres. El expediente de Cukurs consiste en informes de segunda mano y recortes de prensa: «Unidad de Eichmann vinculada a comandos de la muerte», del Evening Star, 5 de mayo de 1961. «Enviado israelí vinculado al asesinato de un nazi letón en Montevideo», de un número de marzo de 1965 del New York Times. Pero no había nada sobre Boris, aparentemente; al menos nada que pudiera ser confirmado o desmentido.

La noche en que mi padre me enseñó esta carta de la CIA, también sacó de sus archivos otra carta que nunca había visto. Era una fotocopia dirigida a otra persona, con fecha del 6 de noviembre de 1994. El autor era Marģeris Vītoliņš, un antiguo agente del KGB e ilustrador de renombre. Un emigrante letón, conocido de mi padre, había enviado a este antiguo agente una fotografía de mi abuelo y le había preguntado si lo reconocía. El agente le respondió: «¡Por supuesto! No fue en Londres ni en Hamburgo donde conocí a este hombre, sino en Riga. Lo enviaron allí para ser un “forastero”», un hombre del extranjero, un agente sin antecedentes. En la carta sigue explicando que, años atrás, Vītoliņš había hablado del caso de Boris

Kinstlers con uno de sus antiguos superiores, un anciano llamado Albert Bundulis, que había sido jefe adjunto del KGB en Letonia. Bundulis le había dicho que el verdadero nombre de este «forastero» era «Spakovskis» o «Svakovskis». He aquí, pues, la génesis de los rumores sobre mi abuelo que aparecían en la novela. ¿Quién sabía si era cierto? Vītoliņš había muerto en 1996. Su fuente, Bundulis, había muerto en 1988. He llegado demasiado tarde. Los agentes están muertos, pero los rumores siguen vivos. Puedo buscar en Google sus tarjetas de registro del KGB, la historia de sus vidas y leer relatos sin fundamento de sus engaños y traiciones. Pero no puedo preguntarles por Boris.

Rellené el formulario de solicitud del FSB. Anoté toda la información personal necesaria sobre mi familia y sobre mí, adjunté las tarjetas de registro del KGB de mi abuelo, su currículum, la supuesta fecha y el lugar de su muerte: Sillamäe, RSS de Estonia, abril de 1949. Luego envié mi pequeña súplica al vacío.

Quizá nunca descubra quién fue mi abuelo, ni qué le ocurrió, ni cómo llegó a ser objeto de tan extraña intriga. Después de tantos años, no estoy segura de que todos esos interrogantes importen. Quizá no quiera saberlo todo sobre Boris Kinstler. Lo que he averiguado ya es suficiente.

El 29 de diciembre de 2020, la respuesta del oráculo llegó a mi correo electrónico. Una carta de una página del Archivo Central del FSB, firmada ese mismo día en Moscú. Una misiva compasiva, breve y amable:

Nos complace informarle de que el Archivo Central del FSB de Rusia no tiene información ni materiales correspondientes a su abuelo, Kinstlers (Kinstlera) Boris Karlovich, nacido en 1918.

N. A. Ivanov,

Jefe adjunto del Archivo

29. La Troya del Báltico

Un erudito italiano, Felice Vinci, ha propuesto la teoría de que el mundo de los relatos épicos de Homero no se hallaba en Grecia, en las islas y archipiélagos del mar Mediterráneo, sino en el Báltico. Sus pruebas son anecdóticas: que en la Ilíada se describe a los hombres troyanos con pesadas capas y pieles adecuadas para un clima más frío, que el ámbar del Báltico es un hallazgo frecuente en las tumbas micénicas, que Homero nunca describe Creta como una isla. La antigua Troya, afirma Vinci, estaba realmente situada en el pueblo finlandés de Toija, a cien kilómetros al oeste de Helsinki; Tebas, cerca de Estocolmo; Lemnos, en la isla sueca de Lemland; Creta, a lo largo de la costa polaca del Báltico; Hellas, en la actual Estonia; el hogar de Aquiles, Ftía, en la frontera de Letonia y Rusia. Todo el mundo mítico antiguo, trasladado a los climas nórdicos más fríos. Vinci encuentra rastros del mito griego en las mitologías paganas de las culturas escandinavas. Kurland, una región occidental de Letonia, solía llamarse «Curetia», que, según él, deriva de «los curetes de Homero, que la mitología griega vincula con el nacimiento de Zeus». En cuanto al propio Zeus, justo en esa región existe «la figura de un dios supremo llamado Dievas en lituano y Dievs en letón. En el folclore local muestra curiosamente rasgos típicos del Zeus helénico».[309]

Es una idea ridícula, pero también fascinante. Es cierto que Troya nunca se ha encontrado.[310] Homero canta su completa destrucción, cómo la gran ciudad de los «mortales semidioses» fue arrasada, «allanada», sepultada bajo la arena. Los santos patronos del nacionalismo romántico, Goethe y Herder, no se preocuparon de dónde estaba realmente, o de si había existido siquiera. El paisaje de Troya se extendía ante ellos allá donde las naciones entraban en guerra, donde se producía la catástrofe. «En un abrir y cerrar de ojos, el mundo se desploma —escribe el erudito Wai Chee Dimock sobre la representación homérica de la catástrofe troyana—. Todo lo que lo sostenía, todo lo que se daba por supuesto, se pierde irremediablemente.»[311] Después de la Segunda Guerra Mundial, la destrucción de Troya adquirió un nuevo significado. «Fue una época

en la que la Ilíada se leyó como una alegoría de la destrucción nazi de la civilización occidental, y de los judíos en particular», escribe el clasicista James Porter.[312] En Europa, como en la mítica Troya, todo estaba irremediablemente perdido, arrasado, sepultado bajo la arena.

Las ruinas de la Gran Sinagoga Coral de Riga no parecen tener ochenta años, sino mil. Sus restos fueron demolidos y sepultados después de la guerra, cuando las autoridades soviéticas convirtieron el espacio en un parque. Instalaron bancos y una impresionante y ordenada hilera de árboles. Tras la desaparición de la Unión Soviética, comenzaron las excavaciones en el lugar y, pronto, los antiguos cimientos de la sinagoga empezaron a asomar del suelo. En la actualidad, los pocos fragmentos recuperados de los arcos de estilo románico aparecen unidos en una serie de muros reconstruidos de forma tosca. Se funden con su nuevo recinto artificial casi a la perfección; si se pasa ante las ruinas con prisa, nos perderemos los detalles florales tallados que se enroscan en la piedra ennegrecida, los ornamentos de hojas, la extraña curvatura de los contornos. Si se pasa por alto la menorá metálica y los carteles conmemorativos, se puede llegar a confundir con los restos de un antiguo acueducto o una muralla.

Todos los años, el 4 de julio, una pequeña multitud se reúne ante estas ruinas. Llevan traje y corbata y miran a los dignatarios reunidos: el presidente, el primer ministro, el ministro de Defensa, los embajadores de Israel y Alemania, el jefe de la comunidad judía y el único superviviente con su bastón. Hombres y mujeres llegan desde las embajadas con banderas nacionales prendidas en la solapa y flores en las manos. Los jubilados contemplan el espectáculo desde los bancos del parque, siguiendo con la vista a los dignatarios que se dirigen juntos al monumento y se inclinan para depositar sus coronas.

En 2019 me encontraba entre los presentes y oí proclamar al entonces presidente:

Recordemos que el 4 de julio de 1941 se iniciaron los terribles acontecimientos del Holocausto con la quema de la sinagoga. El Holocausto en Letonia no habría ocurrido si la Alemania nazi y la URSS no hubieran destruido la soberanía de Letonia.

Lamentablemente, el denominado Kommando Arājs participó en el genocidio organizado por las autoridades nazis de ocupación. Según la Comisión de Historiadores de Letonia, asesinó a unos veintiséis mil civiles. Se trata de crímenes graves e injustificables contra la humanidad y contra el futuro de Letonia, y su investigación no puede llevarse a cabo con un enfoque simplificado.[313]

¿Era esa última línea una advertencia, un mensaje? En tal caso, ¿para quién? ¿Se suponía que el nuevo fiscal asignado debía tenerlo presente? Los crímenes del Kommando Arājs, dijo el presidente, no solo fueron crímenes contra la humanidad, sino crímenes contra el futuro. Debido a las acciones del comando —su complicidad, su celo, su terror—, la nación nunca conocería un futuro libre de las cargas del pasado. Por muchas investigaciones, juicios, comisiones históricas y ceremonias conmemorativas que se lleven a cabo, nada podrá librar a las generaciones futuras de esta indecorosa herencia. Eso es lo que lamentaba el presidente.

Cuando terminaron los discursos, las coronas de flores y las fotografías, la multitud se disolvió. Los dignatarios doblaron la esquina y desaparecieron en sus coches, los empleados de la embajada volvieron charlando a sus escritorios. Un pequeño grupo se quedó con Marģers Vestermanis, el único superviviente, de noventa y seis años. Cuando tenía diecinueve, escapó de una marcha de la muerte huyendo al bosque. Vivió la guerra con los partisanos soviéticos; dedicó el resto de su vida a documentar todo lo que se había perdido.

Uno de los viejos amigos de mi madre, Dmitry, se quedó con los demás. Su padre era Peter Krupnikov, el historiador que había trabajado como traductor durante el juicio de Friedrich Jeckeln y que, más tarde, había guiado a la hija de Jeckeln por la sala del juicio. Dmitry, un flamante hombre de negocios, supervisaba la campaña de restitución de la comunidad judía y trabajaba en la reclamación de las propiedades religiosas y comunales que fueron nacionalizadas durante la primera ocupación soviética. Dmitry me presentó a Vestermanis; le dijo que yo era la hija de una antigua amiga y que mi apellido era Kinstler. Vestermanis exclamó de inmediato: «¡Eres la nieta!». Se sucedieron los recuerdos: dijo que una vez bailó con mi abuela Biruta, que había sido su dentista; que Boris era el más inteligente de los

miembros del Kommando Arājs. Era el encargado de la correspondencia entre letones y alemanes. «Y luego se hizo agente del KGB. En algún lugar se ha escrito que fue enviado a Bielorrusia y luego desapareció.»

Le pregunté dónde lo había visto escrito, pero no lo recordaba. Hacia el final de la guerra, muchos miembros del Kommando Arājs fueron a Bielorrusia, movilizados junto a los regimientos alemanes que intentaban frenar el avance soviético. Quizá enviaran allá a Boris durante la guerra, pero ninguno de los documentos que he podido encontrar lo sugiere. Le agradecí a Vestermanis que me lo contara y quedamos en volver a hablar cuando se recuperase del esfuerzo del día.

Como todos en la comunidad judía, Vestermanis había seguido los avances del caso Cukurs. Cuando le llamé unos días después para preguntarle por su opinión al respecto, me dijo que la investigación no era más que una locura de la fiscalía, un paso en falso por motivos políticos. Él era una de las pocas personas vivas que había presenciado toda la progresión de esta terrible historia. A él también le habían pedido que testificara contra Cukurs, pero se negó. No tenía pruebas que ofrecer, ya que nunca se habían visto personalmente durante la guerra. Pero sabía algo más: a principios de los años sesenta, cuando trabajaba en los archivos públicos, había revisado todos los documentos sobre el Kommando Arājs, sobre la creación y la destrucción del gueto de Riga. Se dio cuenta de que faltaban algunos expedientes: los registros de las comisarías 6.a y 9.a de Riga, a la que estaban asignados los miembros del Kommando. No era raro que los archivos estuvieran incompletos: durante el periodo soviético, los archivos importantes y sensibles se trasladaron de la periferia al centro, de Riga a Moscú. El fiscal había tomado nota de esta laguna en el texto de su resolución: «El archivo no puede proporcionar más información sobre el servicio de H. Cukurs en el ejército alemán y sus actividades durante la Segunda Guerra Mundial, ya que los documentos pertinentes del periodo de ocupación alemana no se han conservado en su totalidad y dicha información no figura en los existentes».

Pero ¿por qué se habían llevado estos archivos en particular? Vestermanis propuso una conclusión razonable, la misma a la que ya habían llegado numerosas personas familiarizadas con esta extraña

historia: las autoridades soviéticas habían estado preparando otro proceso judicial, su propio «juicio mundial», una emulación del proceso de Israel contra Eichmann. Planeaban procesar a Cukurs, y, por ello, se habían dedicado a reunir las pruebas necesarias. Esa era la razón de que faltaran los archivos de la comisaría, dedujo Vestermanis. Tal vez también fuese la razón de que las fuerzas israelíes hubieran decidido ir primero a por Cukurs.

Sus sospechas hicieron resurgir el fantasma de un juicio que nunca llegó a celebrarse, el juicio fantasma del héroe fantasma. ¿Qué se habría conseguido con este proceso? ¿Habría aparecido alguna prueba nueva y definitiva? La idea del juicio fantasma siguió apareciendo en mis conversaciones sobre el caso: no importaba de qué lado estuviera la gente, todos parecían coincidir en que el fiscal no habría investigado la culpabilidad de Cukurs medio siglo después de su muerte si se hubiera producido un juicio en vida. Si este presunto juicio soviético se hubiese llevado a cabo en el pasado, nada de esto ocurriría en el presente.

Creer en semejante juicio fue un recurso contrafáctico, el deseo de creer una historia tallada en piedra, una historia que no se moviese con las mareas políticas. Las pruebas de dicho proceso, como las de una Troya báltica, son puramente anecdóticas. Es una idea atractiva porque invita a la especulación histórica: de haberse producido un juicio, no habría habido un consejo de guerra apresurado en Shangrilá, ni un asesinato, ni un veredicto telegrafiado.

En cierto modo, el éxito del asesinato superó todas las expectativas de los asesinos. Si aceptamos la afirmación del Mosad de que el asesinato fue un intento de imposibilitar que un estatuto de limitaciones impidiera nuevos juicios a los nazis, de ampliar los parámetros de la legalidad y hacer estallar los límites históricos del derecho, entonces obtuvieron precisamente lo que deseaban. La prescripción de los crímenes nazis se aplazó indefinidamente, no solo en Alemania sino en toda Europa. Estos crímenes siguieron jurídicamente vivos el tiempo suficiente para que una nueva generación obtuviera sus títulos de derecho y llegara al poder, una generación que no había vivido ni sufrido la guerra mundial. Para esta generación —la mía—, los acontecimientos del siglo pasado siempre estarán algo ocluidos, rodeados de una niebla cada vez más espesa. Es una generación a la que le resulta más fácil volver la vista a la escena del crimen de la

historia, encontrar pruebas insuficientes y desesperarse. La ampliación del alcance de la ley tiene dos vertientes: un crimen que todavía puede juzgarse también es susceptible de indulto.

309. Felice Vinci, «The Nordic Origins of the Iliad and Odyssey: An Up-todate Survey of the Theory», Athens Journal of Mediterranean Studies, vol. 3, núm. 2, pp. 163-186.

https://www.athensjourn als.gr/mediterranean/2017-3-2-4-Vinci.pdf.

310. El hombre de negocios Heinrich Schliemann afirmaba haber descubierto la Troya de Homero, pero en realidad descubrió un palacio mil años más antiguo. Véase James I. Porter, «What Did Homer See?», Homer: The Very Idea. Chicago: University of Chicago Press, 2021. Véase también D. F. Easton, «Heinrich Schliemann: Hero or Fraud?», The Classical World, vol. 91, núm. 5. Johns Hopkins UP, Classical Association of the Atlantic States, 1998, pp. 335-343.

https://doi.org/10.2307/4352 102.

311. Wai Chee Dimock, «After Troy: Homer, Euripides, Total War», Rethinking Tragedy, Rita Felski (ed.). Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2008, p. 66.

312. James I. Porter, «What did Homer See?», Homer: The Very Idea. Chicago: University of Chicago Press, 2021, p. 172.

313. «Valsts prezidenta Raimonda Vejona uzruna Ebrjeu tautas genocidea upuru pieminas dienas pasakuma Gogola iela», Riga, 4 de julio de 2019.

30. El antónimo del olvido

Definir la fuerza: es la x que convierte en cosa a cualquiera que esté sometido a ella. Ejercida hasta el límite, transforma al hombre en cosa en el sentido más literal: lo convierte en un cadáver. Alguien estaba aquí, y un momento después ya no hay nadie.

Simone Weil

, «La Ilíada, o el poema de la fuerza», 1940

Este libro ha empezado con una pregunta: «¿Es posible que el antónimo de "olvido" no sea "recuerdo", sino "justicia"?». Me gustaría que Yerushalmi, el gran historiador judío, hubiera sido más específico al respecto: ¿justicia de qué tipo? Si está en lo cierto respecto a esta oposición antinómica, entonces ¿qué queremos decir con «nunca olvides»? No podemos referirnos simplemente a «recuerda siempre», pues recordar ha demostrado ser un compromiso burdo e insuficiente. La memoria puede atrapar a sus devotos en sus propios bucles cerrados. Desbloquea sus propias lógicas asesinas.

La historia de Herberts Cukurs, de la larga vida posterior a su asesinato, es una historia de justicia diferida, aplazada, evadida, pendiente. Ilustra las dificultades para conciliar las tareas paralelas del juez y del historiador, que están vinculadas por la creencia compartida de que es posible «demostrar, según unas reglas determinadas, que X hizo Y», como escribe el historiador Carlo Ginzburg. «Los caminos del juez y del historiador, que van de la mano durante un trecho, acaban por divergir inevitablemente.» Deben seguir caminos distintos, seguir líneas argumentales diferentes.

¿Qué hace falta para demostrar que X hizo Y? El juez y el historiador tienen cada uno sus propios métodos. Los académicos no pueden decidir. ¿Es la narración o la prueba lo que satisface nuestra voluntad de saber? ¿Es la trama la que hace la prueba, o la prueba la que hace

la trama? Otro bucle interminable. Un colega me recuerda amablemente que «X hizo Y» es el tipo más básico de trama.

Ahora no parece casualidad, ni un mero guiño del destino, que Marcelo Silva, mi guía en Uruguay, fuera él mismo un juez, un hombre que se pasa el día determinando si X hizo Y, y qué penas debe recibir X. Como emisario de la ley, estaba formado para ver las pruebas de una manera determinada; como pintor, estaba formado para verlas de una forma algo distinta. En su investigación sobre el asesinato, escribe: «Como hombre racional y como hombre de leyes, me habría gustado ver a Herberts Cukurs en la sala de un tribunal penal alemán, definiendo su defensa con su abogado. También me habría gustado que los supervivientes del Holocausto dieran sus testimonios personales cara a cara [con el autor] para que saciaran así su sed de justicia».[314] En Montevideo, le pedí que explicara por qué creía que el juicio de Cukurs tendría que haberse producido, por qué el asesinato estaba lejos de ser una forma de justicia suficiente. Respondió con una especie de comentario sobre la función y el poder del proceso judicial: «Antes de ir a juicio, los hechos son solo hechos. En el juicio, los hechos se transforman en evidencia, en prueba. Si no hay juicio, los hechos son solo indicios. Pueden calificarse de verdaderos o falsos, pero no son una prueba».

Era una formulación algo confusa —las pruebas generalmente preceden y prueban los hechos—, pero Silva expresaba la creencia ampliamente extendida de que el derecho es capaz de transformar la realidad, que las sentencias legales y los procesos deliberativos que las preceden dan forma a los contornos de nuestra vida. Como muchos juristas, creía que los «hechos» que existen antes del juicio son de un orden diferente a las «pruebas» que puede producir el juicio. Hablar con él me trajo a la memoria las numerosas conversaciones que había mantenido con los supervivientes, descendientes e historiadores que han dedicado su vida a preservar los hechos del Holocausto, que ven cómo los hechos de la historia se les escapan de las manos, arrastrados por las crecientes mareas de revisionismo, ultranacionalismo y negacionismo. Feitelson, el científico que se aseguró de prestar declaración antes de morir; Alperovitch, el cosmoquímico que rastreó los movimientos de los batallones como antes había rastreado los meteoros; Vestermanis, que descubrió los expedientes policiales que faltaban del archivo y lamentó, en su discurso de 2021 en el Día en Recuerdo del Holocausto, que «los malhechores suelen tratar de

ocultar sus fechorías, mientras que aquí ciertos círculos se enorgullecen de este espantoso legado».[315] Luego estaban las segundas y terceras generaciones que cumplían con su deber y administraban lo mejor posible los recuerdos que habían heredado: Paul Semenoff, Helga Fisch, Ilya Lensky, David Lipkin, Dmitry Krupnikov.

Los casos de la Segunda Guerra Mundial siguen abriéndose paso en los tribunales de todo el mundo. En Alemania, los herederos de la monarquía prusiana se han querellado por sus tesoros familiares;[316] un historiador ha sido demandado por descubrir relaciones amorosas ilícitas en los campos de concentración;[317] siguen llegando nonagenarios al banquillo de los acusados. Se les impone sentencias leves, en el caso milagroso de que vivan lo bastante para escucharlas. En Ámsterdam, un antiguo agente del FBI ha determinado supuestamente quién traicionó a Ana Frank. Su equipo activó el análisis forense, creó una maqueta virtual de su escondite, se refirió a la investigación como «caso sin resolver».[318] En enero de 2022 revelaron la identidad del que sospechan que fue el responsable. Los historiadores no están de acuerdo con sus conclusiones.[319] ¿Irá el fantasma a juicio? El nombre de un responsable adorna la calle de Vilna donde, hace unos años, se desenterró una importante colección de textos judíos de una genizá anterior a la guerra. En Polonia, estudiar el Holocausto e incluso insinuar una acusación de colaboración puede comportar tres años de prisión y una serie de demandas por difamación.[320] En las mesas de los jueces y en los despachos de los abogados se desacreditan los testimonios de los supervivientes ya fallecidos; según el bando al que pertenezcan y el país en el que ejerzan, los abogados se lamentan de no poder interrogar a los testigos presenciales o agradecen en silencio sus muertes. Un testigo muerto puede ser impugnado mucho más fácilmente que uno vivo. (Recordemos lo que escribió Edward Anders: «Los muertos no cuentan historias, pero los supervivientes sí».)

Los supervivientes llevan casi un siglo contando la historia del Holocausto, y los jueces siguen pidiendo pruebas. En toda Europa del Este, no solo en Riga sino también en Vilnius, Kiev y Varsovia, los investigadores forenses siguen buscando fosas comunes. Hace tiempo que se conocen sus ubicaciones, pero los investigadores quieren saber sus contornos precisos, la inclinación exacta de su suelo. Harán visualizaciones en 3D de sus hallazgos; las subirán a Internet y las mostrarán al mundo. ¿Serán suficientes estas pruebas?

Eran los últimos meses de la revisión de este manuscrito y me preguntaba adónde se dirigía mi trama y cuál había acabado siguiendo (si es que había alguna), cuando recibí una serie de mensajes inesperados. El primero era de Dmitry Krupnikov, antiguo compañero de colegio de mi madre, cuyo padre había guiado a la hija de Jeckeln por la sala de juicios. «Hoy he tenido una reunión interesante, ¿puedes hablar?», me escribió por WhatsApp.

Lo llamé de inmediato. Ese mismo día una joven le había enviado un mensaje de texto. Era una de las bisnietas de Cukurs. (No la que representó a Letonia en Eurovisión.) Le había preguntado si estaría dispuesto a hablar con ella. Su familia le había contado historias sobre su paterfamilias, sobre cómo había sido injustamente perseguido y calumniado. Le dijo a Dmitry que quería escuchar «el otro lado de la historia».

Dmitry se lo contó a Lensky y juntos invitaron a la bisnieta a la sede de la comunidad judía, situada en el mismo edificio del museo de Lensky y donde, tiempo atrás, el propio Cukurs se había dirigido en una ocasión a una multitud que lo adoraba. Se sentaron con ella durante dos horas, le mostraron fotografías y documentos, le dijeron lo que sabían: que no era exacto llamar a Cukurs el «carnicero» ni el «verdugo» de Riga; que era cierto que muchos de los crímenes concretos y truculentos de los que se le había acusado no podían verificarse; que, sin embargo, su culpabilidad en el genocidio y los crímenes de guerra superaba cualquier duda razonable. Al igual que el padre de Dmitry había explicado lo sucedido a la hija de Jeckeln, ahora Dmitry explicaba lo sucedido a la bisnieta de Cukurs.

Primero el padre, ahora el hijo. Primero la hija, ahora la bisnieta. ¿Dónde acaban estas historias? ¿Qué responsabilidades conlleva su transmisión tantas generaciones después? ¿Cómo sabemos cuándo hemos llegado a la «Z»?

El segundo mensaje que recibí fue de Anders. Quería que supiera que le habían dado un mal diagnóstico, que su corazón estaba perdiendo fuerza. Me enviaba sus archivos, todo lo que creía que podría necesitar en el futuro. Quería que tuviera las versiones originales, las que él mismo había mecanografiado, no las traducciones. «Como se decía en la época romántica, mit meinem Herzblut geschrieben.» Escrito con mi corazón y con mi alma. Me deseó suerte.

El tercero era de mi padre. Había leído el manuscrito; no tenía correcciones. Me dio su aprobación, pero me advirtió: «Prepárate para que te lluevan ataques de todos lados». Y luego me envió una serie de fotografías por WhatsApp. Había una que veía por primera vez. En ella, mi abuelo está de pie con el uniforme alemán al completo, la gorra apoyada en el brazo y lo que parece ser un escudo de Lettonia cosido en la manga. Lleva el pelo engominado y los guantes en las manos. La fotografía conmemora algún tipo de reunión oficial; Boris está de pie junto a un hombre vestido con traje y corbata. Se miran como si les hubiesen dicho que conversaran cortésmente. Es una imagen aterradora: mi abuelo con su traje nazi. Mi padre había tenido esa fotografía todo este tiempo. Quizá no quería que la viera, quizá no quería transmitir esta parte concreta de la historia. Tal vez no le pregunté si existía porque no quería saberlo. O tal vez solo ahora estoy aprendiendo qué preguntas hacer, y a discernir todo lo que exigen sus respuestas.

314. Silva y Cardozo, El Mossad, epílogo.

315. «Holokausta izdzīvojušā uzruna /Marģers Vestermanis/ Address by Holocaust survivor. 4.07.2021. LV/EN.»

https://www.youtube.com/watch?v = buk3Y Ttt-UI.

316. Madeleine Chambers, «Germany's ex-royal family wins legal case against historian», Reuters, 18 de febrero de 2021.

https://www.reuters.com/article/us-germany-royals/germanys-ex-royal-family-win-legalcase-against-historian-idUSKBN2AI2RI.

317. David Batty, «Court fines Historian over claims of Holocaust survivor's lesbian affair», Guardian, 21 de diciembre de 2020.

https://www.theguardian.com/education/2020/dec/21/court-fines-

historian-over-claims-holocaust-survivor-lesbian-affair.

318. «75 years after the arrest of Anne Frank», Anne Frank House, 1 de agosto de 2019.

https://www.annefrank.org/en/about-us/news-and-press/news/2019/8/1/75-years-after-arrest-anne-frank/.

319. Nina Siegal, «Scholars Doubt New Theory on Anne Frank's Betrayal», New York Times, 18 de enero de 2022.

320. Linda Kinstler, «The Right to A History Without Lies», Jewish Currents, 22 de marzo de 2021.

https://jewishcurrents.org/the-right-to-a-history-withoutlies.

Agradecimientos

No sabría decir con precisión cuándo empecé a trabajar en este libro, ni si el trabajo terminará alguna vez. Estoy en deuda con todos los que ayudaron a darle forma a lo largo del camino, mediante pequeñas y grandes intervenciones en forma de ideas, amistad y generosidad, y que quizá no sepan que sus aportaciones han sido de gran ayuda.

No existiría un libro del que hablar sin la gentileza de sus protagonistas. Ilya Lensky ha sido un interlocutor amable y erudito, y su memoria enciclopédica es, para mí, un tesoro nacional letón. David Lipkin me informó de su estrategia jurídica y me mantuvo al corriente de la evolución del caso. Dmitry Krupnikov me permitió acceder a su extenso archivo y me contó historias de su padre en los años de la posguerra. Siempre apreciaré sus recordatorios periódicos de que la vida es, por lo general, más extraña que la ficción. Helga Fisch me confió la historia de su madre, una historia que nos recuerda que muchas cosas pueden ser ciertas a la vez. Dror y Eran Feitelson me contaron recuerdos de su padre y de su viaje a su lugar de nacimiento. Yehudi Gaffen fue una ayuda solidaria e inquisitiva a lo largo del proceso. Shlomo Shpiro me habló de sus largas conversaciones con Yaakov Meidad. Eliahu y Frank Gordon me transmitieron amablemente sus recuerdos. Sin Marcelo Silva nunca habría podido entender lo que pasó en Montevideo, ni examinar las pruebas que se conservaban. Siempre admiraré el compromiso vital de Edward Anders con la verdad y su alergia a la imprecisión.

Varias monografías históricas fueron cruciales para el proceso de investigación y escritura. La obra de Richards Plavnieks Nazi Collaborators on Trial During the Cold War fue fundamental y estoy en deuda con el autor por facilitarme materiales, responder a mis preguntas y revisar las partes pertinentes del manuscrito. El libro de Francine Hirsch Soviet Judgement at Nuremberg modificó mi forma de ver el TMI. Las tesis de Samuel Casper, Patrick Tobin y Bruno Leal iluminaron diferentes aspectos de esta historia. En Riga, Uldis Neiburgs me mostró sus descubrimientos en los archivos; lo que he

podido saber sobre mi abuelo se lo debo en gran parte a él. Uldis V. Bru̅ns, Toomas Hiio, Mikhail Nakonechnyi y Maija Spurina me ayudaron en mi investigación. René Bienert del Instituto Wiesenthal de Viena, Dan Newman del Museo del Holocausto de Estados Unidos, Aina̅rs Bambals de los Archivos Estatales de Letonia y el personal de la Biblioteca Wiener de Londres fueron de gran ayuda en referencia a los archivos. The Holocaust in Latvia, de Andrew Ezergailis, fue una fuente indispensable. Aunque en su vejez Ezergailis se convirtió en uno de los más acérrimos defensores de Cukurs, siempre estuvo dispuesto a responder a mis preguntas: «¡Querida Linda! Quizá ya sabes demasiado —me escribió en 2016—. ¿Hay una forma correcta de asumir el Holocausto? ¿He hecho lo que tocaba?». Murió en enero de 2022, cuando este libro entraba en imprenta.

Estoy inmensamente agradecida a los profesores y colegas que me pusieron en este camino y me apoyaron durante el trayecto. En el Bowdoin College, Marilyn Reizbaum me abrió mundos de significado y, desde entonces, me ha proporcionado directrices y una sabiduría inestimables. En la Universidad de Cambridge, Rory Finnin apoyó la primera encarnación de este proyecto. En Londres, Matt Kaminski me dijo que me pusiera manos a la obra. En Berkeley, Alexei Yurchak y Yuri Slezkine profundizaron en mis conocimientos de la época soviética y sus consecuencias, animándome a pensar en ella como, sobre todo, una historia sobre la memoria. Mientras almorzábamos en Saul's, Michael Lewis me pidió el cuaderno y anotó la estructura del libro como solo pueden hacer los grandes. El seminario de Judith Butler sobre Kafka fue toda una revelación.

El Departamento de Retórica de Berkeley ha sido el lugar perfecto para estudiar durante los muchos años que me llevó escribir esta historia. Daniel Boyarin, Samera Esmeir y James Porter ampliaron mis ideas; Winnie Wong me enseñó a tomar notas de forma rápida. Ramona Naddaff ha sido una increíble mentora intelectual y profesional desde el primer día. Le agradezco sinceramente que organizara para mí un taller sobre el arte de la escritura, y a Andrew Shanken, Harrison King y Molly Krueger por su participación: sus comentarios y sugerencias guiaron mis revisiones. Michael Mascuch leyó y comentó partes del manuscrito; gracias a él conocí a Edward Anders, un encuentro que cambió el curso de la obra. Marianne Constable me enseñó a pensar sobre la justicia, las pruebas y la relación cambiante del derecho con la historia; sus notas en varios de

los primeros borradores fueron de gran ayuda.

No habría llegado muy lejos sin buenos amigos: Genevieve Barrons, Erica Berry, Amanda Cormier, Kailana Durnan, Katie Engelhart, Hilary Hurd, Julia Ioffe, Lilia Kilburn, Jacob Mikanowski, Alice Robb, Madeleine Schwartz, Kyra Sutton, Valerie Wirtschafter y Tim Wyman-McCarthy me proporcionaron valiosos comentarios, consejos y camaradería. En Riga disfruté de la compañía de Anna y Marija Kuricina, y Sanita Jemberga me prestó su inmensa capacidad de investigación. En Montevideo, Diego Zoppolo y Victoria Lorbeer me mostraron su hermosa ciudad y se aseguraron de que no todo fuera trabajo. Camila Alonso fue una maravillosa traductora durante el viaje.

Las subvenciones de la Marshall Aid Commemoration Commission, del Pulitzer Center on Crisis Reporting y del Berkeley Institute of Slavic, East European, and Eurasian Studies me permitieron viajar para reunirme con las fuentes y acceder a los archivos. David Wolf me encargó para The Guardian Long Read un artículo sobre los «últimos cazadores de nazis» de Ludwigsburg, que desarrollo en el capítulo 10. Karl Jirgens, Eva Eglā ja-Kristsone e Ieva Lešinska aceptaron amablemente que sus traducciones del letón aparecieran como epígrafes.

Georgina Capel y Simon Shaps creyeron en este proyecto desde el principio y les estoy sumamente agradecida, así como a todos los miembros de Georgina Capel Associates por haber hecho este libro realidad. En Bloomsbury, Alexis Kirschbaum vio lo que el proyecto podría llegar a ser. Jasmine Horsey lo hizo posible; sin su perspicaz ojo editorial, sería una sombra de lo que es. Elisabeth Denison lo llevó a la línea de meta. Richard Collins fue un infatigable revisor y Martin Bryant un magnífico corrector de pruebas. Phil Beresford creó los mapas. Siempre les estaré agradecida, así como a todo el equipo de Bloomsbury, por sus aportaciones.

Mi familia ha defendido y apoyado mi trabajo durante muchos años de investigación y escritura. Mis suegros, Jim y Alison Webb, me permitieron usar su casa de Maine como un retiro muy necesario para escribir durante las etapas finales de la obra. Mi hermana Carina Yariv me enseñó a escribir, para empezar. Mi padre, Olaf Kinstler, confió en mí para que descubriera una historia difícil. Mi madre, Zoya Kinstler,

fue mi co-conspiradora e investigadora desde el principio. Esta es su historia tanto como la mía. Está dedicada a mi familia, pasada, presente y futura.

Isaac, mi primer lector y gran amor, ha leído tantas versiones de este libro que ambos hemos perdido la cuenta. Le agradezco sus aportaciones, pero sobre todo su buen humor, paciencia y cuidados, para los que no hay palabras de agradecimiento.

Linda Kinstler

(1991) es una académica y periodista estadounidense. Nació en California, adonde habían emigrado sus padres, procedentes de la Letonia soviética. Colabora habitualmente en The Economist. Sus reportajes sobre historia, política y cultura europeas han aparecido en The Atlantic, The New York Times, The Guardian y Wired. Actualmente está haciendo un doctorado sobre la genealogía legal del olvido en la Universidad de Berkeley. Vive en Washington D. C.

Presentación

Hace unos años, Linda Kinstler se enteró de que un hombre que llevaba décadas muerto —un nazi que había pertenecido al mismo comando asesino que su abuelo— era objeto de una investigación judicial en Letonia. Se trataba de Herberts Cukurs, el «carnicero de Riga», un célebre aviador que, tras la Segunda Guerra Mundial, huyó a Brasil hasta que el Mosad lo asesinó en 1965. Debido a la desidia de la fiscalía y al blanqueamiento de la biografía de Cukurs en nombre del orgullo patrio, existía el riesgo de que el proceso desembocara en su absolución. Como sucedía en otros lugares de Europa, algunos hechos incontestables y arduamente probados del Holocausto eran puestos en tela de juicio al mismo tiempo que morían sus últimos supervivientes, es decir, sus últimos testigos legales.

Guiada por las reflexiones del estudioso Yosef Yerushalmi, que se pregunta si el antónimo del olvido no es la memoria sino la justicia, Kinstler investiga la historia de su familia y se sumerge en los archivos de diez países para reflexionar sobre los desafíos legales y morales que presentan los crímenes del nazismo en pleno siglo xxi. ¿Cómo defender la verdad y la dignidad de las víctimas cuando se apagan sus voces? ¿Qué papel le corresponde a la justicia en una época en que, al amparo de ideologías ultranacionalistas, proliferan la negación y el revisionismo?

«Indagar en el pasado es someter la memoria de los antepasados a una suerte de juicio. En esta ocasión, el juicio vino a mí, o al menos el espectro de un juicio.»

Linda Kinstler

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno

Pietro Citati

2. En peligro

Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros

Jonas Lüscher

4. El temperamento español

V. S. Pritchett

5. Mi Londres

Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto

Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto

Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas

D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales

Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de

Frank Norris

10. La gente del Abismo

Jack London

11. Mujeres excelentes

Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield

Pietro Citati

13. Paseano con hombres

Ann Beattie

14. El legado

Sybille Bedford

15. Alejandría

E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite

Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón

Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras

Paolo Maurensig

19. Amor libre

Ali Smith

20. El turista desnudo

Lawrence Osborne

21. El cielo robado

Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido

Barbara Pym

23. Sexo y muerte

VV. AA.

24. La muerte de la mariposa

Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson

Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora

Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James

Michiel Heyns

28. Invierno

Christopher Nicholson

29. Desmembrado

Joyce Carol Oates

30. Río revuelto

Joan Didion

31. Quédate conmigo

Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok

Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas

Andrea Camilleri

34. Un alma cándida

Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad

Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía

Henry James

38. El cuidador de elefantes

Christopher Nicholson

39. El río del tiempo

Jon Swain

40. A la mesa con los reyes

Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo

Janice Galloway

42. María Estuardo

Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan

Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos

Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería

Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo

Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres

Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche

Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos

Barbara Pym

50. La escritora vive aquí

Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar

Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta

Willem Frederik Hermans

53. Morir

Cory Taylor

54. Un montón de migajas

Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario

Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo

John Updike

57. Persecución

Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío

Alexandra Kleeman

59. Los perdonados

Lawrence Osborne

60. El saltador del muro

Peter Schneider

61. El mal camino

Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron

Barbara Comyns

59. Los perdonados

Lawrence Osborne

60. El saltador del muro

Peter Schneider

61. El mal camino

Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron

Barbara Comyns

63. El corazón verdadero

Sylvia Townsend Warner

64. Hielo

Marco Tedesco y Alberto Flores d'Arcais

65. Beber o no beber

Lawrence Osborne

66. Estado del malestar

Nina Lykke

67. Temas de conversación

Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América

Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas

C Pam Zhang

70. Perversas criaturas

Lawrence Osborne

71. Kalmann

Joachim B. Schmidt

72. Cuarteto de otoño

Barbara Pym

73. Caer es como volar

Manon Uphoff

74. Mía es la venganza

Marie Ndiaye

75. Los inquietos

Linn Ullmann

76. No y mil veces no

Nina Lykke

77. Niña de octubre

Linda Boström Knausgår

78. Trío

Johanna Hedman

79. La aldea perdida

Max Gross

80. Saturno

Sarah Chiche

81. Cantos de sirena

Charmian Clift

82. Jane y Prudence

Barbara Pym

83. Hombres en prisión

Victor Serge

84. La Chef

Marie NDiaye

85. Maldita suerte

Lawrence Osborne

86. Bienvenidos a High Rising

Angela Thirkell

87. Los detalles

Angela Thirkell

88. Chica, 1983

Linn Ullmann

89. Ayer

Juan Emar

90. El pacto

Thorkild Bjørnvig

91. Mis estúpidas ideas

Bernardo Zannoni

92. Los buscadores de loto

Charmian Clift

93. Una estela salvaje

Kathryn Schulz

94. Hotel Splendide

Ludwig Bemelmans

95. Te quiere, Boy

Roald Dahl

96. Pasiones públicas, emociones privadas

Charles Dickens